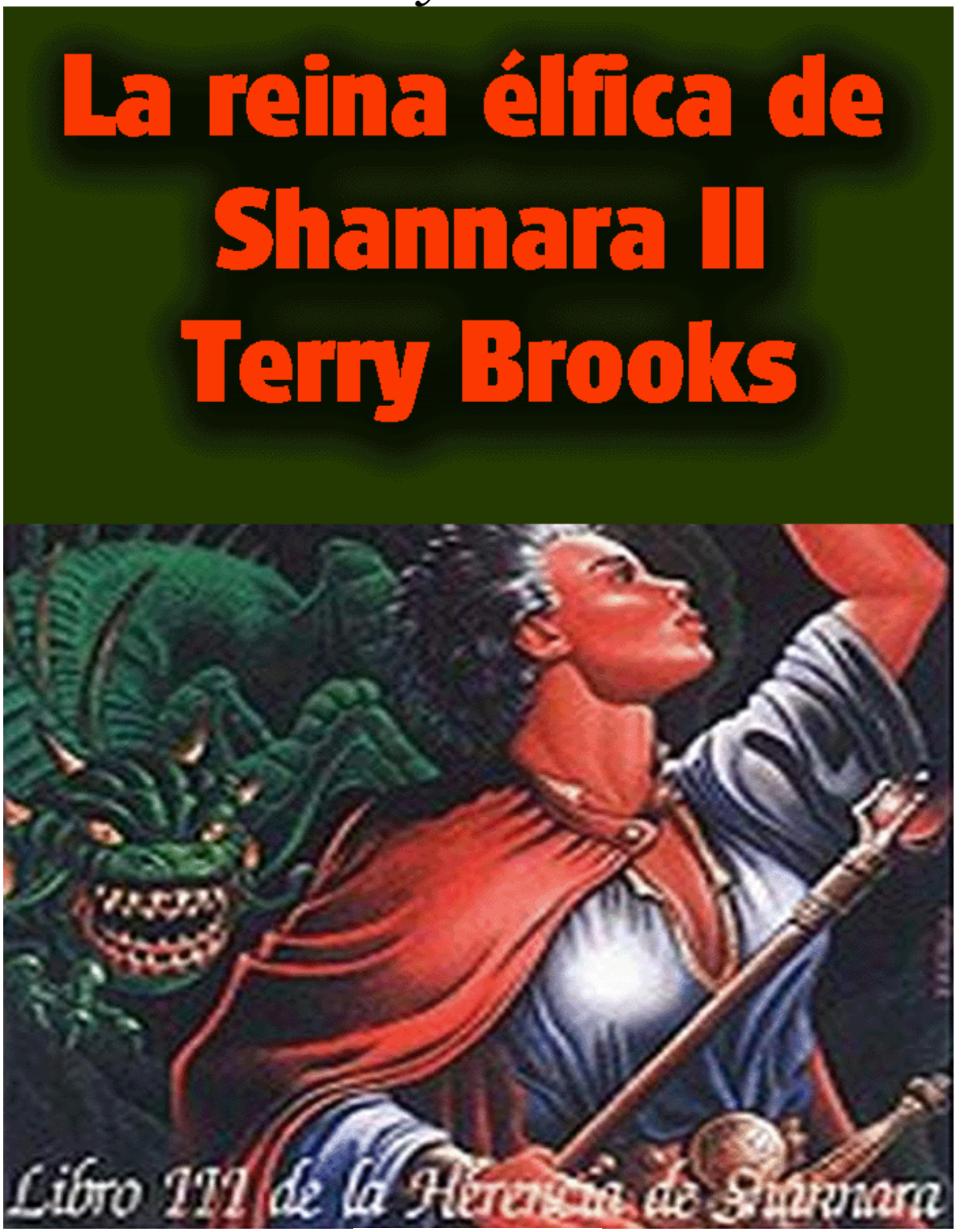
La reina élfica de Shannara II

Terry Brooks



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Diane,
con nostalgia

1

Wren Ohmsford se acurrucó junto a sus compañeros en los oscuros túneles que se abrían por debajo de la Quilla, mientras el Búho trabajaba sin ruido en algún lugar más avanzado, restregando un trozo de pedernal contra una piedra para encender la antorcha embreada que tenía encima de sus rodillas. La magia que había iluminado el pasadizo cuando Wren llegó a la ciudad había desaparecido, había sido absorbida por la Loden al mismo tiempo que la ciudad de Arborlon y los elfos. Triss, que desde el puente transportaba en sus brazos a Ellenroh, fue el último en entrar, y cerró y aseguró la puerta tras de sí, liberándolos de la locura que se había desatado en el exterior, pero dejándolos atrapados en la atmósfera sofocante y maloliente provocada por las erupciones de fuego del Killeshan.

Se produjo una chispa en la oscuridad, y una débil llama anaranjada comenzó a cobrar vida, proyectando sombras por doquier. Todas las cabezas se volvieron hacia el Búho, que ya empezaba a alejarse.

–¡Deprisa! –dijo con voz dura y apremiante–. Los seres oscuros no tardarán mucho tiempo en encontrar la entrada.

Eowen, Dal, Gavilán, Wren, Garth, Triss (llevando en brazos a Ellenroh) y Colt lo siguieron. Desde el exterior, traspasando la tierra con la tenacidad de los topos, los aullidos y gritos de los demonios seguían sus pasos. A causa del intenso y sofocante calor que hacía en los túneles, Wren tenía todo su cuerpo cubierto de sudor. Se frotó los ojos y parpadeó para librarlos de la picante humedad, intentando por todos los medios mantener el paso. Dejó vagar sus pensamientos mientras se esforzaba, y recordó a Ellenroh, erguida en el centro de la cabeza del puente, invocando a la magia de Loden, llamando a la luz para que recogiera bajo su manto protector la ciudad de Arborlon con todo lo que encerraba para guardarlo en las brillantes profundidades de la piedra. Vio cómo desaparecía la ciudad, desvaneciéndose como si nunca hubiera existido: edificios, gentes, animales, árboles, hierba... todo. Ahora eran ellos los responsables de Arborlon, sus protectores, puesto que la magia que la preservaba no tenía otra fuerza que la de las nueve personas a las que había sido confiada.

Se veía obligada a apartar raíces colgantes y telarañas, y ese trabajo era una pesada carga para ella. Era plenamente consciente de que no era más que un simple miembro del grupo, y no el más fuerte. Pero, a pesar de ello, no podía apartar de sí el sentimiento de que la responsabilidad sólo era suya, una consecuencia directa del encargo que había recibido del espíritu de Allanon, la razón de que se hubiera decidido a emprender la búsqueda de los elfos.

Rechazó este sentimiento, y tropezó con Gavilán en su inconsciente apresuramiento por seguir avanzando.

En aquel preciso instante, de repente, la tierra tembló.

La fila se detuvo, y los elfos bajaron sus cabezas para protegerse de la lluvia de polvo que caía del techo del túnel. La tierra volvió a estremecerse, y los temblores se sucedieron con regularidad, sacudiéndolo todo como si un gigante hubiera cogido la isla entre sus manos e intentara arrancarla de cuajo.

«¿Qué está pasando?», oyó Wren que preguntaba Gavilán.

Se dejó caer de rodillas para no perder el equilibrio, y sintió la firme mano de Garth apoyada en su hombro.

–¡Seguid adelante! –ordenó el Búho–. ¡Deprisa!

Corrieron, agachados para protegerse de la nube de polvo que se revolvía en el aire.

Los temblores continuaban, un retumbo que llegaba de abajo. El ruido tan pronto aumentaba como disminuía su intensidad, un trepidar que los lanzaba contra las paredes del túnel, obligándolos a realizar un notable esfuerzo para conseguir mantenerse en pie. Los segundos pasaban con la misma velocidad con que ellos huían del horror que los perseguía. Una parte del túnel se hundió inmediatamente a sus espaldas, cubriéndolos de tierra. Oyeron un crujido de piedra, una rotura de la roca de lava, como si la corteza terrestre se estuviera resquebrajando, e inmediatamente después se oyó un golpe fuerte producido por un gran pedrusco que se abrió paso por una grieta y fue a chocar contra el suelo del túnel.

–¡Búho, sácanos de aquí enseguida! –gritó Gavilán sin dominar los nervios.

Poco después corrían en pos de la libertad, saliendo a gatas, a través de una grieta, a la débil luz de la mañana. Pocos segundos después, el túnel se hundió por completo a sus espaldas, produciendo una ráfaga de aire y lanzando innumerables cascotes por la abertura que acababan de traspasar. Los temblores continuaron extendiéndose a través de los montes de Morrowindl, desgarrando su corteza, haciendo rechinar las rocas mientras se desmoronaban. Wren y sus compañeros lograron ponerse de pie y dirigirse a un bosquecillo de acacias moribundas, mirando hacia atrás.

La Quilla era un hervidero de demonios que intentaban escalar la odiada barrera. La magia había desaparecido, pero los temblores que la habían reemplazado eran un obstáculo aún mayor para ellos. Los siniestros seres caían desde lo alto entre terribles alaridos, desprendiéndose como las hojas de un árbol en otoño bajo la fuerza de un vendaval. La Quilla se resquebrajaba y rompía mientras que la ladera que la sustentaba se estremecía debajo de ella. Se desprendían trozos de piedra y amenazaba derrumbarse de un momento a otro. Lenguas de fuego brotaban de la tierra, el cráter que se había abierto cuando Arborlon fue arrancada por la magia, se había convertido en una caldera de llamas. El vapor silbaba y estallaba formando surtidores. En las alturas del Killeshan, la corteza se agrietaba y empezaba a rezumar roca fundida.

–El Killeshan se está despertando –dijo Eowen en voz baja, haciendo que todos volvieran la vista hacia el volcán–. La desaparición de Arborlon ha alterado el equilibrio de Morrowindl a causa del vacío creado por la magia, y los trastornos alcanzan el mismo corazón de la isla. El volcán no volverá a estar inactivo. El fuego de sus entrañas arderá aún con mayor violencia, y los gases y el calor aumentarán mucho más de lo que nunca hubiéramos podido imaginar.

–¿Cuánto tiempo falta para que eso ocurra? –preguntó el Búho.

–Aquí en las laderas, algunas horas; más abajo, varios días –respondió Eowen, con los ojos brillantes–. Es el comienzo del fin.

Siguió un instante de preocupado silencio.

–Quizás lo sea para los demonios, pero no para nosotros.

Fue Ellenroh Elessedil quien pronunció estas palabras, de nuevo en pie, recuperada del esfuerzo realizado para invocar a la Loden. Se liberó de los brazos de Triss y avanzó entre ellos, seguida por sus miradas hasta que se volvió para verlos de frente. Parecía serena, segura y no dejaba traslucir el menor indicio de miedo.

–Ahora no debemos tener la más mínima vacilación –les dijo–. Nos dirigiremos con rapidez, pero con serenidad, hacia la costa de la Linde Azul, y dejaremos la isla para regresar a nuestro país de origen. Manteneos unidos y con los ojos bien abiertos. Búho, sácanos de aquí.

Aurino Estriado reemprendió la marcha sin dilación, y los demás lo imitaron. Nadie hizo preguntas, la presencia de Ellenroh Elessedil lo impidió. Wren volvió la cabeza una vez, y vio que su abuela se acercaba a Eowen, que parecía haber entrado en trance, y la agarraba suavemente para sostenerla. Detrás, el fulgor del volcán teñía la Quilla del color

de la sangre. Parecía que todo se había disuelto en un baño de rojo.

Como sombras contra la luz neblinosa, el grupo descendía por la ladera del Killeshan entre la escabrosa mezcla de lava solidificada, madera seca y maleza. Todos los sonidos habían quedado atrás, en el lugar donde los demonios centraban su atención sobre un supuesto enemigo que, según estaban empezando a descubrir, ya no estaba allí. Delante sólo se oía el rumor de las grisáceas aguas del Rowen en su imperturbable caminar hacia el mar. Los temblores continuaban siguiéndolos, estremecimientos que recorrían la roca eruptiva y sacudían los árboles y arbustos; pero su impacto disminuía a medida que avanzaba. La bruma cenicienta ensuciaba el aire, impidiéndoles distinguir el halo del amanecer de los contornos de la tierra. La respiración de Wren se normalizó y su cuerpo se relajó. Ya no se sentía atrapada como en el túnel, y el sofocante calor había disminuido notablemente su intensidad. Empezó a tranquilizarse, a sentirse fundida con la tierra, y sus sentidos se extendieron como antenas invisibles dispuestas a captar lo que estaba oculto para los demás.

Sin embargo, no consiguió detectar la presencia de los demonios que los esperaban emboscados. No pasaban de la docena, pequeños y nudosos, resecos como leños. Arremetieron contra ellos, armados con ramas espinosas y palos. Eowen cayó, y el Búho desapareció entre un bosque de brazos y piernas. Todos los demás se agruparon y defendieron de sus atacantes con lo primero que encontraron a mano, rodeando a Eowen para protegerla. Los miembros de la Guardia Especial lucharon con una ferocidad implacable, matando a los demonios que se acercaban a ellos. La lucha concluyó casi antes de que hubiera empezado. Sólo una de aquellas negras criaturas consiguió escapar con vida; todas las demás estaban tendidas en tierra sin vida.

El Búho salió de detrás de una roca con una manga hecha jirones y su delgado rostro lleno de arañazos. Tras hacerles una seña, se apartó del sendero que habían seguido hasta entonces y los condujo rápidamente desde la cima de una pendiente hasta una estrecha hondonada que serpenteaba en la niebla. Ahora mantenían los ojos bien abiertos para descubrir a tiempo cualquier posible ataque, conscientes de que los demonios podrían encontrarse en el lugar más inesperado, ya que no todos habían ido a la Quilla. El cielo adquirió un peculiar tono amarillo por encima de sus cabezas cuando ascendió el Sol, que trataba en vano de atravesar la bruma cenicienta. Wren avanzaba con el sigilo de un reptil, armada con un cuchillo en cada mano y escudriñando las sombras atentamente en busca de cualquier indicio de movimiento.

Estaban cerca del río Rowen cuando Aurino Estriado, de repente, les ordenó que se detuvieran. Se puso en cuclillas y les indicó por señas que lo imitasen; luego se volvió, gesticuló para ordenarles que se quedaran donde estaban y desapareció ante ellos en medio de la niebla. Apenas estuvo ausente cinco minutos. Con un movimiento de cabeza, señaló hacia la izquierda. Agachados, se deslizaron a lo largo de una hilera de peñascos hasta donde una larga cresta ocultaba el río Rowen. A partir de este punto recorrieron más de un kilómetro en dirección paralela al río, y después subieron, con cautela, a una colina. Wren oteó la apacible y grisácea superficie del río, ancha y vacía, que se perdía en la distancia.

No se advertía ningún movimiento.

–Los bajíos están llenos de criaturas con las que no nos conviene encontrarnos –dijo el Búho, que acababa de unirse a ellos, con una expresión ceñuda dibujada en su curtido rostro–. Cruzaremos el río por aquí, pero es demasiado ancho para hacerlo a nado. Hemos de construir una balsa lo bastante grande para que quepamos todos.

Hizo que lo acompañaran los guardias especiales para cortar la madera precisa, dejando a Gavilán y a Garth con las mujeres. Ellenroh se acercó a Wren y le dio un corto y cariñoso abrazo, al tiempo que esbozaba una sonrisa tranquilizadora. Le dijo que todo iba bien, pero las arrugas de su frente delataban claramente su inquietud. Luego se retiró de su

lado.

–Toca la tierra con las manos, Wren –dijo en voz baja Eowen de repente, agachándose junto a la muchacha. La joven puso las manos abiertas en el suelo y dejó que los temblores ascendieran por su cuerpo–. La magia está demoliendo cuanto nos rodea, todo lo que los elfos intentaron construir. El edificio de nuestra arrogancia y de nuestro miedo comienza a derrumbarse. –Sus cabellos rojizos se agitaban violentamente en torno a sus abstraídos ojos verdes. Parecía que acababa de despertar de una pesadilla–. Ella tendrá que revelártelo alguna vez, Wren. Tendrá que decírtelo.

Luego se alejó y fue a reunirse con la reina. Wren no acababa de comprender el significado de sus palabras, pero supuso que se referían a Ellenroh, a que aún se reservaba para sí algunos secretos.

La niebla se arremolinaba, ocultando el río Rowen, serpenteando a través de las grietas y hendiduras de la tierra, cambiando la forma de todo y dando un aspecto irreal a las cosas. Colt y Dal llegaron arrastrando unos troncos, los dejaron y volvieron a irse. El Búho atravesó la bruma en dirección al río, delgado como un palo e inclinado como un cazador. Todas las cosas se movían como si carecieran de sustancia, como indicios de recuerdos medio olvidados que podían inducir a creer en lo que nunca había existido.

Una convulsión repentina sacudió la tierra bajo sus pies, haciendo que a Wren se le cortara la respiración y extendiera las manos para no perder el equilibrio. Las aguas del río Rowen se encresparon, acumulando su ímpetu en una ola que rompió contra la orilla y retrocedió, perdiéndose en la distancia.

La isla entera está resquebrajándose –le dijo Garth por señas, tocándole el hombro.

La joven hizo un gesto de asentimiento, recordando las palabras de Eowen, que atribuía el inminente cataclismo a una desorganización de la magia. Entonces había pensado que la vidente se refería al uso que Ellenroh había hecho de la Loden, pero ahora comprendía que sus palabras encerraban algo más. La desorganización de las magias no había sido provocada sólo por el traslado de Arborlon, sino que, en tiempos pasados, los elfos habían intentado hacer algo que había fallado de forma estrepitosa, y lo que estaba ocurriendo era una consecuencia directa de aquello. Almacenó esta información en su cerebro para utilizarla en el momento adecuado.

Garth se fue donde estaban los guardias especiales para ayudarlos en el trabajo de unir los troncos para construir la balsa. Gavilán hablaba en voz baja con Ellenroh, y sus ojos reflejaban inquietud e ira. Wren lo observó durante un breve instante, comparando lo que ahora veía con lo que había visto antes, la crispada tensión del presente con la despreocupada indiferencia del pasado: dos imágenes opuestas. Le intrigaba Gavilán. Había en él una compleja mezcla de posibilidades y atractivos. Le gustaba y quería tenerlo cerca, pero ocultaba algo que la preocupaba, algo que aún no había logrado precisar.

–Sólo faltan unos minutos –dijo el Búho, pasando junto a ella como un fantasma y desvaneciéndose entre la niebla.

Empezó a ponerse de pie, y algo pequeño y veloz surgió de la maleza y se abalanzó sobre ella. Se tambaleó y cayó manoteando con desesperación, pero entonces se dio cuenta, con sorpresa, que la criatura que se aferraba a ella era *Fauno.* No pudo evitar una carcajada mientras abrazaba al jacarino.

–*Fauno* –dijo en voz baja, arrullando a la pequeña criatura–. Temía que te hubiera podido ocurrir alguna desgracia. Pero estás bien, ¿verdad? Sí, ya veo que lo estás.

Advirtió que Ellenroh y Gavilán observaban la escena con expresión desconcertada y se levantó rápidamente, tranquilizándolos con un gesto, sonriendo muy a su pesar.

–Jrr-uuul. ¿Has olvidado tu promesa?

Wren se volvió y vio a *Stresa,* que la miraba con las púas erizadas.

–¡Así que tú también estás bien, señor gatoespino! –exclamó la joven, arrodillándose

junto a él apresuradamente–. Estaba preocupada por vosotros dos. No pude salir para comprobar si estabais a salvo, pero tenía la esperanza de que así fuera. ¿Os encontrasteis después de mi marcha?

–Sí, Wren de los Elfos –respondió el gatoespino con palabras frías y mesuradas–. Pffitt. El jacarino volvió corriendo al amanecer, con los pelos revueltos, hablando de ti. Así que, ahora, cumple lo que prometiste. No habrás olvidado tu promesa, ¿verdad?

–La recuerdo, *Stresa* –respondió Wren, haciendo un solemne gesto de asentimiento–. Prometí que, cuando saliera de la ciudad, te llevaría conmigo a las Tierras Occidentales, cumpliré mi promesa. ¿Temías que podía faltar a mi palabra?

–¡Jssst, pfflt! –El gatoespino replegó las púas–. Esperaba que fueras persona de palabra. No como... –Se interrumpió en seco.

–Abuela –llamó Wren a la reina, y Ellenroh se acercó, con sus rizados cabellos movidos por el viento cubriéndole la cara como un velo–. Abuela, éstos son mis amigos *Stresa* y *Fauno.* Nos ayudaron a Garth y a mí a encontrar el camino de la ciudad.

–Entonces también son amigos míos –dijo Ellenroh.

–Señora –contestó *Stresa* con torpeza, al parecer no muy satisfecho.

–¿Qué es esto? –Gavilán apareció junto a ellos, con una expresión divertida en sus ojos–. ¿Un espino? Creía que habían desaparecido todos.

–Quedamos unos cuantos... sssttt... pero no gracias a ti, desde luego –respondió *Stresa* en tono distante y frío.

–Eres descarado, ¿verdad? –dijo Gavilán sin poder disimular su desaprobación.

–Abuela –dijo Wren, interrumpiendo el diálogo–, prometí a *Stresa* que lo llevaría conmigo cuando abandonara la isla, y debo cumplir mi promesa. Y también *Fauno* ha de acompañarnos–. Abrazó al peludo jacarino, que seguía con la cara enterrada en su hombro, aferrándose a ella como si fuera su segunda piel.

Ellenroh Elessedil parecía dudar, como si el llevar aquellas criaturas con ellos entrañara alguna dificultad que Wren no pudiera comprender.

–No lo sé –respondió, pensativa. El viento silbó detrás, arreciando. Miró hacia donde estaban los guardias especiales, ocupados ahora en cargar los morrales y pertrechos en la balsa–. Pero si has dado tu palabra...

–¡Tía Ell! –exclamó Gavilán con acritud.

–Cállate, Gavilán –respondió la reina, dirigiéndole una gélida mirada.

–Pero tú conoces las reglas...

–¡Cállate!

–Eso sería un grave error –dijo Gavilán, dirigiendo su mirada a *Stresa,* esquivando la de la reina y la de Wren. Su furia era evidente–. Tú deberías saberlo mejor que nadie, espino. ¿Recuerdas quién te creó? ¿Recuerdas por qué?

–¡Gavilán! –La reina estaba lívida.

Los guardias especiales interrumpieron su trabajo y lo miraron. El Búho volvió a surgir de la neblina y Eowen se puso al lado de la reina.

Gavilán permaneció inmóvil unos segundos más, después giró sobre sus talones y se dirigió a la balsa con paso arrogante. Durante un momento, nadie más se movió; parecían estatuas envueltas por la niebla.

–Lo siento –dijo por fin Ellenroh, sin dirigirse a nadie en particular, con voz débil y desalentada.

Después se alejó también, seguida de Eowen. Sus juveniles facciones reflejaban tal aflicción que Wren renunció a acompañarla.

En cambio miró a *Stresa, y* vio que la risa del gatoespino destilaba amargura.

–Ella no quiere que salgamos de la isla. Ffftt. Ninguno de ellos quiere.

–*Stresa,* ¿qué ocurre? –preguntó Wren, también enojada ahora, desconcertada por la

animosidad que la aparición de *Stresa* había generado.

–Rrruul. Wren Ohmsford. ¿No lo sabes? Jssst. Así que lo ignoras pese a ser nieta de Ellenroh Elessedil. ¡Qué extraño!

–Vamos, Wren –dijo el Búho, pasando junto a ella una vez más y tocándole ligeramente el hombro–. Ya es hora de que nos marchemos... ¡Rápido, ahora mismo!

Los guardias especiales estaban llevando la balsa hacia las aguas de la orilla, y los demás componentes del grupo los seguían de cerca.

–¡Explícame lo que ocurre! –conminó a *Stresa.*

–Viajar por el ruul-l-l... Rowen no es precisamente mi pasatiempo favorito –dijo el gatoespino, ignorando la orden de Wren–. Yo me sentaré en el centro, si me lo permitís. Jsssttt. Y si no lo hacéis, también.

Nuevos temblores sacudieron la isla y, detrás de ellos, el Killeshan escupió un torrente de fuego carmesí. La ceniza y el humo invadieron la atmósfera, y un retumbo surgió de las profundidades de la tierra.

Todos estaban llamando a Wren, que corrió hacia ellos precedida por *Stresa* y con *Fauno* colgado de su cuello. Se sentía furiosa por la desconfianza que mostraban con ella, al evitar hablar en su presencia de los temas que le ocultaban de forma deliberada. Aborrecía el trato que le dispensaban, y cada vez estaba más convencida de que, si no forzaba la confidencia, ninguno le diría nada sobre los elfos y Morrowindl.

Llegó a la balsa cuando ya la empujaban hacia el interior del Rowen, encontrándose con la mirada abiertamente hostil de Gavilán, lo cual la impulsó, inconscientemente, a ponerse al lado de Garth. Los guardias especiales ya estaban metidos en el agua hasta las rodillas, equilibrando la balsa. *Stresa* saltó a bordo sin ser invitado y se instaló con matemática precisión en el centro de los morrales y pertrechos, tal como había dicho que haría. Nadie puso ninguna objeción ni hizo ningún comentario. Triss llevó hasta su lugar a Eowen y a la reina, que aferraba el báculo Ruhk con ambas manos. A continuación subieron Wren y Garth. Los miembros del pequeño grupo se coordinaron para apartar la balsa de la orilla, inclinándose hacia delante con el fin de repartir su peso sobre los troncos de la improvisada embarcación, con las manos agarradas a los lazos de cuerda que los guardias habían hecho para que tuvieran donde agarrarse.

Casi inmediatamente fueron arrastrados por la corriente. Los que estaban más cerca de la orilla patearon para esquivar las márgenes del río, las rocas y las raíces de los árboles. El Killeshan continuaba vomitando fuego y cenizas, retumbando de furia. Los cielos se tiznaron con la nueva capa de humo, dificultando aún más el paso de la luz. La balsa alcanzó el centro del cauce, mecida por el movimiento del agua, y ganó velocidad. El Búho daba órdenes a gritos a sus compañeros, que intentaban en vano dirigir la balsa hacia la otra orilla. Brotaron surtidores en la roca volcánica de la ribera que habían dejado atrás, agrietando la costra de lava de las tierras altas, levantando vapor y gas hacia el cielo. El Rowen se estremeció por la fuerza del movimiento sísmico y empezó a agitarse. Las aguas se alborotaron, y se formaron pequeños remolinos. Pasaban detritos arrastrados por la corriente. La balsa sufría violentas sacudidas y bandazos, y sus ocupantes se veían obligados a aferrarse a ella con todas sus fuerzas para no salir despedidos.

–¡Encoged las piernas! –les ordenó el Búho–. ¡Agarraos bien!

Fueron arrastrados por la fuerza de la corriente. La orilla desfilaba ante sus ojos como una borrosa sucesión de árboles y arbustos chamuscados, de abruptos campos de lava y de masas de niebla y calina. El volcán desapareció a sus espaldas, oculto tras un recodo del río y el principio del valle en que se adentraba el cauce. Wren sentía pinchazos y golpes, producidos por cosas que se lanzaban contra ella y se apartaban girando como movidas por un hilo invisible. Empezaban a dolerle las manos y los dedos por llevar tanto tiempo agarrados a los lazos de cuerda, y su cuerpo estaba helado por la frialdad de las

aguas montañosas. El ruido del río ahogaba el rugido del volcán, pero la joven seguía sintiendo su temblor, sus convulsiones. Delante aparecieron unos acantilados, levantándose como si fueran murallas infranqueables, pero pronto se hallaron en medio de ellos, porque la roca se dividía para permitir que el Rowen discurriera por un estrecho desfiladero. Durante algunos minutos, los rápidos fueron tan violentos que temieron que la balsa se estrellara contra las rocas. Luego el cauce volvió a ensancharse, y los acantilados se separaron. Giraron siguiendo una serie de amplias y perezosas olas, y salieron a un lago que se adentraba en el nebuloso verdor de la selva.

El río aminoró su ímpetu y sus aguas se amansaron. La balsa dejó de dar vueltas y empezó a flotar lánguidamente hacia el centro del lago. Sobre la destellante superficie de las aguas flotaba una densa bruma que ocultaba ambas orillas, transformándola en una verde máscara de silencio. Procedente de algún lugar perdido en la distancia, se oía el furioso estruendo del Killeshan.

En el centro de la balsa, *Stresa* levantó la cabeza y miró a su alrededor. Los penetrantes ojos del gatoespino se movieron rápidamente hasta encontrar los de Wren.

–¡Sssppptttt! ¡Debemos alejarnos de aquí! –dijo– ¡Éste... ssspp... no es buen sitio para quedarse! ¡Estamos cerca de las Tinieblas del Paraíso!

–¿Qué murmuras, espino? –le preguntó Gavilán irritado.

Ellenroh puso la mano sobre el báculo Ruhk, que descansaba atravesado en la balsa.

–Búho, ¿sabes dónde estamos?

–Si el gatoespino dice que es peligroso... –respondió Aurino Estriado, haciendo un gesto negativo.

Las aguas se agitaron con violencia a sus espaldas entre un desgarrador rugido, y una descomunal cabeza negra emergió en la bruma con perezosa lentitud, encajada sobre un grueso y sinuoso cuerpo cubierto de escamas y protuberancias, que se ondulaba y flexionaba a la media luz del crepúsculo. De sus mandíbulas colgaban tentáculos que se retorcían como si tratara de buscar alimento. Abrió su verdosa boca, revelando una doble hilera de curvados dientes, y empezó a dar coletazos hasta que consiguió alzarse sobre ellos a menos de quince metros de distancia, y silbó como una serpiente a la que hubieran pisado.

–¡Una serpiente! –exclamó Eowen en voz baja.

Los guardias especiales habían tomado posiciones, formando una barrera entre el monstruo y las personas que habían sido confiadas a su protección. Tras desenvainar las armas, empezaron a remar hacia la orilla opuesta. Fue inútil. La serpiente nadó en silencio hacia ellos, alcanzándolos sin apenas esfuerzo, y sumergió en las aguas sus fauces abiertas en ademán amenazador. Wren, que estaba situada junto a Garth, ayudaba a impulsar la balsa, pero la orilla parecía cada vez más lejana. En el centro de la embarcación, *Stresa* había desplegado sus púas en todas direcciones, ocultando la cabeza.

Cuando se encontraban a unos cien metros de la orilla, la serpiente asestó un coletazo a la balsa por debajo, levantándola del agua con sus nueve ocupantes y haciéndola girar por los aires. A continuación cayó sobre el lecho del río, dando un golpe que los dejó sin aliento. Los asideros se escurrieron de sus dedos, y salieron despedidos junto con los bultos. Eowen chapoteó con desesperación, y cuando estaba a punto de hundirse, fue sacada a la superficie por Gavilán. La balsa había empezado a deshacerse por la fuerza del golpe, que aflojó sus ataduras soltando los troncos. El Búho les gritó que patearan, y lo hicieron con furioso frenesí porque no les quedaba otra opción.

La serpiente volvió de nuevo hacia ellos, emergiendo del Rowen con un resoplido que salpicó agua por todas partes. Emitió un terrorífico grito, parecido a una profunda y retumbante tos, y se abalanzó sobre ellos agitando y flexionando su enorme y monstruoso cuerpo. Wren y Garth salieron despedidos de la balsa cuando la bestia la alcanzó,

arrastrando consigo a Ellenroh y a *Fauno.* Wren vio que Gavilán se sumergía y que los demás se dispersaban. Entonces la serpiente asestó un nuevo coletazo y todo desapareció en una explosión de agua. La balsa saltó por los aires hecha pedazos. Wren se hundió, con *Fauno* fuertemente aferrado a ella. Volvió a salir a la superficie, jadeando en busca de aire. Las cabezas se agitaban en el agua contra las olas que había provocado el ataque. La serpiente volvió a levantar la cabeza en la neblina, pero esta vez Triss y Colt habían hecho blanco en ella, asestándole fuertes tajos y profundos pinchazos con sus espadas. El aire quedó salpicado de sangre oscura y escamas, y el monstruo emitió un aullido desgarrador. Su cuerpo se sacudía para librarse de sus atacantes. Después se sumergió. En ese mismo momento, Triss hundió su afilada espada en la escamosa cabeza y se apartó de un salto. Colt seguía atacando, y su juvenil semblante mostraba una torva expresión.

El cuerpo de la serpiente se contorsionó, proyectándolos en todas direcciones y volteando los troncos sueltos de la destrozada balsa.

Uno de ellos golpeó de refilón a Wren en la cabeza. La joven percibió una fugaz visión de la serpiente que se hundía, de Garth llevando a Eowen hacia la orilla y de Ellenroh y el Búho aferrados a los restos de la balsa, y después todo quedó sumergido en unas profundas tinieblas.

Fue arrastrada por las aguas, insensible, sin control, entumecida hasta los huesos. Era consciente de que se estaba hundiendo, pero no se sentía con fuerzas para evitarlo. Contuvo la respiración cuando se sintió cubierta por las aguas del río; después, sin poder resistir más, exhaló el aire y sintió que el agua inundaba sus pulmones. Gritó sin producir ningún sonido. Sintió el peso de las piedras élficas que colgaban de su cuello, y sintió que empezaban a quemarle en el pecho.

Entonces algo la agarró y empezó a tirar de ella, algo que al principio se cerró sobre su túnica y luego se deslizó en torno a su cuerpo. Una mano primero, luego un brazo; alguien la había cogido. Ascendió lentamente a la superficie.

Por fin pudo sacar la cabeza fuera del agua, jadeante y sofocada, esforzándose por respirar mientras tosía para expulsar el agua de sus pulmones. Su salvador estaba a sus espaldas, tirando de ella hacia un lugar seguro. Se dejó llevar sin oponer resistencia, todavía aturdida por el golpe y casi ahogándose. Pestañeó para quitarse el agua de los ojos, y volvió la mirada para ver la superficie del Rowen. Las aguas brillaban como una lámina de plata ondulante, vacía salvo por los detritos. La serpiente había desaparecido. Oyó las voces de Eowen, el Búho y alguna más. Oyó su propio nombre. *Fauno* ya no estaba agarrado a ella. ¿Qué podía haberle ocurrido a *Fauno?*

Por fin llegaron cerca de la orilla; su salvador dejó de nadar y se puso de pie, levantándola consigo y dándole la vuelta. Entonces se encontró cara a cara con Gavilán.

–¿Te encuentras bien, Wren? –le preguntó sin aliento, agotado por el esfuerzo realizado para arrastrarla–. Mírame.

La joven lo miró, y el resentimiento que guardaba contra él se desvaneció al ver la expresión de su rostro. En él podían verse reflejados preocupación y una sombra de miedo, auténticos y sinceros.

–Me encuentro muy bien –respondió Wren, apretándole la mano y aspiró con avidez una profunda bocanada de aire–. Gracias, Gavilán.

–Dije que podías contar con mi ayuda cuando la necesitases, pero no esperaba que aceptaras tan pronto mi ofrecimiento –dijo Gavilán, sin poder ocultar un sorprendente embarazo.

La ayudó a salir del agua y la condujo hasta donde estaba Ellenroh, que la abrazó con ansiedad y susurró a su oído algo apenas audible, unas palabras que no era necesario oír para entenderlas. Garth también estaba allí, y el Búho, empapado y afligido, pero ileso. Vio la mayor parte de las provisiones del grupo amontonadas junto a la orilla, mojadas pero en

buen estado. Eowen estaba sentada bajo un árbol, desgreñada y maltrecha, atendida por Dal.

–*¡Fauno!* –llamó Wren, e inmediatamente oyó un fuerte chillido.

Miró hacia el río Rowen y vio al jacarino agarrado a un madero, a varias docenas de metros de distancia. Volvió corriendo al río y se metió en el agua hasta que le llegó al cuello. Entonces su peludo compañero abandonó su flotador y nadó hacia ella a toda velocidad. Se subió a su hombro, y la joven lo llevó a la orilla.

–¡Vaya, vaya, pequeño...! Tú también estás a salvo, ¿no es verdad?

Poco después, Triss salía del agua tambaleándose. Una parte de su bronceado rostro presentaba profundos arañazos, y tenía la ropa ensangrentada y hecha jirones. Se sentó un momento para que el Búho examinara sus heridas, y después fue a reunirse con los demás. Todos miraron las desiertas aguas.

No había señales de Colt ni de *Stresa.*

–Dejé de ver al espino cuando la serpiente golpeó la balsa por última vez –dijo Gavilán en voz baja, en tono de disculpa–. Lo siento, Wren. Lo lamento de verdad.

Ella respondió con un gesto de asentimiento, incapaz de hablar a causa de la pena. Rígida e inexpresiva, buscó con la mirada al gatoespino.

Ya lo he abandonado dos veces, pensó.

Triss se agachó para coger una espada de entre los pertrechos salvados.

–Colt se hundió con la serpiente. No creo que pudiera liberarse.

Wren apenas oía sus palabras, ensimismada en sombríos pensamientos. *Debí haberlo buscado cuando se hundió la balsa. Debí haber intentado ayudarle.*

Sin embargo, mientras lo pensaba, era consciente de que no hubiera podido hacer nada.

–Tenemos que continuar la marcha –dijo el Búho–. No podemos quedarnos aquí.

Como si quisiera confirmar sus palabras, el Killeshan retumbó y la neblina se arremolinó lentamente. Dudaron un momento más, agrupados en la orilla, con la ropa goteando, en silencio e inmóviles. Luego se dieron la vuelta uno tras otro, cargaron a sus espaldas los morrales y pertrechos, y tras asegurarse de que las armas estaban en su lugar, se internaron entre los árboles.

A sus espaldas, el río Rowen se extendía como un sudario plateado.

2

Cuando apenas se habían alejado un centenar de metros de la orilla del río Rowen, los árboles desaparecieron y su lugar fue ocupado por una horrible pesadilla. Ante ellos se extendía un inmenso pantano, una serie de ciénagas plagadas de juncias y maleza, enlazadas con grupos de viejos cedros y acacias cuyas ramas habían crecido muy juntas como si hicieran un último y desesperado esfuerzo para evitar ser engullidos por el cieno. Muchos estaban medio caídos, con las raíces corroídas y los enormes troncos inclinados como gigantes heridos. El pantano se extendía más allá de donde alcanzaba la vista entre la maraña de árboles moribundos y arbustos atrofiados; un vasto e impenetrable lodazal amortajado por la calina y el silencio.

El Búho, presa de la indecisión, les ordenó que se detuvieran. Miraron a derecha e izquierda, detrás y de frente, intentando descubrir algún sendero. Pero no había ninguno. El pantano estaba cubierto por un espeso manto de niebla y parecía un ominoso laberinto.

–Las Tinieblas del Paraíso –dijo el Búho con expresión indefinida.

Tenían pocas alternativas entre las que elegir. Podían retroceder hasta el río Rowen y remontarlo o seguir su curso hasta que encontraran una ruta más transitable, o podían arriesgarse a atravesar el pantano. En uno y otro caso, tendrían que escalar la Cornisa Negra, porque habían llegado demasiado lejos río abajo para regresar al valle y a los pasos que facilitaban el descenso. No disponían de tiempo para recorrer un trayecto tan largo y, por otra parte, los demonios debían de encontrarse ya en todas partes. El Búho temía que estuvieran buscándolos a lo largo del río, por lo que les aconsejó seguir adelante sin demora. El viaje sería traicionero pero estaba casi seguro de que, de momento, los demonios no los buscarían en aquella zona. En uno o dos días conseguirían llegar a las montañas.

Tras una breve discusión, el grupo aceptó la propuesta de Aurino Estriado. Ninguno de ellos, salvo Wren, Garth y el Búho, había salido de la ciudad desde hacía casi diez años; y la joven bohemia y su protector sólo habían atravesado el país una vez, y sabían muy poco de cómo se podían sortear sus peligros. El Búho, en cambio, poseía varios años de experiencia, por lo que nadie estaba preparado para reemplazarlo como guía.

Iniciaron la caminata a través de las Tinieblas del Paraíso. El Búho iba delante, seguido de Triss, Ellenroh, Eowen, Gavilán, Wren, Garth y Dal. Avanzaban en fila india tras los pasos de Aurino Estriado, que procuraba buscar franjas de terreno sólido a través del pantano, y normalmente lo conseguía, porque aún había algunas zonas donde no había acabado de cerrarse. Pero, a pesar de ello, no faltaban ocasiones en que tenían que meter los pies en la oleaginosa mezcla de agua y barro, desplazándose con precaución por zonas de hierbas altas y arbustos, agarrándose a ellos para no perder el equilibrio, percibiendo la avidez con que el cieno trataba de absorberlos. Avanzaban con lentitud y cautela en la penumbra, siguiendo las indicaciones del Búho de que se mantuvieran lo más cerca posible del que les precedía, escudriñando con temor la neblina cada vez que el agua y el cieno burbujeaban.

Las Tinieblas del Paraíso, a pesar del manto de silencio que se cernía sobre ellas, constituían un refugio para algunos animales. La mayoría no se dejaban ver nunca, y apenas se oían. Unas criaturas aladas surcaban el espacio aéreo cubierto por la bruma, silenciosas, veloces y furtivas. Algunos insectos zumbaban; unos eran iridiscentes, y tan grandes como la mano de un niño. Una especie de ratas o musarañas correteaban entre los pocos árboles que habían conseguido sobrevivir, y se ocultaban con felina agilidad tan pronto como detectaban su presencia. Había también otras criaturas, algunas enormes.

Chapoteaban y gruñían en el silencio reinante, al amparo de la penumbra; eran cazadores que merodeaban por las aguas más profundas. Ninguno de los viajeros consiguió verlas, aunque lo intentaron.

El día seguía su curso, en un lento y agonizante camino hacia la oscuridad. Sólo se detuvieron una vez para reparar las fuerzas, apiñados sobre un tronco medio hundido en el lodazal, de espaldas uno contra otro mientras sus ojos escrutaban la pantalla de niebla. El aire tan pronto era frío como caliente, como si las Tinieblas del Paraíso estuvieran formadas por cámaras separadas con paredes invisibles. El agua del pantano, al igual que el aire, unas veces estaba helada y otras tibia, profunda en unos lugares y superficial en otros, una mezcla de colores y olores, pero ninguno de ellos agradable, y todos drenaban y absorbían la vida de arriba. En ocasiones la tierra temblaba, recordándoles que, en alguna parte, el Killeshan continuaba profiriendo sus terribles amenazas, acumulando gases y calor en sus entrañas, vomitando por sus fauces torrentes de lava que abrasaban la falda de la montaña. Wren lo vio con los ojos de su mente mientras se esforzaba en seguir el paso de sus compañeros: el aire impregnado de humo y la tierra cubierta de fuego, bajo capas de vapor y cenizas que se incrementaban a medida que pasaba el tiempo. Probablemente, la Quilla ya había desaparecido. Pero ¿qué había sido de los demonios? ¿Habrían huido también, o eran demasiado insensatos para temer a la lava? Si habían huido, ¿adónde?

Ya conocía la respuesta a su última pregunta. Sólo podían dirigirse a un lugar.

Se verán obligados a retroceder por el río Rowen, respondió Garth con expresión lúgubre cuando la joven bohemia le pidió su opinión. Caminaron juntos a través de una faja de tierra que todavía no había sido invadida por el pantano. *Retrocederán hacia los acantilados, igual que hemos hecho nosotros. Si no nos damos prisa, conseguirán rodearnos antes de que podamos huir.*

Quizá no lleguen tan lejos, había dicho ella, esperanzada, moviendo los dedos con rapidez para transmitirle sus palabras. *Quizá prefieran seguir la ruta del valle por considerarla más segura.*

Garth no se molestó en responder. De nada le hubiera servido hacerlo, porque ella sabía tan bien como él que si los demonios seguían la ruta del valle en su descenso de la Cornisa Negra, alcanzarían las regiones bajas de la isla antes que ellos y los estarían esperando en las playas.

Wren pensaba con frecuencia en *Stresa,* intentando recordar cuándo lo había visto por última vez después del ataque de la serpiente, buscando en su memoria algún detalle que le permitiera abrigar alguna esperanza, por remota que pudiera ser, de que el gatoespino había conseguido salir con vida. Pero fracasó en su intento. Había desaparecido junto con todo lo demás cuando se encontraba agazapado entre los fardos. Se afligió en silencio, incapaz de sobreponerse, porque se había encariñado con el animal mucho más de lo que debía. Abrazó a *Fauno,* mientras se asombraba de los cambios que, de forma insensible, se habían producido en ella, sintiéndose muy lejana de la muchacha que antes había sido. Había perdido confianza en su habilidad y destreza. Ya no estaba tan segura de ser una bohemia por encima de todo y de que ninguna otra cosa tuviera importancia.

Con más frecuencia de la que estaba dispuesta a admitir, sus dedos buscaban bajo la túnica las piedras élficas. Las Tinieblas del Paraíso eran inmensas e implacables, y amenazaban con erosionar su valor y fortaleza. Las piedras élficas, en cambio, la reconfortaban; la magia élfica era sinónimo de poder. Se odiaba por sentir de esta manera, por necesitar contar con ellas. Un solo día fuera de Arborlon, y ya empezaba a desesperarse. Y no era ella sola. Veía la angustia y la inquietud reflejadas en los ojos de sus ocho compañeros de viaje, incluidos los de Garth. Morrowindl ejercía sobre ellos un efecto que trascendía toda lógica y sepultaba el raciocinio bajo una montaña de temor y duda. Estaba en el aire, en la tierra y en la vida que los rodeaba. Era una especie de locura que

susurraba avisos insidiosos y robaba la vitalidad con despreocupada negligencia. Intentó imaginar de nuevo cómo había sido la isla en otra época, pero una vez más fracasó en su intento. No podía ver más allá de lo que era, de lo que había llegado a ser. De aquello en lo que los elfos y su magia la habían convertido.

Y pensó una vez más en los secretos que le ocultaban el Búho, Gavilán y todos los demás. *Stresa* también los conocía, y estaba segura de que se los hubiera revelado. Pero ahora tendría que hacerlo otro.

–¿Puedes ver algo de lo que nos espera? ¿Has tenido alguna nueva visión? –preguntó Wren a Eowen en voz baja, tocándole suavemente en el hombro, en la primera ocasión que se le presentó.

–No, Wren; la visión está nublada por la magia que recorre el corazón de la isla –respondió la mujer de rostro pálido y ojos esmeralda, esbozando una triste sonrisa–. Antes podía ver gracias a la protección de Arborlon. Pero aquí sólo hay lugar para la locura. Si logramos cruzar los acantilados y alcanzar la región donde llegan la luz del Sol y las fragancias del mar quizá sea posible...

El crepúsculo descendió en una lenta superposición de velos grises, y fue ocultando la luz. Aunque habían emprendido la marcha media mañana, aún no había señales de la Cornisa Negra ni indicios de que estuvieran llegando a los límites del pantano. El Búho empezó a buscar un lugar para pasar la noche, advirtiéndoles que debían extremar las precauciones porque las sombras se alargaban sobre la tierra y podían producir engaños ópticos. El silencio del día fue cediendo el paso a una creciente marea de sonidos nocturnos, una áspera y aguda mezcolanza que se elevaba desde las manchas oscuras para resonar a través de la penumbra. Algunas partes del follaje empezaban a brillar con una fosforescencia plateada, y los insectos voladores centelleaban y desaparecían revoloteando en el cenagal.

La desgarbada figura de Aurino Estriado, en cuclillas, avanzaba con seguridad a través de la maleza. Wren vio que Ellenroh adelantaba a Triss para decir algo al Búho. El grupo estaba atravesando una extensión de altos hierbajos que les llegaban a la cintura, y la languideciente luz rielaba tenuemente en la superficie del pantano, que estaba situado a su izquierda.

De repente, el agua se levantó formando surtidores cuando una criatura enorme emergió a la superficie para capturar alguna presa distraída. Después las mandíbulas se cerraron de golpe y la criatura volvió a sumergirse en las oscuras aguas. Todos se sobresaltaron, y se quedaron aturdidos durante un breve instante. Wren vio que el Búho se volvía a medias, haciéndoles señas de advertencia con las manos. Vio algo más, algo semioculto en la penumbra. Se produjo un leve movimiento.

Un segundo más tarde, oyó un siseo que le era familiar.

Garth no pudo oírlo, por supuesto; pero algo le advirtió del peligro, y se abalanzó sobre Wren y Eowen, tirándolas al suelo. Detrás de ellas, Dal se agachó instintivamente. Delante, el Búho cubrió con su cuerpo a Ellenroh Elessedil, empujándola hacia Triss y Gavilán. Percibieron un sonido desgarrador al tiempo que una lluvia de agujas traspasaba las hierbas y las hojas. Wren oyó un gruñido de sorpresa. Todos estaban aplastados contra el suelo, hundidos en la hierba, respirando pesadamente en la repentina quietud.

¡Un lanzaflechas!

El nombre arañó como una corteza áspera contra la piel desnuda cuando lo gritó en su mente. Recordó lo cerca que había estado de que la matara una de aquellas plantas durante el viaje de ida. El brazo de Garth la cogió por la cintura, y ella le hizo rápidas señas cuando el duro y barbudo rostro surgió junto al suyo.

Oyó los sollozos de su abuela.

Presa de un gran nerviosismo, olvidando todo lo demás, se dirigió a gatas hacia ella

entre las altas hierbas, seguida de los demás. Adelantó a Gavilán, que todavía intentaba comprender lo que estaba ocurriendo, y tropezó con Triss cuando éste alcanzaba a la reina.

Ellenroh estaba inclinada sobre el Búho, apoyándolo con uno de sus brazos doblado mientras enjugaba el sudor de su rostro. Parecía como si hubieran quitado todos los palos del armazón del espantapájaros del Búho y sólo quedara la ropa que colgaba de ellos. Sus ojos estaban abiertos y fijos, y su boca intentaba tragar saliva desesperadamente.

Docenas de las venenosas agujas del lanzaflechas sobresalían de su cuerpo. Había recibido la mayor parte de los proyectiles.

–Aurino –susurró la reina, y los ojos del Búho la buscaron con ansiedad–. Todo va bien. Estamos todos aquí.

Levantó los ojos para encontrarse con los de Wren, y sus miradas traslucían su desesperanza.

–Búho –dijo Wren en voz baja, tendiendo la mano para tocarle el rostro.

–No puedo... sentir nada –jadeó Aurino Estriado, mientras su respiración se aceleraba notablemente.

Unos segundos después, su respiración se detuvo, y entonces murió.

Wren no consiguió conciliar el sueño en toda la noche. No sabía si a los demás también les ocurría, porque se mantenía apartada de ellos. Estaba sentada, con *Fauno* enroscado en su regazo, bajo un cedro con el tronco cubierto de musgo y enredaderas, y tenía la mirada fija en el pantano. Estaban a menos de cien metros del lugar donde se había producido el ataque, agazapados entre la niebla y la oscuridad, envueltos por los sonidos de unos seres que no podían ver, demasiado impresionados por lo ocurrido para preocuparse por reemprender la marcha antes del amanecer.

Seguía viendo la cara del Búho agonizante.

Había sido un accidente, lo sabía, una racha de mala suerte. Ninguno de ellos hubiera podido preverlo ni evitarlo. Hasta entonces, ella sólo se había topado con un lanzaflechas en su recorrido por Morrowindl. ¿Qué probabilidades había de que pudiera encontrarse con otro? ¿Cuál podía ser el motivo de que la mortífera planta hubiese escogido, entre todos ellos, a Aurino Estriado?

La inverosimilitud del caso la obsesionaba.

¿Hubiera podido el Búho salvar la vida si *Stresa* hubiese estado allí vigilando?

No había terreno sólido para enterrar al Búho, sólo tierra pantanosa de donde las bestias de las Tinieblas del Paraíso acabarían extrayendo sus restos para devorarlos, por lo que buscaron una zona de arenas movedizas y lo sepultaron en ellas, para que nada ni nadie pudiera tocarlo jamás.

Después cenaron lo poco que consiguieron tragar, hablando de cosas intrascendentes, sin ser todavía plenamente conscientes de lo que para ellos significaba la pérdida del Búho. Bebieron más cerveza de lo acostumbrado, y se dispersaron en la oscuridad. Los soldados elfos montaron guardia; Triss hasta medianoche, Dal hasta el amanecer, y el silencio se asentó sobre el grupo.

Sólo había sido un accidente debido al azar, se repetía una y otra vez Wren, desconsolada.

Tenía muy buenos recuerdos del Búho, aunque lo había tratado poco tiempo, y se aferraba a ellos como a un escudo contra su aflicción. El Búho le había profesado una sincera amistad. También había sido honesto, tan honesto como le permitía su lealtad a la reina. Le había dado de sí mismo cuanto había podido. Aquella misma mañana le había dicho que había logrado sobrevivir fuera de las murallas de Arborlon todos aquellos años porque había aceptado que la muerte era algo inevitable, y eso lo había fortalecido contra el temor que infunde. Era necesario aceptarla, le había asegurado. Si estás siempre

preocupado por lo que pueda ocurrir, nunca podrás actuar, y la vida pierde todo su sentido. Basta con autoconvencerse de ello; cuando se consigue, todo lo demás carece de importancia.

Pero el Búho había sido mucho más importante que la mayoría. En la intimidad de sus pensamientos, mientras los demás dormían o fingían dormir, reconoció lo mucho que había significado para los elfos. Recordó cómo Ellenroh lloraba en sus brazos cuando Aurino Estriado murió, igual que una niña, sin avergonzarse de manifestar su pena, sollozando por alguien que había sido mucho más que un fiel defensor del trono, más que un compañero de toda la vida, y más que un amigo. Hasta entonces no había advertido la profundidad de los sentimientos que su abuela abrigaba por el Búho, y eso también la hizo llorar. Gavilán, que por primera vez se había quedado sin palabras, había retenido las manos de Ellenroh y abrazado a Wren impulsivamente cuando la joven bohemia más lo necesitaba. Garth y los guardias especiales se mantenían inexpresivos, pero sus ojos reflejaban lo que ocultaban detrás de sus máscaras. Todos echarían a faltar la presencia de Aurino Estriado.

La profundidad de ese sentimiento se puso de manifiesto al rayar el alba, y rebasaba lo emocional. Porque el Búho era el único que conocía la manera de sobrevivir a los peligros de Morrowindl fuera de las murallas de Arborlon. Ningún otro podía servir de guía. Tendrían que recurrir a su instinto y a sus habilidades si querían salvarse a sí mismos y a todos los elfos confinados en la Loden. Eso suponía encontrar un camino para salir de las Tinieblas del Paraíso, descender por la Cornisa Negra, atravesar el In Ju y llegar a las playas a tiempo de encontrarse con Tigre Ty. Y todo eso tenían que hacerlo sin conocer la ruta que debían seguir ni los peligros que debían sortear.

Cuanto más lo pensaba, más irrealizable le parecía la empresa. Salvo Garth y ella misma, ningún otro miembro del grupo tenía experiencia sobre el modo de sobrevivir en plena naturaleza salvaje; pero aquél era un país desconocido para los bohemios, una tierra por la que sólo habían pasado una vez y contando con ayuda, una tierra tan llena de trampas y peligros que jamás habían visto nada igual. ¿Cómo podrían ayudarse entre sí? ¿Qué posibilidades tenían de sobrevivir sin el Búho?

Su reflexión la hizo sentirse vacía y amargada. Era mucho lo que había en juego y todo ello dependía de que vivieran o murieran, pero ahora todo estaba amenazado a causa de un triste y azaroso suceso.

Garth fue quien durmió más cerca de ella, una negra sombra que sobresalía de la tierra, tan quieta como si perteneciera a un muerto. Hacía unos días que le intrigaba el gigante bohemio... Había empezado a sentir esa inquietud desde que llegaron a Morrowindl. Era algo indefinible, pero muy real. Garth, siempre enigmático, había empezado a aumentar la distancia que los separaba, a reducir su comunicación con ella, como si creyera que ya no lo necesitaba, que su relación de maestro y discípula había llegado a su fin. No, no era nada concreto, sino una actitud que se manifestaba en una retirada gradual y discreta. Todavía estaba allí para prestarle su ayuda en cualquier emergencia, protector como siempre, velando por ella y dándole sabios consejos. Pero al mismo tiempo se iba retirando, dándole un espacio y una soledad que nunca antes había sentido, y que le producía un gran desconcierto. Era lo bastante fuerte para ser ella misma, lo sabía; lo era desde hacía varios años. Pero nunca había pensado que un día tendría que decir adiós a Garth.

Tal vez la pérdida del Búho llamó su atención sobre este aspecto con más dramatismo del que hubiese tenido en otras circunstancias. No estaba segura. Era difícil pensar con claridad en aquellos momentos, pero sabía que debía hacerlo. Las emociones sólo podían distraer y confundir, y al final incluso matar. Hasta que no salieran de Morrowindl y se encontraran a salvo en las Tierras Occidentales, tendrían poco tiempo

para dedicarlo a satisfacer sus deseos y añoranzas, a lo que sería y a lo que podría haber sido, a lo que había sido y nunca volvería a ser.

Sintió un nudo en la garganta y las lágrimas en los ojos. A pesar de tener a *Fauno* dormido en su regazo y a Garth un poco más allá, de haber encontrado a su abuela y descubierto su propia identidad, se sentía muy sola.

Pasada la medianoche, después de que Dal relevara a Triss, Gavilán fue a sentarse junto a ella. No habló, sino que se limitó a taparla con la manta que llevaba y ponerse a su lado. Ella sintió el calor de su cuerpo a través de la humedad y la frialdad de la noche del pantano, y se sintió reconfortada. Poco después se apoyó en él, porque necesitaba sentir su contacto. Entonces él la tomó en sus brazos, la recostó sobre su pecho y la mantuvo en esta posición hasta el amanecer.

Con las primeras luces del alba reanudaron el viaje a través de las Tinieblas del Paraíso. Garth abría la marcha, por ser el más experimentado en métodos de supervivencia. Fue Wren quien lo propuso como guía, y Ellenroh lo aprobó sin vacilar. Nadie igualaba a Garth como rastreador, y se necesitaba la habilidad de un rastreador para salir del pantano.

Pero ni siquiera Garth podía desvelar el misterio de las Tinieblas del Paraíso. La bruma flotaba por doquier, ocultando el cielo, envolviéndolo todo hasta el punto de que nada era visible a más de cinco metros de distancia. La luz era grisácea y débil, diluida por la neblina y reflejada por la humedad, esparciéndose de manera que parecía provenir de todas partes. Nada servía como punto de referencia, ni siquiera los líquenes y musgos que crecían en el pantano, que parecían apiñarse como si huyeran ante la llegada del día, tan desconcertados y perdidos como los componentes del grupo que buscaban su ayuda. Garth fijó un rumbo y se atuvo a él, pero Wren se dio cuenta de que no conseguía encontrar las señales precisas para orientarse. Viajaban sin saber en qué dirección lo hacían, sin posibilidad de poder precisar su avance. Garth se reservaba sus pensamientos, pero Wren podía leer la verdad en sus ojos.

La marcha era firme, pero lenta, en parte porque el pantano era casi intransitable y en parte porque Ellenroh Elessedil estaba enferma. La reina había contraído la fiebre durante la noche, y su estado se había agravado con tal rapidez que, en unas pocas horas, había pasado de los mareos y jaquecas a los escalofríos y la tos. Al mediodía, cuando el grupo se detuvo para tomar una comida rápida, había perdido una gran parte de sus fuerzas. Todavía podía caminar, aunque con ayuda. Triss y Dal compartieron la tarea de sostenerla de pie, cogiéndola por la cintura. Eowen y Wren la examinaron en busca de heridas, temiendo que hubiera resultado herida por alguna de las espinas venenosas del lanzaflechas. Pero no encontraron nada. No era fácil explicar la enfermedad de la reina, y aunque le prestaban toda la atención que podían, nadie tenía la menor idea de cuál podría ser el remedio adecuado para combatirla.

–Me siento ridícula –le confesó a Wren en una ocasión; sus lívidas facciones estaban bañadas por una brillante capa de sudor. Estaban sentadas sobre un tronco, tomando la frugal ración de pan y queso que constituía su comida, envueltas en sus amplias capas–. Me encontraba perfectamente cuando me acosté, pero una sensación extraña me hizo despertar durante la noche. –Esbozó una sonrisa–. No sé describirlo de otro modo. Sólo puedo decir que no me sentía bien.

–Te recuperarás tras otra noche de sueño –le dijo Wren–. Todos estamos agotados.

Pero la dolencia de Ellenroh era algo más que un simple agotamiento, y su estado empeoró a medida que avanzaba el día. Al anochecer se había caído tantas veces que los guardias especiales optaron por llevarla en brazos. El grupo había pasado la tarde enfangado en una hondonada, un aire helado llegaba de alguna parte a la gran extensión de calor volcánico del pantano, helando el agua. Ellenroh, ya al borde de la extenuación,

continuaba debilitándose. Las escasas fuerzas que le quedaban parecían abandonarla. Cuando al fin hicieron un alto para pasar la noche, estaba inconsciente.

Wren observó cómo Eowen Cerise le lavaba la cara mientras Gavilán y los guardias especiales hacían todos los preparativos para acampar. Garth estaba junto a ella con su moreno rostro impasible, pero con los ojos nublados por la duda. Cuando lo miró, el gigante bohemio hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible, y luego le dijo con los dedos: *No consigo interpretar las señales. Ni siquiera puedo encontrarlas.*

Era una amarga confesión. Garth era orgulloso y no aceptaba la derrota con facilidad. Ella lo miró a los ojos y le dio una palmadita como respuesta. *Encontrarás una solución,* le dijo para consolarlo.

Volvieron a comer, sobre todo porque era necesario, reunidos en un pequeño terreno mojado, aunque era el más seco de los alrededores. Ellenroh dormía envuelta en dos mantas, temblando de frío y fiebre, murmurando de vez en cuando y estremeciéndose en sus sueños. Wren se maravillaba ante la fuerza de voluntad de su abuela. Ni en una sola ocasión mientras había luchado con su enfermedad aflojó sus manos del báculo Ruhk. Lo seguía agarrando como si pudiera proteger con su cuerpo a la ciudad y las personas recluidas en la magia de la Loden. En más de una ocasión, Gavilán se había ofrecido a relevarla de la tarea de transportar el báculo, pero ella se había negado a entregárselo. Era una carga que había echado sobre sus hombros, y no estaba dispuesta a que otra persona cargara con ella. Wren pensó en lo mucho que debía de haberle costado conseguir tanta fortaleza: la pérdida de sus padres, de su marido, de su hija, de sus amigos, de casi todos sus allegados. Su vida entera había cambiado con la aparición de los demonios y el amurallamiento de la ciudad de Arborlon. Todo lo que recordaba de Morrowindl, tal y como lo había conocido en su infancia, había desaparecido. Nada quedaba de las esperanzas que debió de albergar para el futuro, salvo la posibilidad de que los elfos y su ciudad pudieran renacer, gracias a su fe y decisión, en un mundo mejor.

Un mundo oprimido por la Federación y atemorizado por los Espectros, donde el uso de la magia había tenido consecuencias nefastas, como en Morrowindl.

Wren esbozó una desganada, amarga e irónica sonrisa.

De pronto pudo ver con claridad las semejanzas entre ambos mundos, la isla y el continente, Morrowindl y las Cuatro Tierras. Pese a sus diferencias, estaban afectados por la misma clase de locura. Los dos estaban infestados de criaturas que se alimentaban de la destrucción; los dos acosados por una enfermedad que trastornaba la tierra y a los seres que vivían en ella. ¿Qué era Morrowindl sino las Cuatro Tierras en un estado avanzado de descomposición? Se preguntó de pronto si estaban conectados de algún modo, si los demonios y los Espectros tendrían un origen común. Volvió a pensar en los secretos que los elfos le ocultaban sobre el pasado de Morrowindl.

Y siguió formulándose nuevas preguntas: *¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué me envió Allanon para conseguir que los elfos regresaran a las Cuatro Tierras? ¿Cómo podrán ellos remediar la situación, y cómo podrán descubrir la forma de conseguirlo?*

Cuando terminó de comer, se quedó un rato sentada junto a su abuela, observando su cara bajo la luz del ocaso, intentado descubrir en las devastadas facciones algún nuevo vestigio de su madre, de la visión que había tenido en aquel sueño ya lejano, cuando le rogaba: *Acuérdate de mí. Acuérdate de mí.* Aquel frágil recuerdo era todo lo que tenía de sus padres, todo lo que le quedaba de su infancia. Allí sentada, con la cabeza de su abuela apoyada en el regazo, decidió pedir a Garth más información sobre su pasado, aunque ya no tenía esperanzas de que quedase mucho por contar, sabiendo sólo que se sentía vacía y desolada, y que necesitaba algo a lo que agarrarse. Pero Garth estaba haciendo guardia, demasiado lejos para llamarlo sin molestar a los demás, y demasiado distanciado de ella para proporcionarle consuelo. Entonces recurrió al contacto familiar de las piedras élficas

guardadas en su bolsa de cuero, pasando la punta de los dedos por su dura y suave superficie, dándoles vueltas bajo la tela de su túnica. Eran la herencia de su madre y el depósito que le había confiado su abuela y, a pesar de sus recelos sobre el papel que pudieran jugar en su vida, no podía desprenderse de ellas. No allí, no en aquel momento, no hasta que se liberara de la pesadilla en que con tanto empeño se había embarcado.

Yo elegí esto, se dijo a sí misma con amargura y dureza. *He venido aquí por mi propia voluntad.*

Para averiguar la verdad, para descubrir quién era y qué era realmente, para unir el pasado con el futuro de una vez para siempre.

¿Qué sé de todo esto? ¿Qué es lo que entiendo?

Eowen fue a sentarse a su lado, y Wren se dio entonces cuenta de lo cansada que estaba. Dejó a su abuela al cuidado de la vidente pelirroja y se dirigió a su propio lecho sin hacer ruido. Envuelta en sus mantas, permaneció con la mirada perdida en la impenetrable noche. El pantano era un laberinto que acabaría engulléndolos a todos sin el menor remordimiento; el mundo, un manto de indiferencia y engaño, de peligros tan innumerables como las sombras que la rodeaban, y de muerte repentina y de sarcásticos fantasmas de lo que podía haber sido. Se encontró pensando en los años de su adiestramiento con Garth, en lo que éste le había enseñado y lo que ella había aprendido. Sabía que necesitaría todos esos conocimientos para sobrevivir. Necesitaría toda la fuerza que pudiera reunir, toda su experiencia, adiestramiento y decisión, y una buena dosis de suerte.

Y algo más.

Sus dedos acariciaron de nuevo las piedras élficas y se retiraron como si quemaran. Podía invocar y controlar su poder siempre que lo deseara. Ya había recurrido dos veces a él para salvarse. En ambas ocasiones lo había hecho con ignorancia o desesperación. Pero presentía que si volvía a utilizarlas, si las empleaba por tercera vez ahora que conocía la magia que contenían y comprendía lo que su utilización implicaba, se arriesgaba a renunciar a todo lo que era para transformarse en algo completamente distinto. Nada volvería a ser igual para ella, se dijo. Nada.

Sin embargo, si consideraba que la fuerza, la experiencia, el adiestramiento y la decisión no le servían de ayuda, si lamentaba la aparente carencia de suerte, parecía que el poder de las piedras era todo lo que le quedaba, lo único a lo que podía recurrir.

Metió la cabeza bajo las mantas y se quedó dormida atrapada en una telaraña de dudas.

3

Wren soñó, y en sus sueños los Ohmsford iban y venían en un caleidoscópico y fragmentario alud de imágenes que explotó en su memoria. Se volcaron en su interior como una avalancha, arrastrándola, sacudiéndola y arrojándola por una pendiente sin fin. Muda espectadora, contempló cómo la historia de sus antepasados adquiría forma en fugaces retazos de tiempo, presenció acontecimientos que sólo conocía de oídas, leyendas del pasado tal y como las narraban Par y Coltar Ohmsford.

Luego se despertó y se sentó llevada por un impulso, sacada de su sueño con una brusquedad alarmante. *Fauno,* que estaba enroscado en su cuello, salió huyendo. Wren miró en las sombras, sintiendo los latidos de su corazón en la garganta y su acelerada respiración. Los demás miembros del grupo dormían a su alrededor, salvo el que estuviese de guardia, una borrosa figura sin rostro apostada en el límite del campamento.

¿Qué ha sido eso?, se preguntó sin poder dominar su nerviosismo. *¿Qué es lo que he visto?*

Algo de lo que había visto en sueños la había despertado, algo tan desconcertante, tan inesperado que le había impedido seguir durmiendo.

¿Qué había sido?

El recuerdo, cuando llegó, fue brusco y sorprendente. Su mano voló al instante hasta la bolsita de cuero que llevaba bajo la túnica.

¡Las piedras élficas!

En los sueños con sus antepasados Ohmsford, había captado una singular visión de Shea y Flick, una fugaz imagen entre otras muchas, una de las numerosas historias que se contaban sobre la búsqueda de la Espada de Shannara. En esa imagen, los hermanos estaban perdidos con Menion Leah en las Tierras Bajas de Clete, al comienzo de su viaje a Culhaven. La destreza y el conocimiento del bosque no parecían servirles de gran ayuda, y hubieran perecido en aquel lugar si Shea no hubiera descubierto a tiempo que poseía la capacidad de invocar el poder de las piedras élficas que el druida Allanon le había entregado, las mismas piedras élficas que ella poseía ahora. En aquella imagen, recuperada durante sus sueños de un almacén de relatos apenas recordados, había descubierto una verdad que había olvidado hacía tiempo: la magia, además de proteger, también podía buscar. Podía mostrar a su poseedor el camino de salida del laberinto más intrincado, podía ayudarle a encontrar lo perdido.

Se mordió el labio con fuerza. Lo había sabido antes, por supuesto... todos lo sabían, todos los descendientes de los Ohmsford. Par le había cantado la historia cuando era pequeña. Pero hacía ya mucho tiempo de eso.

Las piedras élficas.

Estaba inmovilizada bajo las mantas, anonadada por aquella inesperada revelación. Siempre había poseído la capacidad de librarlos de los peligros que encerraban las Tinieblas del Paraíso. Si decidía invocar su magia, las piedras élficas les mostrarían el camino de salida. ¿Lo había olvidado? ¿O había mantenido bloqueada la verdad, decidida a no depender de la magia, a no ser transformada por su poder?

¿Y qué debía hacer ahora?

Durante un momento no hizo nada. Estaba tan paralizada por los temores y las dudas sobre la utilización de las piedras élficas que lo único que podía hacer era quedarse allí sentada, agarrándose a las mantas como si fueran un escudo, esbozando en su mente las opciones que de repente se le presentaban y esforzándose por comprender su sentido.

Luego se levantó, retirando las mantas con un gesto brusco y rechazando con

decisión los temores y las dudas mientras se dirigía sigilosa como un gato hasta donde su abuela dormía. La respiración de Ellenroh Elessedil era superficial y rápida, y sus manos y cara estaban frías. Tenía los rizados cabellos húmedos, y la piel tensada sobre los huesos. Estaba tendida boca arriba, y las mantas la envolvían como una mortaja.

Se está muriendo, se dijo Wren a sí misma, afligida.

Las distintas alternativas se mostraron inoperantes, y al instante comprendió lo que debía hacer. Se deslizó hasta donde estaba Garth, y dudó; luego pasó ante Triss para acercarse al lugar donde descansaba Gavilán.

–Despierta –le dijo en voz baja, tocando suavemente su hombro e intentando que no le temblara la voz. *Díselo a él primero*, pensaba, recordando su afectuosa actitud de la noche anterior. *Él podrá ayudarte–.* Gavilán, despierta. Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo. –Él abrió los ojos, parpadeando.

–Wren, espera, ¿qué estás...? –empezó a decir Gavilán en vano, porque ella ya iba a informar a los demás, para evitar en lo posible los retrasos, tan preocupada y aturdida que no advirtió el terrible miedo que se reflejaba en los ojos de Gavilán–. ¡Wren! –le gritó, levantándose de un salto, y todos se despertaron al oír su voz.

La joven bohemia se puso rígida, observando cómo sus compañeros de viaje aparecían uno tras otro con cautela: Triss y Eowen, seguidos de Dal, que había abandonado su puesto de guardia en el límite del campamento, y Garth, cuya voluminosa silueta se recortó contra las sombras. La reina no se movió.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Gavilán, excitado. Sus palabras estaban cargadas de ira y acusación, y causaron en la joven el mismo efecto que una bofetada–. ¿Qué significa exactamente eso de que vamos a salir de aquí? ¿Desde cuando tienes derecho a decidir lo que hemos de hacer?

El grupo se reunió a su alrededor mientras ellos se enfrentaban. Gavilán estaba sofocado y sus ojos traslucían suspicacia, pero Wren se mantuvo firme, con una mirada tan decidida que él lo pensó mejor y se guardó las palabras que había estado a punto de pronunciar.

–Mírala, Gavilán –imploró Wren, cogiéndolo del brazo y haciendo que se volviera hacia Ellenroh. ¿Por qué era incapaz de comprender? ¿Por qué se empeñaba en complicar tanto las cosas?–. Si seguimos aquí más tiempo, la perderemos. No tenemos otra alternativa. Si la tuviésemos, te aseguro que yo sería la primera en aprovecharla.

Se hizo un silencio tenso. Eowen se volvió hacia la reina y se arrodilló con ansiedad junto a ella.

–Wren tiene razón –dijo en voz baja–. La reina está muy enferma.

Wren mantuvo los ojos fijos en Gavilán, intentando leer sus pensamientos en la expresión de su cara, para hacerle comprender.

–Tenemos que sacarla de aquí.

–¿Sabes cómo hacerlo? –le preguntó Triss, avanzando hacia ella, con la preocupación reflejada en su rostro.

–Lo sé –respondió Wren. Tras mirar un instante al capitán de la Guardia Especial, volvió a clavar sus ojos en Gavilán–. No tengo tiempo para discutir sobre eso, ni para dar explicaciones. Tenéis que confiar en mí. Es necesario que lo hagáis.

–Pides demasiado –respondió Gavilán, que no estaba dispuesto a aceptar órdenes–. ¿Y si estás equivocada? Si la trasladamos y muere...

–Nosotros ya hemos tomado nuestra decisión –dijo Triss con voz serena, mientras recogía los pertrechos e indicaba a Dal que lo ayudara–. La reina no tendrá ninguna oportunidad si no la sacamos de este pantano. Haz lo que puedas, Wren.

Acabaron de recoger lo que quedaba de sus provisiones y equipo, improvisaron una camilla con mantas y palos e instalaron en ella a la reina. Cuando terminaron, se volvieron

en actitud expectante hacia Wren. Ella los miró como si estuviera condenada, pensando en que no tenía alternativas, que debía olvidar sus dudas y temores, las promesas que se había hecho a sí misma sobre la magia y las piedras élficas, y actuar sin demora para salvar la vida de su abuela.

Introdujo la mano bajo su túnica y sacó la bolsa de cuero. Desató con rapidez las cuerdas que la cerraban, y las piedras élficas cayeron en su mano desprendiendo un intenso resplandor azul.

Sintiéndose pequeña y vulnerable, caminó hasta el límite del campamento y permaneció allí durante un breve instante, tratando de descubrir lo que cubría la oscuridad y la niebla. *Fauno* intentó trepar por su pierna, pero la joven se agachó y con delicadeza obligó al jacarino a que se retirara. La bruma se arremolinaba por todas partes, y un pestilente olor a azufre y cenizas empapó su túnica. Una mezcla de neblina y vapor se levantaba de las fétidas aguas del pantano. Sintió que se hallaba en la encrucijada de su vida, empujada por las circunstancias y el destino, y que, sucediera lo que sucediese a continuación, nunca más volvería a ser la misma. Anheló lo que había sido y lo que podría haber llegado a ser, y una salida que no esperaba encontrar.

Temiendo que podía cambiar de opinión si seguía reflexionando sobre ello, extendió el brazo hacia delante con las piedras élficas en la palma de la mano y deseó con todas sus fuerzas que adquirieran vida.

Pero nada sucedió, y sintió que un estremecimiento recorrió su cuerpo de arriba abajo.

Lo intentó de nuevo, concentrándose, pronunciando las palabras en su mente, ordenándolas una tras otra, imaginando que el poder que yacía en las piedras se agitaba y aumentaba. ¡Ella tenía sangre élfica!, pensó con desesperación. Había invocado antes el poder...

Y entonces, de repente, el fuego azul flameó, explotando de las piedras como si hubiera quitado un tapón. Se concentró alrededor de su mano, brillante y sobrecogedor, iluminando el pantano como si la luz del día hubiese irrumpido al fin en el cenagal. Los demás miembros del grupo se retiraron, echándose al suelo en un gesto instintivo de protección y tapándose los ojos. Wren permanecía erguida, sintiendo el poder de las piedras fluir por todo su cuerpo, buscando, investigando para saber si aquello era lo adecuado. Entonces la envolvió un agradable y reconfortante calor, y la luz se proyectó a su derecha segando la bruma y la neblina, los árboles moribundos, los arbustos y las enredaderas, disparándose a través de las desiertas aguas centenares de metros, a más velocidad de la que puede captar el ojo humano, hasta fijarse en un muro de roca que se levantaba en medio de la oscuridad.

¡La Cornisa Negra!

Con la misma rapidez como había surgido, la luz se desvaneció, el poder de las piedras élficas se extinguió, regresando al lugar de donde había salido. Wren cerró los dedos en torno a las piedras, sintiendo un gran agotamiento y, al mismo tiempo, un gran regocijo, traspasada de algún modo por la magia, vigorizada y debilitada a la vez. Temblando a pesar de su resolución, guardó las piedras en la bolsa. Los demás se pusieron de pie, todavía asustados, intentando mirarla a los ojos.

–Allí –dijo ella en voz baja, señalando en la dirección que había seguido la luz.

Durante un breve instante, todos guardaron silencio. La mente de Wren estaba inundada de lo que había hecho, y el flujo de la magia todavía perduraba en su cuerpo. Ahora luchaba contra el sentimiento de culpabilidad por haber incumplido su promesa. Pero no tenía otra elección, se dijo a sí misma; sólo había hecho lo que era necesario. No podía permitir que muriera su abuela. Era lo único que tenía. No volvería a recurrir a la magia; en adelante no sería necesario.

–Apresúrate, Wren, mientras aún haya tiempo –dijo Eowen con su armoniosa voz, disipando las dudas de la joven bohemia.

Iniciaron la marcha con Wren a la cabeza hasta que Garth le dio alcance y ella le cedió el puesto, satisfecha de que alguien estuviera dispuesto a compartir la responsabilidad. *Fauno* regresó a su lado, lo cogió y lo puso sobre su hombro. Triss y Dal transportaban a la reina en la camilla, y ella se rezagó hasta quedar a su altura. Extendió la mano, cogió la de su abuela y la retuvo un instante apretándola con ternura. No obtuvo respuesta. Dejó la mano delicadamente en su sitio y volvió a adelantarse. Pasó junto a Eowen, cuyo blanco rostro parecía perdido y asustado entre las sombras, y cuyo rojo pelo fulguraba contrastando con las sombras de la noche. Eowen sabía lo enferma que estaba Ellenroh, ¿habría previsto en sus visiones el destino de la reina? Wren hizo un gesto negativo, rechazando tal posibilidad. Caminó sola durante un rato, hasta que Gavilán se acercó.

–Perdóname Wren –le dijo en voz baja, pero le resultaba difícil pronunciar esas palabras–. Debería haber considerado que tú no actúas sin razón. Debería haber tenido más confianza en tu criterio. –Esperó su respuesta, pero no la recibió–. Este pantano me nubla el pensamiento. Al parecer, no puedo centrarme como debiera... –Se le apagó la voz.

–No te preocupes –respondió Wren, dando un suspiro–. Nadie puede pensar con claridad en este lugar. –Deseaba encontrar excusas para él–. Esta isla parece engendrar locura. Contraje una fiebre en mi viaje de llegada, y durante un tiempo fui un ser incoherente. Quizás a ti también te haya afectado, aunque no tanto como entonces a mí.

–Al menos ahora puedes ver la verdad –dijo Gavilán haciendo un gesto de asentimiento abstraídamente, como si no la hubiera oído–. La magia ha creado a los demonios y emponzoñado Morrowindl, y la magia nos salvará de ellos. Tus piedras élficas y el báculo Ruhk. Ten paciencia, y pronto lo comprenderás.

Y se volvió hacia atrás. Se marchó de una forma tan brusca que a Wren no le dio tiempo de formular las preguntas que sus comentarios suscitaban, preguntas sobre la creación de los demonios, el papel de la magia en ella y la razón de que las cosas hubieran llegado a su estado actual. Se volvió a medias para seguirlo, pero pensó que era mejor dejarlo. Estaba demasiado cansada para hacer preguntas, demasiado agotada para oír las respuestas en el caso de que se las diera, lo cual era poco probable. Se tragó su sentimiento de frustración, y se obligó a continuar.

Necesitaron toda la noche para salir de las Tinieblas del Paraíso. Wren se vio obligada a invocar el poder de las piedras élficas otras dos veces. Dividida por los impulsos contradictorios de rehuir su flujo y recibirlo con satisfacción, sentía fluir la magia a través de ella como un elixir. La luz azul había cauterizado la oscuridad y cortado la niebla, mostrándoles la ruta hacia la Cornisa Negra. Al amanecer salieron por fin del cenagal y volvieron a pisar tierra seca y firme. Ante ellos, la Cornisa Negra se levantaba en medio de la bruma, una impresionante mole de piedra que se alzaba hacia el cielo. Eligieron un claro en su base y colocaron en el centro la camilla de Ellenroh. Eowen lavó el rostro y las manos de la reina y le dio a beber agua.

Ellenroh se estremeció, y sus ojos parpadearon y se abrieron. Observó las caras que la rodeaban y detuvo su mirada en el báculo Ruhk, todavía agarrado por sus dedos.

–Incorporadme, por favor.

Eowen la obedeció, levantándola hasta sentarla con delicadeza, y le tendió la taza. Ellenroh bebió su contenido poco a poco, deteniéndose con frecuencia para respirar. Su pecho resonaba de forma estentórea, y su rostro estaba enrojecido por la fiebre.

–Wren –dijo en tono suave–, has utilizado las piedras élficas.

–¿Cómo lo sabes? –inquirió la muchacha, arrodillándose intrigada a su lado, y los demás se acercaron también.

–Puedo verlo en tus ojos –dijo Ellenroh Elessedil, esbozando una débil sonrisa–. La magia siempre deja su huella. Lo sé por experiencia propia.

–Las hubiera utilizado antes, abuela, pero había olvidado lo que eran capaces de hacer. Lo siento.

–No es necesario que te disculpes, niña. –Sus ojos azules eran amables y cálidos–. Te he querido mucho, Wren... incluso antes de que vinieras a buscarme, desde el mismo momento en que supe por Eowen que habías nacido.

–Necesitas dormir, Ellenroh –le dijo la vidente.

–No Eowen –respondió la reina cerrando los ojos durante un breve instante y haciendo un gesto negativo–. Lo que necesito es hablar contigo y con todos vosotros.

»Me estoy muriendo –prosiguió la reina abriendo los ojos, fatigados y distantes–. No, no digáis nada. Escuchadme hasta el final. –Los paralizó con la mirada–. Wren, lamento no poder seguir acompañándote. Me gustaría hacerlo. Hemos estado juntas muy poco tiempo. Eowen, esto es más duro para ti. Has sido mi amiga durante toda la vida, y me quedaría para protegerte si pudiera. Sé lo que significa mi muerte. Gavilán, Triss, Dal... habéis hecho por mí todo lo que habéis podido. Pero ha llegado mi hora. La fiebre es más fuerte que yo, y aunque he intentando librarme de ella, mis esfuerzos han sido inútiles. Aurino Estriado me espera, y voy a reunirme con él.

–No, abuela, no digas eso. ¡No lo digas! –exclamó Wren, haciendo un gesto negativo.

–No podemos huir de la verdad, Wren –respondió la reina, buscando su mano y apretándola–. Y tú deberías saberlo mejor que nadie. Estoy muy débil. La fiebre me ha destrozado por dentro, y no hay nada que pueda remediarlo. Me temo que ni siquiera la magia podría salvarme... ninguno de nosotros posee la magia indicada para el caso. Sé fuerte, Wren. Recuerda que tenemos la misma sangre. Recuerda cuánto tenemos en común... y cuánto nos parecemos las dos a Alleyne.

–¡Abuela! –exclamó Wren, llorando.

–¡Una medicina! –susurró Gavilán con apremio–. Tiene que haber alguna medicina que podamos darte. ¡Dínoslo!

–No la hay. –Los ojos de la reina vagaron de rostro en rostro una y otra vez, buscando algo que no encontraba en ellos. Tosió y se tensó durante un momento–. ¿Todavía soy vuestra reina? –preguntó.

Todos hicieron un gesto de asentimiento sin demasiado convencimiento.

–Entonces he de daros una última orden. Si me amáis, si os preocupa el futuro del pueblo élfico, la aceptaréis sin reparos. Prometedme que la obedeceréis.

Lo prometieron, pero intercambiaron miradas furtivas, preguntándose qué podía ser lo que estaban a punto de oír.

–Wren. –Ellenroh esperó a que su nieta se acercara a ella lo suficiente para verla con claridad–. Esto es ahora tuyo. Tómalo.

Le tendió el báculo Ruhk y la Loden. Wren la miraba con incredulidad, incapaz de mover un músculo.

–¡Tómalo! –insistió la reina, y Wren obedeció esta vez–. Ahora, niña, escúchame. Confío la magia a tu custodia. Saca de Morrowindl el báculo con su piedra y llévalos a las Tierras Occidentales. Restablece a los elfos y también su ciudad. Haz que nuestro pueblo vuelva de nuevo a la vida. Haz lo que sea necesario para cumplir la promesa que hiciste al espíritu del druida, pero recuerda también la promesa que me haces a mí. Pon todos los medios necesarios para que los elfos no sufran ningún daño. Dales la oportunidad de volver a empezar.

A Wren le era imposible hablar, anonadada por lo que estaba ocurriendo, esforzándose en aceptar lo que oía. Sentía el peso del báculo Ruhk en sus manos, su mango

liso, frío y pulimentado. *No,* pensó. *¡No, no quiero!*

–Gavilán, Triss, Dal. –La reina susurró sus nombres con voz quebrada–. Protegedla de todo peligro. Ayudadle a llevar a cabo la misión que le ha sido encomendada. Eowen, usa tu visión para guardarla de los demonios. Garth...

Cuando iba a dirigirse al gigantesco bohemio, se detuvo de repente, como si se hubiera encontrado ante algo a lo que no se podía enfrentar. Wren volvió la mirada hacia su amigo, desconcertada, pero el moreno rostro de Garth parecía cincelado en piedra.

–Abuela, yo no debería ser la única responsable de llevar esto –objetó Wren, pero la mano de la reina la asió con violento reproche.

–Tú eres la única. Siempre lo has sido. Alleyne era mi hija y me hubiera sucedido en el trono, pero las circunstancias hicieron que nos separáramos y me la arrebataron. Ella te dejó para que la sustituyeras. No olvides nunca quién eres, niña. Eres una Elessedil. Así naciste y así has crecido, quieras o no aceptarlo. Cuando yo muera, tú serás la reina de los elfos.

Wren se sintió invadida por un fuerte sentimiento de terror. Esto no es real, se dijo una y otra vez. *¡No soy lo que crees! ¡Sólo soy una bohemia! ¡Esto no es lógico!*

–Concédete tiempo, Wren –dijo Ellenroh, volviendo a hablar de nuevo y atrayendo la atención de la muchacha–. Cada cosa llegará en su momento. Ahora sólo debes preocuparte de salvaguardar el báculo y su piedra. Sólo necesitas encontrar la manera de salir de esta isla antes del cataclismo final. El resto llegará por sí mismo.

–No, abuela –gritó Wren–. Llevaré el báculo hasta que te restablezcas, pero sólo hasta entonces, ni un segundo más. No morirás. ¡Abuela, no puedes morir!

–Déjame descansar, por favor –respondió la reina, tragando una larga y lenta bocanada de aire–. Ayúdame a acostarme, Eowen.

La vidente hizo lo que la reina le pedía. Sus verdes ojos reflejaban temor y desamparo mientras miraba la cara de la reina. Todos permanecieron inmóviles durante un momento, contemplando en silencio a Ellenroh. Después Triss y Dal se alejaron para instalar el campamento e iniciar la guardia, hablando en voz baja entre sí. Gavilán se apartó también, y Garth lo siguió. Wren se quedó contemplando el báculo Ruhk, cogido entre sus propias manos.

–No creo que deba... –No pudo concluir la frase.

Sus ojos se levantaron para encontrarse con los de Eowen, pero la vidente de cabellos rojos se dio la vuelta y se alejó. A solas con su abuela, le palpó una mano y percibió el ardor de la fiebre que la abrasaba. La reina dormía, insensible. *¿Cómo podía estar muriéndose? ¿Cómo podía ser? ¡Era inconcebible!* Notó que las lágrimas humedecían sus ojos al recordar lo mucho que había tardado en encontrar a su abuela, el último miembro de su familia, cuánto le había costado y el poco tiempo que había podido disfrutar de su compañía.

No te mueras, imploró con el pensamiento. *Por favor.*

Sintió que algo arañaba sus piernas y, al bajar la vista, descubrió a *Fauno,* que la miraba con ojos muy abiertos y expresión asustada. Soltó la mano de Ellenroh el tiempo suficiente para coger en sus brazos a la pequeña criatura, revolverle el pelaje y colocarla sobre su hombro. El báculo Ruhk descansaba en equilibrio sobre su regazo, como una línea trazada en la luz grisácea entre Wren y la reina enferma.

–Yo no –le dijo en voz baja a su abuela–. No deberías encomendarme esta pesada carga.

Se levantó, llevando consigo al báculo y al jacarino, y se volvió para buscar a Garth. El gigante bohemio estaba a una docena de pasos, apoyado en el muro rocoso. Se irguió al ver que Wren se acercaba. La dura mirada que le dirigió la muchacha le obligó a parpadear.

–Dime la verdad ahora –le ordenó por señas–. ¿Qué hay entre mi abuela y tú?

Nada, respondió Garth, con rostro inexpresivo.

–Pero la forma de mirarte... ¡quería decir algo y sintió mucho miedo!

Tú eras una niña cuando su hija te confió a mi cuidado. Quería asegurarse de que yo no lo había olvidado. Eso era lo que pensaba decirme. Pero vio que no era necesario.

Wren mantuvo su mirada durante un momento más. Quizá fuera cierto, pensó. Pero aquí hay secretos...

«No confíes en nadie», le había aconsejado la Víbora.

Pero no podía hacer eso.

Renunció a seguir interrogando al gigante bohemio y se alejó, todavía aturdida por el torbellino de sucesos en que estaba sumergida, la forma en que la arrastraba sin que tuviera la más mínima posibilidad de ejercer algún control. Miró de nuevo a su abuela, sintiéndose atormentada ante la perspectiva de perderla y al mismo tiempo furiosa por las responsabilidades que la obligaba a asumir. ¿Wren Ohmsford, reina de los elfos? Era increíble. No le importaba quién era o lo que su familia pudiera ser, toda su vida había estado regida por lo que percibía en sí misma, y sólo se veía como bohemia. No se resignaba a dejar de serlo, a olvidar todos los años que había pasado entrenándose, a aceptar lo ocurrido en las últimas semanas como si fuera un mandato que estaba obligada a acatar. ¿Cómo podía decir su abuela que había crecido como una Elessedil? Y por otra parte, ¿por qué los elfos iban a aceptarla como reina? Ella no era una verdadera elfina, a pesar de sus derechos de nacimiento.

Casi sin pensarlo, se dirigió donde se encontraba Gavilán, que estaba recostado sobre los musgosos restos de un árbol, y se acomodó junto a él.

–¿Qué hago con esto? –le preguntó casi con acritud, esgrimiendo el báculo Ruhk ante su rostro.

–Lo que se te ha pedido que hagas, espero –respondió él, haciendo un gesto de indiferencia, con los ojos distantes y vacíos.

–¡Pero esto no es mío! ¡No me pertenece! Para empezar, ni siquiera debiera haberme sido entregado.

–En eso estoy de acuerdo contigo –respondió él, rezumando amargura en su voz–. Pero tu opinión y la mía no cuentan mucho, ¿verdad?

–Eso no es cierto. Ellenroh nunca hubiera hecho esto si no estuviera tan enferma. Cuando se recupere... –Se interrumpió cuando él apartó significativamente la mirada–. Cuando mejore –continuó, y cada una de sus palabras sonaba como el chasquido de un palo al quebrarse–, comprenderá que ha cometido un error.

–No va a mejorar –repuso él, con mirada inexpresiva.

–No digas eso, Gavilán. ¡No lo digas!

–¿Preferirías que mintiera?

Wren lo miró, incapaz de pronunciar una palabra.

–Está bien –prosiguió Gavilán, con una expresión dura en su rostro–. Me doy cuenta de que esta situación no entraba en tus planes, que los elfos no son tu pueblo, que en realidad nada de esto te atañe y que lo único que pretendías era encontrar a Ellenroh y entregarle tu mensaje. ¿No quieres ser reina de los elfos? Muy bien. No tienes por qué serlo. Dame el báculo.

A continuación se produjo un largo y vacío silencio, durante el cual se observaron.

–La sangre de los Elessedil también fluye por mis venas –puntualizó él con rabia–. Éste es mi pueblo, y Arborlon mi ciudad. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Comprendo las cosas mejor que tú. Y no me asusta la utilización de la magia.

De repente, Wren comprendió lo que sucedía. Gavilán había confiado en recibir el báculo Ruhk, en que Ellenroh lo hubiese nombrado su sucesor. Si ella no hubiese

aparecido, probablemente así hubiera sucedido. De hecho, su llegada a Arborlon había cambiado el destino de Gavilán. Sintió una momentánea punzada de desaliento, que enseguida cedió paso a la cautela. Recordó cómo Ellenroh y Gavilán habían disentido a causa de la Loden. Él era partidario de utilizar la magia para volver las cosas a su antiguo estado y restablecer su orden. Ellenroh, por el contrario, creía que había llegado la hora de renunciar a la magia, de regresar a las Tierras Occidentales y vivir como los elfos de la Antigüedad. Ese conflicto debió de influir en la decisión adoptada por Ellenroh de entregarle a ella el báculo.

–Piénsalo bien, Wren –dijo Gavilán, que parecía haber advertido su incertidumbre–. Si la reina muere, no es necesario que su responsabilidad recaiga sobre ti. Si no hubieras venido a Morrowindl, nunca hubiese sucedido. –Se cruzó de brazos en actitud defensiva–. En cualquier caso, todo depende de ti. Si lo deseas, te ayudaré. Te lo dije cuando nos conocimos, y mi ofrecimiento sigue en pie. Estoy a tu entera disposición.

–Gracias, Gavilán –logró articular Wren, incapaz de encontrar otra respuesta.

Se alejó de él, anonadada por la sugerencia. Aunque deseaba librarse de la responsabilidad del báculo, no estaba segura de que debiera entregárselo. La magia era un legado al que no era conveniente renunciar con demasiada ligereza, sobre todo cuando las consecuencias de su uso eran tan importantes. Ellenroh podía haber entregado el báculo a Gavilán, pero había preferido no hacerlo. Wren no estaba preparada para cuestionar la decisión de la reina sin antes reflexionar sobre el asunto.

Pero sentía afecto por Gavilán; confiaba en su amistad y en su apoyo, y eso complicaba las cosas. Comprendía su desilusión, y sabía que tenía razón al afirmar que los elfos eran su pueblo y Arborlon su ciudad, y que ella era una intrusa. Estaba convencida de que Gavilán albergaba las mejores intenciones con todos, al igual que ella.

Una violenta y desesperada determinación arraigó en su interior. *¡Nada de esto importa, porque mi abuela se recuperará! ¡Debe recuperarse, no puede morir! ¡No morirá!* Estas palabras eran una letanía en su mente. Su respiración era descompasada y angustiosa, Y le temblaban las manos.

Hizo un gesto de desesperación, intentando contener las lágrimas.

Por fin, volvió a sentarse junto a su abuela. Aturdida por la pena, bajó la vista hacia el demacrado rostro. *Cúrate, por favor. Debes curarte.*

El cansancio cayó sobre ella como un ladrón y le robó las pocas fuerzas que le quedaban.

Permanecieron acampados todo aquel día junto al muro rocoso, para que Ellenroh pudiera descansar, con la esperanza de que se recuperara. Mientras Wren y Eowen se turnaban para cuidar a la reina, los hombres montaban guardia. El tiempo pasaba, y Wren lo veía huir con aterradora rapidez. Hacía sólo tres días que habían salido de Arborlon, pero parecía que fueran semanas. En torno a ellos, Morrowindl era un mundo gris cubierto por la niebla, un desolado paisaje de sombras y penumbra. Debajo, la tierra retumbaba, manifestando la disconformidad del Killeshan. ¿Cuándo se cumpliría el plazo? ¿Cuánto faltaba para que estallara el volcán y la isla saltara en mil pedazos? ¿Cuánto tardarían los demonios en encontrarlos? ¿Cuánto esperarían Tigre Ty y *Espíritu* hasta darlos por perdidos y decidir que no tenía sentido seguir esperándolos?

Lavó el rostro de Ellenroh, le susurró y le cantó, intentando hacerle bajar la fiebre, atenta al menor síntoma de mejoría. Se mantenía apartada de los demás, salvo de Eowen, pero incluso cuando estaban juntas hablaba poco. Sin embargo, su mente no descansaba, estaba llena de dudas que no podía expresar con palabras. El báculo Ruhk era un recuerdo constante de lo mucho que había en juego. La invadían pensamientos sobre los elfos; podía ver sus caras, oír sus voces e imaginar lo que debían de estar pensando, más atrapados que

ella, más impotentes. Le aterrorizaba el estar tan atada a ellos. No lograba desprenderse de la sensación de que era todo cuanto tenían los elfos, que dependían sólo de ella y de ningún otro componente del grupo. Ella era la única responsable de sus vidas y, por mucho que lo deseara, no podía cambiarlo.

Cayó la noche, y el grave estado de salud de Ellenroh empeoró.

Wren se sentó a solas durante un momento y lloró sin poder contener las lágrimas, hundida por las pérdidas que se cernían sobre ella, presionándola. En muchas ocasiones se había dicho a sí misma que no tenía importancia, que el hecho de no tener padres ni familia, de no tener una historia y una vida que trascendiera a la que estaba viviendo en ese momento no debía tomarlo en consideración. Su viaje a Morrowindl y su encuentro con Arborlon y los elfos la habían cambiado para siempre. Lo que en otro tiempo parecía insignificante, se había convertido, de una manera inexplicable, en su único objetivo. Aunque consiguiera sobrevivir, nunca volvería a ser la misma. La conciencia de lo que le habían hecho la había dejado aturdida. Nunca se había sentido tan sola.

Durmió durante un rato, demasiado exhausta para permanecer despierta, con las emociones embotadas, y despertó al sentir la mano de Garth sobre su hombro. Se incorporó al instante, asustada por lo que pudiera tener que decirle, pero él movió la cabeza sin comunicarle nada, limitándose a señalar.

A menos de dos metros, una abultada y espinosa forma la miraba con ojos que destellaban como los de un gato. *Fauno* daba vueltas a su alrededor, parloteando alocadamente.

–*¿Stresa?* –murmuró Wren con incredulidad. Se levantó enseguida, arrojando la manta a un lado, temblándole la voz–. *Stresa,* ¿de verdad eres tú?

–Regreso de la muerte, Wren de los Elfos –respondió el gatoespino.

Wren hubiera abrazado al gatoespino si hubiera encontrado la manera de hacerlo, pero en lugar de ello carraspeó y se echó a reír.

–¡Estás vivo! ¡No puedo creerlo! –Batió palmas y se abrazó a sí misma–. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Estaba segura de que habías muerto! ¿Qué te sucedió? ¿Cómo conseguiste escapar?

–La... ssppjt... serpiente estuvo a punto de atraparme cuando destruyó la balsa –respondió el gatoespino, avanzando unos pasos. Después se sentó, ignorando a *Fauno,* que no dejaba de corretear–. Fui llevado bajo el agua y arrastrado por la corriente, retrocediendo sin parar... issttt... a través del río Rowen. Tardé varias horas en salir. Cuando lo conseguí, vosotros ya habíais entrado en las Tinieblas del Paraíso.

Fauno pasó demasiado cerca, y el gatoespino erizó las púas en un gesto amenazador.

–Estúpido jacarino. ¡Jssttt!

–¿Cómo nos has encontrado? –preguntó Wren.

Garth se había sentado junto a ellos, y la joven iba traduciéndole por señas la conversación.

–¡Ja! ¡Sspptt! No ha sido fácil, te lo aseguro. Os he seguido el rastro, naturalmente... jssstt... pero habíais errado en todas direcciones desde que entrasteis. Supongo que os perdisteis. Me pregunto cómo pudisteis arreglároslas para encontrar los acantilados.

–Utilicé la magia –dijo Wren, después de dar un profundo suspiro.

El gatoespino silbó.

–No tuve más remedio. La reina está muy enferma.

–Sssttt. Entonces ¿ahora posees tú el báculo Ruhk?

–Sólo hasta que Ellenroh se recupere –respondió inmediatamente la joven bohemia–. Sólo hasta entonces.

Stresa no hizo ningún comentario. Sus ojos amarillos centelleaban.

–Me alegro de que hayas vuelto –repitió Wren.

–Pjjfft. Ya hemos tenido bastante charla por esta noche –respondió el gatoespino con indiferencia–. Es hora de rruuol-l... descansar.

Se dio la vuelta perezosamente y se alejó en busca de un lugar para dormir, mirando a todo el mundo como si nada hubiera ocurrido, como si aquella noche no se diferenciara en nada de las demás. Wren lo siguió con la vista, y luego intercambió una larga mirada con Garth. El corpulento bohemio hizo un gesto de resignación y se alejó.

Wren volvió a taparse con la manta y meció a *Fauno* en sus brazos. Unos segundos después, se dio cuenta de que estaba sonriendo.

4

Ellenroh Elessedil murió al amanecer. Wren estaba a su lado cuando se despertó por última vez. Empezaban a disiparse las sombras de la noche y un pálido tinte violeta coloreaba la niebla cuando la reina abrió los ojos. Fijó en Wren una mirada firme y serena, viendo algo que estaba más allá del ansioso semblante de su nieta. Wren le cogió la mano, reteniéndola con ardiente determinación, y durante un breve instante se dibujó una fugaz sonrisa en la cara de la reina. Después dio un profundo suspiro, cerró los ojos y expiró.

Wren se extrañó de que no pudiera llorar. Era como si no le quedaran lágrimas, como si el temor a que ocurriera lo imposible las hubiera absorbido y ahora que lo imposible ya se había consumado no tuviera ninguna que verter. Curiosamente, aunque se sentía completamente vacía de emociones, se sentía desprotegida, y porque no había ninguna persona a quien quisiera recurrir ni tenía lugar adonde ir, se refugió en la armadura de responsabilidad sobre el destino de los elfos que su abuela le había traspasado.

Fue una buena decisión. Nadie más sabía qué hacer. Eowen era inconsolable, convertida en una frágil y acobardada figura mientras se acurrucaba junto a la mujer que había sido su amiga más íntima. Sus rojos cabellos le cubrían los hombros y parte del rostro, su cuerpo temblaba y le era imposible hablar. Triss y Dal parecían indefensos, anonadados. Ni siquiera Gavilán daba la impresión de reunir la energía suficiente para asumir el control de la situación, como habría hecho en otras circunstancias. Su hermoso rostro estaba demudado, con la mirada fija en el cadáver de la reina. Eran muchos los acontecimientos que minaban la confianza en sí mismos, que destruían la esperanza de conseguir la salvación de los elfos que les había sido encomendada. Aurino Estriado y la reina ya no estaban entre ellos, precisamente las personas a quienes era más difícil suplir. Atrapados en las tierras bajas de las Tinieblas del Paraíso, junto a la ladera de la Cornisa Negra, que aún tenían que escalar, estaban consumidos por la creciente premonición de desastre que pendía sobre sus cabezas.

Pero aquella mañana Wren descubrió en su interior una fuerza que ignoraba poseer. Un componente de su antiguo ser, integrado por la joven educada como bohemia y la sangre de los Elessedil y Shannara con que había nacido, prendió fuego en ella y la impulsó a no desesperarse.

Se levantó, apartándose del cuerpo sin vida de la reina, y miró de frente a sus compañeros de viaje, asiendo el báculo Ruhk con ambas manos, enarbolándolo ante sí como un estandarte, como un testigo de los vínculos que les unían.

–Se ha marchado –dijo con serenidad, atrayendo sus miradas y cruzándolas con la suya–. Ahora debemos prescindir de ella. Debemos seguir adelante para cumplir con nuestro juramento y con sus deseos. Se nos ha encomendado una misión cuya dificultad es cada vez mayor, un cometido ajeno a nuestra voluntad, pero ahora carece de sentido ponerlo en tela de juicio. Todos y cada uno de nosotros nos hemos comprometido a cumplir esta misión. No me considero capaz de llenar el vacío dejado por mi abuela, pero haré cuanto esté en mi mano. Este báculo debería estar en otro mundo, y hemos de hacer todo lo posible para llevarlo hasta él.

Se alejó unos pasos de la reina.

–He tratado a mi abuela durante poco tiempo, pero la he amado como hubiera amado a mi madre si hubiese tenido la oportunidad de conocerla. Era el único familiar con vida que me quedaba. Nos dio a todos lo mejor de sí misma. Merece seguir viviendo entre nosotros. Intentaré no defraudarle. ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

–No necesitas preguntarlo, Señora –respondió Triss sin vacilar–. Ella te entregó el

báculo Ruhk y, mientras vivas, la Guardia Especial se compromete bajo juramento a protegerte y obedecerte.

–Gracias, Triss –dijo Wren, haciendo un gesto de asentimiento–. ¿Y tú, Gavilán?

–Tú mandas, Wren –respondió Gavilán, y sus ojos azules se nublaron.

Miró a Eowen, y ésta se limitó a hacer un gesto de asentimiento, todavía enajenada por el dolor.

–Llevad a la reina a las Tinieblas del Paraíso –ordenó Wren a Triss y Dal–. Buscad una zona de arenas movedizas y devolvedla a la isla para que repose en su seno. –Las palabras luchaban por abrirse camino, claras, graves y cortantes–. Lleváosla.

Transportaron a la reina de los elfos al pantano y la depositaron con cuidado en una ciénaga situada a unos treinta metros. Desapareció rápidamente, para siempre.

Volvieron sobre sus pasos en silencio. Eowen reprimía los sollozos, apoyada en el brazo de Wren. Los hombres eran espectros sin voz, teñidos de plata y gris por las sombras y la bruma.

Cuando llegaron a la base de la Cornisa Negra, Wren se puso frente a ellos.

–Escuchadme. Nuestro grupo ha perdido a una tercera parte de sus miembros, y apenas si hemos logrado alejarnos de las laderas del Killeshan. El tiempo pasa. Si no nos damos prisa, ninguno de nosotros conseguirá salir de la isla. Garth y yo tenemos alguna experiencia para sobrevivir en la selva; pero aquí, en Morrowindl, estamos casi tan desorientados como todos vosotros. Entre todos los que quedamos con vida, sólo hay uno que cuenta con posibilidades de encontrar el camino.

–Tú nos condujiste sanos y salvos a Arborlon –dijo a *Stresa,* volviéndose hacia él, y el gatoespino pestañeó–. ¿Puedes hacer ahora lo mismo en el viaje de regreso?

–Jrrul-l-l, Wren de los Elfos, portadora del báculo Ruhk, lo intentaré por ti, aunque no tengo ninguna razón especial para ayudar a los elfos –respondió *Stresa,* tras mirar a la joven durante un largo rato, con la curiosidad reflejada en sus ojos–. Pero tú has prometido que me llevarás contigo, y confío en que cumplirás tu promesa. Sí, os indicaré el camino.

–¿Conoces la ruta, gatoespino? –preguntó Gavilán, dudando de sus verdaderas intenciones–. ¿O estás jugando con nosotros?

Wren le dirigió una dura mirada de reproche.

–Stttsst. ¿Por qué no intentas encontrarlo tú? –respondió *Stresa.* Después se dirigió a Wren–. No he viajado mucho por esta región. Por aquí, la Cornisa Negra es infranqueable. Jssstt. Debemos... rruul-l-l... dirigirnos hacia el sur para encontrar un sitio por donde podamos escalarla. Vamos.

Recogieron lo que quedaba del equipo, lo cargaron a la espalda y emprendieron la marcha. Caminaron en medio de la penumbra matinal, acosados por el calor y la neblina impregnada de ceniza, siguiendo la línea del despeñadero a lo largo de los límites de las Tinieblas del Paraíso. Al mediodía hicieron un alto en el camino para descansar y comer. Eran un grupo de hombres y mujeres taciturnos, de expresión dura, cuyos furtivos e inquietos ojos escrutaban la ciénaga sin cesar. Aquel día, la tierra estaba silenciosa y el volcán descansaba. Pero desde el pantano llegaba el sonido de unos seres dedicados a la caza, gritos y aullidos lejanos, el chapoteo del agua y el gruñido de las criaturas enzarzadas en la lucha. Los ruidos los persiguieron cuando continuaron el penoso avance, como un ominoso aviso de que se estaba tendiendo una red a su alrededor.

Hacia media tarde encontraron el paso elegido por *Stresa,* un empinado y tortuoso sendero que desaparecía entre las rocas como la lengua en las fauces de una serpiente. Iniciaron el ascenso sin pérdida de tiempo, deseando distanciarse cuanto antes de los sonidos que los perseguían, con la esperanza de alcanzar la cima antes del anochecer.

Pero no lo lograron. La oscuridad cayó sobre ellos cuando se encontraban a media escalada, y *Stresa* los llevó a un estrecho reborde parcialmente protegido por un saliente

para pasar la noche, un lugar que les hubiera ofrecido una amplia vista de las Tinieblas del Paraíso si no lo hubieran impedido las brumas, que cubrían todo el terreno con un grisáceo sudario sin fin.

Consumieron la cena sin apetito y de forma apresurada. Después uno se quedó de guardia mientras los demás hacían los preparativos para pasar la noche. La combinación de niebla y oscuridad era tan completa que sólo podían ver lo que tenían muy cerca, con la inquietante impresión de que la isla entera se había derrumbado bajo sus pies, dejándolos suspendidos en el aire. De la neblina surgían sonidos guturales y amenazadores, una cacofonía incorpórea y de indefinible procedencia. La escuchaban en silencio, sintiendo que los acosaba, que se estrechaba a su alrededor.

Wren intentaba pensar en otras cosas, envuelta en su manta, helada a pesar del calor que se desprendía del pantano. Pero sus pensamientos eran inconexos, dispersados por una creciente indiferencia ante todo lo que fuera real. Había sido despojada de su convicción de quién era y qué era, y sólo le quedaba una vaga impresión de lo que podía llegar a ser; pero esto, evidentemente, estaba fuera de su comprensión y control. Su vida había sido desviada de su seguro sendero y asentada en un llano vacío, donde podía ser zarandeada como una hoja por el viento. El espíritu de Allanon y su abuela le habían encomendado sendas misiones, y no sabía lo suficiente sobre ellas para descubrir la manera de llevarlos a cabo. Recordó las razones que la habían llevado a aceptar la propuesta de Cogline de ir al Cuerno del Infierno hacía ya muchas semanas. Había ido, según creyó entonces, para saber más de sí misma, para descubrir la verdad. ¡Qué extraño parecía ahora! Su identidad y su misión cambiaban con tanta rapidez como la noche sucede al día. La verdad era un huidizo trocito de seda que era imposible coger. Se alejaba revoloteando cada vez que ella se acercaba, desgastado y deshilachado; un vislumbre de color y luz. Pero había tomado la decisión de seguir el rastro de las hebras que dejaba tras de sí, finos trozos brillantes que un día la conducirían al tapiz del que se habían desprendido.

Encuentra a los elfos y devuélvelos al mundo de los hombres.

Lo intentaría.

Salva a mi pueblo y dale una oportunidad de vida.

También lo intentaría.

Y, al intentarlo, tal vez encontrara la forma de sobrevivir.

Dormitó durante un rato, recostada contra la pared rocosa, con las piernas dobladas contra el pecho y rodeando con los brazos el pulimentado báculo Ruhk. *Fauno* dormía a sus pies, entre los pliegues de la manta, y *Stresa* era una bola entre las sombras de un nicho de piedra. Percibió movimientos a su alrededor cuando realizaron el cambio de guardia. Pensó en pedir un turno, pero no lo hizo. Había dormido poco las dos últimas noches y necesitaba recuperar fuerzas. Ya tendría tiempo de hacer guardia. Apoyó la cara en las rodillas y se perdió en la oscuridad de su mundo interior.

Avanzada la noche, nunca estuvo segura de cuándo, la despertó el áspero roce de una bota sobre la roca, producido por alguien que se aproximaba. Levantó un poco la cabeza, escudriñando la oscuridad bajo el cobijo de su manta. La noche era negra y densa a causa de la ceniza, la niebla reptaba hacia abajo por la ladera de la montaña y se posaba sobre el reborde como una serpiente al acecho. De la penumbra surgió una figura que avanzaba agachada, con movimientos rápidos y furtivos.

Wren alargó la mano lentamente en busca del mango de su cuchillo.

–Wren –susurró la figura.

Era Eowen. La joven levantó la cabeza en señal de reconocimiento y observó a la vidente mientras se acercaba y se acomodaba a su lado. Eowen iba envuelta en su capa, y tenía el pelo revuelto y enmarañado, la cara arrebolada y sus ojos reflejaban un gran espanto, como si acabara de ver algo terrorífico. Su boca se tensó cuando empezó a hablar,

y después rompió a llorar. Wren la atrajo hacia sí, sorprendida de su vulnerabilidad, de una carencia de fuerza que no había mostrado hasta que murió la reina.

Eowen se enderezó, se enjugó los ojos y aspiró profundamente el aire nocturno, realizando un gran esfuerzo para recobrar la compostura.

–No puedo evitarlo –dijo–. Cada vez que pienso en ella, cada vez que la recuerdo, vuelvo a angustiarme.

–Ella te quería mucho –afirmó Wren intentado consolarla, recordando su propio cariño por la difunta reina.

–He venido a revelarte la verdad sobre los elfos, Wren –dijo la vidente, haciendo un gesto de asentimiento.

Wren esperó, muda e inmóvil, sintiendo que se abría en su interior un pozo frío y sin fondo.

Eowen fijó la mirada en la brumosa noche, en el vacío que las rodeaba, y dio un largo y profundo suspiro.

–Hace mucho tiempo tuve una visión en la que me vi junto a Ellenroh. Ella estaba alegre y rebosante de vitalidad, radiante contra un pálido fondo que parecía un crepúsculo invernal. Yo era su sombra, vinculada a ella, atada a ella. Hiciera lo que ella hiciese, también yo lo hacía... Me movía cuando ella se movía, hablaba cuando ella hablaba, sentía su felicidad y su dolor. Estábamos fundidas en una sola. Pero entonces Ellenroh empezó a desvanecerse, a desaparecer; su color fue aclarándose, sus contornos desdibujándose. Se esfumó. Sin embargo, yo me quedé todavía como una sombra sola, en busca de un cuerpo al que adherirme, y apareciste tú... Yo no te conocía aún, pero sabía que eras la hija de Alleyne, la nieta de Ellenroh. Te volviste hacia mí y yo me acerqué. Mi entorno se hizo oscuro y ominoso. Una cortina de niebla cayó ante mis ojos y sólo me permitió ver una especie de calina de brillante de color escarlata. El helor me caló hasta los huesos, y sentí que la vida huía de mí.

»La visión terminó, pero comprendí su significado –prosiguió, haciendo un gesto de resignación–. La reina moriría y, cuando lo hiciera, yo moriría también. Tú estarías presente para presenciarlo... quizá para participar en ello.

–Eowen. –Wren pronunció su nombre en voz muy baja, asustada.

–No tengo miedo, Wren –dijo la vidente, mirándola, y sus ojos verdes se nublaron–. Ser vidente es, a la vez, un don y una maldición, pero siempre rige la vida de la persona que posee esa facultad. He aprendido a no temer ni tampoco a negar lo que se me muestra, a limitarme a aceptarlo. Ahora acepto que mi tiempo en este mundo está a punto de acabar, y no me gustaría morir sin manifestarte la verdad que tanto deseas conocer.

»La reina no podía hacerlo, ya sabes –prosiguió Eowen, ciñéndose la capa a los hombros–. Le resultaba muy difícil, aunque quería decírtelo. Quizá con el tiempo se hubiera decidido a hacerlo. Pero la mayor pesadilla de su vida era el daño producido por la magia de los elfos, el mal que había causado. Yo fui leal a Ellenroh durante toda su vida, pero ahora que ha muerto he quedado exonerada... al menos respecto a esto al menos. Debes saberlo, Wren. Debes saber y juzgar por ti misma, porque eres hija de tu madre y eso significa ser reina de los elfos. La sangre de los Elessedil se manifiesta en ti, no lo dudes más. Lo he visto en mis visiones: eres la esperanza de los elfos, en el momento presente y también en el futuro. Has llegado a salvarlos, si es que su destino es la salvación. Puesto que has aceptado la custodia del báculo Ruhk y de la Loden, y puesto que las piedras élficas te protegen, creo que lo único que te falta saber es lo que hasta ahora se te ha ocultado: el secreto del renacimiento de la magia de los elfos y de la corrupción de Morrowindl.

–Eowen, aún no he decidido asumir la responsabilidad... –dijo la joven, haciendo un gesto negativo.

–La mayor parte de nuestras decisiones nos son impuestas, Wren Elessedil –la interrumpió Eowen–. Créeme, yo entiendo eso mucho mejor que tú, y creo que también lo entendía mejor que la reina. Ella era una gran persona, Wren. Hacía todo el bien que podía, y no debes culparla por lo que voy a decirte. Debes reflexionar sobre mi relato; si lo haces, comprenderás que Ellenroh estuvo prisionera desde el principio, y que todas las decisiones que parecían suyas, en realidad le fueron impuestas. Si ella te ocultó la verdad, era porque te quería demasiado. No podía soportar la idea de perderte. Eras todo lo que le quedaba.

Su pálido rostro se reflejaba en la neblina como un fantasma, y su voz volvía a ser un susurro.

–Sí, Eowen –dijo Wren–. Y ella era todo lo que me quedaba a mí.

Las delgadas manos de la vidente, frías como el hielo, se extendieron para coger las de Wren, que no pudo evitar un estremecimiento al sentir su contacto.

–Entonces escucha mis palabras, hija de Alleyne, esperanza de los elfos. Escucha atentamente. –Los ojos esmeralda relucieron igual que las hojas cubiertas de escarcha a la luz del amanecer.

»Cuando los elfos llegaron a Morrowindl, la isla era virgen y fértil, un paraíso inimaginable, donde todo era limpio y seguro. Los elfos recordaban lo que habían dejado atrás, un mundo que ya empezaba a dar evidentes muestras de deterioro, a enfermar allí donde los Espectros habían pululado para reproducirse y alimentarse, un mundo que se doblegaba bajo el peso de la tiranía de la Federación y el avance de unos ejércitos que sólo sabían obedecer sin hacerse ninguna pregunta. Ésa era una situación que ya duraba mucho tiempo, Wren, y los elfos la soportaron durante innumerables generaciones.

»No querían que aquello se repitiera, y empezaron a pensar en la forma de protegerse a sí mismos y el lugar que acababan de descubrir. Podría llegar un día en que la Federación tomara la decisión de extenderse más allá de las fronteras de las Cuatro Tierras, y era muy probable que también lo hicieran los Espectros. Creyeron que sólo la magia podía protegerlos, y la magia con que contaban entonces no procedía de la sabiduría druídica ni de las enseñanzas del mundo moderno, sino del redescubierto poder de sus comienzos. Esa magia era inmensa e incontrolable, y todavía estaba en su infancia. Olvidaron las lecciones de los druidas, del Señor de los Hechiceros, de los Portadores de la Calavera y de todos aquellos que habían sido sus víctimas en el pasado. Ellos no sucumbirían, se dijeron a sí mismos. Ellos serían más listos, más cuidadosos y más diestros al utilizarla.

»Algunos de ellos tenían... experiencia en crear nuevos seres con la magia –prosiguió la vidente, tras respirar profundamente y soltar las manos de Wren para echar hacia atrás sus enmarañados cabellos–. Criaturas vivientes, Wren... especies nuevas que podían satisfacer sus necesidades. Habían descubierto un método para extraer la esencia de criaturas de la naturaleza y, mediante el uso de la magia, nutrirla de manera que, al desarrollarse, se convirtiera en una variedad del ser sobre la que había sido modelada. Sólo podían obtener perros a partir de otros perros, y gatos a partir de gatos, pero más corpulentos, fuertes, ágiles y listos. Pero ése fue sólo el principio. Progresaron con rapidez en la combinación de diferentes formas de vida, creando animales que reunían las mejores cualidades de las combinadas. Ése fue el origen de los gatoespinos... y docenas de otras especies. Eran los primeros experimentos del nuevo empleo de la magia, bestias que podían pensar y hablar tan bien como los humanos, bestias que podían pastar, cazar y vigilar a cualquier enemigo mientras los elfos estaban seguros.

»Al principio, todo funcionaba a las mil maravillas. Las criaturas se desarrollaban y servían para los fines previstos. Pero, con el paso del tiempo, algunos de los artífices empezaron a aportar nuevas ideas para el uso de la magia. Si habían tenido éxito en lo primero, decían, ¿por qué no habrían de tenerlo de nuevo? Si podían formarse animales mediante la magia, ¿por qué no algo más complicado? ¿Por qué no duplicarse a sí mismos?

¿Por qué no formar un ejército de seres humanos que lucharan en su lugar, en caso de que se produjera un ataque, mientras ellos permanecían tras las murallas de Arborlon?

Eowen movió la cabeza lentamente, torciendo sus delicadas facciones ante alguna horrible visión interior.

–Entonces crearon a los demonios... o a los seres que acabarían convirtiéndose en demonios. Tomaron algunas partes de sí mismos, carne y sangre, para empezar, pero después agregaron recuerdos, emociones y todos los componentes incorpóreos de sus espíritus, y los dotaron de vida. Estos nuevos elfos, porque entonces eran elfos, fueron creados para convertirlos en soldados, cazadores y guardianes del reino, y no sabían otra cosa ni tenían otras necesidades o deseos que los de servir. Parecían ideales. Sus creadores los enviaron a vigilar las costas de la isla. Eran autosuficientes; no había necesidad de preocuparse por ellos.

»Según me han dicho –prosiguió bajando la voz hasta que se convirtió en un murmullo–, estuvieron casi olvidados durante un tiempo, como si no pudieran producir posteriores consecuencias.

»Entonces empezaron los cambios –continuó, cogiendo las manos de Wren y las apretó entre las suyas–. Poco a poco, los nuevos elfos empezaron a alterarse, cambiando su aspecto y personalidad. Esto sucedía lejos de la ciudad, fuera de la vista de la gente y, por lo tanto, nadie pudo detener el proceso o tomar medidas contra él. Algunas de las primeras criaturas creadas por la magia, como los gatoespinos, hablaron con los elfos y les contaron lo que estaba sucediendo, pero nadie les prestó atención. A fin de cuentas, sólo eran animales, a pesar de sus capacidades, y no concedieron ninguna importancia a sus advertencias.

»Los nuevos elfos, ya casi transformados en demonios, empezaron a desertar de sus puestos, a desaparecer en las selvas, a cazar y matar cuanto les salía al paso. Los gatoespinos y demás animales fueron sus primeras víctimas, y los elfos de Arborlon serían las siguientes. Se hicieron ímprobos esfuerzos para acabar con aquellos monstruos, pero fueron dispersos y mal dirigidos, y, por otra parte, los elfos se negaban a aceptar que el problema no radicaba en algunas de sus creaciones, sino en todas ellas. Cuando por fin se dieron cuenta de que habían sido incapaces de prever los desastrosos efectos de la magia, la situación era incontrolable.

»En aquellos días ya reinaba Ellenroh. Su padre había infundido en la Quilla la magia de la Loden para lograr un escudo tras el que pudieran refugiarse los elfos, que en verdad parecían bien protegidos. Pero Ellenroh no estaba tan segura. Decidida a eliminar a los demonios, llevó a sus guardias especiales a las junglas para descubrirlos. Pero la magia había actuado con demasiada eficacia en este caso concreto, haciendo que los demonios fueran muy fuertes. Una y otra vez rechazaban a los elfos. La guerra se prolongó durante años, en una terrible e interminable lucha por la supremacía de la isla, asolando Morrowindl y convirtiendo la vida sobre ella en una pesadilla que trascendía la razón.

»Por último, presionada por la ingobernabilidad de la magia y la ferocidad de los demonios, Ellenroh ordenó que los elfos se encerraran en la ciudad. –Sus manos se crisparon, duras y rígidas–. Eso ocurrió hace diez años, y puso fin al más mínimo contacto con el mundo exterior.

–Pero ¿por qué no eliminaron a esas criaturas con la misma magia que las había creado? –preguntó Wren.

–¡Oh, Wren, era demasiado tarde para eso! –Eowen se balanceó como si estuviera meciendo a un niño–. ¡La magia se había agotado! –Sus ojos tenían una mirada distante y extraviada–. Toda magia procede de una fuente. La magia de los elfos no es una excepción. En su mayor parte procede de la tierra; es un entretejido de la vida que en ella reside. La isla fue la fuente de la magia utilizada para crear a los demonios y a todos los seres que les

antecedieron: su tierra, su aire, su agua y los restantes elementos de su vida. Pero la magia es costosa y tiene sus propios límites. El tiempo se encarga de reponer la que se consume, pero lo hace muy despacio. Lo que los elfos no advirtieron era que los demonios, a medida que cambiaban, empezaban a su vez a necesitar de la magia. Creados a partir de ella, descubrieron que la necesitaban para sobrevivir. Empezaron a extraerla de forma sistemática de la tierra y de los seres que vivían en ella, matando todo aquello de lo que se nutrían. La devoraban con más rapidez de su capacidad de regenerarse. La isla empezó a cambiar, a agostarse, enfermar y morir. Era como si no pudiera protegerse de las criaturas que la asolaban; demonios y falsos elfos. Cuando los elfos admitieron la verdad, no quedaba magia suficiente para cambiar la situación. Los demonios ya eran demasiado numerosos para ser destruidos. Todo lo que se encontraba fuera de la ciudad quedó a su merced. Morrowindl sobrevivió, aunque a duras penas, pero había sido subvertida, transformada en erial o en sanguinaria jungla, y casi todo lo que vivía en ella mataba con tanta rapidez y seguridad como los demonios. La naturaleza había perdido su equilibrio. El Killeshan despertó de su sueño e hirvió dentro de su caldera. Al fin, la magia de la isla empezó a agotarse por completo, y eso impulsó a los demonios a poner sitio a Arborlon. Los efluvios de la magia de la Quilla les resultaban irresistibles. Eran atraídos por ellos con la fuerza que el imán atrae al hierro, y se propusieron nutrirse de ella.

–Y ahora vendrán también por nosotros, ¿verdad? –inquirió Wren, palideciendo–. Tenemos la magia de la Quilla, toda la magia de Arborlon y de los elfos, almacenada en la Loden, y no renunciarán a apoderarse de ella.

–Sí, Wren. Es de esperar. –La voz de Eowen se había reducido a un siseo–. Pero eso no es lo peor de lo que tengo que decirte. Hay otras cosas. Escúchame. Es bastante malo que los elfos crearan a los demonios que los destruirían, que corrompieran Morrowindl hasta hacer imposible su salvación, que tal vez se aniquilaran a sí mismos como pueblo. Ellenroh apenas podía soportar el pensar en eso, en el papel que había desempeñado en la extracción de la magia de la isla, o en su fracaso cuando intentó restablecer el orden de las cosas. Pero lo que más la desolaba era la razón que había impulsado a los elfos a trasladarse a Morrowindl. Lo hicieron para liberarse de la Federación y de los Espectros, y de todo lo que ambos representaban, para apartarse de la locura, para volver a empezar en un mundo nuevo. ¡Pero fueron los elfos quienes arruinaron el mundo antiguo!

–¿Los elfos? ¿Cómo es posible? ¿Qué estás diciendo Eowen? –preguntó Wren, con los ojos desencajados por el asombro y la incredulidad.

Tragó una bocanada de aire como si intentara reunir la energía necesaria para lograr que la vidente de cabellos rojos continuara.

–Después de que los demonios se adueñaran de casi toda Morrowindl, cuando ya no tuvieron la más mínima duda de que la isla estaba perdida y de que los elfos era prisioneros de su propia insensatez, la reina descubrió e hizo que se presentaran ante ella todos aquellos que todavía intentaban jugar con el poder, estúpidos hombres y mujeres que parecían incapaces de aprender de sus propios errores, que continuaban creyendo que podían controlar la magia. Entre ellos estaban los que habían creado a los demonios. Los expulsó de la ciudad no por lo que habían hecho, sino por lo que intentaban hacer. Intentaban utilizar la magia de otra forma, de la forma que se había empleado unos trescientos años antes, en los días que siguieron a la muerte de Allanon y la desaparición de los druidas de las Cuatro Tierras.

»No todos los que reivindicaban los antiguos métodos vinieron a Morrowindl, ni todos los elfos procedían de las Cuatro Tierras –prosiguió, tras una breve pausa–. Quedaban detrás un puñado de practicantes de la magia, repudiados por su pueblo, expulsados por los sucesores de Elessedil. –Su voz se hizo casi inaudible–. Ese puñado, Wren, creó otra clase de monstruos.

Siguió un largo y sobrecogedor silencio mientras la vidente y la joven bohemia se miraban. Un frío concentrado en el estómago de Wren empezaba a serpentear hacia sus miembros.

–¡Maldita sea! –exclamó horrorizada por la verdad que ahora se confiaba, una verdad que les había sido ocultada a quienes fueron convocados al Cuerno del Infierno por el espíritu de Allanon–. ¡Estás diciendo que los elfos crearon a los Espectros!

–No, Wren. –La voz de Eowen era ronca–. Los elfos no crearon a los Espectros. Los elfos *son* los Espectros.

La respiración se quedó estancada en su garganta, formando un nudo que amenazaba con estrangularla. Recordó al Espectro del Ala Desplegada, la que había seguido su rastro durante tanto tiempo, la que habría acabado con su vida si no hubiese utilizado las piedras élficas. Intentó imaginarla como un elfo, pero no lo consiguió.

–Elfos, Wren. –La voz de Eowen volvió a captar su atención–. Mi pueblo, el de Ellenroh. El tuyo. Sólo unos pocos, compréndelo, pero elfos al fin y al cabo. Supongo que ahora hay otros, pero al principio eran sólo elfos. Buscaban ser algo mejor, creo, algo más. Pero se equivocaron y se convirtieron en... lo que ahora son. Incluso entonces, se negaron a cambiar, a buscar ayuda. Ellenroh lo sabía. Todos los elfos lo sabían, al menos durante un tiempo. Por eso abandonaron su país natal. Estaban horrorizados por lo que habían hecho sus hermanos. Estaban consternados por el mal uso que habían hecho de la magia, porque la magia que practicaban era impredecible y mutable en el mejor de los casos, y lo que creaban no siempre respondía a sus deseos.

»¿Comprendes por qué la reina no podía revelarte la verdad? –prosiguió, esbozando una amarga sonrisa–. ¿Comprendes el peso que soportaba? ¡Era una Elessedil, y sus antepasados habían permitido que eso ocurriera! Ella misma había contribuido a la mala utilización de la magia, aunque sólo porque era lo único que podía hacer si quería salvar a su pueblo. Ésa era la razón de que te lo ocultara. Incluso ahora me pregunto si no habré cometido un error...

–¡Eowen! –Wren le apretó las manos, dispuesta a no soltarlas–. Has hecho bien en decírmelo. Mi abuela debería haberlo hecho al principio. Es una verdad espantosa, atroz, pero...

En su voz se traslucía la desesperanza, mientras fijaba sus ojos en los de la vidente. *No confíes en nadie,* le había advertido la Víbora. Ahora comprendía por qué. Los secretos de trescientos años yacían esparcidos a sus pies, y sólo la presencia de la muerte los había expuesto.

–Te he revelado suficientes verdades por esta noche –dijo Eowen, liberando sus manos de las de la joven y levantándose–. Hubiera preferido no tener que hacerlo.

–No, Eowen...

–Sé generosa, Wren Elessedil. Perdona a la reina. Y a mí. Y a los elfos, si es que puedes hacerlo. Recuerda la importancia de la misión que se te ha encomendado. Lleva la Loden a las Cuatro Tierras. Permite que los elfos empiecen de nuevo. Permite que ayuden a enderezar las cosas.

Se dio media vuelta, ignorando el ruego de Wren para que se quedara, y se alejó.

Wren permaneció despierta, contemplando cómo la bruma se arremolinaba, intentando atravesar con la mirada las oscuras e impenetrables sombras de la noche. Escuchaba los movimientos de los que estaban haciendo guardia, la respiración de los que dormían, el mudo susurro de sus pensamientos, que luchaban abiertamente con la verdad revelada por Eowen.

Los Espectros son elfos.

Las palabras se repetían como un susurro de advertencia. Ella era la única que lo

sabía, la única que podía prevenir a los demás. Pero para poder hacerlo, tenía que salir de Morrowindl. Tenía que sobrevivir.

La noche parecía cerrarse a su alrededor. Ella había querido conocer la verdad, y ahora la conocía. Era un triunfo amargo, doloroso, y aún no había calculado la magnitud del precio pagado por conseguirlo.

¡Oh, abuela!

Sus manos, agarraban el báculo Ruhk, mientras insufribles sentimientos de frustración, ira y tristeza inundaban todo su ser. Había descubierto su derecho de primogenitura, su identidad y la historia de su vida, y ahora deseaba que todo aquello desapareciera para siempre. Era vil y corrupto, marcado por la traición y la locura. Lo aborrecía.

En aquellos amargos instantes, cuando la depresión de su ánimo alcanzó su punto máximo, cuando parecía que nada peor podría suceder, un pensamiento aún más lúgubre se impuso a todos los demás.

Los Espectros son elfos... y tú llevas a toda la nación élfica de regreso a las Cuatro Tierras.

¿Por qué?

La pregunta quedó suspendida como una acusación en el silencio de su mente.

5

Wren continuaba luchando con la ambigüedad de la misión que le había encomendado su abuela Ellenroh, cuando los supervivientes del grupo despertaron al amanecer.

Por una parte, miles de vidas dependían de que trasladara la Loden y el báculo Ruhk de la isla de Morrowindl a las Tierras Occidentales. Toda la nación élfica, salvo los jinetes alados que residían en las islas costeras y no habían emigrado con los elfos terrestres a Morrowindl, estaba encerrada por la magia, y así permanecería hasta que Wren u otro miembro de la expedición, en caso de que ella muriese, la liberara. Si fallaba, los elfos perecerían, la más antigua de las razas, la única superviviente del mundo fantástico, cuya historia se remontaba a la creación del mundo.

Aunque tal vez fuese preferible que eso ocurriera.

Se estremecía cada vez que repetía las palabras de Eowen: *Los elfos son los Espectros.* Los elfos, con su magia y su empeño en restablecer el pasado a toda costa, se habían transformado en monstruos. Habían creado a los demonios. Habían devastado Morrowindl e iniciado la destrucción de las Cuatro Tierras. Prácticamente, era posible achacarles todos los peligros que los amenazaban. Considerando esta verdad, tal vez fuese preferible que la raza se extinguiera por completo.

No creía que sus preocupaciones fueran exageradas. Una vez que los elfos se hubieran restablecido en las Tierras Occidentales, nada les impediría reiniciar la práctica de la magia con resultados terribles y destructivos. No podía asegurarse que Ellenroh hubiera conseguido desembarazarse de todos aquellos que deseaban jugar con el poder de la magia, que algunos de ellos no hubieran sobrevivido. Si realmente habían logrado sobrevivir algunos, les sería muy fácil reanudar los experimentos y crear nuevas clases de monstruos, nuevos horrores que Wren ni siquiera se atrevía a imaginar. ¿No habían demostrado ya los elfos que eran capaces de cualquier cosa?

Igual que los druidas, pensó con tristeza, víctimas de unos mal entendidos deseos de saber, de una temeraria autoconfianza, de la insensata creencia de que podían dominar algo que por su propia naturaleza era poco fiable.

¿Cómo habían podido llegar a tales extremos unas gentes con tantos años de experiencia en el uso de la magia, un pueblo introducido en el nuevo mundo por la devastación del mundo fantástico recibiendo unas lecciones que nunca debieron olvidar? Es muy probable que previeran algunos de los peligros con que se tropezarían cuando empezaran a transferir a la naturaleza la enfermiza concepción de su propia imagen y, casi con toda seguridad, que se dieran cuenta de que había un elemento erróneo. Sin embargo, el paso del tiempo había hecho a los elfos tan humanos como las otras Razas, transformándolos de criaturas fantásticas en mortales, y alterando sus percepciones y conocimientos. ¿Por qué no iban a ser tan propensos a equivocarse como los demás seres, desde los druidas hasta los hombres?

Los elfos. Ella era una elfina y, además, una Elessedil. Aunque deseara lo contrario, estaba carcomida por las consecuencias de los errores de su pueblo, y por el alto coste que habían pagado: una tierra, una nación, innumerables vidas, la salud y la paz del mundo. Ellos habían dado lugar a que se produjeran los acontecimientos que llevarían a su destrucción. Su pueblo. Podía argüir que era bohemia, que sólo compartía con los elfos su ascendencia y sus rasgos físicos, pero era un argumento vano e inconsistente. Garth le había enseñado que la responsabilidad no se limitaba al ámbito personal. Ella formaba parte de todo lo que la rodeaba, y no sólo la supervivencia, sino la dimensión general de su

vida estaba directamente relacionada con la aceptación de esta verdad. No podía huir de los sinsabores del mundo ni ser ajena a su dolor. En otra época, los elfos habían sido los sanadores más notables, y tenían encomendado el mantenimiento de la integridad de la tierra e inculcar en los demás los conocimientos para conseguirlo. ¿Qué había sucedido con aquella misión? ¿Cómo habían podido llegar los elfos a tal grado de extravío?

Comió en silencio, sin paladear los alimentos, abstraída en sus reflexiones. Eowen se sentó frente a ella, con la mirada baja. Garth y los demás hombres pasaron a su lado sin verlas, concentrados en las dificultades del viaje que les esperaba. *Stresa* ya había salido a explorar, en busca de una ruta segura y *Fauno* era una bola de pelo en su regazo.

¿Qué debo hacer?, se preguntaba con desesperación. *¿Qué será lo mejor?*

Cuando reanudaron la escalada de la Cornisa Negra, aún no había encontrado la respuesta. El día era tan oscuro y neblinoso como los anteriores, el Sol quedaba oculto por la bruma cenicienta, el aire era denso, caliente y olía a azufre. A sus espaldas se elevaban sonidos de las Tinieblas del Paraíso: una confusa mezcla de gritos y aullidos esparcidos en la bruma, inconexos y distantes. Abajo, las criaturas cazaban, pastaban y luchaban para vivir un día más. Arriba sólo había silencio, como si sólo las nubes esperaran su llegada. El sendero era empinado y tortuoso, y con frecuencia retrocedía sobre sí mismo en una laberíntica masa de salientes, precipicios y desfiladeros. De vez en cuando caían breves pero fuertes aguaceros, que mojaban la tierra y la roca tornándolas resbaladizas, pero pronto se secaban a causa del calor.

Los pensamientos más dispares vagaban en la mente de Wren. Se encontró añorando cosas pasadas a las que nunca había prestado atención. Aunque era todavía muy joven, apenas adulta, consideró la posibilidad de vivir siempre sola, sin marido ni hijos. En su mente aparecieron caras, voces y escenas de una vida imaginada y, sin una razón clara, lamentó su pérdida. Llegó a la conclusión de que esos sentimientos derivaban del descubrimiento de su propia identidad. La misión que realizaba y las responsabilidades inherentes eran las causas de aquella sensación de soledad y aislamiento. Su vida sólo podía tener un sentido: huir de Morrowindl, restablecer al pueblo élfico y acabar con el horror de aquello que había descubierto. Desde luego, su vida no sería sencilla, y los proyectos normales como el matrimonio y los hijos estaban tan lejos como el hogar que había dejado atrás.

Puesto que necesitaba encontrar la finalidad de lo que estaba ocurriendo, se obligó a considerar la posibilidad de que lo que realmente le habían encomendado, tanto el espíritu de Allanon como Ellenroh, fuera que desempeñara el papel de madre y esposa de su pueblo, aceptarlo como su familia, guiarlo, protegerlo y velar por sus vidas mientras durase la suya propia.

Su mente había perdido la capacidad de precisar y sus conceptos se habían diluido porque llevaba tres días casi sin dormir, y estaba exhausta física y emocionalmente. Podía alegar que ya no era quien había sido, pero quizá se había encontrado a sí misma. Cada cosa tiene una finalidad, y también la tenía aquélla. Había sido devuelta a su pueblo, se había cargado sobre sus hombros la responsabilidad de que éste viviera o muriera, y había sido convertida en su reina. Había descubierto la magia de las piedras élficas y asumido el control de su poder. Le había sido revelado lo que nadie más sabía: el origen de los Espectros. ¿Por qué? Hizo un gesto mental de resignación. ¿Por qué, si no era para cambiar la situación? No tanto en lo que a los Espectros concernía, aunque no podían separarse los problemas de sus soluciones, como les había dicho Allanon cuando encomendó sus respectivas misiones a los descendientes de la casa Shannara. No tanto en lo que concernía al futuro de las Razas, porque era una misión demasiado grande para que pudiera llevarla a cabo una sola persona y requería el esfuerzo de muchas y el que la suerte les acompañara. Pero en lo que respectaba a los elfos, a su futuro como pueblo y la corrección de sus

muchos errores... en eso ella podría encontrar el propósito de su vida.

Éste era un posible planteamiento, y reflexionó sobre él mientras ascendía por la Cornisa Negra, concentrándose especialmente en considerar lo que una empresa de tal magnitud requeriría. Ella era bastante fuerte, y lo sentía; eran pocas las cosas que no hubiera logrado conseguir cuando se lo había propuesto. Tenía una idea clara sobre el bien y el mal, y eso le había sido muy útil. Era consciente de que había contraído una deuda con su madre, que lo había sacrificado todo para dar a su hija la oportunidad de crecer sin contratiempos; con su abuela, que le había confiado el futuro de una ciudad con todos sus habitantes; con aquellos que habían entregado su vida por ella; y con todos los que estaban dispuestos a sacrificarla, con quienes confiaban y creían en ella.

Sin embargó, ni siquiera todo eso tenía la suficiente fuerza para persuadirla. Había algo más, lo presentía, algo que superaba sus expectativas y su conciencia, algo aún mucho más fundamental. Era la necesidad. Ella ya tenía el pleno convencimiento de que el genocidio era abominable y que debía encontrar otra solución para resolver el dilema del futuro de los elfos y su magia. Pero si vivían, si lograba instalarlos de nuevo en las Tierras Occidentales, ¿qué sería de ellos si los abandonaba? ¿Quién los dirigiría en la lucha que les esperaba? ¿Quién los orientaría y aconsejaría? ¿Podía confiar el asunto al azar, o incluso a los dictados del Consejo Supremo? La necesidad del pueblo élfico era grande, y ella no podía ignorarla aunque eso supusiera un cambio radical en su vida.

Sin embargo, seguía sumida en un mar de dudas. Estaba desgarrada por la batalla que se estaba librando en su interior, una guerra entre alternativas que se negaban a definirse como buenas o malas. Sabía también que no podía elegir porque, aunque Ellenroh le había otorgado el liderazgo, eran los elfos, en última instancia, quienes tenían que aceptarla o rechazarla. ¿Por qué iban a aceptar a una bohemia, a una extranjera que acababa de salir de la adolescencia? Aún había muchas preguntas sin respuesta.

Sus razonamientos se dispersaron como trozos de papel esparcidos por el viento, y sus planes de futuro se derrumbaron ante el embate de las necesidades presentes. Contempló la roca y la maleza que los rodeaban, la pantalla de bruma y ceniza, y las oscuras y encorvadas siluetas de sus compañeros de viaje. Ahora sólo había que preocuparse de sobrevivir.

Continuaron la ascensión durante toda la mañana, y ya era cerca del mediodía cuando *Stresa* ordenó que se detuvieran presa de la indecisión. Wren se adelantó, dejando atrás a Garth, para saber lo que ocurría. El gatoespino se había detenido en la boca de una caverna que se adentraba en la roca. A la derecha, el sendero que seguían continuaba su ascenso por el acantilado y desaparecía entre una impenetrable vegetación.

–Mira, Wren de los Elfos –dijo el gatoespino con sus brillantes ojos fijos en ella–. Es el momento de elegir. ¡Pjjfft! El sendero serpentea hacia la cima, pero seguirlo resultará lento y difícil a partir de aquí... sssppptt... El túnel abierto en la roca se ramifica en una serie de conductos de lava formados por el... ppjjjtt… fuego del volcán hace años. Yo los he recorrido. También conducen a la cima.

–¿Cuál elegirías tú? –le preguntó Wren, arrodillándose a su lado.

–Ruul-l. Los dos son peligrosos.

–El peligro acecha en todas partes –repuso la joven, desestimando la objeción. A su alrededor, la neblina se arremolinaba y retorcía contra la densa vegetación de la isla como si buscara su propio camino–. Eres tú quien nos guía, *Stresa* –le recordó–. Por tanto, eres tú quien debe elegir el camino.

–Los túneles, entonces, ¡Pjjfftt! –respondió el gatoespino, siseando su descontento, mientras su rechoncho cuerpo se balanceaba, y sus púas se erizaban y caían–. Pero necesitaremos luz.

Mientras Triss se alejaba en busca de un palo adecuado para hacer una antorcha, el

resto del grupo revolvió en los morrales y bolsillos en busca de yesca y trapos... Gavilán encontró la yesca y Eowen los trapos. Los dejaron a la entrada del túnel y se sentaron a comer mientras esperaban el regreso de Triss.

–¿Has dormido? –preguntó Eowen en voz baja, sentándose junto a Wren.

–No –respondió Wren con sinceridad, manteniendo su mirada deliberadamente apartada–. No pude conciliar el sueño.

–Ni yo. Creo que tan difícil fue pronunciar las palabras como escucharlas.

–Lo sé.

–He tenido una visión... –dijo la vidente, y su pelo reverberó al levantar su pálido rostro–. La primera desde que salimos de Arborlon.

–Cuéntamela –dijo Wren, mirándola a los ojos, y lo que vio en ellos la asustó.

–Lo haré porque es necesario prevenirte –respondió Eowen en voz baja, haciendo un imperceptible gesto de asentimiento. Se inclinó hacia ella para que nadie más pudiera oírla–. En mi visión, tú estabas sola, de pie en lo alto de una colina, y no me cabe ninguna duda de que te encontrabas en Morrowindl. Agarrabas el báculo Ruhk y las piedras élficas, pero no podías utilizarlos. Los demás, los que estamos aquí contigo, éramos sombras negras proyectadas sobre la tierra. Algo enorme y peligroso se acercó a ti, pero no te asustaste. Fue como si lo recibieras con agrado. Quizá no eras consciente de la amenaza que suponía. Se produjo un vivo destello plateado y abrazaste a aquel ser sin pensarlo.

Hizo una pausa, y pareció que las palabras se negaban a salir de su boca.

–No debes hacer eso, Wren. Recuérdalo cuando llegue el momento.

–Lo recordaré –respondió Wren, sintiendo un helado vacío en su interior.

–Lo siento –murmuró Eowen.

Dudó un momento, como una criatura acorralada que no tiene adónde huir, luego se puso en pie y se fue.

Pobre Eowen, pensó Wren. Durante unos instantes se quedó mirando cómo se alejaba, y después llamó a Garth con una seña. El gigante bohemio se acercó donde ella estaba, interrogándola con los ojos, consciente de su preocupación. Wren se dio media vuelta para que sólo él pudiera verla.

Eowen ha tenido una visión de su propia muerte, le comunicó, sin atreverse a pronunciar las palabras esta vez. Garth no exteriorizó emoción alguna. *Cuida de ella, ¿quieres? ¿Me prometes protegerla?*

Los dedos de Garth se movieron. *No me gusta lo que veo en sus ojos.*

Wren dio un suspiro e hizo un gesto de asentimiento. *Tampoco a mí. Haz lo que puedas.*

Triss regresó poco después con dos palos secos que había encontrado en algún lugar de las laderas empapadas por la lluvia. Mientras se aproximaba, miraba hacia atrás de vez en cuando.

–Algo se mueve ahí abajo –les advirtió, entregando uno de los palos a Dal–. Algo nos está siguiendo los pasos.

Por primera vez desde que salieron del pantano, experimentaron una sensación de inquietud. Hasta entonces, casi habían podido olvidar a los seres que los acechaban. Wren pensó al instante en la magia de la Loden, preguntándose si los demonios podrían olfatearla, si el olor de la magia extraída de la Quilla sería lo bastante intenso para atraerlos aunque estuviera inactiva.

Envolvieron un extremo de los palos con las tiras de tela y los encendieron con la yesca. Cuando las antorchas empezaron a arder, entraron en los túneles. *Stresa* iba delante, una criatura de la noche que se sentía cómoda en la oscuridad, impulsando con suavidad su robusto cuerpo. Triss lo seguía de cerca con una antorcha y Dal cerraba la marcha del grupo con la otra. Entre ambos caminaban Wren, Gavilán, Eowen y Garth. El aire era frío

y viciado, y goteaba agua del techo. Un estrecho arroyuelo serpenteaba por el escabroso suelo. No había protuberancias ni obstrucciones; el paso de la lava candente las había eliminado años atrás. *Stresa* le había dicho a Wren, mientras esperaban a Triss, que la presión del calor y de los gases del núcleo del volcán había abierto respiraderos en la tierra, excavando túneles en la roca subterránea para alcanzar la superficie. La lava ardiente había alisado los conductos, que recorrían muchos kilómetros ondeando como madrigueras de gusanos gigantescos y creando al final orificios en la corteza de Morrowindl por donde se liberaba la presión y la lava fluía libremente hasta el mar. Al enfriarse el volcán, el flujo de lava se había interrumpido, quedando practicables los conductos. El que estaban siguiendo era uno de los muchos que perforaban la Cornisa Negra a lo largo de varios kilómetros, desde la cima hasta la base.

–Si no nos perdemos, alcanzaremos la cresta de la cordillera al anochecer –había dicho *Stresa.*

Wren hubiera deseado preguntarle dónde había obtenido la información sobre los túneles, pero luego pensó que el conocimiento del gatoespino debía de proceder de los elfos, y que se enfadaría si le hablaba del tema. En cualquier caso, parecía saber adónde iba, con el hocico estirado, avanzando en el límite de la luz de la antorcha como si intentara arrastrarlos en su estela. Nunca dudaba, ni siquiera cuando tenía que elegir ante una bifurcación. Giraban y serpenteaban a través de la fría roca, siempre en ascenso, acarreando en la penumbra sus propios pesos y los de sus fardos, y enjugando las gotas de agua que caían sobre sus caras y manos, heladas y punzantes. Sus pies, calzados con botas, resonaban huecamente en la profunda quietud, y sus respiraciones eran un arrítmico siseo. Se mantenían alerta, esperando captar en cualquier momento sonidos de persecución, pero no oían nada.

Hubo un momento en que se vieron obligados a bajar una pronunciada pendiente para cruzar un respiradero donde la lava descendía por una hondonada del interior de la montaña y dejaba un profundo agujero, cuyo fondo se perdía en la oscuridad. Más adelante había una caverna en la que la lava se había ido acumulando para formar varios pasadizos que se entrecruzaban como serpientes. En cada caso, *Stresa* supo qué tenía hacer, qué túnel seguir y dónde se encontraba el paso que los llevaría a la seguridad.

Pasaban las horas y continuaban su peregrinaje a través de los túneles. Wren permitió a *Fauno* encaramarse en su hombro. Los brillantes ojos del jacarino miraban a derecha e izquierda, y su voz era un murmullo en el oído de Wren. Ella olvidó sus reflexiones para concentrarse en poner un pie delante del otro, observar el hipnótico balanceo de las sombras que ellos proyectaban en las paredes con la luz de las antorchas, y una docena de otras menudencias, distracciones intrascendentes que servían para proporcionar a su fatigada mente y a sus emociones el descanso que tanto necesitaban.

Caía la noche cuando salieron de los túneles a la neblinosa oscuridad, y se encontraron en un bosquecillo de fresnos raquíticos y arbustos que se agarraban a la pared rocosa. Ante ellos, una cornisa se alargaba hasta perderse en la bruma; detrás, la montaña ascendía hasta una cumbre agrietada y vacía. Sobre sus cabezas, el cielo estaba lóbrego y nublado, y desprendía una fina llovizna.

Se dirigieron a un grupo de acacias que crecía junto al borde de la Cornisa Negra, y allí se acomodaron para pasar la noche. Desempaquetaron sus pertrechos y como cena tomaron unos alimentos ligeros. Después se envolvieron en sus capas y mantas para dormir. Hacía frío a aquella altura, y el viento soplaba con fuertes ráfagas. Wren oía el lejano retumbo del Killeshan y veía el rojo resplandor de su fuego a través de la neblina. La tierra había reanudado sus temblores, produciendo una lenta y siniestra vibración que desprendía las peñas y desmoronaba la tierra, mecía los árboles y hacía susurrar a las hojas como niños asustados.

Apoyó la espalda en una acacia medio caída, cuyas raíces, al descubierto, aún se agarraban a la roca. El báculo Ruhk descansaba en su regazo, olvidado por el momento. *Fauno* se acurrucó en su hombro durante un rato mientras los temblores continuaban, y después se escondió bajo su manta. Wren vio la pequeña y fuerte figura de Dal que se disponía a hacer la primera guardia. Le pesaban los ojos, pero aún no tenía ganas de dormir. Primero debía dedicar un rato a reflexionar.

Hacía sólo un momento que se había sentado cuando apareció Gavilán. Surgió de la oscuridad de repente, y ella no pudo evitar un estremecimiento.

–Lo siento –se disculpó Gavilán, advirtiendo su desazón–. ¿Puedo sentarme a tu lado?

Wren hizo un gesto de asentimiento, y él se sentó. Llevaba su manta echada sobre los hombros y el pelo revuelto y húmedo. Su hermoso rostro estaba marcado por la fatiga, pero esbozó su habitual y fácil sonrisa.

–¿Cómo te sientes?

–Estoy bien.

–Pareces muy cansada.

Ella se limitó a esbozar una sonrisa.

–Hubiera sido mejor que lo supiéramos –dijo él.

–¿Saber qué? –preguntó la joven, dirigiéndole una mirada de asombro.

–Todo. ¡Cualquier cosa! Algo que nos hubiera preparado mejor para lo que estamos pasando. –Su voz sonaba extraña, casi frenética–. Es como si nos hubieran dejado en un océano sin una carta marina, pidiéndonos que llegáramos a buen puerto y prohibiéndonos a la vez utilizar la poca agua potable que tenemos la suerte de llevar con nosotros.

–¿Qué quieres decir?

–Piénsalo, Wren –respondió Gavilán, mirándola a los ojos–. Contamos con la Loden y las piedras élficas... magia suficiente para conseguir cualquier cosa. Sin embargo, parece que tememos invocarla, casi como si nos estuviera prohibido hacerlo. Pero eso no es cierto, ¿verdad? Quiero decir, ¿qué nos lo impide? Mira cómo mejoraron las cosas cuando utilizaste las piedras élficas para encontrar una salida de las Tinieblas del Paraíso. ¡Deberíamos utilizar esa magia a cada paso! Si lo hubiéramos hecho, ya estaríamos en la playa.

–No Gavilán, no es así como funciona. No hace nada...

–Peor aún es la forma en que ignoramos la magia contenida en la Loden –la interrumpió Gavilán, sin escucharla–. Sí, ya sé que es necesaria para preservar a los elfos y Arborlon durante el viaje de regreso. Pero ¿crees que es necesario preservarla entera? ¡Estoy seguro de que no! –Dejó que su mano se posara un instante sobre el báculo Ruhk–. ¿Por qué no utilizamos la magia contra los seres que nos acosan? ¿Por qué no les lanzamos una ráfaga de fuego? Mejor aún, ¿por qué no hacemos algo para destruirlos?

–Gavilán –dijo Wren con voz serena, mirándolo con expresión de asombro, incapaz de creer lo que estaba oyendo–. Sé todo sobre los demonios. Me lo ha contado Eowen.

–Ya era hora, supongo –respondió él, haciendo un gesto de indiferencia–. Nadie te lo había dicho antes porque Ellenroh nos lo había prohibido.

–Fuera cual fuese la causa –continuó Wren, bajando la voz pero aumentando su firmeza–, ¿cómo es posible que propongas que volvamos a utilizar la magia?

–¿Por qué? –La expresión de Gavilán se endureció–. ¿Porque algo salió mal cuando se utilizó en otro tiempo? ¿Porque quienes la usaron carecían de la habilidad, la fortaleza o la comprensión necesarias para una utilización adecuada?

La joven bohemia hizo un gesto negativo.

–¡Wren! ¡Tenemos que utilizar la magia! ¡Tenemos que usarla! Ésa es la razón principal de su existencia. Si no lo hacemos, lo harán otros. ¿Qué ocurrirá entonces? Esto

no es un juego. Tú lo sabes bien. Nos rodean seres tan peligrosos...

–¡Seres que crearon los elfos! –lo cortó de forma tajante, sin poder contener su indignación.

–¡Sí! ¡Admito que fue un error! Pero, si no los hubiésemos creado nosotros, los hubieran creado otros.

–¡Eso nunca podrás saberlo!

–No importa. ¡Lo que de verdad importa es que los hicimos por una buena causa! ¡Hemos aprendido mucho! ¡El resultado depende del espíritu con que se utilice el poder! Se requiere un propósito firme y encauzar convenientemente las necesidades. ¡Esta vez actuaremos bien!

Se interrumpió, esperando una respuesta, y se miraron en silencio.

–Creo que sería mejor que no dijeras ni una palabra más –dijo Wren, tragando una bocanada de aire e inclinándose para retirar la mano de Gavilán del báculo.

–En una ocasión te enfadaste porque no hablé bastante –respondió él, esbozando una amarga e irónica sonrisa.

–¡Gavilán, por favor! –suplicó ella.

–¿Crees que todo saldrá bien si no hablamos de ello, que las cosas se arreglarán solas?

Wren hizo un gesto negativo, reflejando en su expresión una infinita tristeza.

Gavilán se inclinó hacia ella y le cogió las manos con fuerza. La joven no opuso ninguna resistencia, fascinada y horrorizada al mismo tiempo por lo que veía en sus ojos. Sintió una especie de congoja en lo más profundo de su ser.

–Escúchame, Wren –prosiguió Gavilán, rechazando con un gesto negativo algo que la joven bohemia no podía ver–. Hay un vínculo especial entre nosotros. Lo sentí la primera vez que te vi, la noche en que llegaste a Arborlon, sin saber aún por qué habías ido. Me di cuenta. Me di cuenta incluso entonces, pero era demasiado pronto para mencionarlo. Eres la hija de Alleyne, y por tus venas corre la sangre de los Elessedil. Tienes valor y fuerza. Ya has hecho más de lo que nadie tendría derecho a esperar que hicieras.

»Pero nada de esto te concierne. Los elfos no son tu pueblo ni Arborlon tu ciudad. Yo lo sé. Sé cuán ajena te sientes a todo esto. Y Ellenroh nunca pudo comprender que no se puede pedir a la gente que se responsabilice de cosas que no le atañen. Nunca pudo comprender que no volverías a ser la misma si aceptabas su encargo. ¡Así fue como perdió a Alleyne! Ahora, escúchame. Ella te ha entregado el báculo Ruhk y la Loden, Arborlon y a los elfos, todo el futuro de una nación, y te ha pedido que seas su reina. Pero la verdad es que tú no deseas tomar parte en esto, ¿no es así?

–Antes no lo deseaba –admitió la joven.

–¡Entonces déjalo! ¡Acaba con ello de una vez! –le apremió Gavilán, pasando por alto su subterfugio–. Deja que sea yo quien tome el báculo y la piedra y los utilice como deben ser utilizados... para luchar contra los monstruos que nos persiguen, para destruir a los que han convertido Morrowindl en esta pesadilla.

–¿A qué monstruos te refieres? –preguntó Wren con voz suave.

–¿Qué?

–A quiénes te refieres, ¿a los demonios o a los elfos?

Él la miró fijamente, sin comprender su pregunta, y ella sintió que se le rompía el corazón. Los ojos de Gavilán destellaban de ira, y su rostro se había crispado. Sin duda creía que estaba en posesión de la verdad.

–Fueron los elfos –dijo la joven– quienes destruyeron Morrowindl.

–No –respondió Gavilán sin la menor vacilación.

–Fueron elfos quienes crearon a los demonios.

–Los antiguos elfos los crearon en otra época –repuso él, haciendo un enérgico gesto negativo–. Ahora no volvería a repetirse semejante error. Yo no lo permitiría. La magia puede utilizarse mejor, Wren. Tú sabes que es verdad. ¿Acaso los Ohmsford no han encontrado la manera de utilizarla? ¿Y los druidas? ¡Déjame que lo intente! Yo puedo enfrentarme a esos seres. ¡Puedo hacer lo que sea necesario! Tú no quieres el báculo; tú misma lo dijiste. ¡Entrégamelo!

–No puedo –respondió la joven, haciendo un gesto negativo.

–¿Por qué no, Wren? Dímelo –exigió Gavilán, soltando las manos de la joven.

Ella no podía decírselo, desde luego. No encontraba las palabras adecuadas y, aunque las hubiera encontrado, no hubiera podido pronunciarlas.

–Lo he prometido –dijo en cambio, deseando que renunciara a seguir hablando del asunto, que viera la inconveniencia de su petición.

–¿Prometido? –insistió Gavilán–. ¿A quién?

–A la reina –respondió Wren.

–¿A la reina? ¡Maldita sea, Wren! ¿Qué importa eso ahora? ¡La reina está muerta!

Entonces ella lo golpeó, le dio una bofetada tan fuerte que le echó la cabeza hacia atrás. Él permaneció así durante un breve un instante y luego se irguió.

–Si eso hace que te sientas mejor, puedes golpearme otra vez, Wren.

–Hace que me sienta muy mal –respondió la joven, encogiéndose, quedándose helada–. Pero insisto en que estás equivocado.

Él la miró con amargura durante un momento, y Wren deseó poder transformarlo en el que había sido cuando estaban en Arborlon, cuando era atractivo y amable, el amigo que necesitaba, cuando la besó a la salida del Consejo Supremo, cuando se preocupaba por ella...

–Tienes que dejarme utilizar la magia de la Loden, Wren –insistió Gavilán, reflejando una decidida resolución en su hermoso rostro varonil.

–No –respondió Wren, haciendo un gesto negativo.

Él se echó hacia delante en actitud agresiva, como si pensara atacarla.

–Si te niegas, no podremos sobrevivir. No tienes el...

–¡Basta, Gavilán! –lo interrumpió Wren, levantando la mano para taparle la boca–. ¡No digas eso! ¡No digas ni una palabra más!

El repentino gesto de la joven hizo que los dos se quedaran paralizados durante un momento, y una repentina ráfaga de viento que pasó entre ellos provocó un escalofrío en Wren, que retiró la mano lentamente.

–Vete a dormir –le ordenó, luchando para que su voz no se quebrara–. Estás cansado.

Él retrocedió, apartándose sólo unos centímetros, pero Wren sintió que se rompían los lazos que hasta entonces los habían mantenido unidos como cuerdas cortadas por un cuchillo.

–Me iré –dijo, sin que la ira desapareciera de su voz. Se levantó y la miró, desde arriba–. Yo era amigo tuyo. Lo seguiría siendo si me lo permitieras.

–Lo sé –respondió la joven.

Gavilán se quedó un instante sin moverse, como si no supiera qué hacer, si quedarse o marcharse, hablar o guardar silencio.

–No moriré aquí –dijo, volviendo su mirada hacia la tenebrosa oscuridad.

Tras pronunciar estas palabras, giró sobre sus talones y se alejó con paso arrogante. Wren continuó sentada, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las enjugó enseguida. Gavilán la había herido, y odiaba este hecho. Había cuestionado todas sus decisiones, obligándola a preguntarse si sus ideas sobre lo que estaba haciendo eran suficientemente claras. Había conseguido que se sintiera estúpida, egoísta e ingenua. Deseó no haber acudido a la cita con el espíritu de Allanon, no

haber ido nunca a Morrowindl, no haber descubierto el paradero de los elfos y su ciudad, ni el horror de su existencia...

Lamentaba haber conocido a su abuela.

¡No!, se reprendió a sí misma con dureza. *¡Nunca lo lamentes!*

Pero lo lamentó en lo más profundo de su ser.

6

Llegó el alba, una furtiva aparición vestida con una capa gris acero entre las sombras de la noche que ya había empezado su retirada, mientras ella salía del ayer para ir en busca del mañana. El pequeño grupo se levantó para recibirla, cansado y desalentado; el paso del tiempo y la reducción de sus posibilidades de supervivencia lo encadenaban como un lastre que amenazaba con arrastrarlo hasta lo más profundo del abismo. Se pusieron las capas sobre sus hombros, colocaron los morrales sobre sus espaldas, se ciñeron las armas y emprendieron la marcha una vez más, envueltos en sus propios pensamientos, con el ceño fruncido ante el cada vez más fuerte y alto muro de temores y dudas.

Si al menos pudiera dormir una noche... pensaba Wren mientras parpadeaba para deshacerse de su agotamiento. *Sólo una.*

Tampoco durante la última noche había descansado, porque también la había pasado despierta, asediada por demonios de todas las formas y especies, demonios con las caras de quienes habían sido o todavía eran sus más allegados amigos y familiares. Le susurraban palabras, se burlaban de ella y la provocaban, le hablaban de secretos que ella no podía conocer, le daban las pistas que debía seguir y las cargas que tenía que llevar sobre sus espaldas, y después se desvanecían como la niebla de la montaña.

Sus manos agarraban con firmeza y resolución el báculo Ruhk, y se apoyaba en él mientras escalaba. *No confíes en nadie,* seguía susurrándole la Víbora desde el recuerdo.

La subida fue corta, porque el día anterior habían salido de los túneles de lava cerca de la cima, con las cumbres a la vista. Tardaron muy poco en alcanzarla, llegando al final del accidentado sendero para situarse sobre el muro rocoso, donde se detuvieron para mirar hacia la encapotada región que habían atravesado como si esperaran encontrar algo en ella que los estuviera esperando. Pero no consiguieron descubrir nada. Todo aquello estaba amortajado por nubes y brumas, un mundo y una vida perdidos ya en el pasado. Aún podían verlo en su mente, dibujado ante ellos en el aire. Recordaban lo que les había costado pasar por allí, lo que les había arrebatado y lo poco que les había dado a cambio. Continuaron mirando un momento más, y luego le dieron la espalda.

Caminaron por estrechos tramos de rocas, separados por árboles, que se extendían desde el borde de la Cornisa Negra como si fueran dedos, hasta que todo terminaba de repente en un complicado laberinto de barrancos y riscos que se hendían y plegaban sobre sí mismos formando enormes arrugas en la piel de la tierra. Años atrás, un río de lava procedente del cráter del Killeshan había arrasado la cresta de la Cornisa Negra. A su paso, todo había quedado calcinado, excepto algunos troncos de árboles plateados que permanecían desnudos y esqueléticos, unos inclinados formando extraños ángulos y otros apoyándose entre sí con desesperación. De la lava crecían matorrales en masas enmarañadas, y el musgo oscurecía las zonas sombreadas de las grietas.

Stresa los llevó hasta el límite de aquel inhóspito mundo, bamboleándose hasta detenerse en lo alto de un pequeño risco con las púas erizadas en actitud preventiva. Los viajeros contemplaron con desaliento lo que había delante de ellos, escuchando sin oír nada, mirando sin ver nada, pero sintiendo la presencia de la muerte en cada recodo. Ante sus ojos se perdía en la distancia un vasto y desértico paisaje envuelto en un silencio gris.

Fauno estaba sentado sobre el hombro de Wren, tenso e inclinado hacia delante, en actitud de alerta. La joven podía sentir el temblor del jacarino.

–¿Qué lugar es éste? –preguntó Gavilán.

Un pesado retumbo llamó su atención, obligándolos a mirar hacia el norte, por donde asomaba la siniestra figura del Killeshan, que parecía tan cercana como cuando

abandonaron Arborlon. El retumbo decreció y cesó.

–Esto es La Grada –dijo *Stresa,* volviéndose lentamente–. ¡Jssttt! Aquí es donde viven los dráculs.

Wren recordó que eran una especie de demonios o Espectros. *Stresa* ya los había mencionado en otra ocasión, y les había advertido que eran muy peligrosos.

–Dráculs –repitió Gavilán con un fatigado tono de reconocimiento.

El Killeshan retumbó con nuevos bríos, como si quisiera recordarles su presencia, su furia por la sustracción de la magia y por desencadenar el desequilibrio de los elementos. Morrowindl se estremeció en correspondencia.

–Háblame de los dráculs –dijo Wren al gatoespino en voz baja.

–Son demonios como los otros. ¡Pjjfflt! –respondió *Stresa,* fijando en Wren sus oscuros ojos–. Duermen de día y salen de noche en busca de alimento. Extraen la vida de los seres que cazan... la sangre y los fluidos corporales. A algunos los convierten... jssstt... en criaturas semejantes a ellos. –Torció el hocico–. Acechan a sus presas como fantasmas, pero adquieren forma para devorarlas. Como fantasmas no se les puede causar ningún daño. –Escupió para manifestar su repugnancia.

–Daremos un rodeo –dijo Triss inmediatamente.

–¡Un rodeo! ¡Pfff...! –respondió *Stresa,* escupiendo de nuevo, como si no hubiera logrado liberarse de la repugnancia que tales criaturas le producían–. ¡No hay rodeos que valgan! Al norte, La Grada retrocede hacia el Killeshan durante kilómetros y kilómetros, camino del valle, y saldríamos al encuentro de los demonios que nos persiguen. Ruul-l-l. Al sur, se extiende hasta los acantilados. Los dráculs merodean también por sus límites.

En cualquier caso, no conseguiríamos... jrraagg... rodearla antes del anochecer, lo cual es absolutamente imprescindible si queremos vivir. Nuestra única oportunidad de salvación es cruzarla a la luz del día.

–¿Mientras duermen los dráculs? –preguntó Wren.

–Sí, Wren de los Elfos –respondió el gatoespino–. Mientras duermen. Y aun así... jsssttt... no estaremos libres de peligro. Los dráculs están presentes incluso a esas horas, en forma de voces que flotan en el aire, de caras surgidas de la niebla, de sensaciones y presentimientos, de temores y dudas. Pjjfflt. Intentarán entretenernos en La Grada hasta que anochezca.

Wren contempló el lóbrego paisaje y la neblina suspendida entre el cielo y la tierra. *Otra vez atrapados,* pensó. Toda la isla es una trampa.

–¿No hay ningún otro camino?

Stresa no respondió. No era necesario.

–¿Qué hay al otro lado de La Grada?

–Está el In Ju. Y más allá, las playas.

–Aurino Estriado solía hablar de los dráculs –dijo en voz baja Triss, que se había acercado a Wren, mirándola fijamente. Su enjuto rostro reflejaba una gran tensión–. Decía que no había ninguna defensa contra ellos.

–Pero ahora están durmiendo –observó Wren en el mismo tono.

–¿Lo están? –preguntó Triss, desviando su mirada.

Un nuevo retumbo, profundo y terrible, sacudió la isla, levantándose como un gigante furioso al despertar, atronando el aire y redoblando los temblores. El terreno se agrietó a su alrededor, y se desprendieron rocas y tierra. Vapores y cenizas brotaron de Killeshan, elevándose hacia el cielo en altísimos surtidores. De los labios del cráter manaba un siniestro reguero de fuego, apenas distinguible en la neblina.

Garth llamó la atención de Wren con un simple movimiento de hombros, y sus dedos se movieron.

Date prisa, Wren. La isla empieza a desintegrarse.

Ella los miró de uno en uno: a Garth, tan enigmático e impasible como siempre; al equilibrado Triss, ahora su protector, entregado sin reservas a su nuevo cometido; a Dal, que observaba sin descanso la neblina y a quien aún no había oído pronunciar una sola palabra; a Eowen, una sombra blanca contra el día gris, que parecía que estaba a punto de desvanecerse; y a Gavilán, inquieto, imprevisible, atormentado, perdido.

–¿Cuánto tiempo tardaremos en cruzar La Grada? –preguntó a *Stresa.*

Fauno bajó de su hombro y se apartó para escarbar en la tierra.

–Medio día, o quizás un poco más –respondió el gatoespino, con poca convicción.

–Toda la vida si te equivocas, gatoespino –dijo Gavilán con semblante sombrío.

–Entonces no es necesario que nos apresuremos –dijo Wren, y llamó a *Fauno* para que volviera a subirse a su hombro. Después puso el báculo Ruhk ante sí como advertencia–. No tenemos elección. Emprendamos la marcha. Permaneced cerca unos de otros y estad atentos.

Avanzaron a través de las llanuras, serpenteando por el laberinto de depresiones, entre una maraña de árboles muertos, escrutando con cautela la tierra yerma que los rodeaba. *Stresa* caminaba con la mayor rapidez posible, pero el viaje era lento. La orografía del terreno, quebrado y desigual, lleno de recodos y curvas, les impedía avanzar en línea recta. La Grada los engulló poco después, envolviéndolos por completo como por arte de magia hasta que no hubo nada más que ver en ninguna dirección. La niebla se arremolinaba y giraba a merced de las corrientes de viento, las grietas, que llegaban hasta el mismo corazón del Killeshan, desprendían vapor y las nubes de ceniza caían perezosamente desde donde las vomitaba el volcán. Nada se movía en la tierra; todo estaba quieto y vacío. Las sombras se marcaban en negras líneas proyectadas sobre el suelo por los esqueléticos árboles, barrotes de hierro contra la luz. El retumbo siniestro persistía, y se notaba que se estaba activando algo peligroso.

Empezaron a oír las voces en la primera hora. Surgían de la nada, susurros en el aire cuyo origen y lugar de procedencia era imposible determinar. Su tono era apremiante, y cada miembro del pequeño grupo escuchaba las palabras distintas. Cada uno miraba a los demás, pensando que todos debían de oír lo mismo, que las voces eran inequívocas. Preguntaban, ansiosos, tensos: *¿Habéis oído eso? ¿Lo habéis oído?* Pero sólo lo había oído el que preguntaba, a quien había atraído individual e intencionadamente por medio de una imagen de sí mismo, por un reflejo de sensación y sentimiento.

Después llegaron las imágenes, rostros dibujados en el aire, figuras que se formaban y se desvanecían con rapidez en la neblina cambiante, visiones significativas para su destinatario, personificaciones de sus deseos, necesidades y esperanzas. Para Wren representaban a sus padres; para Triss y Eowen, a la reina; para los demás, a otros seres. Las imágenes actuaban en los flecos de su conciencia, intentando desviarlos del sendero elegido, luchando por atravesar las barreras que habían erigido para mantenerlas a raya.

Todo proseguía sin variación. Las voces nunca se elevaban, las imágenes nunca eran claras y, en conjunto, no se podía decir que la experiencia fuera desagradable, amenazadora o real: sólo un falso recuerdo de lo que nunca había existido. *Stresa,* que estaba familiarizado con el peligro, les aconsejó que hablaran entre sí para rechazar el ataque, pues sin duda se trataba de eso. Los dráculs los acechaban incluso durmiendo; alguna parte de ellos se había levantado para seguirlos, procurando demorarlos o detenerlos, desviarlos o descarriarlos, para mantenerlos dentro de los confines de La Grada hasta el anochecer.

El tiempo transcurría lentamente, tan sigiloso y mesurado como la neblina que los envolvía, tan desolado como el paisaje que se extendía ante ellos. Las depresiones cada vez eran más profundas y, en algunos lugares, los árboles muertos formaban una barrera que

era imposible atravesar, obligándolos a dar un rodeo. Wren hablaba a sus compañeros mientras éstos ponían todo su empeño en avanzar, imponiéndose a las voces, pasando a través de las caras e intentando mantenerlos juntos y en movimiento.

Era ya cerca del mediodía cuando el cielo se oscureció, cubierto por negros nubarrones cargados de agua. Enseguida empezó a lloviznar y, poco después, a diluviar. El viento arreció, y sufrieron el azote de las ráfagas de lluvia, que lo cubría con su densa cortina. Por fin amainó hasta quedar reducida a unas gotas dispersas. Pero volvió a repetirse el ciclo varias veces durante algún tiempo, y por fin también cesó. El calor regresó a la tierra, y empezó a espesarse la niebla. Se cerró en torno a ellos y redujo su alcance visual a unos cuatro metros. Se habían apiñado tanto que tropezaban unos con otros, como si se hubieran quedado ciegos al caminar entre la bruma.

–¡*Stresa!* ¿Cuánto queda? –gritó Wren entre la horrísona cacofonía de voces que se agolpaban en sus oídos.

–¡Spptptt! Poco –respondió el gatoespino–. Ya estamos llegando.

De pronto se encontraron ante un barranco muy profundo, un dentado corte de cuchillo en la superficie de lava solidificada, lleno de sombras y brumas cambiantes. Wren supo que era peligroso y estuvo a punto de ordenar que retrocedieran, pero vio que era el único camino de salida. Bajó sosteniendo ante sí el báculo Ruhk como un escudo. *Fauno* parloteaba nervioso en su hombro, un nuevo sonido que se mezclaba con los otros, con las voces que zumbaban y sermoneaban y creaban en su subconsciente la creciente necesidad de gritar. Veía a Triss a un paso delante, la oscura mancha de *Stresa* más allá, oía a sus espaldas las pisadas de los demás.

Entonces la agarraron unas manos ásperas, ansiosas, duras como el hierro. Salieron de la nada, materializándose en la niebla, se cerraron alrededor de sus piernas y tobillos, y la sacaron del sendero de un tirón. Ella gritó, furiosa, y golpeó hacia abajo con el extremo inferior del báculo Ruhk. Un fuego blanco explotó en la tierra, flameando en todas direcciones: era la respuesta de la magia del talismán. Se quedó asombrada de que se activara con tanta facilidad. Sus compañeros de viaje gritaron. Wren se dio la vuelta rápidamente, y las manos que la habían sujetado se soltaron, dejándola en libertad. Algo se movió en la bruma... docenas de seres sin rostro ni forma, pero estaban allí. Comprendió que eran los dráculs, despiertos cuando debían estar dormidos. Tal vez la intensa oscuridad del barranco les hiciera pensar que era de noche. Gritó para llamar la atención de sus compañeros y los condujo hacia la pendiente opuesta. Las figuras se arremolinaron a su alrededor, cortándoles el paso, agarrándolos, tocándolos sin materia, pero de alguna forma reales. Wren vio rostros muertos, pálidas imágenes de sí misma, ojos vacíos y ciegos, dientes que parecían colmillos de animales, mejillas y sienes hundidas, y cuerpos enflaquecidos hasta la consunción. Se debatió, porque parecía que todos se concentraban en ella, que tiraban de ella como si fuera el único miembro del grupo que les interesara. Comprendió que era a causa de la magia. Como cualquier Espectro, se sentían atraídos por la magia.

Los fantasmas de los dráculs se materializaban ante ella, y Garth los apartaba esgrimiendo su espada corta. Las imágenes se diluían y volvían a formarse, indemnes. Wren se volvió al llegar al fondo del barranco. *Uno, dos...* Contó frenéticamente. Los seis componentes del grupo estaban allí. *Stresa* ya trepaba para salir del barranco, y ella lo siguió. Subieron la pendiente lo más deprisa que pudieron, arañando la resbaladiza roca eruptiva mojada por la lluvia, agarrándose a la maleza y a los árboles caídos. Los perseguían las imágenes, las voces, los fantasmas salidos del sueño, los monstruos pavorosos. Wren los rechazó con cólera y repulsión, con la furia de su movimiento, consciente de que *Fauno* colgaba de su cuello como si formara parte de ella y consciente también del calor del báculo Ruhk en sus manos como si su magia fuera a liberarse. Se

lamentó de que la magia pudiera crear seres como aquéllos. Se espantó ante esa posibilidad, ante el horror de unos hechos que nunca debieron producirse, que temía que la obsesionaran si mantenía la promesa de salvar a los elfos que había hecho a su abuela.

Los miembros del grupo alcanzaron el borde del barranco y echaron a correr, dando trompicones. La penumbra era densa y ondeaba ante ellos como si estuviera formada por capas de gasa; pero no por eso redujeron el ritmo de la marcha, sino que siguieron corriendo, dirigiéndose palabras de ánimo unos a otros, rechazando a sus perseguidores. Los dráculs siseaban y bufaban como gatos, abrasándolos con el veneno de sus pensamientos. Sin embargo, todavía eran sólo voces e imágenes carentes de realidad, porque no podían abandonar la oscuridad de sus refugios para aventurarse en La Grada mientras hubiese luz diurna. Su presencia fue desvaneciéndose, retirándose como las aguas de un océano durante la bajamar. El grupo empezó a ralentizar la marcha, y en el súbito silencio pudieron oír sus respiraciones aceleradas y el ruido producido por sus botas al arrastrarse por el suelo cuando al fin se detuvieron.

Wren miró hacia atrás, pero sólo se veía la niebla y las leves sombras de la maleza y los esqueléticos árboles. *Fauno* levantó la cabeza con miedo. *Stresa* se unió a ellos, con la lengua fuera, y profirió un bufido.

–¡Jsssttt! ¡Estúpidos fantasmas!

Wren hizo un gesto de asentimiento. El calor del báculo Ruhk disminuyó y se fue de sus manos. Sintió que su cuerpo también se enfriaba, y sintió un profundo alivio.

De repente, Garth se adelantó sobresaltado por algo que ella no había advertido, ansioso al escrutar la bruma. Wren lo siguió con la vista, asustada aunque no conocía la causa. Vio que los demás intercambiaban miradas de inquietud.

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué ocurría?

Entonces lo comprendió. Sólo quedaban cinco. Faltaba Eowen.

Al principio pensó que era imposible, que debía de estar equivocada. Había contado seis cuando estaban escalando el barranco y Eowen estaba entre ellos, recordaba su rostro... Interrumpió su pensamiento. Eowen. Vio a la dama pelirroja con los ojos de su mente, rezagada tras el resto del grupo, demasiado pálida y frágil. Su presencia no parecía real... ni lo era. Wren sintió una especie de vacío en el estómago, un dolor que amenazaba con consumirla. Lo que había visto era otra de las imágenes, más precisa y calculada que las demás, una imagen diseñada para hacerles creer que estaban todos juntos cuando en realidad no era así.

Los dráculs habían capturado a Eowen.

Garth hizo unos signos rápidos. *Estuve vigilándola como prometí. Estaba detrás de nosotros cuando escalábamos la ladera del barranco. ¿Cómo he podido perderla?*

–No las has perdido –respondió Wren, y sintió que una extraña calma la invadía, una especie de resignación ante la inevitabilidad del azar y del destino–. Está bien, Garth –dijo en voz baja.

Le pareció que la tierra se abría bajo ella, una grieta en la que iba a caer. Esperó a que desapareciera esa sensación, a recuperar la estabilidad. Sabía lo que tenía que hacer. Ocurriera lo que ocurriese, no podía abandonar a Eowen. Para salvarla, tendría que volver a La Grada con los dráculs. Podía enviar a uno cualquiera, desde luego, e iría si se lo pidiese. Pero no lo iba a pedir, ni siquiera iba a considerar esa posibilidad. La destreza de rastreo, la experiencia de los bohemios, el entrenamiento de los elfos... eran inútiles contra los dráculs. Sólo existía un medio de cambiar la situación.

Dio unos pasos inseguros y se detuvo. La razón le gritaba que reconsiderase su decisión. Advirtió que sus compañeros avanzaban para llegar a su lado, que seguían su mirada.

–¡No! –exclamó *Stresa*–. ¡Pjffft! ¡Ya está oscureciendo!

Wren ignoró su advertencia, se volvió hacia Gavilán, lo miró en silencio y le dio el báculo Ruhk.

–Ha llegado el momento de que vuelvas a ser amigo mío, Gavilán –le dijo con voz serena–. Eres el responsable del báculo hasta que yo regrese. Cuida de él.

Él la miró con ojos incrédulos y extendió las manos con cautela hacia el talismán. Lo agarró con firmeza. Ella no quiso mirarlo a los ojos, temiendo lo que pudiera ver en ellos. Era el único familiar que le quedaba, y debía confiar en él.

Triss y Dal habían dejado caer sus fardos y estaban ciñéndose las correas de sus armas. Garth ya había desenvainado su espadín.

–No –les dijo–. Voy a ir sola.

Empezaron a protestar con palabras apasionadas y rápidas, pero ella los interrumpió.

–¡No! –repitió, poniéndose delante de ellos–. Sólo yo tengo alguna posibilidad de encontrar a Eowen y rescatarla. Sólo yo. –Del interior de su túnica extrajo la bolsa de las piedras élficas–. Magia para encontrarla y protegerme. Si venís conmigo, tendré que preocuparme de protegeros a vosotros también. Esos seres son inmunes a vuestras armas, por lo que, al menos en esta ocasión, no podéis ayudarme.

»Te has comprometido a velar por mí, lo sé –prosiguió, poniendo una mano, suave pero firme, sobre Triss–. Te ordeno que veles por la Loden... que tú y Dal permanezcáis al lado de Gavilán para garantizar la seguridad de los elfos.

–Te ruego que no lo hagas, mi Señora –respondió Triss, estrechando sus duros y grises ojos–. La Guardia Especial ha de servir, ante todo, a la reina.

–Y la reina, si en verdad lo es, cree que la serviréis mejor quedándoos aquí. Te lo ordeno, Triss.

Garth hacía furiosas señas. *Haz lo que quieras con ellos. Pero yo no estoy dispuesto a quedarme aquí. Voy a acompañarte.*

Wren hizo un gesto negativo, y sus dedos se movieron mientras hablaba:

–No, Garth –respondió Wren, haciendo un gesto negativo. Sus dedos se movían mientras hablaba–. Si desaparezco, necesitarán tu ayuda para llegar a las playas y a la cita con Tigre Ty. Necesitan tu experiencia. Te aprecio mucho, Garth, pero ahora no puedes hacer nada para ayudarme. Debes quedarte.

El gigante la miró como si le hubiese dado una bofetada.

–Sabíamos que este momento tenía que llegar –prosiguió Wren sin perder la serenidad–, el momento para el que me has adiestrado. Ahora ya es demasiado tarde para que me des nuevas lecciones. Tengo que confiar en lo que sé.

–Quédate aquí, pequeño –dijo a *Fauno,* bajándolo de su hombro y poniéndolo en el suelo junto a *Stresa.*

–¡Rrruul-l-l! ¡Wren de los Elfos, llévame contigo! –suplicó *Stresa,* erizando las púas–. ¡Puedo guiarte... mejor que los demás!

–Las piedras élficas pueden hacerlo mucho mejor que tú –respondió Wren, haciendo un nuevo gesto negativo–. Garth te llevará sano y salvo a las Tierras Occidentales, *Stresa,* si yo no regreso. Él conoce mi promesa y la cumplirá.

Dejó en el suelo su morral y dejó caer las armas; todas excepto el largo cuchillo que llevaba a la cintura. Los cuatro hombres, el gatoespino y el jacarino la observaban en silencio. Extrajo con cuidado las piedras élficas de la bolsa, las puso sobre su mano y sus dedos se cerraron.

Después, sin concederse la oportunidad para volver a pensarlo, les dio la espalda y se alejó.

Avanzó en línea recta durante un rato, preocupándose únicamente de alejarse, de aumentar la distancia entre ella y quienes podían protegerla. Cruzó la desnuda extensión

rocosa como una cazadora solitaria, sintiendo frío en su interior, aturdida por la intensidad de su determinación. Eowen le hablaba desde sus recuerdos, refiriéndole la visión que había tenido hacía mucho tiempo, la visión de su propia muerte. No, se dijo a sí misma Wren. Ahora no. ¡No mientras me quede un poco de aliento!

Los dráculs empezaron a susurrarle, a presionarla, a llamarla. Pero ella luchó con resolución contra su miedo. *De acuerdo, ya voy... ¡pero no como vosotros queréis!*

Atravesó una hilera de troncos plateados, hitos de madera seca y ominosa que señalaban el comienzo de los dominios de la muerte. Entonces vio caras, macilentas y vacías, calaveras en la niebla. Levantó las piedras élficas, estiró el brazo hacia delante e invocó su poder. Acudió al instante, sometiéndose a su voluntad, manifestándose con un resplandeciente fuego azul y penetrando en la neblina. Se extendió por la izquierda de Wren, a lo largo de un llano donde nada crecía. Delante, lejos, vio un grupo de formas blancas, cuerpos que se volvían como si quisieran saludarla. A sus oídos llegaron voces, gritos y susurros, llamando a la muerte.

El fuego azul se desvaneció, y ella continuó su camino a ciegas.

Wren, la llamó la voz de Eowen.

Se sobrepuso a la sensación de urgencia, obligándose a moverse con cautela, atenta a cuanto la rodeaba, al desplazamiento de las sombras y las brumas, al despertar de cualquier indicio de vida. *Stresa* tenía razón. Estaba oscureciendo, la tarde se deslizaba hacia el crepúsculo y la luz empezaba a desvanecerse. Sabía que no encontraría a Eowen antes de que anocheciera, y eso era precisamente lo que los dráculs intentaban, lo que habían planeado desde el principio. La magia de Eowen los atraía tanto como la suya propia, pero preferían la suya porque era más poderosa, porque los nutriría mejor. Eowen sólo era el anzuelo que habían preparado para atraparla.

Cerró los ojos un momento ante la fatalidad. Debería de habérselo imaginado.

Las voces cobraron más fuerza, se hicieron más insistentes y pudo observar cómo se formaban figuras, leves y etéreas, en los límites de su visión. Ante ella se abría un barranco... ¿el mismo donde se había quedado Eowen? No lo sabía, pero tampoco le importaba. Bajó por él sin aminorar el paso, guiada por la magia, sintiéndose abrasada por el calor que desprendía al fundirse en la fragua de su alma. Ignoraba cuánto tiempo había pasado... ¿Una hora? ¿Quizá más? Había perdido la noción del tiempo, se había olvidado de todo, excepto de lo que iba a hacer. Reina de los elfos, portadora del báculo Ruhk y de la Loden, depositaria de la magia druídica y heredera de los Elessedil y los Ohmsford. Era todas esas cosas y ninguna. Se había transformado en algo más, en algo indefinible.

Se dijo a sí misma que nada podría oponerle resistencia.

La oscuridad se cerró en torno a ella cuando llegó al fondo del barranco, cuando la tenue luz de arriba se disolvió en las nieblas y las sombras. Los dráculs aparecieron ya con más audacia, revelando lentamente sus esqueléticas formas, demacradas y desprovistas de vida, salvo de la que les daba su existencia de Espectros. Vacilaban, temerosos de la magia y al mismo tiempo, ávidos de ella. Miraban a Wren con ojos hambrientos, ansiosos por saborearla, por adueñarse de ella. La joven sintió que las piedras élficas ardían en la palma de su mano como un aviso, pero pensó que aún era pronto para invocar su magia. Avanzó con valentía, la única viva entre los muertos.

Wren, la llamó de nuevo Eowen.

Un muro de cuerpos blancuzcos le cerraron el paso. En cierto modo eran seres humanos, con forma de tales, pero distorsionados, sólo malas imitaciones de lo que habían sido en vida. Se dirigieron a su encuentro no como apariciones que reclaman y amenazan con disiparse ante un soplo del viento, sino como seres dotados de materia.

–¡Eowen! –gritó Wren.

Uno a uno, los dráculs se giraron para mostrar a Eowen. Ésta yacía en sus brazos, tan

blanca como ellos a excepción de su cabello rojo fuego y sus ojos esmeralda, que centellearon al buscar los de Wren, llenos de horror. Tenía la boca abierta como si intentara respirar... o gritar.

Las bocas de los dráculs se cebaban en su cuerpo, alimentándose.

Durante un momento, Wren no pudo moverse, petrificada por la escena y atrapada en una red de indecisiones.

Entonces, de repente, la cabeza de Eowen se levantó y sus labios se separaron para proferir un terrible gruñido, revelando unos relucientes colmillos.

Wren dio un grito de espanto, y los dráculs se abalanzaron sobre ella. Entonces levantó las piedras élficas, invocó su poder con determinación, y proyectó su fuego mágico sobre todo cuanto veía. Éste arrasó a sus atacantes, incinerándolos. Los que habían tomado forma corporal y se nutrían de Eowen, quedaron desintegrados junto con ella. Los que aún se mantenían como fantasmas se desvanecieron. Las llamas lo devoraron todo. Wren esparció fuego en todas direcciones, sintiendo fluir la magia, viva y abrasadora, a través de todo su cuerpo. Dio un grito de júbilo mientras el fuego quemaba el barranco de extremo a extremo. Se abandonó a su ardor, dispuesta a cualquier cosa para borrar de su mente la imagen de Eowen, y lo abrazó como a un amante. El tiempo y el lugar desaparecieron en la avalancha de sensaciones.

Entonces empezó a perder control.

En aquel preciso instante, apenas un segundo antes de que el poder de la magia la absorbiera por completo, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, recordó quién era e hizo un último y desesperado esfuerzo para recuperarse. Cerró los dedos sobre las piedras, pero el fuego continuó pasando de ellos, y su mano se tensó y su cuerpo se convulsionó. Doblegada por el esfuerzo, cayó de rodillas. La magia se replegó por fin, tras inundarla por última vez con el convencimiento de que era invencible.

Ella se acurrucó en la niebla, luchando por recuperar el autodominio, viendo una vez más con el ojo de su mente la escena en que los dráculs y Eowen desaparecían entre las llamas, consumidos por la magia de las piedras élficas.

¡Poder! ¡Qué gran poder! ¡Cómo deseaba tenerlo!

Sintió vergüenza y después desesperación.

Levantó los ojos despacio, sabiendo lo que iba a encontrar, ya consciente de lo que había hecho. Ante ella, el barranco se extendía vacío. En el aire flotaban humo y cenizas. Su garganta se hizo un nudo cuando quiso respirar. No había tenido otra opción, lo sabía; pero el que lo supiera no la ayudaba. Eowen había sido una de ellos, y había muerto ante los ojos de Wren, cumpliéndose así su profecía. Aunque lo intentó, la joven no pudo cambiar su contenido. Eowen dijo una vez que su vida se había desarrollado alrededor de sus visiones y que había aprendido a aceptarlas, incluso la que predecía su muerte.

Wren sintió que los ojos se llenaban de lágrimas, y las sintió correr por sus mejillas.

¡Oh, Eowen!

7

En la Atalaya Meridional, el tiempo se arrastraba como una nube en el cielo estival, mientras Coltar Ohmsford contemplaba su paso desesperadamente. Su encarcelamiento continuaba en las mismas condiciones, y su vida seguía siendo un inquietante compendio de aburrimiento y tensión. Mantenía libre el pensamiento, pero eso no lo llevaba a ninguna parte. Soñaba con el pasado, con la vida que había disfrutado en Valle Umbroso y con el mundo que había al otro lado de los negros muros de su cárcel, pero sus sueños se habían marchitado y desmoronado. Nadie iba a rescatarlo, y empezó a aceptar que nadie lo haría.

Pasaba los días en el patio de armas, entrenándose con Ulfkingroh, el individuo huesudo, taciturno y lleno de cicatrices a cuya custodia lo había dejado Rimmer Dall. Ulfkingroh era tan duro como el hierro, y lo obligaba a entrenarse hasta la extenuación. Con garrotes acolchados, pesados bastones, espadas romas y también con las manos desnudas, se ejercitaban y entrenaban como luchadores que se preparasen para una batalla; a veces, durante todo el día y, con frecuencia, hasta que el sudor era tan abundante que el polvo que levantaban corría por sus cuerpos en negras franjas. Ulfkingroh era un Espectro, por supuesto, pero no lo parecía. Su aspecto era el de un hombre normal, aunque rudo y hosco. En algunas ocasiones, a Coltar casi le agradaba su forma de ser. Era parco en palabras, contentándose con que su destreza con las armas hablase por él. Era un luchador hábil y experimentado, y se enorgullecía de transmitir sus conocimientos al joven del valle. Coltar, por su parte, sacaba el mejor partido posible de la situación, disfrutando de la diversión que se le ofrecía, asimilando al máximo las enseñanzas que el otro estaba deseoso de impartir, jugando a las batallas como si tuviese alguna utilidad, y manteniéndose en forma para el momento en que realmente la tuviera.

Porque, según se prometía una y otra vez, tarde o temprano se le presentaría la oportunidad de escapar, y tenía que aprovecharla.

Pensaba continuamente en ello. Si nadie sabía que estaba allí, si nadie iba a salvarlo, era evidente que tenía que liberarse él mismo. Coltar, como todos los habitantes del valle, era ingenioso y confiaba en encontrar la manera de resolver la situación. Además era paciente, y la paciencia quizás era su cualidad más notable. Estaba sometido a una estrecha vigilancia siempre que se encontraba fuera de su celda, siempre que bajaba al patio de armas por las oscuras escaleras del monolito y cuando volvía a subirlas. Se le permitía entrenarse con Ulfkingroh todo el tiempo que quisiera, así como conversar con el rudo individuo si lograba entablar conversación; pero siempre estaba vigilado. No podía arriesgarse a cometer el más pequeño error.

A pesar de ello, en ningún momento había perdido la esperanza.

Sólo había visto a Rimmer Dall en dos ocasiones después de la visita que el primer investigador le hiciera en su celda. En las dos había sido a distancia y sólo durante un momento, y de ellas no le quedó otro recuerdo que el de sus fríos ojos. Al principio, Coltar lo buscaba por todas partes, hasta que comprendió que se convertiría en una obsesión y que tenía que ponerle fin. Pero nunca olvidó lo que le dijo, que Par también era un Espectro, que la magia lo consumiría si no aceptaba la verdad de su identidad, y que su loca actitud suponía un peligro para su hermano. Coltar no creía lo que Rimmer Dall le había dicho... pero tampoco se atrevía a negarlo. Llegó a la conclusión de que, probablemente, la verdad se hallaba en algún lugar intermedio, en la nebulosa frontera que separa las especulaciones de las mentiras. Pero la verdad era difícil de descifrar, y allí nunca podría hacerlo. Rimmer Dall actuaba movido por razones propias que no estaba dispuesto a revelar a Coltar. Fueran éstas cuales fueren, y fuera cual fuese la realidad de los Espectros y su magia, Coltar estaba

convencido de que era absolutamente necesario establecer comunicación con su hermano.

Por consiguiente, durante el día se entrenaba en el patio de armas y por la noche yacía despierto analizando las diversas opciones y las posibilidades que se le ofrecían, siempre luchando contra la insidiosa posibilidad de que no pudiera llevar a la práctica sus planes.

Un día, varias semanas después de que se le permitiese salir de su celda, mientras se entrenaba con Ulfkingroh en el patio, vio pasar a Rimmer Dall entre dos arcos. Al principio le pareció que le faltaba una parte del cuerpo, pero enseguida se dio cuenta de que el primer Investigador llevaba colgado del brazo algo que al principio no había podido distinguir porque era tan negro como el cielo en una noche de luna nueva. Coltar se detuvo y retrocedió sin dejar de mirarlo. El gesto de Ulfkingroh expresó su irritación, y después miró hacia atrás para ver qué era lo que tan poderosamente llamaba la atención del joven del valle.

–¡Eh! –gritó–. Ahí no hay nada que sea de tu incumbencia. Levanta las manos.

–¿Qué es lo que lleva? –le preguntó Coltar.

Ulfkingroh fijó su bastón en el suelo y se apoyó en él con exagerada paciencia.

–Una capa, joven del valle. Se llama sudario-espejo. ¿Ves lo negro que es? ¿Ves cómo absorbe la luz igual que una mancha de tinta negra? Es la magia de los Espectros, amiguito. –La ruda cara se estiró forzando una media sonrisa–. ¿Sabes lo que hace? –Coltar hizo un gesto negativo–. ¿No? ¡Bien! ¡Porque no tienes ninguna necesidad de saberlo! ¡Ahora levanta las manos!

Reanudaron el entrenamiento. Coltar, que era casi tan corpulento y fuerte como Ulfkingroh, se desquitó, golpeándolo con tal violencia que lo derribó y lo dejó aturdido durante varios minutos.

Pasó la noche en vela, pensando en el sudario-espejo y preguntándose para qué serviría. Era el primer elemento tangible que veía de la magia de los Espectros. Había otros, por supuesto, pero estaban ocultos para él. El mayor y más importante era algo que yacía en las profundidades de la torre, que zumbaba y latía, y a veces parecía que gritaba; algo enorme y aterrador. Se lo imaginaba como un dragón que los Espectros hubiesen logrado encadenar, pero sabía que su imaginación era demasiado simplista. Tenía que ser algo más impresionante y terrible. Había también otros seres, escondidos tras las puertas que nunca le permitían trasponer, ocultos en las catacumbas, pero le estaba prohibido acceder a ellas. Podía sentir su presencia, su roce en la piel, su murmullo en la mente. Todo aquello era magia, conjuros y talismanes de los Espectros, cosas oscuras y malignas.

O no, si creía a Rimmer Dall. Pero él no lo creía, desde luego. Nunca lo había creído.

Dos días después, mientras descansaba en el patio con el sudor reluciendo aún sobre su cuerpo igual que aceite, el primer investigador surgió de las sombras de una puerta y se dirigió donde él estaba. Llevaba sobre un brazo el sudario-espejo como un pliegue robado al negro tejido de la noche. Ulfkingroh empezó a levantarse, pero Rimmer Dall lo excusó con un gesto de su enguantada mano e indicó a Coltar que lo siguiera. Se dirigieron a un lugar en penumbra, donde la temperatura era más fresca, apartándose del deslumbrante fulgor del sol del mediodía. Coltar parpadeó mientras sus ojos se adaptaban. El rostro de Rimmer Dall era una combinación de ángulos y planos visto a la tenue luz grisácea, su piel parecía muerta y fría, pero sus penetrantes ojos reflejaban seguridad.

–Te estás entrenando duramente, Coltar Ohmsford –dijo –con aquella voz susurrante tan peculiar–. Ulfkingroh cada día pierde más terreno ante ti.

Coltar se limitó a hacer un gesto de asentimiento, esperando a oír lo que en realidad había ido a decirle el primer investigador.

–Esta capa –continuó Rimmer Dall–. Es hora de que sepas para qué sirve.

–¿Por qué razón? –inquirió Coltar, sin poder ocultar su sorpresa.

Rimmer Dall apartó la mirada como si meditara la respuesta. La enguantada mano se levantó y cayó como una negra guadaña.

–Te dije que tu hermano estaba en peligro, y que tú también lo estabas, a causa de la magia y sus efectos. Había planeado utilizarte para atraerlo hasta mí, y le hice saber que estabas aquí. Pero tu hermano continúa en Tyrsis. No quiere venir a buscarte.

Hizo una pausa, a la espera de respuesta, pero Coltar mantuvo el rostro tan inexpresivo como una máscara.

–La magia que oculta dentro de sí –prosiguió el primer investigador–, la magia que subyace en el Cantar, empieza a consumirlo. Tal vez no lo haya advertido aún. Tal vez no lo comprenda. Tú has percibido esa magia en él, ¿verdad? ¿Sabes que la posee?

»Había pensado razonar con él cuando lo encontrara –prosiguió, haciendo un gesto de indiferencia–. Pero ahora temo que se niegue a escucharme. Creí que podría cambiar la situación reteniéndote en la Atalaya Meridional. Al parecer, no es así.

–Eres un necio si crees que Par va a venir aquí –respondió Coltar, tragando una bocanada de aire–. Y más necio aún si piensas que puedes servirte de mí para atraparlo.

–Aún no me crees, ¿verdad? –dijo Rimmer Dall, haciendo un gesto de resignación–. Sólo quiero protegerte, no utilizarte. Quiero salvar a tu hermano antes de que sea demasiado tarde. Él es un Espectro, Coltar. Es igual que yo, y su magia es un don que tanto puede salvarlo como destruirlo.

Un don. Par utilizaba esa palabra con frecuencia cuando hablaba de la magia, recordó Coltar.

–Permíteme entonces reunirme con él. Déjame en libertad –dijo.

–Es lo que intento hacer –respondió el corpulento individuo esbozando una sonrisa, curvando sólo la comisura de los labios–. Pero no antes de haberme enfrentado a tu hermano una vez más. Espero conseguirlo con la ayuda del sudario-espejo. Éste forma parte de la magia de los Espectros, joven del valle, y es muy poderosa. Invertí mucho tiempo en tejerlo. Cualquiera que se lo ponga, aparecerá ante aquellos con quienes se encuentre como alguien conocido y de confianza. Enmascara su identidad. Lo llevaré puesto cuando vaya a ver a tu hermano. –Se detuvo un instante–. Tú podrías ayudarme. Tú podrías indicarme dónde se encuentra. Sé que está en Tyrsis, pero no sé el lugar exacto. ¿Estás dispuesto a colaborar conmigo?

Coltar no podía dar crédito a sus oídos. ¿Cómo se le había ocurrido a Rimmer Dall pedirle tal cosa? Pero parecía tan seguro de sí mismo, tan imbuido de razón, que daba la impresión de conocer la verdad mucho mejor que él.

–No sé dónde está Par –respondió Coltar, haciendo un gesto negativo–. Podría estar en cualquier parte.

Rimmer Dall permaneció un largo rato en silencio, limitándose a mirar al joven del valle, estudiándolo con sus duros ojos clavados en él como si pudiera leer la mentira en su cara.

–Volveré a hacerte esta petición en otro momento –dijo al fin, restregando el suelo con sus pesadas botas.

–Sigue entrenándote. Lo encontraré por mis propios medios, de una forma u otra. Cuando lo consiga, te pondré en libertad.

Dio media vuelta y se alejó. Coltar lo siguió con la mirada, no fija en el hombre sino en la capa que llevaba, pensando: *Si pudiera poner mis manos en esa capa sólo durante cinco segundos...*

Aún tenía esa idea en la cabeza cuando se despertó al día siguiente. Una capa que podía ocultar la identidad de quien se la ponía a aquellos con quienes se encontraba, dándole la apariencia de alguien de su confianza... ¡Ya contaba con un medio para salir de

la Atalaya Meridional! Rimmer Dall podía considerar el sudario-espejo como un subterfugio para capturar a Par, pero Coltar tenía mejor uso que darle. Si lograba hacerse con la capa el tiempo suficiente para ponérsela... Su excitación ante el proyecto no le permitió completar el pensamiento. ¿Cómo se las arreglaría? Su mente trabajaba mientras se vestía y empezaba a pasear por la celda a la espera de la hora del desayuno.

Durante un momento pensó que Rimmer Dall había actuado con excesiva ligereza al mostrarle una magia semejante cuando los Espectros ponían tanto empeño en ocultar sus poderes mágicos. Pero teniendo en cuenta que el primer investigador estaba obsesionado por conseguir su ayuda para localizar a Par y que no iba a utilizar la capa hasta que lo localizara, ¿qué le impedía enseñársela? Tal vez esperara que, dándole esa prueba de confianza, obtendría su colaboración.

Rechazó la primera posibilidad. ¿No sería la capa una estratagema del primer investigador? ¿Cómo podía estar seguro de que el sudario-espejo actuaba como le había dicho? ¿Qué pruebas tenía? Se sobresaltó cuando la bandeja metálica de la comida se deslizó a través de la ranura abierta en la parte baja de la puerta de su celda. La miró un instante, debatiéndose en un mar de dudas. Pero ¿qué razones podía tener el primer investigador para mentir? ¿Qué ganaba con ello?

Tantas preguntas acabaron agobiándolo y decidió olvidarlas mientras tomaba el desayuno. Cuando terminó, bajó al patio de armas para entrenarse con Ulfkingroh. Necesitaba volver a hablar con Rimmer Dall, conocer más detalles sobre la capa y descubrir el auténtico alcance de su magia. Sin embargo, no debía mostrarse muy interesado; no debía permitir que el primer investigador pudiera sospechar sus intenciones. Por tanto, debía esperar a que fuese Rimmer Dall quien se dirigiera a él.

Pero el primer investigador no dio señales de vida aquel día ni tampoco el siguiente. Fue al anochecer del tercer día cuando se materializó entre las sombras cuando Coltar regresaba a su celda con paso cansado.

–¿Has reconsiderado la posibilidad de ayudarme a buscar a tu hermano? –le preguntó en tono indiferente, manteniendo el rostro inclinado y cubierto por la capucha de su negra capa.

–En parte –admitió Coltar.

–El tiempo pasa muy deprisa, joven del valle.

–Me cuesta creer lo que me dices –respondió Coltar, haciendo un gesto de indiferencia–. No es normal, ni siquiera frecuente, persuadir a un prisionero para que confíe en su carcelero.

–¿No? –Coltar casi podía sentir la siniestra sonrisa de su interlocutor–. Yo más bien creería todo lo contrario.

Dieron algunos pasos en silencio. La cara de Coltar estaba roja de ira. Deseó golpear a su acompañante, teniéndolo tan cerca y estando a solas en aquellos oscuros corredores, pero se resistió a la tentación, comprendiendo que sería una estupidez dejarse arrastrar por ella.

–Creo que Par es capaz de ver a través de la magia del sudario-espejo –respondió al fin el joven del valle.

–¿Cómo? –pregunto Rimmer Dall, levantando la mirada.

–Lo prevendría su propia magia –respondió Coltar, respirando profundamente.

–¿Crees que yo no conseguiría acercarme lo suficiente para hablarle? –La susurrante voz de Rimmer Dall sonaba ronca y grave.

–Lo dudo –respondió el joven del valle.

–¿Qué te parece si pruebo la magia contigo? –inquirió Rimmer Dall, deteniéndose y poniéndose frente a Coltar–. Entonces podrías juzgar con conocimiento de causa.

–No sé –respondió el joven del valle, frunciendo el entrecejo e intentando ocultar el

inmenso júbilo que le produjo tal proposición–. Tal vez eso no demuestre nada.

–¿Por qué no me dejas intentarlo? ¿Qué daño puede causarte? –insistió el primer investigador, levantando la mano enguantada, una forma negra que robaba la luz al aire.

Recorrieron el pasillo y subieron una docena de tramos de escaleras hasta llegar a una planta próxima a la celda de Coltar. Se detuvieron ante una puerta marcada con una cabeza de lobo y un rótulo rojo que Coltar no consiguió descifrar. Rimmer Dall sacó una llave, la introdujo en una pesada cerradura y empujó la puerta. Una estrecha faja de luz entraba por la única ventana de la estancia y se posaba en un alto armario de madera. Rimmer Dall se dirigió a él, abrió su puerta doble y luego sacó el sudario-espejo.

–No me mires durante un momento –ordenó.

Coltar volvió la cabeza y esperó.

–Coltar –lo llamó una voz.

Se volvió. Ante él estaba su padre, Jaralan, alto y encorvado, ancho de hombros; llevaba puesto su delantal de cuero favorito, el único que usaba para su trabajo de carpintero. Coltar parpadeó sin poder dar crédito a sus ojos, diciéndose a sí mismo que no era su padre sino Rimmer Dall, pero siguió mirándolo.

Entonces su padre levantó la mano y se irguió para quitarse el delantal, que inmediatamente se convirtió en el sudario-espejo, y Rimmer Dall apareció ante él.

–¿A quién has visto? –le preguntó el primer investigador.

–A pesar de todo, creo que Par te reconocería –respondió Coltar, haciendo un gesto negativo.

Rimmer Dall lo estudió un momento. Su grande y esquelético rostro carecía de vida y expresión, y sus extraños ojos tenían la dureza de la piedra.

–Quiero que pienses en algo –dijo por fin–. ¿Recuerdas aquellas infortunadas criaturas del Pozo de Tyrsis, las que enloquecieron por el encarcelamiento de la Federación y acabaron consumidas por su magia? Eso es lo que le ocurrirá a tu hermano. Es posible que no sea hoy ni mañana, ni siquiera el mes próximo, pero puedes estar seguro de que le ocurrirá, y entonces nadie podrá ayudarle.

Coltar luchó para hacer desaparecer el miedo que sintió y que, sin duda, se reflejaba en sus ojos.

–Quiero que también consideres otra verdad. Todos los Espectros tienen el poder de invadir y consumir a otras criaturas. Pueden habitar en sus cuerpos y usurpar su identidad durante el tiempo que sea necesario. –Hizo una pausa–. Yo podría convertirme en ti, Coltar. Podría deslizarme bajo tu piel con la misma facilidad que la hoja de un cuchillo y adueñarme de tu persona. –Su áspero susurro cortaba el silencio–. Pero no voy a hacerlo porque no quiero dañarte. Te dije la verdad cuando afirmé que quería ayudar a tu hermano. Tú tendrás que decidir si debes o no creerme, pero piensa en lo que acabo de decirte mientras tomas la decisión.

Se volvió, guardó el sudario-espejo en el armario y cerró la puerta. Era difícil apreciar si se sentía enojado, frustrado o satisfecho, pero su paso era decidido cuando condujo a Coltar fuera de la estancia y la puerta se cerró tras ellos. El joven del valle esperó instintivamente que se produjera el chasquido de la cerradura, pero no lo oyó. Rimmer Dall ya se estaba alejando, así que lo siguió.

–Por aquí se va a tu habitación –le dijo el primer investigador, señalando hacia arriba cuando llegaron a una escalera–. Piensa, joven del valle –le advirtió–. Estás jugando con dos vidas.

Coltar se volvió sin pronunciar una sola palabra y empezó a subir las escaleras. Cuando tras subir una docena de peldaños miró hacia atrás, Rimmer Dall había desaparecido.

Aún había luz, aunque escasa, cuando volvió a salir. Siguió el corredor hasta las

escaleras y las bajó para dirigirse al patio de armas, porque se había olvidado de coger su túnica. No la necesitaba, desde luego, pero era una buena excusa para averiguar si la puerta de la habitación donde se guardaba el sudario-espejo estaba cerrada con llave o no.

Su respiración se aceleró durante el descenso. Iba a hacer algo arriesgado, pero su desesperación aumentaba. Si no conseguía pronto la libertad, a Par podía ocurrirle alguna desgracia. Esta convicción se basaba principalmente en suposiciones y temores, pero no por ello era menos fundada. Sabía que su mente estaba ofuscada; si no, no se hubiera expuesto a correr aquel riesgo. Pero si la llave no estaba echada y el sudario-espejo seguía guardado en el armario...

Le llegaron sonidos de pisadas desde abajo, y se quedó inmóvil, pegado a la pared de la escalera. El sonido aumentó durante un momento, pero luego se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo. Se limpió el sudor de las manos en los pantalones e intentó pensar. ¿En qué planta estaba la habitación? Recordaba que había contado cuatro... Continuó bajando hasta el cuarto rellano y, con el cuerpo pegado a la pared, sacó con precaución la cabeza por la esquina para mirar.

El corredor que se abría ante él estaba desierto.

Respiró profundamente para calmarse y salió del escondrijo. Se deslizó por el pasillo, con rapidez y en silencio, dirigiendo ansiosas miradas adelante y atrás. Los Espectros estaban siempre vigilándolo. Siempre. Pero ahora no había ninguno; al menos, ninguno a la vista. Siguió adelante, examinando las puertas al pasar. Una cabeza de lobo con un rótulo rojo debajo... ¿Dónde estaba?

Si lo descubrían...

Por fin llegó ante la puerta que buscaba. Los ojos del lobo se clavaron en los suyos. Se acercó y aplicó el oído. Silencio. Extendió la mano sigilosamente y giró el picaporte, que no opuso resistencia. Abrió la puerta y traspasó su umbral. La estancia estaba vacía, a excepción del armario de madera, un alto y pelado ataúd apoyado en la pared opuesta. Apenas podía creer en que tuviera tan buena suerte. Se apresuró hacia el armario, lo abrió y buscó en su interior. Sus manos se cerraron sobre el sudario-espejo; Lo sacó con cuidado, levantándolo en la grisácea luz. El tejido era suave y grueso, y la capa tan ligera como el polvo. Su negrura era desconcertante, una oscuridad que parecía capaz de engullirlo por completo. Sostuvo la capa ante sí un instante más, estudiándola, sopesando por última vez la conveniencia de lo que estaba a punto de hacer.

Después se la echó sobre los hombros y dejó que lo envolviera. Apenas podía sentirla, tan etérea como la sombra que proyectaba en la lánguida luz del atardecer. Se anudó los cordones al cuello y se cubrió con la capucha. Esperó a ver si notaba algún cambio, pero todo seguía igual, nada parecía diferente. De pronto pensó en mirarse en un espejo, pero allí no había ninguno.

Después de cerrar el armario, cruzó la habitación y salió al corredor.

No había dado más de una docena de pasos cuando un Espectro apareció en las escaleras.

El corazón le dio un vuelco. No tenía armas, ni medios de protección, ni tiempo ni lugar para esconderse. Caminó hacia el Espectro, incapaz de pensar en hacer otra cosa.

El Espectro se cruzó con él sin cambiar el paso. Lo saludó con un movimiento de cabeza casi imperceptible, y prosiguió su camino como si no ocurriera nada extraño.

Coltar se sintió invadido por un inmenso júbilo y un gran alivio. ¡El Espectro no lo había reconocido! Casi no podía creerlo. Pero no había tiempo para recrearse en su buena suerte. Si quería huir de la Atalaya Meridional y de Rimmer Dall, debía hacerlo ahora.

Recorrió los pasillos y bajó las escaleras del monolito, al amparo de las sombras y evitando los lugares bien iluminados. Sólo conocía un camino de salida, pero estaba decidido a pasar lo más inadvertido posible, con capa o sin ella. Sus manos agarraban los

oscuros pliegues como si de esa forma se protegiera, y sus ojos taladraban las sombras mientras el día daba paso al crepúsculo. Llegó al patio de armas sin que nadie lo molestara.

Las armas y armaduras estaban colocadas en fila y colgadas en ganchos. No se veía a Ulfkingroh por ninguna parte. Coltar cogió un par de cuchillos largos, que guardó bajo la capa. Rodeó la zona despejada para dirigirse a las puertas que conducían a los patios exteriores. Una pareja de Espectros se cruzaron con él igual que la anterior, sin el menor recelo. Coltar tenía los músculos crispados por la tensión, pero su confianza en el sudario-espejo se iba afianzando.

Durante un momento consideró la posibilidad de bajar a las profundidades de la Atalaya Meridional para descubrir lo que los Espectros ocultaban en ellas. Pero le pareció que el riesgo era excesivo. Era preferible huir lo antes posible. Lo primordial era conseguir la libertad.

Se dirigió deprisa hacia los patios exteriores, como si fuera una de las sombras del atardecer. Llegó sin sufrir ningún contratiempo, los cruzó y, casi antes de que se diera cuenta, se encontró ante una puerta que daba al exterior. Miró a su alrededor, pero no había nadie a la vista.

Descorrió el cerrojo, empujó la puerta y salió.

Se encontró en un pórtico. Más allá se extendía el lago del Arco Iris con un centelleo de plata. Los bosques circundantes eran una oscura e irregular masa donde la vida zumbaba y canturreaba, y embalsamaba el aire veraniego con los olores de las hojas, la tierra y las hierbas.

Coltar Ohmsford respiró profundamente y esbozó una sonrisa. Ya estaba libre.

Hubiera preferido esperar hasta que la oscuridad fuera completa, pero no podía correr el riesgo de demorarse. Pronto descubrirían su ausencia. Agachándose entre las juncias, corrió hacia los árboles.

Desde la alta ventana de una habitación oscura, Rimmer Dall lo vio marcharse.

Coltar Ohmsford no se preguntó adónde debía ir. Caminó entre los árboles que separaban la Atalaya Meridional del río Mermidón y se detuvo cuando llegó a un estrecho donde la corriente se remansaba. Cruzó el río a nado y emprendió la marcha hacia Tyrsis, en busca de su hermano. No sabía cómo conseguiría encontrar a Par cuando llegara a la ciudad, pero ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento. Su preocupación más inmediata era que los Espectros ya estarían buscándolo. Parecieron materializarse poco después de su huida como negras siluetas que se deslizaban a través de la noche como fantasmas al acecho. Pero si lo veían, y estaba seguro de que así era, el sudario-espejo lo disfrazaba. Pasaban ante él sin acortar el paso ni manifestar interés, desapareciendo con la misma rapidez con la que habían llegado.

¡Pero eran tantos...!

La capa parecía otorgarle un sentido preciso de quiénes eran y dónde estaban. Podía advertir su presencia antes de verlos, conocer la dirección por donde se aproximarían y fijar su número con antelación. No intentaba esconderse de ellos, porque si fallaba la magia de la capa, lo descubrirían. Por el contrario, intentaba comportarse como un viajero normal, atravesando praderas despejadas, cogiendo los caminos que frecuentaban, caminando con tranquilidad y despreocupación, procurando no dar la impresión de que huía.

No sabía cómo, pero aquello funcionaba. Aunque había Espectros por todas partes y era obvio que lo buscaban, no conseguían reconocerlo.

Durmió algunas horas antes del amanecer y reanudó su marcha al despuntar el alba. En más de una ocasión pensó en quitarse la capa, pero la presencia de tantos seres negros se lo impedía. Era mejor no correr riesgos. Después de todo, no podrían descubrirlo mientras la llevase puesta.

Se cruzaba con otros viajeros en el camino, pero no se extrañaban de su apariencia. Algunos lo saludaban al pasar, pero la mayoría se abstenía de hacerlo.

Se preguntó cómo lo verían. No debía de parecerles alguien conocido, porque en ese caso le hubiesen hablado. Esto le hizo preguntarse por qué Rimmer Dall había adquirido la apariencia de su padre al ponerse la capa, y también por qué la magia actuaba de una forma distinta con él.

El primer día transcurrió con rapidez, y se dispuso a descansar en un bosquecillo de fresnos, a la vista aún de las montañas de Runne. El Sol se hundió tras los bosques de las Tierras Occidentales, tiñendo el cielo de oro rojizo, y el cálido aire nocturno estaba perfumado por las flores de los prados. Encendió una hoguera y comió verduras y frutas silvestres. Le hubiese gustado tomar algo más sustancioso, pero carecía de medios para conseguirlo. El cielo se pobló de estrellas y cesaron los sonidos nocturnos.

De nuevo aparecieron los Espectros, buscándolo. Algunos pasaron cerca, y se sintió reacio a quitarse la capa. Lo hizo el tiempo necesario para lavarse, teniendo cuidado de mantenerse oculto entre los árboles, pero volvió a ponérsela enseguida. Ahora la encontraba más cómoda, menos opresiva y extraña. Empezaba a gustarle la sensación de invisibilidad que le proporcionaba.

Reemprendió la marcha con las primeras luces, atravesando los prados con paso decidido, fijo en los oscuros contornos de los Dientes del Dragón donde rompían la línea azul del horizonte septentrional. Precisamente en aquel lado de las montañas estaba la ciudad de Tyrsis... y Par estaba allí. El calor del nuevo día parecía más intenso, y le incomodaba la excesiva luz. Tal vez debería viajar de noche, pensó. Tenía la impresión de que la oscuridad era menos peligrosa. Al mediodía se refugió en una agrupación de rocas, agazapándose en sus sombras, escondiéndose. Su mente vagaba, dispersándose en cosas que olvidaba casi tan pronto como las recordaba. Metió la cabeza entre las rodillas y se durmió.

Al caer el crepúsculo salió de su refugio. Cazó una especie de conejo tras espiarlo en la oscuridad y seguirlo hasta su madriguera como un gato. Escarbó con las manos hasta que lo cogió, le dio un golpe en la nuca, lo llevó hasta las rocas donde había pasado el día, y se lo comió antes de que acabara de asarse sobre la pequeña hoguera. Después contempló los huesos, preguntándose a qué clase de animal habían pertenecido.

Las estrellas y la Luna brillaban en el cielo oscuro. En algún lugar distante ululó un búho. Coltar Ohmsford dejó de buscar con la mirada a los Espectros que lo perseguían. Hasta cierto punto, habían dejado de preocuparle.

Cuando la noche se cerró en torno a él, se levantó, apagó la fogata con el pie y salió de su escondite deslizándose como un reptil. Lejos todavía, pero cada vez más próxima, estaba la ciudad. Podía olfatear sus olores en el viento.

En su interior había una cólera que no conseguía explicar. También había inquietud. De alguna manera, aunque no podía precisarlo, estaba relacionada con Par.

Se dirigió al norte, hacia las montañas. A la luz de la Luna, sus ojos fulguraban con el color de la sangre.

8

Anochecía cuando Wren Ohmsford, en la creciente penumbra, regresaba por La Grada al encuentro de sus compañeros de viaje, vacía de sentimientos. Las sombras se extendían sobre la roca volcánica, proyectadas por los huesos de los árboles devastados y las brumas que se desplazaban. La luz del día se había reducido a unas pinceladas brillantes en el oeste. La Grada era una llanura silenciosa y sin vida, un espejo de su propio estado de ánimo. La magia de las piedras élficas la había arrasado. La muerte de Eowen le había dado la dureza del hierro.

¿Quién soy yo?, se preguntaba.

Caminaba sin pensar en la ruta, desandando el camino que había recorrido poco antes sólo porque no conocía otro. Miraba al frente sin ver y escuchaba sin oír.

¿Quién soy yo?

Durante toda su vida había conocido la respuesta a esa pregunta. De hecho, había sido lo único sobre lo que no había albergado la más mínima duda. Era una bohemia, libre de las limitaciones de una historia personal, de las ataduras y obligaciones familiares, y de la necesidad de vivir de acuerdo con otras expectativas que no fueran las suyas propias. Garth le había transmitido las enseñanzas que necesitaba para sobrevivir y podía hacer con su persona lo que le placiera. Su futuro era una hoja en blanco en la que podía escribir su vida con las palabras que deseara.

Pero esa seguridad, esa certeza, había desaparecido, borrando al mismo tiempo, y por completo, sus erróneas ideas juveniles sobre su identidad y su futuro. Nunca sería como había sido o como había creído que era. Nunca. Lo había perdido todo. ¿Y qué había ganado? Estuvo a punto de echarse a reír. Se había convertido en un camaleón. Podía ser cualquier cosa. Ni siquiera estaba segura de su nombre. Era una Ohmsford y una Elessedil a la vez. Podía elegir. Era elfina y humana. Pertenecía a diversas familias, a una por nacimiento y a otras dos más por educación.

¿Quién soy yo?

Era una criatura de la magia, heredera de las piedras élficas, depositaría del báculo Ruhk y la Loden. Era la destinataria de todos esos legados, la depositaria de todas esas responsabilidades. La magia le pertenecía, y odiaba hasta pensar en eso. Nunca la había buscado, nunca la había deseado y, sin embargo, ahora no podía librarse de ella. La magia era una sombra interior, un oscuro reflejo de sí misma que emergía a una orden suya para cumplir su mandato, una embaucadora que la hacía sentirse distinta de los demás seres, que le robaba la razón y la cordura y amenazaba con apoderarse de ella por completo. La magia incluso mataba por ella: a los enemigos para protegerla, pero también a los amigos. *Eowen. ¿No había matado la magia a Eowen?* Se mordió el labio inferior, desesperada. Destruía, lo cual estaba bien porque eso era lo que esperaba que hiciera, pero a la vez estaba mal porque su acción era indiscriminada, e incluso cuando actuaba certeramente le iba arrebatando sentimientos tan importantes como la compasión, la ternura, el remordimiento y el amor. Destruía con su fuego la complejidad de su visión y la despojaba de la capacidad de elegir.

Eso era lo que le ocurría ahora.

Se había levantado un viento, débil y errático al principio, que azotaba las planicies en rápidas y violentas ráfagas, zarandeando los esqueléticos troncos de los árboles y produciendo un quejumbroso zumbido en los barrancos. Le golpeaba en los hombros, empujándola hacia un lado como si una persona desconsiderada hubiera tropezado con ella al caminar entre una muchedumbre. Bajó la cabeza para protegerse; otra perturbación que

tenía que soportar, otro obstáculo que debía superar. La luz occidental había desaparecido, y quedó sumida en la oscuridad. Ya no le quedaba mucho camino que recorrer, se dijo cansadamente. Sus compañeros de viaje estaban un poco más adelante, en el límite de La Grada, esperándola.

Un poco más adelante.

Esbozó una sonrisa. ¿Qué importaba si la esperaban o no? ¿Qué importaba todo aquello? Su destino haría con ella lo que se le antojase, como lo había hecho desde el momento en que decidió salir en busca de sí misma. No, se corrigió, desde mucho antes. Quizá desde siempre. Volvió a sonreír. ¡Salir en busca de sí misma, de su familia, de los elfos, de la verdad...! Que estupidez. Oía el tono burlón de su propia voz mientras sus pensamientos se sucedían.

Una voz resonó en el viento.

¿Qué importa?, le dijo.

¿Cuál es la diferencia?

Sus pensamientos retornaron a Eowen, amable y gentil, condenada a pesar de sus dotes de visión, predestinada a ser engullida por esas visiones. ¿Qué bien le había hecho conocer su futuro? ¿Qué bien podía hacerle a todos los demás? ¿Qué utilidad podía tener el intento de determinarlo? Ninguna, se dijo con ira, porque acabaría haciendo con cada uno lo que se le antojara. Haría con ella lo que quisiera, la llevaría donde deseara y la abandonaría cuando le pareciera bien.

¡Renuncia!, gritaba el viento a su alrededor.

Ella lo oyó, hizo un gesto de asentimiento y no pudo contener las lágrimas. Las palabras la acariciaban como las manos de una madre, y las aceptó. Todo parecía desvanecerse. Seguía caminando... ¿hacia dónde? No se paró, no se detuvo para cerciorarse; continuó moviéndose porque el movimiento le ayudaba a sentirse mejor, alejándola del dolor, de la angustia. Tenía que hacer algo, pero... ¿qué? Hizo un gesto de resignación, incapaz de tomar una decisión, y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

La mano que asía las piedras élficas.

Bajó la mirada hacia esa mano, y se sorprendió al ver que las piedras seguían en ella. La magia aún palpitaba en su puño, y su resplandor azul se filtraba entre los dedos, esparciéndose en la oscuridad. ¿Por qué? Se quedó observándolo con la impresión de que algo iba mal. ¿Por qué quemaba de aquel modo?

Renuncia, insistía el viento.

¡Eso quiero!, gritó ella en el silencio de su mente.

Aflojó el paso y levantó sus ojos del camino que seguía. La Grada había adquirido un aspecto diferente, un aspecto luminoso y cálido. Había caras por todas partes, extrañamente vívidas, destacándose en la niebla, y parecía que comprendían sus preocupaciones. Eran rostros conocidos, de amigos y familiares, de todos aquellos que la habían amado y apoyado, vivos o difuntos, conjurados por su imaginación. Se sorprendió cuando aparecieron, pero también le agradaron. Les dirigió algunas palabras, vacilante, curiosa, y ellos le respondieron en susurros.

Renuncia.

Renuncia.

Las palabras se repetían con insistencia en su mente, como un destello de esperanza. Ralentizó aún más el paso, hasta que se detuvo, sin saber dónde estaba y sin que le importase. Se sentía cansada. Su vida era un mar de confusiones. Ni siquiera podía intentar controlarla. Al contrario, la vida la dirigía como un jinete a su montura, sin pausa ni descanso, sin destino, en una noche sin fin.

Renuncia.

Luego esbozó una sonrisa, y comprendió. Era tan simple. Libérate de la magia.

Liberarse. La debilidad, la confusión y el sentimiento de pérdida se esfumarían. Liberarse, y tendría una oportunidad de empezar de nuevo, de recuperar su vida, de volver a ser quien había sido. ¿Por qué no lo había entendido antes?

Algo la hizo ponerse en guardia, alguna parte de su interior que el sonido de la voz del viento había empezado a enterrar. Movida por la curiosidad, intentó descubrirlo, pero unos roces en su piel la distrajeron. Las piedras élficas ardían en su mano, pero no prestó atención. Los roces eran más fascinantes, más atractivos. Levantó la cabeza para descubrir su procedencia. Las caras la rodeaban ahora, dibujándose en la frontera entre la oscuridad y la niebla, tomando forma. Le resultaban familiares. ¿Por qué no las reconocía?

Renuncia.

Reaccionó levantando la mano en que tenía las piedras élficas, apenas consciente del acto, y unos finos rayos azules salieron por los resquicios de sus dedos, proyectándose en la oscuridad. Las caras desaparecieron al instante. Wren parpadeó, confusa. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se había detenido? Miró alarmada a su alrededor y, al ver la negrura y la niebla de La Grada, se dio cuenta de que estaba perdida. Los dráculs estaban al acecho. Podía sentir su presencia. Tragó saliva. ¿En qué había estado pensando?

Empezó a caminar de nuevo, intentando aclarar lo que había sucedido. Era vagamente consciente de que, durante un rato, había perdido la noción de la realidad, y que debía de hacer rato que vagaba sin rumbo. Recordaba retazos de sus pensamientos, igual que fragmentos de sueños al despertar. Había estado a punto de hacer algo, pero ¿qué era?

Los minutos pasaban. Mucho más adelante, casi inaudibles a causa del rugido del viento, le llegaron voces que gritaban su nombre. Se dirigió hacia ellas, preguntándose si caminaba en la dirección correcta. Si no conseguía asegurarse pronto por sus propios medios, tendría que recurrir de nuevo a las piedras élficas, y sólo pensarlo le resultaba odioso. No quería volver a utilizarlas. Todo lo que podía ver con los ojos de la mente era su fuego explotando en el monstruo que una vez había sido Eowen y reduciéndolo a cenizas.

Volvió a llorar, pero contuvo rápidamente las lágrimas. Llorar no tenía ningún sentido, ni ninguna utilidad. Los árboles sin hojas y la roca eruptiva se extendían ante ella en una monótona extensión sin fin. La Grada parecía no tener fin. Admitió que se había perdido, que se había desviado de su rumbo por alguna causa que no lograba precisar. Se detuvo y miró a su alrededor con desaliento. Estaba exhausta, y cerró los ojos con angustia y desesperación.

Renuncia, gritó el viento.

Eso es lo que deseo, respondió la joven sin hablar.

El hechizo de las palabras la envolvió como un cálido manto, ciñéndose a su alrededor. Ella opuso resistencia un instante, pero enseguida sucumbió. Cuando abrió los ojos, las caras habían regresado y la habían encerrado en un círculo de tenue luz y roces suaves. Se vio al borde de un precipicio y el lugar le parecía familiar. Una vez más, todo empezó a desvanecerse. Olvidó que su objetivo era salir cuanto antes de La Grada, que los rostros circundantes no eran lo que parecían. La neblina reptó hasta introducirse en su mente y se asentó en ella, densa y oscura. El hielo que paralizaba sus pensamientos se derritió y corrió por su cuerpo. Pudo sentir su frío. ¡Estaba tan fatigada, tan cansada de todo...!

Renuncia.

La mano que agarraba las piedras élficas bajó, y los rostros apiñados en torno a ella empezaron a adquirir forma y tamaño. Unos labios rozaron su cuello.

Renuncia.

Permitió que sus ojos se cerraran de nuevo, y sus dedos se aflojaron. ¡Todo sería tan fácil! Si dejaba caer las piedras élficas, se libraría para siempre del yugo de la magia.

¡Mi Señora Wren!

El grito era un angustiado lamento y, por un segundo, no lo percibió. Después sus ojos se abrieron y su cuerpo se tensó. El extraño sueño que había estado a punto de atraparla la rondaba de cerca, convertido en un murmullo insistente. A través de su neblina, más allá de su lóbrego manto, vio dos figuras agachadas en el límite de la luz. Llevaban espadas en las manos; su metal brillaba levemente.

–¡Pjfftt! ¡No te muevas, Wren de los Elfos! –oyó que le gritaban.

Era *Stresa.*

–Quédate donde estás, mi Señora Wren –le pidió otro con ansiedad.

Triss.

El capitán de la Guardia Especial avanzaba centímetro a centímetro, con el arma extendida ante sí. Ella pudo ver su cara, enjuta, dura, llena de resolución. Detrás de él estaba Garth, una figura más corpulenta y oscura, inescrutable. El gatoespino, con las púas erizadas, los precedía.

Su corazón dio un vuelco. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Qué los había atraído? Se sintió inundada por una oleada de miedo, por la sensación de que algo iba a ocurrir, pero que ella no podía intuir.

Se obligó a salir de la lasitud, la calma y el susurro del viento, y recobró la percepción de la realidad. El frío se convirtió en hielo. La luz que la rodeaba emanaba de los seres que se apiñaban junto a ella. Dráculs. Estaban tan cerca que podía percibir su aliento... o, al menos, eso le parecía. Vio sus ojos muertos, sus caras macilentas, casi sin facciones, y sus colmillos de marfil. Había docenas en un apretado círculo que sólo se partía en el punto por donde Triss, Garth y *Stresa* intentaban aproximarse, una ventana en la oscuridad de La Grada. Sus manos y dedos la agarraron, la sacudieron y la sujetaron con avidez. La habían atraído con engaños, arrullado hasta el adormecimiento como debían de haber hecho con Eowen. Transformados de fantasmas en seres corpóreos, se disponían a saciar su apetito.

Durante un instante, Wren estuvo suspendida entre el ser y el no ser, entre la vida y la muerte. Sintió el tirón de ambas opciones. Una la impulsaba a librarse de los dulces y mortíferos lazos que la ataban, a rebelarse y luchar por su vida, a obedecer a su instinto de conservación, mientras que la otra la invitaba a hacer lo que la voz del viento le había susurrado: dejarse llevar, porque era la única manera de librarse de la magia. El tiempo se detuvo. Wren sopesó ambas alternativas como si no le afectaran, haciendo una valoración que parecía abarcar su vida pasada, presente y futura. Vio que sus rescatadores se acercaban con cautela. Sintió a los dráculs una fracción de centímetros más próximos. Ni lo uno ni lo otro parecía importarle. Eran realidades remotas y lentas, que podían cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Unos colmillos rozaron su garganta... un siseo de avidez y necesidad.

Dráculs.

Espectros.

Elfos.

Una evolución horrible que sólo ella conocía.

Si no consigo salir de Morrowindl y regresar a las Cuatro Tierras, ¿quién más podrá saberlo?

–¡Mi Señora Wren! –llamó Triss.

Su voz era suplicante, desesperada y furiosa; todo a la vez.

Ella se apartó del precipicio y respiró larga y profundamente. Sintió que su cuerpo recuperaba las fuerzas, que salía del letargo. Pero todavía se encontraba demasiado entumecida. Hizo una flexión casi imperceptible para descubrir cuáles eran los límites de su libertad. Carecía de libertad. Las manos que la agarraban la inmovilizaron como si

estuviera encadenada a la tierra.

Su mente se concentró con todas sus fuerzas en la búsqueda de una posibilidad, de una esperanza, y sus dedos se abrieron poco a poco.

Ahora.

El fuego azul explotó en la noche, ascendiendo por su cuerpo hasta envolverla en llamas. Los colmillos se retiraron al instante, las manos cayeron, los dráculs aullaron, furiosos, y Wren quedó libre. Se vio rodeada por un cilindro de fuego, envuelta en el fluido abrasador de la magia, esperando sentir el dolor, anticipando lo que sufriría hasta que quedara reducida a cenizas. *Eso es preferible a llegar a ser uno de ellos.* El pensamiento destelló en su mente, superando el dilema más crucial de su vida y adquiriendo una certeza que nunca más se volvería a cuestionar. *¡Cuanto antes acabe, mejor!*

El fuego se elevó sobre ella, desafiando a la oscuridad, chamuscando la cortina de niebla. Los dráculs se precipitaron en las llamas, intentando alcanzarla desesperadamente, como mariposas privadas de razón. Morían en súbitos estallidos de luz, incinerados a la velocidad del pensamiento. Wren observó que se dirigían a ella, que se esforzaban en alcanzarla, que quedaban atrapados en el fuego y después desaparecían. Sus ojos buscaron las piedras élficas y las encontró en el cuenco de su mano, blanqueadas por la magia, tan brillantes como soles.

Pero ella no se quemaba. El fuego arrasaba a su alrededor, devoraba a sus atacantes, pero ella permanecía ilesa.

¡Oh, sí!

Entonces empezó a sentir un gran regocijo, a tener la sensación de poder que siempre le daba la magia. Se sintió invencible, indestructible. El fuego no podía dañarla... y ella debería haberlo sabido. Abrió las manos, proyectándolo contra el torbellino de dráculs que la circundaban. Las llamas los engulleron y consumieron mientras proferían aullidos desesperados. *¡Por ti, Eowen!* Observó cómo perecían y sólo sintió el júbilo que el uso de la magia le daba. Los dráculs eran reducidos a cosas sin importancia, tan insignificantes para ella como el polvo. Se abrazó al poder de la magia y se dejó llevar más allá de la razón, más allá del pensamiento. *Úsala,* se decía. *Ninguna otra cosa importa.*

Estuvo completamente perdida durante un instante. Olvidó a Triss y a Garth, la necesidad de salir de Morrowindl y regresar a las Cuatro Tierras, las verdades que había aprendido y pensaba transmitir, la historia de quién y qué era, y las vidas que le habían sido confiadas... todo. Olvidó cualquier proyecto que no fuese el uso de las piedras élficas.

Entonces, algún pequeño y fastidioso rincón de su conciencia la despertó una vez más, un susurro de cordura que atravesó la mezcla de temor, agotamiento y desesperación que amenazaba con cambiar su determinación en demencia. Vio a Triss, Garth y *Stresa* luchando con los dráculs, que ahora se habían vuelto contra ellos, espalda contra espalda mientras el círculo se cerraba a su alrededor. Oyó los gritos que le dirigían y la voz de su interior que los repetía. Sintió que la isla de egoísmo en la que se había recluido empezaba a hundirse en el fuego.

Bajó la mano con las piedras élficas, y el pilar de llamas se redujo a una llamarada de luz que envolvió su mano, sometiéndose de nuevo a su control. Otra vez pudo ver la oscuridad y la neblina, las escarpadas pendientes del barranco, la roca eruptiva, mellada y negra. Percibió los olores de la noche, la ceniza, el fuego, el calor. Se volvió hacia los dráculs, silbó igual que una serpiente y huyeron despavoridos. Se dirigió hacia sus amigos, y los atacantes que los rodeaban desaparecieron. Llevaba la muerte en la mano, la aniquilación segura para unos seres que comprendían demasiado bien lo que la aniquilación significaba. Los dráculs centellearon, perdiendo consistencia. Wren avanzó con arrogancia y se metió entre ellos, sin miedo, balanceando la luz de su magia de acá para allá, amenazando, intimidando, rebosante de presagios de muerte. Los dráculs no

respondieron al desafío; en un momento se difuminaron y desaparecieron.

Entonces llegó donde estaban Garth y Triss agazapados con las armas empuñadas y la incertidumbre reflejada en los ojos. Se detuvo ante *Stresa,* que la miraba como si fuese un ser incomprensible. Ella cerró los dedos con fuerza sobre las piedras élficas, y el fuego desapareció tras un último parpadeo.

–Ayudadme a salir del barranco –le pidió.

Estaba tan agotada que corría peligro de desmayarse, pero sabía que no podía hacerlo, que los dráculs seguían acechando.

–Señora, creíamos que te habíamos perdido –dijo Triss, rodeándola con el brazo.

–Y estabais en lo cierto –respondió Wren, esbozando una sonrisa crispada.

Muy despacio, paso a paso, escudriñando las tinieblas nocturnas, empezaron a subir.

Era medianoche cuando consiguieron salir de La Grada. Los dráculs habían llevado a Wren a lo más profundo de su guarida, lejos del camino que pensaba seguir, confundiéndola hasta tal punto después de que descubriera a Eowen, que había acabado vagando por las planicies en la dirección equivocada. *Stresa* había conseguido encontrar sus huellas, pero no le había resultado fácil. Aunque les había ordenado que no salieran en su ayuda, iniciaron su búsqueda al anochecer, preocupados por su tardanza y decididos a asegurarse de que estaba a salvo aun a riesgo de sus propias vidas. Sabían que no disponían de una protección eficaz contra los dráculs, pero eso ya no importaba. Garth y Triss fueron los elegidos. Dal se quedó para proteger a Gavilán y el báculo Ruhk. *Stresa* se había sumado a la búsqueda porque era el único que podía seguir el rastro de Wren en la oscuridad. Ni siquiera con su ayuda la habrían encontrado si los dráculs no hubiesen estado tan ocupados con su presa. Un puñado de espectros hubiera bastado para interrumpir la tentativa de rescate. Pero Wren, poseedora de la magia de las piedras élficas, tenía un atractivo tal para los dráculs que todos se habían sumado a la cacería, sin poder reprimir sus ansias de participar en el festín. Al parecer, los rescatadores la habían encontrado en el momento justo.

Wren les habló del triste fin de Eowen, de cómo los dráculs la habían subvertido, de cómo la habían convertido en uno de ellos. Describió la muerte de la vidente con todo detalle porque necesitaba oír sus propias palabras, dar voz a su aflicción. Tenía la sensación de estar hablando desde algún hueco de su interior, envuelta en un halo de vacío y agotamiento. ¡Estaba tan cansada...! Pero, a pesar de ello, no quería demorarse ni descansar. Rechazó la ayuda una vez estuvo fuera del barranco. Caminó porque no deseaba que la transportaran, porque habría sido otra muestra de debilidad y ya había dado bastantes aquella noche. Estaba desalentada por lo que le había sucedido, horrorizada por la facilidad con que la voz del viento había conseguido que se extraviara, por lo cerca que había estado de la muerte y por la complacencia con que la había aceptado... ¡Ella, Wren Elessedil, conocida como la reina de los elfos, depositaria de la esperanza de un pueblo, heredera de una magia tan poderosa...! Aún recordaba la seducción con que la voz del viento le había presentado la entrega de su vida. ¡Había aceptado de tan buen grado la paz que esperaba encontrar! Siempre había sido fuerte al enfrentarse con la muerte, nunca le había concedido la posibilidad de atraparla, dispuesta a luchar hasta su último aliento. Lo ocurrido en La Grada había minado su confianza más de lo que estaba dispuesta a admitir. No había combatido. Había consentido que el agotamiento y la desesperación la corroyeran como la carcoma a la madera. Había advertido cómo la magia la empujaba primero por un camino y después por otro: el de los dráculs y el suyo propio. Como Eowen había sido prisionera de sus visiones, ella se estaba convirtiendo en prisionera de la magia élfica y se odiaba por ello. Despreciaba lo que había llegado a ser.

No soy nada de lo que creía ser, pensó con desesperación. Soy el producto de una

falsedad.

Para alejar estos pensamientos habló de lo que había visto en su vagabundeo por La Grada, de cómo la voz del viento provocado por los dráculs la había subyugado, de cómo Eowen, tan vulnerable para las visiones y las imágenes, debió de ser capturada. A veces divagaba, pero el sonido de su voz le ayudaba a evadirse de sus negros pensamientos, manteniéndola despierta y activa. Pensó en los que habían encontrado la muerte durante aquel viaje de pesadilla, sobre todo en Ellenroh y Eowen. Estaba destrozada por su pérdida, angustiada por la impotencia que le había impedido salvarlas, por el sentimiento de ineptitud para desempeñar su misión. Se aferraba a las piedras élficas, incapaz de desprenderse de ellas, asustada por la posibilidad de que regresaran los dráculs, pero no lo hicieron. Ni siquiera el viento susurraba ahora; había regresado al interior de la tierra, dejándola sola. Escudriñó la oscuridad y la sintió como un reflejo de su vacío. Estaba abatida por lo que había llegado a ser y por el miedo a una posible transformación futura. El mundo estaba fuera de su comprensión. Ya no se atrevía a juzgar cuál era el mal mayor: los monstruos o los creadores de monstruos. Los Espectros o los elfos. ¿Quiénes deberían cargar con la culpa? ¿Dónde estaba el equilibrio vital que le habían mostrado las lecciones aprendidas y la experiencia? ¿Dónde estaba la sensación de que la locura pasaría, de que todo lo que estaba sucediendo tenía una finalidad que iría revelándose? No tenía respuestas. La magia los había atrapado en un torbellino que los dejaría caer donde se le antojase.

Aquella noche había cavado un pozo más oscuro de lo que Wren jamás hubiera podido imaginar. Salieron de La Grada cansados y entumecidos, aliviados por irse, ansiosos por alejarse. Descansarían hasta el amanecer y luego proseguirían el viaje. La mayor parte de la Cornisa Negra ya quedaba a sus espaldas, a la sombra de la niebla cenicienta del Killeshan. Delante, entre ellos y las playas, sólo quedaba el In Ju. Si se daban prisa, podían atravesar la selva en dos días y llegar a las costas de la Linde Azul en otros dos. Rapidez, eso es lo que necesitamos, se decían. Rapidez, y alcanzaremos la libertad.

Llegaron al lugar donde se habían quedado sus compañeros, un claro en el interior de un grupo de rocas volcánicas, a la sombra de una faja de enredaderas marchitas y arbustos famélicos. *Fauno* salió corriendo en la oscuridad, abandonando su escondrijo y chillando de alegría como un loco. Saltó al hombro de Wren y se acurrucó allí como si no existiera ningún otro refugio. La joven levantó las manos para acariciarlo. El jacarino temblaba de miedo.

Después encontraron a Dal, tendido en el extremo opuesto del claro, sin vida, con el cráneo abierto. Triss se inclinó sobre el guardia especial y le dio la vuelta.

Levantó la mirada, aturdido. Las armas de Dal estaban envainadas.

Wren apartó la vista con desesperación. Un oscuro presentimiento se estaba afianzando. No necesitaba buscar más para saber que Gavilán Elessedil y el báculo Ruhk habían desaparecido.

9

Par Ohmsford se escondió en la sombra de la muralla del edificio, tan oscuro como la noche que lo rodeaba dentro de la cobertura de su capa, escuchando los sonidos de la ciudad de Tyrsis que se agitaba sin descanso bajo su sábana de calor estival a la espera del día. El aire estaba quieto e impregnado de los olores de la ciudad, dulzones, persistentes y empalagosos. Par lo respiraba con desagrado, observando desde su refugio las zonas iluminadas por las farolas, atento a unos seres que no deberían estar allí, que reptaban y acechaban, que buscaban sin descanso.

La Federación.

Los Espectros.

Tanto una como otros estaban cerca; cazadores que nunca dormían, que nunca renunciaban a su presa. Damson y él estaban huyendo de ellos desde que abandonaron el refugio subterráneo del Topo y recorrieron las alcantarillas para regresar a las calles. Una semana. Apenas si podía ordenar el torbellino de percances sufridos, recuerdos fragmentados, una mezcolanza de edificios y habitaciones, de reducidas estancias y angostas galerías, un continuo vagar de un escondite a otro. En ningún lugar habían podido descansar más que unas pocas horas, siempre descubiertos de alguna forma cuando se creían seguros, obligados a correr de nuevo, a huir de los seres siniestros que los perseguían.

¿Cómo podían encontrarlos tan deprisa?, se había preguntado Par más de mil veces.

Al principio lo había atribuido al azar. Pero el azar tenía sus límites, y la continuidad de su rápida localización pronto descartó esa posibilidad. Luego pensó en que se debía a su magia, detectada de alguna forma por Rimmer Dall, pues eran los investigadores quienes los seguían con más frecuencia; a veces adoptaban la apariencia de miembros de la Federación, pero por lo general se presentaban como los monstruos que eran, negras figuras encapuchadas. Pero puesto que él no había vuelto a utilizar la magia desde que salieron huyendo de las alcantarillas, ¿cómo podían detectarla?

–Se han infiltrado en el Movimiento –había dicho Damson, con los labios crispados y el semblante macilento hacía sólo unas horas, antes de separarse de él para buscar algún nuevo escondrijo que sus perseguidores no conocieran–. O han capturado a alguno de los nuestros y lo han obligado a hablar. Ésa es la única explicación posible.

Pero la muchacha se había visto obligada a reconocer que nadie, excepto Padishar Cesta, conocía todos los escondrijos que utilizaba. Por tanto, sólo él había podido traicionarlos.

Lo que llevaba a considerar la inquietante posibilidad de que, a pesar de sus esperanzas, la caída del Saliente hubiera proporcionado a la Federación la presa que tanto ansiaba.

Par apoyó la cabeza contra el áspero y caliente muro de piedra, cerrando los ojos con desesperación. Coltar, muerto. Padishar y Morgan, desaparecidos. Wren y Walker Boh. Steff y Teel. Todo el grupo. Hasta el Topo. No tenían noticias de él desde que abandonaron los túneles que discurrían bajo la ciudad, nada que revelase lo que le hubiese podido ocurrir. La situación era demencial. Todos aquellos con quienes se había puesto en camino varias semanas antes (su hermano, su prima, su tío y sus amigos) habían desaparecido. Tenía la desagradable impresión de que las personas con las que establecía contacto estaban condenadas a desaparecer de la faz de la tierra, a ser engullidas por algún tenebroso submundo para no volver a regresar nunca jamás a la superficie.

Incluso Damson...

No. Sus ojos se abrieron de golpe, con la ira destellando a la luz de las farolas. *Damson no. A ella no la perdería. No volvería a ocurrir.*

Pero ¿cuánto tiempo podrían continuar huyendo? ¿Cuánto tardarían sus enemigos en capturarlos?

Se produjo un repentino movimiento en la esquina de la pared de delante, donde el edificio hacía ángulo para abrirse la calle oeste hacia el acantilado, y apareció Damson. La muchacha se deslizó agachada entre las sombras y se reunió con él, jadeante y sofocada.

–Nuestros perseguidores han descubierto otros dos refugios –le dijo–. Puedo percibir su hedor sin necesidad de verlos. –Su larga melena rojiza estaba enmarañada y húmeda, echada hacia atrás mediante una cinta de tela colocada sobre la frente. Esbozó una sonrisa cuando menos se lo esperaba–. Pero he encontrado uno que les ha pasado inadvertido.

»Pareces muy cansado, Par –prosiguió la muchacha, alargando la mano para acariciarle la mejilla–. Esta noche dormirás bien. Recuerdo ese lugar. Es una bodega situada bajo un viejo molino de harina que en otro tiempo fue otra cosa, no recuerdo qué. Nadie lo utiliza desde hace más de un año. Una vez, Padishar y yo... –Se interrumpió al sentir el profundo dolor que le produjo ese recuerdo, según podía leerse en sus ojos–. Éste no lo descubrirán. Acompáñame, joven del valle. Lo intentaremos una vez más.

Corrieron en la noche, dos sombras gemelas que aparecían y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. Par sentía el peso de la Espada de Shannara en su espalda. Su presencia era un recuerdo de la farsa en que se había convertido su búsqueda y de las confusiones que lo atormentaban. ¿Era, en realidad, el antiguo talismán cuya búsqueda le había sido encomendada o, por el contrario, era un truco de Rimmer Dall para llevarlo a la perdición? Si era la auténtica Espada de Shannara, ¿por qué no había conseguido que actuara cuando se encontró frente al primer investigador? Si era una falsificación, ¿qué había ocurrido con la verdadera Espada?

Pero las preguntas, una vez más, carecían de respuesta; sólo llevaban a formularse nuevas preguntas y, como siempre, las dejó de lado. Por el momento, la supervivencia era lo único que importaba, liberarse de los seres negros y salir de la ciudad. Porque su fuga había sido igual que la de una rata en un laberinto, atrapada entre unos muros de los que no podía salir. Todos sus esfuerzos por escapar de Tyrsis y llegar a campo abierto acababan frustrándose. Las puertas de la ciudad estaban muy bien vigiladas, todas sus salidas bien controladas y, al no contar con la ayuda del Topo, Damson carecía de la habilidad necesaria para desplazarse por las alcantarillas, la única vía de escape posible. Así que no tenían otra opción que seguir corriendo y escondiéndose, escabullándose de un agujero a otro, y esperar a que se presentase una oportunidad que les permitiera alcanzar la libertad.

Se metieron en un callejón salpicado de rayos de luz que salían por los resquicios de los postigos cerrados de las ventanas abiertas en la parte alta de un muro trasero. Oían risas y el tintineo de las jarras de la cervecería que albergaba. La calle estaba llena de basura húmeda y pestilente. En aquel barrio, donde los pobres y los sin hogar había sido concentrados por los ocupantes, Tyrsis usaba su perfume más barato y el olor de su cuerpo era fétido e insolente. La que en otros tiempos había sido una altiva dama estaba ahora avejentada y humillada, convertida en una esclava a la que la Federación podía tratar como quisiera, en el botín de una guerra concluida antes de que empezara.

Damson observó con atención un cruce desierto e iluminado, escuchó atentamente durante un momento para captar cualquier sonido extraño, cogió del brazo a Par y corrieron hacia delante. Entraron en otro callejón tan silencioso y mohoso como un armario cerrado, después atravesaron un pórtico y una especie de pasadizo que comunicaba con otra calle. Par estaba pensando de nuevo en la Espada de Shannara, preguntándose cómo podría descubrir si era auténtica y a qué prueba podría someterla para confirmarlo.

–Aquí –dijo en voz baja Damson, y tiró de él para que pasara por el agujero de una

vieja pared de madera.

Se encontraron en una especie de granero donde la penumbra era densa, los tablones que formaban su techo apenas eran visibles a la débil luz, procedente de otros edificios, que se filtraba por los agrietados y resecos muros. Había máquinas acurrucadas como animales dispuestos a saltar, e hileras de cajones bostezaban, vacíos y negros. Damson lo condujo a través de la estancia, y sus botas resonaron en el profundo silencio al caminar sobre la piedra y la paja. Cerca de la pared opuesta, la muchacha se detuvo, tanteó el suelo, asió una anilla de hierro encajada en el mismo y levantó una trampilla. Una luz tenue y vacilante mostró unas escaleras que bajaban a la oscuridad.

–Tú primero –le dijo ella, haciéndole una indicación con la mano–. Detente al entrar.

Así lo hizo. Oyó las pisadas de Damson que lo seguían, y el sonido de la trampilla al cerrarse. Se quedaron escuchando un momento; después la muchacha se adelantó con cautela y buscó en la oscuridad. Brilló una chispa, brotó una llama y una antorcha embreada empezó a arder. La luz inundó la cámara donde se encontraban, débil y espectral, revelando un sótano de techo bajo, lleno de viejos toneles y canastas rotas. La muchacha le indicó que la siguiese, y avanzaron entre los desechos. El sótano era alargado y terminaba en un pasadizo. Damson se inclinó hacia delante, acercó la antorcha y entró. El pasadizo los llevó a través de varios corredores que se cruzaban a una habitación que en otro tiempo parecía haber sido un dormitorio. Arrimada a una pared había una cama desvencijada y, junto a otra, una mesa y varias sillas. Un segundo pasadizo se abría en el lado opuesto y se perdía en la oscuridad. Donde acababa el área iluminada por la antorcha, Par vio el principio de un tramo de escaleras.

–Aquí deberíamos estar a salvo esta noche, o incluso más tiempo –dijo Damson, volviéndose para que la luz revelase sus facciones, el vivo destello de sus verdes ojos y la amabilidad de su sonrisa–. No es gran cosa, ¿verdad?

–Si aquí estamos seguros, es suficiente –respondió Par, esbozando también una sonrisa–. ¿Adónde conducen las escaleras?

–A la calle. Pero la puerta está cerrada por fuera. Tendríamos que forzarla si nos viésemos obligados a huir por ahí, si no fuera posible salir por el mismo sitio que hemos entrado. Al menos es una vía de escape. Y a nadie se le ocurrirá mirar tras una puerta cuya cerradura está oxidada e intacta.

El joven del valle hizo un gesto de asentimiento, tomó la antorcha de su mano, miró un instante a su alrededor, la llevó a un soporte que había en el muro y la introdujo en él.

–Esto es un hogar –dijo, retirando de su espalda la Espada de Shannara y apoyándola en la cama. Sus ojos se detuvieron durante unos instantes en el grabado de su empuñadura, que representaba una mano levantada con una antorcha llameante. Luego se volvió–. ¿Hay algo de comer en la alacena?

–Poco –respondió la muchacha, riendo abiertamente. Se acercó a él de forma impulsiva, lo rodeó por la cintura con los brazos y depositó un beso en su mejilla–. Par Ohmsford. –Pronunció su nombre en voz baja.

–Lo sé –respondió el joven del valle, estrechándola entre sus brazos y acariciándole el cabello, sintiendo que su calor lo inundaba.

–Será suficiente para ti y para mí.

Par se limitó a hacer un gesto de asentimiento sin hablar, decidido a que así fuese, convencido de que así debía ser.

–Tengo queso fresco y pan en el morral –dijo Damson, apartándose–. Y cerveza. Buena comida para unos fugitivos como nosotros.

Comieron en silencio, escuchando el leve sonido de los clavos de las paredes, que se contraían a causa del frío de la noche. Una o dos veces oyeron voces, tan lejanas que era imposible entender las palabras, procedentes de la calle a través de la puerta cerrada y de

las viejas escaleras. Cuando terminaron la cena, guardaron lo que había quedado, apagaron la antorcha, se envolvieron en sus mantas, se tendieron juntos en la estrecha cama y se durmieron de inmediato.

La trémula luz del amanecer se deslizó por las resquebrajaduras y grietas, fría y nebulosa, y los sonidos de la ciudad crecían en volumen y nitidez a medida que la gente salía de sus casas para empezar su jornada laboral. Por primera vez desde hacía una semana, Par se despertó tras un sueño reparador. Le hubiese gustado tener agua para lavarse, pero se sentía satisfecho de haberse librado del cansancio. Damson estaba animada y tenía los ojos brillantes, despeinada y al mismo tiempo impecable, y Par tuvo la sensación de que ya habían pasado lo peor.

–Nuestro primer objetivo es encontrar la manera de salir de la ciudad –dijo Damson durante el desayuno. Estaba sentada frente a él en la pequeña mesa, y su cara mostraba decisión–. No podemos seguir así.

–Me gustaría saber algo del Topo.

–Lo busqué mientras estuve fuera –respondió la muchacha, haciendo un gesto de asentimiento y apartando su mirada del joven del valle–. Al Topo no le faltan recursos. Ha logrado sobrevivir sin ayuda durante mucho tiempo.

Pero no con los Espectros pisándole los talones, estuvo a punto de decir Par, pero se contuvo. En cualquier caso, Damson debía de estar pensando lo mismo.

–¿Qué he de hacer hoy?

–Lo de siempre –respondió la muchacha, mirándolo fijamente–. No moverte. Todavía no saben nada de mí. Sólo te buscan a ti.

–Eso es lo que tú supones.

–Eso supongo –respondió ella, dando un suspiro–. Además he de encontrar la manera de salvar las murallas, salir de Tyrsis y descubrir qué ha sido de Padishar y los otros.

El joven del valle se cruzó de brazos y se retrepó.

–Me siento un inútil quedándome aquí sentado.

–A veces es necesario esperar, Par.

–Y no me gusta dejarte salir sola.

–Tampoco a mí dejarte aquí –respondió la muchacha, esbozando una sonrisa–. Pero no queda más remedio. Debemos ser prudentes.

Se puso sus vestiduras de maga, porque seguía apareciendo regularmente en el mercado para hacer trucos ante los niños, manteniendo la apariencia de que todo era como siempre. Un pálido rayo de luz traspasaba la penumbra de los pasadizos por donde habían llegado y, tras decirle adiós con la mano, se dirigió a ellos.

Par pasó nervioso toda la mañana, paseando por los estrechos confines de su refugio. Una vez llegó al rellano superior de las escaleras que conducían a la calle, y comprobó la resistencia de la cerradura que aseguraba la pesada puerta de madera. Después deambuló por los pasadizos que se ramificaban a partir del sótano del granero, y descubrió que todos desembocaban en bodegas o almacenes vacíos o abandonados desde hacía mucho tiempo. Al mediodía comió parte de lo que había quedado de la cena. Luego se echó en la cama y cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó, la luz había adquirido un tono plateado y el día se estaba disolviendo para dar paso al crepúsculo. Permaneció en la cama pestañeando somnoliento durante un momento, y después se dio cuenta de que Damson no había regresado. Llevaba fuera casi diez horas. Se levantó alarmado por su larga ausencia. Era posible que hubiera llegado y vuelto a salir, pero no parecía probable. Lo habría despertado, o se habría despertado él. Frunció el entrecejo, inquieto. Se estiró para desentumecer los músculos y se preguntó qué debía hacer.

Estaba hambriento pese a su preocupación, por lo que decidió comer algo, y acabó

con el pan y el queso que quedaban. Aún había cerveza en la bota, pero estaba picada y caliente.

¿Dónde estaba Damson?

Par Ohmsford conocía los riesgos desde el principio, los peligros a que Damson Rhee se enfrentaba cada vez que lo dejaba y salía a la ciudad. Si capturaban al Topo, lo obligarían a hablar. Si podían descubrir los escondrijos, también podían descubrirla a ella. Si apresaban a Padishar, no quedaría ningún secreto sin revelar. Conocía los riesgos, incluso creía que los había aceptado, pero se sentía incapaz de afrontarlos después de huir de las alcantarillas y suponer que lo peor había pasado. Entonces se dio cuenta de que estaba aterrado.

Damson. Si le hubiera sucedido algo...

Un sonido chirriante atrajo su atención, y dejó el pensamiento inacabado. Se volvió tratando de identificar su origen. Procedía de la parte de atrás, de lo alto de las escaleras, de la puerta que daba a la calle.

Alguien estaba manipulando el candado.

Al principio pensó que sería Damson, obligada por algún motivo a entrar por la parte de atrás. Pero Damson no tenía llave. Y el sonido era el de una llave que arañaba el interior de la cerradura. El ruido continuó, terminando en un agudo chasquido cuando el candado se abrió.

Par cogió la Espada de Shannara y la colgó rápidamente de la espalda. Quienquiera que estuviese allí arriba, no era Damson. Cogió el morral, con la idea de eliminar cualquier indicio de su presencia. Pero había huellas de sus botas por todas partes, la cama estaba deshecha y la mesa llena de migajas de pan. Además, no disponía de tiempo. El intruso había descorrido el cerrojo y estaba abriendo la puerta.

La luz del atardecer penetró por la abertura, proyectando un oblicuo haz de rayos cenicientos. Par se dirigió corriendo a los túneles. Dejó la antorcha. Ya no la necesitaba para encontrar el camino. Las exploraciones de la mañana le habían proporcionado una clara visión de la ruta que debía seguir, incluso en la mayor oscuridad. Unas botas pisaron los peldaños de madera, demasiado pesadas y rudas para que pudiera tratarse de Damson.

Par siguió el túnel sin hacer ruido. El que había entrado advertiría que había estado allí, pero no podría saber cuándo. Esperaría su regreso con el propósito de cogerlo por sorpresa. O a Damson. Pero podía esperarla en alguna parte cerca de la entrada del viejo molino y prevenirla. Estaba seguro de que Damson no utilizaría la entrada trasera al verla abierta. Sus pensamientos se precipitaron unos tras otros, impulsándolo a avanzar en la oscuridad, silencioso y veloz. Todo lo que tenía que hacer era regresar al granero y salir a la calle sin ser visto.

Ya no oía las pisadas. El intruso se habría detenido a examinar la habitación y estaría preguntándose quiénes habían estado allí, cuántos eran y por qué se habían ido. Esto le daba más tiempo para huir.

Pero cuando llegó al granero, fue demasiado deprisa hacia la escalera, tropezó con un cajón vacío y cayó al suelo. La madera carcomida crujió y se astilló bajo el peso de su cuerpo, el ruido producido resonó con fuerza en el silencio.

Mientras se levantaba, furioso y jadeante, oyó que las pisadas se aproximaban.

Corrió, intentando llegar a la escalera, sin preocuparse de ocultar su huida. Las pisadas lo siguieron. No eran Espectros, pensó, porque ellos se movían con cautela. La Federación entonces. Pero sólo uno de sus miembros. ¿Por qué sólo uno?

Llegó a la escalera y ascendió por ella. La trampilla era una vaga silueta arriba. Se preguntó si habría otros esperando tras ella, si lo estaban llevando a una emboscada. ¿Debía quedarse en su terreno y enfrentarse a uno o bien permitir que lo empujaran hacia los otros? No había tiempo para especulaciones, tenía que tomar una decisión. Ya estaba

ante la trampilla.

La empujó hacia arriba, pero no cedió.

Rayos de luz crepuscular se filtraban por las grietas de los pesados tablones. Danzaron sobre su rostro sudoroso, cegándolo momentáneamente. Bajó la cabeza y empujó por segunda vez. La trampilla continuó firme. Entrecerró los ojos para protegerse de la luz, intentando ver qué era lo que había ocurrido.

Algo grande y pesado estaba apoyado en la parte superior de la trampilla.

Desesperado se lanzó contra ella, pero fue inútil. Retrocedió a la vez que dirigía una rápida mirada hacia atrás. Su corazón latía tan ruidosamente en sus oídos que apenas pudo percibir la apagada voz que pronunció su nombre.

–¿Par? ¿Par Ohmsford?

Era un hombre. Al parecer, conocido por él. La voz le resultaba familiar y extraña al mismo tiempo. Su dueño estaba todavía en los pasadizos, perdido en la oscuridad. El granero del molino se estrechaba y bajaba hacia la tenebrosa abertura, donde flotaban motas de polvo en la penumbra, formando una neblina que lo ensombrecía todo. Par miró a la trampilla; luego de nuevo al sótano.

Estaba atrapado.

La línea de su boca se tensó. El sudor corría por su cuerpo a consecuencia del esfuerzo y el miedo, y sentía un hormigueo en la piel.

¿Quién estaba detrás?

¿Quién conocía su nombre?

Volvió a pensar en Damson, preguntándose dónde estaría, qué habría sido de ella y si se encontraría a salvo. En el caso de que la hubiesen apresado, él era su única esperanza de salvación. No podía dejar que lo capturaran porque, en ese caso, ella no tendría a nadie que pudiera ayudarla. Damson. Vio sus flameantes cabellos rojos, la curva de su boca cuando le sonreía y el brillo de sus ojos verdes. Oyó su voz, su risa. Sintió su contacto. Recordó todos los esfuerzos que había realizado para salvarle la vida, para apartarlo de la locura que pretendía adueñarse de él tras la muerte de Coltar.

Los sentimientos que lo embargaban en aquel instante eran abrumadores, tan intensos que casi le hicieron gritar.

La ira y la resolución reemplazaron al miedo. Se llevó la mano a la espalda y empezó a desenvainar la Espada de Shannara, pero después la volvió a dejar en su sitio. La Espada estaba destinada a otros menesteres. Utilizaría su magia, la utilizaría aunque ahora lo asustaba como un viejo amigo que inesperadamente se hubiera tornado extraño y reservado. La magia era imprevisible, quijotesca y peligrosa.

Y de dudosa utilidad, comprendió de pronto, si su oponente era humano.

Sus pensamientos se dispersaron, dejándolo privado de esperanza. Se llevó la mano a la espalda por segunda vez y desenvainó la Espada. Después de todo, era su única arma.

Apareció una figura en la boca del pasadizo, y en el repentino silencio se oyó el suave silbido de su respiración. Se trataba de una figura encapuchada, oscura y sin facciones en la declinante luz. Parecía un hombre más alto y corpulento que Par.

El desconocido salió de la oscuridad y se irguió. Empezó a avanzar, pero se detuvo de repente al ver a Par agazapado en las escaleras del granero con un arma en la mano. El largo cuchillo que esgrimía el hombre destelló débilmente. Durante un momento se miraron sin moverse, intentando identificarse.

Luego las manos del intruso se levantaron para echar hacia atrás la capucha de su polvorienta capa negra.

10

Triss se enderezó con movimientos rígidos y pesados. Wren, Garth y él se miraron en silencio, sin conseguir ver los rasgos de sus rostros en la noche brumosa y cenicienta de Morrowindl. Parecían estatuas alrededor de la figura yaciente de Dal o centinelas congelados en el tiempo. Eran los únicos supervivientes del grupo de nueve que había salido de la falda del Killeshan para sacar a los elfos y Arborlon de su tumba volcánica y llevarlos a una nueva vida en los bosques de las Tierras Occidentales. Tres, subrayó Wren llena de angustia, porque consideraba a Gavilán tan perdido como su propia inocencia.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Triss se movió bruscamente, rompiendo sus ataduras. Se alejó unos pasos y se inclinó para examinar el terreno. Volvió a erguirse e hizo un gesto de incomprensión.

–¿Quién pudo hacer esto? Ha de haber huellas... –Le falló la voz.

Wren y Garth intercambiaron una significativa mirada; Triss aún no había comprendido.

–Fue Gavilán –dijo en voz baja.

–¿Gavilán? –El capitán de la Guardia Especial la miró con ojos vacíos.

–Gavilán Elessedil –repitió la muchacha, pronunciando el nombre completo con la esperanza de que así fuera capaz de aceptar la realidad. *Fauno* seguía temblando sobre su hombro–. Ha matado a Dal y se ha llevado el báculo Ruhk.

–No –respondió inmediatamente Triss sin moverse–. Mi señora Wren, eso no es posible. Estás equivocada. Gavilán es un elfo, y ningún elfo dañaría a otro. ¡Además, es un príncipe de la sangre de Elessedil! ¡Ha jurado servir a su pueblo!

Wren hizo un gesto de desesperación. Debería haberlo previsto, haberlo leído en su mirada, haberlo advertido en su voz, en su veleidosa conducta. Había tenido la evidencia ante sus ojos y se había negado a admitirla.

–*Stresa* –llamó al gatoespino.

–¡Jssstttt! ¡Ya te previne contra él! –respondió el gatoespino, saliendo de la oscuridad bamboleándose, con las espinas erizadas en actitud beligerante.

–Gracias por recordármelo. Pero ahora dime lo que revelan las huellas. Tu vista es más penetrante que la nuestra, y tu olfato más fino. Estúdialas, por favor.

Hablaba con voz suave, impregnada de dolor. El gatoespino aguzó la vista y avanzó con cautela. Todos lo observaron mientras rodeaba el claro, olfateando, explorando con la mirada, deteniéndose con frecuencia.

–Él no pudo hacer esto –volvió a decir Triss, negándose a admitir la evidencia.

Wren no contestó. Tenía la mirada perdida en el vacío. La Grada era una pantalla gris a sus espaldas, el In Ju un agujero negro delante y el Killeshan un lejano retumbo. Morrowindl se encorvaba sobre ellos como una hiena sobre la carroña.

–Nadie salvo nosotros... pjjjffl... ha pasado por este lugar durante las últimas horas –dijo *Stresa,* tras realizar su inspección– Sssttt. Nuestras huellas salen de La Grada, entran y vuelven a salir... por allí. Sólo nosotros... ningún monstruo, ningún intruso; nada en absoluto. –Hizo una pausa y giró en redondo–. Allí arrancan las huellas más recientes, y se dirigen hacia el oeste, hacia el In Ju. Son suyas. Lo siento, Wren Elessedil.

Ella inclinó la cabeza, despojada del último vestigio de esperanza. Después miró a Triss.

–¿Por qué? –preguntó el capitán de la Guardia Especial con desaliento.

Porque estaba aterrado, pensó Wren. Porque estaba habituado al orden y a la comodidad, a vivir al amparo de unas murallas y bajo un cielo seguro, y las nuevas

circunstancias habían sido abrumadoras para él. Porque había creído que todos estaban muertos y temía que le ocurriera lo mismo si no huía. O porque estaba ansioso y desesperado, y deseaba poseer a toda costa el báculo Ruhk y su magia.

–No lo sé –respondió en voz baja.

–Pero Dal...

–¿Y eso qué cambia? –lo interrumpió bastante más furiosa de lo que hubiera deseado, arrepintiéndose inmediatamente de su rudeza. Tragó una bocanada de aire–. Lo importante es que se ha llevado el báculo Ruhk y la Loden, y que debemos de recuperarlos. Tenemos que encontrarlo cuanto antes.

–*Stresa,* ¿tú qué opinas? –preguntó al gatoespino, volviéndose hacia él.

–No –respondió el gatoespino–. Jssstt. Rastrear de noche es demasiado peligroso. Espera a que amanezca.

–No disponemos de mucho tiempo –respondió la joven, haciendo un gesto negativo.

–Rrruul-l... Wren Elessedil. ¡Pues tendremos que esperar si queremos seguir con vida! –La bronca voz de *Stresa* se convirtió en un gruñido gutural–. Sólo un necio se aventuraría a descender por la Cornisa Negra y entrar en el In Ju en plena noche.

Wren se sintió dominada por un arrebato de ira. Para ella, el peligro no tenía ninguna importancia en aquellos momentos. No podía permitirlo.

–¡Tengo las piedras élficas, *Stresa!* –le dijo–. ¡La magia élfica nos protegerá!

–¿La magia élfica que... jssstt… tanto miedo te da utilizar? –El tono de *Stresa* era sarcástico–. Pjjffft. Ya sé que te preocupas por él, pero...

–*¿Stresa!* –gritó Wren.

–... la magia no puede protegernos contra lo que no se ve –prosiguió el gatoespino sin alterarse–. ¡Ssstttpp! Debemos esperar hasta mañana.

Se produjo un profundo y opresivo silencio. Wren se oyó gritar en su interior. Levantó la mirada cuando Garth se puso frente a ella.

El gatoespino tiene razón. Recuerda las lecciones que aprendiste. Recuerda quién eres.

Lo único que podía recordar en aquel momento era la expresión que había visto en los ojos de Gavilán Elessedil cuando le entregó el báculo Ruhk. Sostuvo la mirada de Garth, y lo que vio en ella enardeció su ira. Hizo un gesto de asentimiento contra su voluntad.

–Esperaremos hasta mañana.

Hizo guardia mientras los demás dormían, olvidándose de su propia fatiga, consumida por la cólera y la desesperación que le provocaba Gavilán. No podría dormir hasta que sus sentimientos se apaciguaran. Estaba sentada con la espalda contra una pila de rocas mientras sus compañeros dormían a una docena de pasos y *Stresa* estaba acurrucado en el límite del claro, quizá dormido, quizá no. Miraba la oscuridad, acariciando a *Fauno* distraídamente, pensando en cosas más negras que la noche.

Gavilán. Había sido tan amable cuando lo conoció y era tan atractivo... A ella le había gustado... mucho. Incluso había abrigado una esperanza al respecto que ni siquiera ahora se atrevía a admitir. Él le había prometido amistad y protección, dar respuestas a las preguntas que le hiciera siempre que le fuera posible, proporcionarle lo que necesitara. Había prometido mucho y tal vez lo hubiera cumplido si no se hubieran visto obligados a abandonar la protección de la Quilla. Pero ella no se había equivocado al estimar la debilidad de Gavilán: no era lo bastante fuerte para afrontar lo que les esperaba más allá de las murallas de Arborlon. Los cambios se manifestaron casi de inmediato en él. Su atractivo se disolvió en la preocupación, la inquietud y el miedo. Había perdido el único mundo que conocía, quedando indefenso y desamparado en una pesadilla real. Intentó comportarse con toda la valentía que logró reunir, pero sus costumbres y soportes quedaron

atrás. Con la muerte de la reina y la entrega del báculo a Wren, la situación se le hizo insoportable. Se consideraba el sucesor de la reina, y seguía creyendo que con el poder de la magia élfica podía alcanzar cualquier objetivo. Estaba destinado a eso, lo consideraba la meta de su vida. Estaba convencido de que podía salvar a los elfos y de que la magia le proporcionaría los medios para lograrlo.

Aún resonaba su ruego en los oídos de Wren: *entrégame el báculo.*

Y ella había cometido la imprudencia de confiárselo.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Probablemente Gavilán había sido víctima del pánico, pensó. Probablemente creyó que ella había muerto, que todos habían muerto, y que estaba solo. Intentó marcharse, y Dal lo detuvo, diciéndole que esperase, subestimando la intensidad de su pánico, de su locura. Debió de oír los susurros y arrullos de los dráculs, y le afectaron profundamente. Entonces mató a Dal porque...

¡No! Estaba gritando, incapaz de contenerse, dando rienda suelta a la ira que sentía contra sí misma por intentar excusarlo. Pero era tan doloroso admitir la verdad... admitir que él había sido débil, que había sido codicioso, que había reaccionado en lugar de razonado y que había matado a un hombre que estaba con él para protegerlo. ¡Qué necio! ¡Qué loco! Pero la necedad y la locura estaban en todas partes, rodeándolos, formando un lodazal tan vasto e impenetrable como las Tinieblas del Paraíso. Morrowindl las fomentaba, las insuflaba en ellos, y cada uno disponía de un umbral de resistencia que, una vez cruzado, ponía fin a su lucidez. Gavilán había cruzado ese umbral, tal vez incapaz de contenerse, y se había desvanecido en la niebla. Aunque consiguieran encontrarlo, ¿qué quedaría de él?

Se mordió la muñeca hasta que le dolió. Debían encontrarlo, por supuesto... aunque él ya no importase. Debían recuperar el báculo Ruhk y la Loden o todas las penalidades que habían sufrido para salir de Morrowindl y todas las vidas sacrificadas (la de su abuela, la del Búho, la de Eowen y la de los guardias especiales) habrían sido inútiles. Esta posibilidad le quemaba. No podía permitirlo. Se lo había prometido a su abuela, y también se lo había prometido a sí misma. Ésa era la razón de que estuviese allí: hacer que los elfos regresaran a las Tierras Occidentales y encontrar la manera de acabar con los Espectros. El propósito de Allanon, y ahora también el suyo, admitió con furia. Se había encontrado a sí misma y descubierto la verdad. Demasiado de ambas. Su vida al descubierto, la pasada, la presente y la futura, y no permitiría que se la arrebatasen sin su consentimiento.

No me importa el precio que deba pagar, se dijo a sí misma. ¡No me importa!

–Mi Señora Wren –la despertó Triss con amabilidad, tocándole el hombro–. Acuéstate. Descansa.

–Dentro de un momento –respondió la joven, pestañeando y aceptando la manta que le ofrecía el capitán de la Guardia Especial–. Siéntate a mi lado un momento.

Triss así lo hizo, acompañándola en silencio, con su enjuto y bronceado rostro extrañamente sereno y la mirada distante. Ella recordó la expresión de su cara cuando le reveló la traición de Gavilán. *Traición... ¿acaso no lo era?* Esa expresión había desaparecido, eliminada por el sueño o por la aceptación. Había encontrado la manera de convivir con ella. Triss, el único superviviente de los que habían abandonado la antigua vida de Arborlon... ¡qué solo debía de sentirse!

–Hace ocho años que soy capitán de la Guardia Especial –dijo Triss, mirándola como si hubiera leído sus pensamientos–. Un largo tiempo, mi Señora Wren. Yo amaba a tu abuela, la reina. Hubiera hecho cualquier cosa por ella. –Hizo un gesto de resignación–. He pasado toda mi vida al servicio de los Elessedil y del trono élfico. Conocí a Gavilán cuando era un niño, crecimos juntos y juntos nos hicimos hombres. Éramos compañeros de juegos. Mi familia y la suya todavía esperan dentro de la Loden, y nuestros amigos... –Respiró profundamente, buscando las palabras adecuadas–. Yo lo conocía bien. Él no hubiera

matado a Dal a menos que... ¿Podría haber ocurrido algo que lo haya transformado? ¿Podría haberlo hecho perder la razón alguno de los demonios?

Ella no había considerado aquella posibilidad. Sí, era posible. Tal vez hubiera ocurrido. Tal vez la causa había sido distinta, un veneno, por ejemplo, o una enfermedad como la que había acabado con la vida de Ellenroh. Pero su corazón le decía que no se debía a ninguna de esas causas, sino sólo a su debilidad de espíritu, al derrumbamiento de su voluntad.

–Podría haber sido un demonio –mintió a pesar de todo.

–Era una buena persona –dijo Triss con voz serena, levantando su enérgico rostro–. Se preocupaba por los demás... los ayudaba. Quería a la reina. Ella quizá lo hubiera nombrado rey.

–Si no hubiera sido por mí.

–No he debido decir eso –respondió el capitán de la Guardia Especial, incómodo, apartando la vista–. La reina eres tú. –Volvió a mirarla–. Tu abuela no te hubiera entregado el báculo si no hubiese estado plenamente convencida de que era lo mejor. Podía habérselo dado a Gavilán. Quizá vio algo en él que a los demás nos pasó inadvertido. Tú tienes la fortaleza que necesita el pueblo élfico.

–Yo no deseaba participar en esto, Triss –respondió Wren, clavando sus ojos en él–. En nada de esto.

–¿No? ¿Por qué? –inquirió el capitán, haciendo un gesto de asentimiento y esbozando una leve sonrisa.

–Yo sólo quería descubrir mi procedencia.

Wren vio un destello de desesperación en los oscuros ojos de Triss.

–No pretendo averiguar lo que te traído hasta nosotros –dijo el capitán de la Guardia Especial–. Sólo sé que estás aquí y que eres la reina de los elfos. No nos abandones... ¡Te necesitamos! –le rogó, manteniendo la mirada fija en ella.

–No te preocupes, Triss –respondió Wren, que se había quedado asombrada por la intensidad de su ruego, poniendo una mano en su brazo para tranquilizarlo–. Te prometo que no os abandonaré. Nunca.

Se separó del capitán de la Guardia Especial, fue hasta donde Garth dormía y se acurrucó junto a su amigo, porque necesitaba su calor y su corpulencia para pasar aquella noche, porque deseaba retrotraerse al pasado para recuperar la protección y la seguridad que le había ofrecido, para recuperar lo que estaba irremisiblemente perdido. Pero tuvo que conformarse con lo único que había allí y, por fin, se durmió.

Se despertó al amanecer, más descansada de lo que hubiera podido esperar. La luz que se filtraba por la neblina era escasa y gris, y el mundo que los rodeaba, tranquilo y vacío, olía a podredumbre. El retumbo del Killeshan sonaba débil y lejano, pero estable por primera vez desde que iniciaron el viaje. Eran unos lentos y continuos temblores que prometían mayores acontecimientos. Wren sabía que se estaba acabando el tiempo, que el final se precipitaba a pasos agigantados. El fuego del volcán empezaba a acumularse en las entrañas de la isla, preparándose para la última conflagración. Cuando estallara, arrasaría todo lo que se interpusiera en su camino.

Se pusieron en camino inmediatamente, con *Stresa* abriendo la marcha y seguido de cerca por Garth. Wren iba detrás con *Fauno* y Triss, que cerraba la marcha. Ella estaba ahora más serena, menos trastornada. Gavilán, pensó, no tenía adónde ir. Podía correr hacia las playas en busca de Tigre Ty y *Espíritu,* ¿pero cómo encontraría el camino a través del In Ju? No era rastreador y carecía de la experiencia necesaria para sobrevivir en la jungla. Estaba medio enloquecido por el miedo y la desesperación. ¿Hasta dónde conseguiría llegar? Lo más probable era que caminara en círculos, por lo que no tardarían en encontrarlo.

Sin embargo, en el fondo de su mente se escondía un temor: que Gavilán consiguiera salir de la jungla, llegar hasta la playa, convencer a Tigre Ty de que todos habían muerto, y lograr que lo transportara junto con el báculo Ruhk, dejando abandonado al resto del grupo. Esta hipótesis la irritaba, sobre todo al considerar la posibilidad de que Gavilán no la creyera muerta y hubiera decidido independizarse, convencido de la rectitud de su causa y de la inevitabilidad de su reinado.

Incapaz de pensar más en el asunto, lo rechazó con brusquedad.

La Cornisa Negra empezaba a descender casi desde el final de La Grada, pero por allí no era tan escarpada como por donde Garth y ella la habían escalado durante el viaje de ida. La vertiente era escabrosa y estaba cubierta por una densa vegetación, pero no les resultó muy difícil encontrar un sendero descendente. Bajaron con rapidez, con *Stresa* a la cabeza, que seguía el rastro de Gavilán. Las ramas tronchadas y las hojas aplastadas revelaban el paso del príncipe de los elfos; era tan obvio, que Wren hubiera podido seguirlo sin ayuda. De vez en cuando descubrían el lugar donde el fugitivo había caído, despreocupado por su seguridad, al parecer, ansioso sólo por escapar. Debía de estar muy nervioso, pensó Wren. Debía de estar aterrorizado.

Al mediodía llegaron a las fronteras del In Ju y se detuvieron para comer. *Stresa* se mostraba confiado. Sólo les faltaban unas horas para alcanzar a Gavilán, les dijo. El príncipe de los elfos se bamboleaba al andar, lo cual era una clara muestra de extenuación. A menos que ocurriera algo que hiciera variar el curso natural de los acontecimientos, lo alcanzarían antes del anochecer.

La predicción de *Stresa* fue profética, pero no de la forma que esperaban. Poco después de que reemprendieran el seguimiento de los vanos esfuerzos de Gavilán para rodear el In Ju, empezó a llover. El calor del aire había aumentado a medida que descendían la montaña, un bochorno que adquiría consistencia lentamente y no disminuía. Antes de que empezara a llover, había una humedad que impregnaba la atmósfera, un denso vaho que se les pegaba a la piel como seda mojada y llenaba de gotas sus ropas de cuero. Un rato más tarde, la humedad se convirtió en niebla, luego en llovizna y, por último, en un torrente que cayó sobre ellos con ímpetu feroz. Los cegó, obligándolos a refugiarse bajo un gigantesco baniano. El aguacero pasó rápidamente, llevándose consigo el rastro de Gavilán. *Stresa* lo buscó con cuidado, pero todas las huellas habían desaparecido.

Garth observó la verde y húmeda maraña de la jungla y le dijo a Wren por señas. *Las marcas de su paso todavía son muy claras. Puedo seguir su pista.*

Ella dejó que Garth encabezara la marcha, con *Stresa* pegado a sus talones. El primero buscaba señales del paso de su presa; el segundo estaba atento para detectar los lanzaflechas y otros peligros. *Su presa,* pensaba Wren, repitiendo las palabras. Gavilán había quedado reducido a eso. Lo compadeció muy a su pesar. Hubiese sido preferible que se hubiera quedado dentro de la ciudad, Y ella debería haberse esforzado más para mantenerlo a salvo... Aún deseaba lo que nunca podría ser.

Ahora su avance era más lento. Gavilán había desistido de rodear el In Ju y se había metido en él. Los indicios que encontraban (ramitas tronchadas, vegetación desordenada, alguna pisada ocasional) sugerían que había renunciado a adoptar la más mínima precaución de ocultar sus huellas y que sólo trataba de llegar a las playas por la ruta más corta posible. Decantarse por la velocidad en detrimento de la cautela era una elección equivocada, pensó Wren. Siguieron el rastro sin dificultad. Ella esperaba encontrarlo a cada paso, que concluyera la persecución y se confirmara lo inevitable. Pero, del modo que fuese, él lograba proseguir su viaje, sorteando los peligros que se extendían por todas partes, las ciénagas y los pozos, los lanzaflechas, los seres que acechaban a los incautos, las trampas y los monstruos creados por la magia élfica que él tan ilusamente pensaba

controlar. Wren no comprendía cómo se las arreglaba para continuar con vida. Debería haber muerto una docena de veces. Se sorprendió deseando que sucediera, que cometiera un error y la locura cesara. Odiaba lo que estaban haciendo, cazándolo como a un animal, persiguiéndolo como a una presa. Quería que aquello terminara.

Al mismo tiempo, le horrorizaba lo que requería.

Cuando divisaron las telarañas del wisteron, se desesperó. *No de ese modo,* imploró. *Concédele un fin rápido.* Por todas partes había fibras que accionaban trampas, colgadas de los árboles, extendidas a lo largo de las enredaderas y tejidas en mortíferas redes. *Stresa* volvió a ponerse a la cabeza del grupo, sustituyendo a Garth, para guiarlos a través de la peligrosa zona, deteniéndose con frecuencia para escuchar, olfatear el aire y calcular la seguridad del terreno que se extendía delante. La selva se espesaba en un laberinto de verdes frondas y oscuros troncos que se entrecruzaban. Unas siluetas se movían lenta y pesadamente a su alrededor, pero los sonidos que producían eran ansiosos y ávidos. El crepúsculo se acercaba, y empezó a oscurecer. Lejos, oculto por la montaña que habían descendido, el Killeshan retumbó. Los temblores sacudieron la isla y la verde maraña de la selva se estremeció con el eco. Empezaron las explosiones, todavía amortiguadas, pero creciendo en intensidad a medida que pasaba el tiempo. Todos los árboles vibraron a causa de las reverberaciones, y surtidores de vapor se levantaron de las charcas del pantano silbando de alivio. Mientras la luz disminuía, Wren vio, a través de la omnipresente niebla cenicienta, que el cielo se enrojecía sobre el Killeshan.

Ya ha empezado, pensó cuando los preocupados ojos de Garth se encontraron con los suyos.

Se preguntó de cuánto tiempo dispondrían. Aunque recuperasen el báculo, aún necesitarían otros dos días para llegar a la playa. ¿Estaría Tigre Ty esperándolos? ¿Con qué frecuencia les había prometido ir? Una vez a la semana, ¿verdad? ¿Y si acababa de irse cuando llegaran? ¿Vería el fulgor del volcán y advertiría el peligro que los amenazaba?

¿O tal vez hacía ya mucho tiempo que se había olvidado de ellos, convencido de que ella había fracasado, de que había muerto como todos los demás y que carecía de sentido proseguir su búsqueda?

Hizo un gesto negativo, descartándolo. No, eso no era propio de Tigre Ty. Tenía mucho mejor concepto de él. No los abandonaría, se dijo. No mientras quedara la más mínima esperanza.

–¡Pjjffttt! Tendremos que detenernos pronto –dijo *Stresa–.* Jssstt. Hemos de encontrar un refugio antes de que oscurezca más, antes de que el wisteron salga de caza.

–Un poco más adelante –propuso Wren, esperanzada.

Prosiguieron la marcha, pero Gavilán Elessedil seguía sin aparecer. Las imprecisas huellas de su paso se extendían ante ellos, internándose en el In Ju, en una alineación de tallos y hojas inclinados y tronchados que desaparecía entre las sombras.

Por fin, desistieron. *Stresa* encontró un refugio en el tocón hueco de un baniano derribado por el tiempo y la erosión, un enorme tronco con aberturas en su base y una estrecha grieta más arriba. Taparon las primeras y esperaron, observando la segunda. No salió ningún ser. No había peligro. Dentro de aquella especie de ataúd, la atmósfera era oscura y sofocante, tan seca como un desierto. Cayó la noche, y oyeron el despertar de los depredadores de la selva: rugidos guturales, pasos cautelosos y lastimeros quejidos de agonía y muerte. Permanecían apiñados espalda contra espalda, con *Stresa* agazapado delante de ellos, manteniendo las púas erizadas hacia la tenue luz. Establecieron turnos de guardia, y dormitaron porque estaban demasiado cansados para mantenerse despiertos y demasiado ansiosos para dormir. *Fauno* yacía en los brazos de Wren, tan quieto como si estuviese muerto. Ella lo acariciaba con cariño, preguntándose cómo habría logrado sobrevivir en un mundo como aquél. Pensó en lo mucho que odiaba a Morrowindl. Era un

ladrón que le había robado todo... las vidas de su abuela y sus amigos, las creencias que tenía sobre los elfos y su historia, el amor y el afecto que sentía por Gavilán, y la fuerza de voluntad que creyó que nunca perdería. Esta última pérdida era la que más le preocupaba: la confianza en quién era y lo que era, y la certeza de que podía fijar su propio destino. Pero todo le había sido arrebatado por Morrowindl, el antiguo paraíso convertido en una pesadilla propia de los Espectros. Wren intentó recordar cómo era la vida fuera de la isla, pero fracasó. Sólo podía pensar en huir, porque todavía no era seguro que lo consiguieran, porque todavía el destino se balanceaba. Recordó que antes de iniciar el viaje para ir al encuentro del espíritu de Allanon pensó que aquello podría ser el principio de una gran aventura. El recuerdo le produjo náuseas.

Durmió durante un rato, soñó con seres tenebrosos y horribles, y se despertó sudorosa y acalorada. Durante su turno de guardia, sus pensamientos derivaron de nuevo hacia Gavilán, hacia detalles de sus relaciones: su forma de acariciarla, el contacto de su boca cuando la besaba y la admiración que provocaba en ella con cualquier comentario casual o mirada pasajera. Esbozó una sonrisa. ¡Le gustaban tantas cosas de él...! Le dolía su pérdida. Deseó que regresara junto a ella y que volviera a ser la persona que había sido. Incluso deseó encontrar la manera de lograr que la magia hiciera lo que la naturaleza no podía: cambiar el pasado. Era un pensamiento sin sentido, pero la atormentaba despiadadamente. Había perdido a Gavilán. Había caído en las garras de la locura de Morrowindl. Había asesinado a Dal y robado el báculo Ruhk. Se había convertido en un ser abominable. Gavilán Elessedil, que tanto la había atraído y cuidado, había dejado de existir.

Al romper el día reanudaron la marcha. No tuvieron que entretenerse con el desayuno, porque no tenían nada que comer. Habían agotado todas las provisiones. Sólo les quedaba un poco de agua, la suficiente para un día. En el In Ju no podían obtener alimentos, por lo que debían salir de allí cuanto antes.

Su búsqueda terminó aquel día casi antes de que empezara. Aún no llevaban una hora de camino cuando perdieron el rastro de Gavilán. Al llegar junto al borde del barranco, *Stresa* siseó para que se detuvieran. Abajo, entre los restos de pequeñas plantas y hierbas pisoteadas en lo que debía de haber sido una lucha frenética, yacían las hebras de una telaraña del wisteron.

Stresa bajó al fondo del barranco, lo olfateó con cautela y volvió a subir. Sus oscuros y brillantes ojos se fijaron en Wren.

–Jssstt. Ha estado ahí, Wren Elessedil.

–¿Cuánto tiempo hace? –preguntó la joven, cerrando los ojos para liberarse de la espantosa visión que las palabras del gatoespino evocaban.

–Jssstt. No mucho. Quizá seis horas. Justo después de medianoche, supongo. La red atrapó al príncipe de los elfos y lo retuvo hasta que llegó el wisteron. Ruul-l-l. La bestia se lo llevó.

–¿Adónde, *Stresa?*

–A su guarida, imagino –respondió el gatoespino, aguzando los oídos–. Tiene una en una cavidad profunda situada en el centro del In Ju.

Wren se sintió invadida por un inesperado cansancio. Desde luego, una guarida. Tenía que haberla.

–¿Algún indicio del báculo Ruhk?

–Ninguno –respondió el gatoespino, haciendo un gesto negativo.

Por consiguiente, a menos que Gavilán lo hubiera abandonado, algo que nunca haría, seguía con él. A pesar de su determinación, se estremeció al recordar su breve encuentro con el wisteron durante el viaje de ida, y la horrible impresión que le había producido contemplar su simple paso.

Pobre y necio Gavilán. Ya no había esperanza para él.

Miró a sus compañeros de uno en uno.

–Tenemos que recuperar el báculo Ruhk. No podemos marcharnos sin él.

–No, mi Señora Wren, no podemos –convino Triss con una expresión dura en sus ojos.

Garth estaba de pie con sus grandes manos junto a los costados.

–Rruul-l, Wren de los Elfos, no esperaba menos de ti –dijo *Stresa,* sacudiendo las púas y levantando su puntiaguda cara hacia ella–. Jssttt. Pero tendrás que... sspppptt... usar la magia élfica si quieres que salgamos con vida de esta aventura. Tendrás que utilizarla contra el wisteron.

–Lo sé –respondió ella en voz baja, y sintió que dejaba atrás el último vestigio de su antigua vida.

–Cjjttt. En cualquier caso, no creo que sirva de mucho. Pjjfttt. El wisteron es...

–*Stresa* –lo interrumpió la joven con voz suave–. No es necesario que vengas.

Se produjo un profundo silencio que flotó sobre la selva. El gatoespino dio un suspiro e hizo un gesto negativo.

–Pjjffl. Hasta aquí hemos estado juntos, ¿verdad? Pues no se hable más. Yo os guiaré.

11

En el largo y profundo silencio de la noche sin fin de Paranor, en el limbo de su grisácea e inmutable penumbra, Walker Boh estaba sentado mirando al vacío. Su mano cerrada descansaba sobre la mesa que tenía ante sí, y sus dedos rodeaban como abrazaderas de hierro la piedra élfica negra. No le quedaba ninguna otra cosa que hacer, ninguna otra opción que considerar, ninguna alternativa que descubrir. Había analizado la situación de la forma más minuciosa que había sido capaz, y lo único que faltaba era probar la validez de sus conclusiones.

–Tal vez deberías esperar un poco más –dijo Cogline.

El anciano estaba sentado frente a él, un frágil y esquelético fantasma casi transparente a contraluz. Y eso iba en aumento, pensó Walker con desesperación. Su blanco y fino pelo aureolaba su cara arrugada como un aura polvoriento, las prendas le colgaban igual que la ropa en un tendedero, y sus ojos destellaban tenuemente en sus oscuras cuencas. Cogline se estaba diluyendo, esfumándose en el pasado, regresando con Paranor al lugar donde se encontraba la fortaleza antes de ser invocada. Porque Paranor no permanecería en el mundo de los hombres a menos que hubiese un druida dispuesto a atenderla, y Walker Boh, designado por las circunstancias y el destino para vestirse con los oscuros hábitos, aún no se los había puesto.

Sus ojos buscaron a *Rumor.* El gato del páramo estaba tendido junto a la pared opuesta del estudio donde se hallaban. Su negro cuerpo era tan lánguido y etéreo como el del anciano. Walker se miró y se dio cuenta de que también estaba desvaneciéndose, aunque no tan deprisa. En última instancia, él podía decidir, podía marcharse cuando quisiera, pero no Cogline y *Rumor,* que quedarían vinculados a la fortaleza por toda la eternidad si Walker no encontraba el medio de devolverla al mundo de los hombres.

Por extraño que pareciese, creía que había encontrado ese medio. Pero su descubrimiento lo aterrorizaba tanto que no se decidía a ponerlo en práctica.

–Nada se pierde por volver a leer los libros –insistió Cogline, moviéndose, y sus secos huesos sonaron.

–Cuando acabase no quedaría nada de ti, ni de *Rumor,* ni de la fortaleza, ni de mí –respondió Walker, esbozando una irónica sonrisa–. Paranor está desapareciendo, Cogline. No podemos ignorarlo. Además, no hay ni un solo libro que no haya leído y, por tanto, tampoco hay nada nuevo que pueda descubrir.

–¿Estás seguro de que no cometes una equivocación, Walker?

¿Seguro? De lo único que estaba seguro era de su absoluta inseguridad. La piedra élfica era un enigma mortal. Si la utilizaba de forma equivocada, podía acabar como el Rey de Piedra, arrollado por su propia magia, destruido por aquello en lo que más confiaba. Ulh Belk creyó que dominaba la magia de la piedra élfica negra, y por eso lo perdió todo.

–Sólo lo supongo –respondió Walker–. Nada más.

Abrió la mano, y la piedra élfica quedó expuesta a la luz. Yacía en el cuenco de la palma de su mano, pulida, afilada, opaca e impenetrable; era un poder en sí misma, un poder que superaba a todos los que él conocía. Recordó cómo la había sentido cuando la utilizó para restablecer la fortaleza con el pleno convencimiento de que su cometido terminaba allí, que el sacarla del limbo adonde Allanon la había enviado era todo lo que se requería. Recordó la ola de energía que lo había unido a la fortaleza, el entrelazamiento de carne y sangre con piedra y argamasa, y la refundición de su cuerpo hasta que él llegó a ser tanto fantasma como hombre, cambiándolo para que pudiera entrar en Paranor, para que pudiera descubrir el resto de su misión.

Una metamorfosis del ser.

Dentro había encontrado a Cogline y a *Rumor,* y escuchado el relato de cómo habían sobrevivido al ataque de los Espectros debido a la magia protectora de la *Historia de los druidas,* que los atrapó y los trasladó a Paranor. Aunque Walker había sacado la fortaleza del limbo adonde la había enviado Allanon, no quedaría asegurada en su lugar hasta que él encontrase la manera de completar su transformación, para convertirse en el druida que estaba destinado a ser. Mientras tanto, Paranor sería una prisión que sólo él podía abandonar, una prisión que retrocedía hacia el espacio de donde él la había sacado.

–Sólo lo supongo –repitió, casi para sí.

Había leído y releído la *Historia de los druidas* para descubrir lo que debía hacer, pero no había encontrado nada. En ningún pasaje de la *Historia* se describía lo que debía hacer para convertirse en druida. Ya consideraba la causa perdida cuando recordó las visiones del Oráculo Siniestro, dos de las cuales ya se habían cumplido, y comprendió que la tercera se cumpliría allí.

–Me encuentro en una fortaleza vacía de vida y ennegrecida por el abandono –dijo Walker, volviéndose hacia el anciano–. Me acecha una muerte de la que no puedo escapar. Me persigue sin descanso. Sé que debo huir de aquí, pero no puedo hacerlo. Permito que se aproxime, y ella intenta agarrarme. Un frío se ha instalado en mi interior, y siento que mi vida se acaba. Detrás de mí se levanta una oscura sombra que me agarra, impidiéndome huir. La sombra es Allanon.

Estas palabras se habían convertido en una reiterada letanía.

–Hablas de tu visión, de la última de las tres –dijo Cogline, haciendo un paciente gesto de asentimiento.

–Dos ya se han cumplido, pero ninguna como yo esperaba. Al Oráculo Siniestro le encanta jugar a los acertijos, pero esta vez usaré su afición en mi provecho. Conozco los detalles de la visión. Sé que se cumplirá aquí, dentro de la fortaleza. Sólo necesito descifrar su significado, separar la verdad de la mentira.

–Pero si tus suposiciones son equivocadas...

–No lo son –lo interrumpió Walker Boh, haciendo un gesto negativo.

Estaban pisando terreno conocido. Walker ya había expuesto todo al anciano, sometiéndolo así al criterio de alguien que descubriría al instante los fallos que a él le hubiesen pasado inadvertidos, y hablaría de ellos, otorgándoles la dimensión de las palabras.

La piedra élfica negra era la clave.

Repitió de memoria aquel breve y único párrafo de la *Historia de los druidas:*

> *Una vez desaparecido, Paranor se perderá para el mundo de los hombres durante todo el transcurso de tiempo, sellado e invisible dentro de sus límites. Sólo una magia tiene el poder de devolverlo, esa singular piedra élfica de color negro, concebida por la gente fantástica del viejo mundo de la manera y forma de todas las piedras élficas, pero combinando en una sola todas las propiedades necesarias del corazón, la mente y el cuerpo. Cualquiera que tenga derecho y motivo para ello, la empleará para su fin adecuado.*

Había aceptado que la piedra élfica negra estaba destinada a proporcionar a Paranor su actual estado de semiexistencia y conseguir que él accediera a su interior. Pero el texto no especificaba la extensión del uso de la piedra élfica. Una sola magia, decía, tenía poder para restaurar Paranor: la piedra élfica negra. En ninguna parte se mencionaba otra magia.

No había nada más sobre el retorno de Paranor al mundo de los hombres en las páginas de la *Historia de los druidas.*

Por tanto, era lógico suponer que la piedra élfica negra era lo único que se requería, pero no que debiera utilizarse una vez o dos, o tres para que el proceso de restauración se completara.

Pero ¿cuál era su función?

La respuesta parecía obvia. La magia que Allanon había liberado dentro de Paranor trescientos años antes era una especie de perro guardián con una doble misión: aniquilar a los enemigos de la fortaleza y mantenerla recluida en aquel limbo hasta que fuese debidamente invocada. La magia era un ser vivo. Podía percibirse en las paredes del castillo, se oía latir en sus profundidades. Vigilaba y escuchaba. Respiraba. Estaba allí, esperando. Para devolver la fortaleza a las Cuatro Tierras era necesario someter la magia liberada por Allanon. Parecía razonable suponer que sólo otra forma de magia lo lograría, y la única magia disponible, la única que mencionaba la *Historia de los druidas* en relación con Paranor, era la piedra élfica negra.

Hasta aquí todo parecía normal. Magia druídica para anular magia druídica. Tenía sentido. El poder de la piedra élfica negra era el de anular otras magias. «Sólo una magia», se leía en el texto. Y Walker debía utilizarla, desde luego. Ya lo había hecho una vez, probando que podía hacerlo. *Cualquiera que tenga derecho y motivo.* Él utilizaría la piedra élfica negra contra la magia del perro guardián, y la anularía. Utilizaría la piedra élfica negra y lograría el total restablecimiento de Paranor.

Pero aún le faltaba algo. No había encontrado ninguna explicación sobre el funcionamiento de la piedra élfica negra. Era mucho más complicado que limitarse a invocar la magia y dejarla actuar. La piedra élfica negra anulaba otras magias, absorbiéndolas... y también introduciéndolas en su portador. Walker Boh ya había cambiado cuando la utilizó para restablecer la fortaleza y entrar en ella, pasando de ser un hombre normal a ser un hombre incorpóreo. ¿Qué otros daños podría infligirse a sí mismo si utilizaba la piedra élfica contra el perro guardián? ¿Qué otras transformaciones podrían producirse en él?

Entonces, de repente, fue consciente de dos cosas.

La primera, que todavía no era druida y que no lo sería hasta que estableciera su derecho, el cual no procedía del estudio, la erudición o la sabiduría adquiridas con la lectura de la *Historia de los druidas,* ni estaba prefijado por el legado que Allanon había otorgado a Brin Ohmsford hacía trescientos años, pero que lo sería en el momento en que encontrara la manera de someter al perro guardián de la fortaleza y devolver Paranor al mundo de los hombres, porque ésa era la prueba que Allanon le había impuesto.

La segunda, que la tercera visión que el Oráculo Siniestro le había mostrado, la que debía cumplirse en Paranor, la única en que se enfrentaba con una muerte de la que no podía escapar porque el espíritu de Allanon lo sujetaba, era un vislumbre de aquel momento.

Sus argumentos eran convincentes. Los druidas no hubieran consignado por escrito un proceso como ése cuando contaban con un camino mejor. Sólo Walker Boh podía utilizar la piedra élfica negra. Sólo él tenía derecho a hacerlo. De alguna manera, por algún procedimiento, ese uso provocaría la necesaria transformación. Cuando tuviera que saberlo, Walker descubriría lo que necesitara saber. Gran parte de la magia druídica dependía de la aceptación, como sucedía con el uso de las piedras élficas, de la Espada de Shannara e, incluso, del Cantar. Era bastante razonable esperar que sucediera lo mismo en este caso.

Y la visión del Oráculo Siniestro reforzaba su argumentación. Habría una confrontación de la clase que mostraba. Una lectura literal de la visión sugería que tal

confrontación sería una consecuencia de la muerte de Walker, que Allanon lo había enviado allí con ese fin, y que cualquier esfuerzo para liberarse sería inútil. Pero todo aquello era demasiado simplista y no tenía sentido. ¿Por qué motivo iba a enviarlo Allanon a una muerte segura? Debía de haber otra interpretación. Por ejemplo, la de finalizar una vida y empezar otra, convertido en druida para siempre.

Cogline no estaba tan seguro. Las interpretaciones que Walker había hecho de las dos primeras visiones del Oráculo Siniestro habían sido erróneas. ¿Por qué estaba tan convencido de que ahora no se equivocaba? Las visiones no eran nunca lo que parecían, sino tortuosos y retorcidos retazos de medias verdades escondidas entre mentiras. Estaba asumiendo un gran riesgo. La primera visión le había costado un brazo; la segunda, la pérdida de Despertar. ¿Por qué la tercera no iba a costarle nada? Parecía más lógico pensar que la visión estaba abierta a una serie de interpretaciones, cualquiera de las cuales podía cumplirse si se producían las circunstancias adecuadas, incluida la muerte de Walker. Más aún, a Cogline le preocupaba que Walker no tuviese una idea clara de cómo la utilización de la piedra élfica negra había realizado su transformación, de cómo tenía que someter al perro guardián, de cómo el propio Paranor había de ser restaurado por completo, de cómo se podía conseguir todo eso. No podía ser tan fácil como decía Walker; nada que implicara la utilización de la magia élfica lo era. Aquella empresa implicaba dolor, unos enormes esfuerzos y grandes probabilidades de que acabara en fracaso.

Por esa razón argumentaron en pro y en contra durante más tiempo del que Walker hubiera estado dispuesto a admitir, hasta que, horas después, estuvieron demasiado cansados para hacer otra cosa que intercambiar una serie de exhortaciones intrascendentes. Walker había tomado su decisión, y los dos lo sabían. Iba a probar su teoría, a descubrir y enfrentarse a la cosa que Allanon había desatado dentro de Paranor, y a utilizar la magia de la piedra élfica negra para dominarla. Iba a descubrir la verdad sobre la piedra élfica y a poner fin a la última de las odiosas visiones del Oráculo Siniestro.

Si tuviera valor para levantarse de aquella mesa, tomar el talismán y empezar...

Aunque había intentado ocultárselo a Cogline con miradas duras y palabras confiadas, se sentía dominado por el terror. Era tanta la incertidumbre, tantas las suposiciones... Obligó a sus dedos a cerrarse sobre la piedra élfica negra, agarrándola con tal fuerza que sintió dolor.

–*Rumor* y yo te acompañaremos –dijo Cogline.

–No.

–Tal vez podamos ayudarte de alguna forma.

–No –repitió Walker, levantando la mirada y haciendo un gesto negativo–. Me gustaría, pero en esto no podéis prestarme ninguna ayuda. Nadie puede ayudarme.

Sentía un fuerte dolor en el lugar que debía ocupar el brazo perdido, como si continuara en su sitio y él no pudiese verlo. Cambió de postura, nervioso, intentando relajar los músculos que se habían crispado y entumecido durante su conversación con el anciano. El movimiento lo estimuló, y logró ponerse de pie. Cogline lo imitó. Se miraron en la media luz, en la evanescente transparencia de la fortaleza.

–Walker. –El anciano pronunció su nombre muy despacio–. Los druidas nos han convertido en instrumentos suyos. Hemos sido zarandeados aquí y allá, nos han obligado a hacer cosas que no queríamos y a involucrarnos en asuntos ajenos a nuestros intereses. No creo que sea oportuno discutir contigo las finalidades de su manipulación a estas alturas.

»Pero quisiera decirte, recordarte, que no olvides que siempre eligen bien a sus paladines –prosiguió Cogline, inclinándose hacia delante y esbozando una triste y apagada sonrisa–. Te deseo suerte.

Walker dio la vuelta a la mesa, rodeó con su único brazo al anciano y lo estrechó contra sí.

–Gracias –dijo Walker Boh, tras mantener su abrazo durante unos instantes. Después soltó al anciano y se alejó.

No había nada más que decir. Respiró profundamente, se acercó a *Rumor* para rascarle entre las orejas, miró fijamente sus luminosos ojos, se dio media vuelta y desapareció por la puerta.

Con pasos lentos y cautelosos, moviéndose por los espaciosos y vacíos corredores como si las paredes pudieran oírlo, como si pudieran adivinar sus intenciones, se dirigió al centro de la fortaleza. Los incoloros pliegues de las sombras flotaban a su alrededor, envolviendo sus pensamientos en una mortaja de sueño. Se recluyó en el santuario de su mente, recubriéndose con capas protectoras de determinación y fuerza de voluntad, invocando desde su interior la resolución que le daría una oportunidad de seguir con vida.

La verdad era que no tenía ni idea de lo que ocurriría cuando se enfrentase al perro guardián de los druidas e invocara el poder de la piedra élfica negra para someterlo. Cogline tenía razón, habría sufrimiento, y el proceso sería más complejo y difícil de lo que él estaba dispuesto a admitir. Habría una dura y terrible lucha, y tal vez no fuera él el vencedor. Deseó tener una idea más clara de aquello a lo que iba a enfrentarse. Pero carecía de sentido desear lo que nunca podría ser, lo que nunca había sido. Los caminos de los druidas siempre habían sido secretos.

Entró en el corredor principal y se dirigió a las puertas que daban acceso al interior de la fortaleza... al pozo donde dormitaba el perro guardián, o quizá habitaba, porque el Tío Oscuro tenía la sensación de que la magia estaba despierta y vigilante, siguiéndolo con los ojos mientras se movía por el castillo, deslizándose en la onda de un cambio de luz, presente e invisible. El espíritu de Allanon también estaba allí, provocando una tensión en su espalda, un calambre en los músculos de sus hombros donde las grandes manos se agarraban. Lo estaban impulsando, pensó. Lo estaban arrastrando a la confrontación como si fuera un trozo de madera sobre un río crecido.

Háblame, Allanon, imploró sin hablar. *Dime qué tengo que hacer.*

Pero no recibió respuesta.

Se sucedían las puertas de habitaciones vacías y los oscuros pasadizos y corredores. Sintió de nuevo un fuerte dolor en el brazo perdido y deseó recuperarlo aunque sólo fuera mientras durase la lucha que lo aguardaba. Agarraba con fuerza la piedra élfica negra con su única mano, sintiendo la presión de sus pulidas facetas y afiladas aristas. Podía invocar el poder que encerraba, pero no podía prever los efectos que produciría. *Destruirte.* La palabra lo golpeó con fuerza. Respiró lenta y profundamente para calmarse. Intentó recordar el párrafo de la *Historia de los druidas* sobre el uso de la piedra élfica, pero le falló la memoria. Intentó recordar lo que había leído en aquellos libros, pero no pudo. Todo se esfumaba en su interior, perdido en el torrente de miedo y dudas que lo inundaba, ansioso y amenazador. Ciérrale el paso, se dijo. Recuerda quién eres, lo que se te ha prometido, lo que te has dicho a ti mismo que sucederá.

Las palabras eran hojas caídas, arrastradas por un fuerte viento.

Delante, un amplio pórtico se abría en la piedra de un muro, arqueado y tan negro como la noche. Dentro, unas altas puertas de hierro estaban cerradas.

La entrada al pozo del Alcázar de los Druidas.

Walker Boh llegó ante las puertas y se detuvo. Oyó un rumor de voces a su alrededor, provocativas, burlonas como las del Oráculo Siniestro, diciéndole que se volviera, incitándole a continuar; un enloquecedor remolino de consejos contradictorios. Los recuerdos se avivaron en algún lugar de su interior... pero no eran suyos. Sintió un movimiento a lo largo de su espina dorsal, unos dedos que serpenteaban y se tensaban. Vio ante sí un trazo de maligna luz verde que observaba por las grietas y fisuras del marco de

las puertas. Más allá, captó actividad.

En aquel instante estuvo a punto de echar a correr. Si hubiese sido capaz, hubiera tirado la piedra élfica negra y huido, abandonando su resolución y su propósito. Su miedo era manifiesto, tan evidente que parecía que se podía palpar. Aquello no era lo que esperaba. No temía la confrontación que la visión prometía, ni incluso a la muerte. Temía a algo subyacente, a algo tan intangible que era imposible definirlo, aunque estaba seguro de su presencia.

Pero el espíritu de Allanon lo sujetaba como en la visión; una mezcla de fatalidad, circunstancia y manipulación de siglos combinada para asegurar que Walker Boh cumplía la misión que los druidas le habían encomendado.

Avanzó con el puño cerrado, mirándolo como si perteneciera a otra persona, observando cómo empujaba las puertas de hierro.

Se abrieron sin hacer ningún ruido.

Walker las atravesó con el cuerpo entumecido y la cabeza en blanco, pero en ella resonaban gritos de advertencia, gritos impregnados de terror. *No. No sigas.*

Se detuvo porque estaba sin aliento. Se encontraba en un estrecho rellano de piedra, en el pozo del Alcázar. Las escaleras ascendían en espiral por el muro como una serpiente con el dorso cubierto de púas. Una débil luz grisácea se filtraba a través de unas ranuras abiertas en la piedra, perforando las sombras. No había nada debajo de donde él estaba, excepto el vacío... Un enorme y profundo abismo del cual se elevó el resonante eco de las puertas de hierro al cerrarse tras él. El corazón le latía con fuerza. Escuchó el silencio de más allá.

Algo se agitó en el abismo. El aliento expelido por los pulmones de un gigante, acelerado y colérico. Una luz verdosa destelló y perdió brillantez, se convirtió en neblina y empezó a arremolinarse lentamente.

Walker Boh se sintió oprimido por la inmensidad del lugar; un peso enorme del que no podía liberarse. Toneladas de piedras lo cercaban, y la negra oscuridad que encerraban era un sudario de muerte. La neblina se elevó, una magia siniestra y antigua. El perro guardián de los druidas se animaba y empezaba a husmear. Se dirigió hacia Walker con un impulso amplio y ascendente, enroscándose a lo largo de la piedra, devorando la oscuridad; un pantano que lo engulliría sin dejar el menor rastro.

Hubiera huido si no hubiese estado seguro de que ya era tarde, de que había empezado algo que debía terminar, de que el tiempo y los acontecimientos por fin lo habían atrapado, y de que allí, en la más absoluta soledad, tendría que resolver el enigma de su destino como druida. Se obligó a acercarse al borde del rellano, sintiéndose igual que una gota de agua contra el océano de poder que se extendía a sus pies. Éste siseó como si lo viera, como si lo reconociera. Después dio la impresión de que se concentraba, de que se ponía en tensión.

Walker levantó la mano con la piedra élfica negra.

Espera.

La voz procedía de la neblina. Walker se quedó petrificado, porque la voz pertenecía al Oráculo Siniestro.

¿Me conoces?

¿El Oráculo Siniestro? ¿Cómo podía ser el Oráculo Siniestro? Walker pestañeó con rapidez. El centro de la neblina había empezado a adquirir forma, la de un remolino verde que subía hacia la luz, que se elevaba entre las sombras, estable y seguro, hasta quedar a su nivel, suspendido en el aire y el silencio.

Mira.

La neblina se transformó en una figura humana cubierta con una capa, encapuchada y sin rostro. Enseguida le crecieron los brazos y las manos, que se extendieron para abrazar a

Walker. Los dedos estaban torcidos y doblados.

¿Quién soy?

Entonces apareció una cara, las sombras y la luz oscilaron en la neblina. Walker sintió que su alma se desgarraba.

La cara que veía era la suya.

En la oscura cámara que guardaba la *Historia de los druidas,* Cogline se puso de pie, tambaleándose. Algo estaba ocurriendo en aquel preciso instante. Podía sentirlo en el aire, una vibración que agitaba las sombras. Su arrugado rostro se tensó en un gesto concentrado; sus viejos ojos escrutaron el espacio. El silencio era absoluto, intenso y constante, el tiempo se habla detenido y sin embargo…

Frente a él, en el lado opuesto de la estancia, *Rumor* levantó la cabeza de repente y emitió un profundo, grave e irritado gruñido. Se agazapó y se volvió de aquí para allá, como si buscara a un enemigo invisible. También el gigantesco gato del páramo percibía algo. Cogline miró a derecha e izquierda. Sobre la mesa que tenía ante él, las páginas del libro abierto empezaron a temblar.

Ya empieza, pensó.

Se ciñó la ropa con un movimiento inconsciente, pensando en todo lo que le había conducido a aquella época y aquel lugar, en todo lo que había pasado antes. Después de tantos años, ¿cuál era la recompensa? Pero no sería él quien obtuviera la recompensa, sino Walker Boh.

Debo hacer todo lo que pueda, se dijo a sí mismo.

Se concentró en lo más profundo de su ser, una de las pocas habilidades que conservaba de su pasado de druida. Se retrajo hasta ser lo bastante libre para evadirse del cuerpo. Así podía recorrer cortas distancias, ver dentro de pequeños mundos. Se apresuró por los corredores del castillo, todavía sumergido en su mente, viendo y oyéndolo todo. Atravesó la oscuridad y la grisácea penumbra, y llegó a la torre del Alcázar.

Allí encontró a Walker Boh cara a cara con la inmortalidad y la muerte, paralizado por la indecisión. Comprendió lo que sucedía.

Walker, utiliza la piedra, le dijo con voz sorprendentemente tranquila.

Walker Boh oyó la voz del anciano, un susurro en su mente, y sintió que su cuerpo respondía. Se irguió y extendió el brazo.

El ser que tenía ante sí soltó una carcajada. *¿Todavía no me conoces?*

Lo conocía... y no lo conocía. Era muchas cosas a la vez, y unas las reconocía y otras no. Aunque la voz... sobre ella no tenía ninguna duda. Era la del Oráculo Siniestro, provocativa, burlona, llamándolo por su nombre.

Has encontrado tu tercera visión, ¿verdad, Tío Oscuro?

Walker estaba asombrado. ¿Cómo podía suceder eso? ¿Cómo podía ser el Oráculo Siniestro la criatura que él había ido a someter y a la vez el avatar apresado en la Cuenca Tenebrosa? ¿Cómo podía estar en dos lugares al mismo tiempo? ¡No tenía sentido! Los druidas no habían creado al Oráculo Siniestro. Sus magias eran diversas y opuestas. Pero la voz, el movimiento y la presencia de aquel ser...

La sombra que tenía delante de él estaba agrandándose y aproximándose.

Soy tu muerte, Walker Boh. ¿Estás preparado para abrazarme?

De repente, la visión resurgió en la mente de Walker, tan clara como cuando se le apareció por primera vez: la figura de Allanon detrás de él, sujetándolo, la oscura sombra ante él, el presagio de su muerte, y el Alcázar de los Druidas rodeándolo.

¿Por qué no huyes? ¡Huye de mí!

Era lo único que podía hacer para no gritar. Se alejó a tientas de aquello, suplicando

ayuda en todas direcciones. La voz de Cogline se había extinguido, sepultada en negros miedos. Su resolución y su propósito se habían quebrado. Walker Boh se estaba desintegrando en vida.

Pero alguna pequeña parte de él no cedía, fortalecida por el recuerdo de lo que se proponía hacer, por la promesa que se había hecho a sí mismo de no morir voluntariamente ni en la ignorancia. El rostro de Cogline aún estaba allí, con la mirada nerviosa y los labios moviéndose, intentando hablar. Walker buscó en su interior lo que lo había sostenido a través de los años, aquel núcleo de ira que ardía ante el pensamiento de lo que los druidas le habían hecho. Lo avivó hasta que prendieron las llamas. Se lo acercó a la cara y dejó que lo chamuscara. Lo aspiró hasta que el miedo se vio forzado a huir, hasta que sólo quedó la cólera.

Entonces sucedió algo extraño. La voz del ser que tenía ante sí cambió. La voz se convirtió en su propia voz, nerviosa, desesperada.

¡Huye, Walker Boh!

La voz ya no provenía de la neblina, sino de sí mismo. ¡Estaba gritando su propio nombre, incitándose a emprender la huida!

¿Qué estaba pasando?

De pronto, comprendió. No estaba escuchando al ser que tenía delante, se estaba escuchando a sí mismo. Era su propia voz la que había oído durante todo el tiempo, una trampa de su subconsciente, una artimaña del Oráculo Siniestro. El fantasma había implantado en la mente de Walker, con aquella tercera visión, una sugerencia de muerte, una voz para convencerlo de eso y la convicción de que era el Oráculo Siniestro quien se presentaba de otra forma para asestarla. Venganza sobre los descendientes de Brin Ohmsford... ése era el objetivo del Oráculo. Si Walker escuchaba la voz, flaqueando en su decisión y abandonando el objetivo que lo había llevado...

¡No!

Sus dedos se abrieron y la piedra élfica negra destelló de vida.

La no-luz se proyectó hacia delante, extendiéndose igual que tinta a través del sombrío pozo de la torre para abrazar a la neblina. *¡Basta de juegos!* El grito de Walker fue un eufórico y silencioso grito dentro de su mente. El Oráculo Siniestro, tan insidioso, tan taimado, casi lo había destruido. *Nunca más. Nunca...*

Entonces todo se precipitó.

La no-luz y la neblina se entramaron y fundieron. Retrocedieron por el túnel abierto por la magia negra en la neblina verdosa, temblando de furia. Walker sólo tuvo un instante para contener la respiración, para preguntarse qué había salido mal, si no había logrado burlar al Oráculo Siniestro después de todo... Y entonces la magia druídica lo invadió. Estalló dentro, y él gritó con desesperación. El dolor era indescriptible, una abrasadora incandescencia. Fue como si otro ser hubiese entrado en él, transportado por la magia, extraído del escondrijo de la neblina. Una presencia física que se introdujo en sus huesos y músculos, su carne y su sangre, hasta que Walker no pudo soportar más. Se expandió y él tuvo la sensación de que iba a hacerlo saltar en mil pedazos. Entonces la sensación cambió, sustituida por otro tipo distinto de dolor. Los recuerdos fluyeron a través de él en una corriente que parecía interminable. Con los recuerdos llegaron los sentimientos que los acompañaban, emociones cargadas de miedo, horror, duda, arrepentimiento y una docena de otras sensaciones que sumergieron a Walker Boh en un torrente incontenible. Se tambaleó hacia atrás, intentando por todos los medios resistir y repelerlas. Su mano trató de cerrarse sobre la piedra élfica negra en un esfuerzo por detener el ataque, pero su cuerpo ya no lo obedecía. Estaba atrapado entre dos magias, la de la piedra élfica y la de la neblina, y las dos lo sujetaban con fuerza.

¡Igual que Allanon y el espectro de muerte de la tercera visión!

¿Tendría razón el Oráculo Siniestro?

Estaba viendo otros lugares y épocas, rostros de hombres, mujeres y niños que no conocía, presenciando sucesos que se revelaban y se esfumaban, y sobre todo eso se imponía un remolino de emociones emanadas del ser interior. Perdió la noción del lugar donde estaba. Fue transportado a la mente de su invasor. ¿Un hombre? Sí, era un hombre, un hombre que había vivido incontables vidas, siglos, mucho más que cualquier ser humano normal, alguien tan distinto...

Las imágenes cambiaron de repente. Vio un grupo de lúgubres figuras vestidas de negro, escondidas tras los muros del Alcázar, encerradas en cámaras adonde apenas llegaba la luz, encorvadas sobre antiguos libros de ciencia, escribiendo, leyendo, estudiando, discutiendo...

¡Druidas!

En aquel momento comprendió la verdad, y su terrible reconocimiento cortó la locura como la hoja de un cuchillo.

El ser que la neblina había introducido en él era Allanon; sus recuerdos, sus experiencias, sus sentimientos y sus pensamientos; todo excepto la carne y los huesos que había perdido al morir.

¿Cómo había conseguido Allanon aquello?, se preguntó Walker con incredulidad, luchando por respirar contra el alud de recuerdos, contra la sofocante manta de los pensamientos del otro. Pero ya conocía la respuesta. La magia druídica permitía casi todo. Sus semillas habían sido plantadas trescientos años antes. ¿Por qué, entonces? Y esa respuesta también le llegó enseguida, como un destello de certeza. Así era como se le transmitía la sabiduría druídica. Todo lo que Allanon había sabido y sentido estaba almacenado en la neblina; sus conocimientos llevaban guardados trescientos años a la espera de que llegara su sucesor.

Pero Walker presintió que aún había algo más. También era una prueba para él. Era la forma de determinar si se convertiría en druida.

Su especulación terminó mientras las imágenes seguían fluyendo, reconocibles ahora como lo que eran: toda la experiencia del druida, todo lo que Allanon había recogido de sus predecesores, de sus estudios, de su propia vida. Como las pisadas sobre tierra blanda, así se incrustaron en la mente de Walker. Su contacto era ardiente y áspero, cada uno un ascua contra su piel. Las palabras, las impresiones y los sentimientos descendieron en avalancha. Demasiados y también demasiado rápidos. *¡No quiero esto!,* gritó aterrorizado, pero el diluvio continuó, sin descanso, con tenacidad, transfiriéndole la personalidad de Allanon. Luchó contra todo eso, escudriñando entre las imágenes en busca de algo consistente. Pero la luz negra de la piedra élfica era un embudo imposible de obturar, que envolvía la neblina verdosa, la absorbía y la canalizaba al interior de Walker. Voces que pronunciaban palabras, caras que se volvían para mirar, las escenas cambiaban y el tiempo corría... una composición de todos los años que Allanon había vivido luchando para proteger a las Razas, para que no se perdiera la sabiduría druídica, para que las esperanzas y aspiraciones que el Primer Consejo había concebido hacía siglos fueran mantenidas y preservadas. Walker Boh tomó conciencia de todo, enterándose de lo que había significado para Allanon y para aquellos en cuyas vidas había influido, y experimentó por sí mismo el impacto de casi diez siglos de existencia.

Entonces, de pronto, las imágenes cesaron, y las voces, las caras, las escenas desligadas del tiempo... todo lo que lo había asaltado. Se desvanecieron en un instante, y se volvió a quedar solo en la torre; una triste figura desplomada contra el muro de bloques de piedra.

Todavía conservo la vida.

Se irguió con dificultad, mirándose, asegurándose de que no había sufrido ningún

daño. Sintió en su interior un escozor semejante al que produce en la piel el exceso de sol, el injerto de todo aquel conocimiento druídico, de todo lo que Allanon había intentado legar. Tenía el espíritu impregnado y la mente llena. Sin embargo, no poseía el dominio sobre el conocimiento, era como si no lo pudiera aplicar, ni extraer. Algo fallaba. No podía concentrarse.

Ante él, la piedra élfica negra palpitaba, la no-luz era un puente que se arqueaba en las sombras, todavía unida con los restos de neblina; una arremolinada y agitada masa de maligna luz verde que siseaba, chispeaba y se encogía como un gato dispuesto a saltar.

Walker se enderezó, extenuado y vacilante, asustado de nuevo, sintiendo que algo iba a ocurrir y que lo peor aún había de llegar. Su mente se aceleró. ¿Qué podía hacer para estar preparado? No disponía de tiempo...

La neblina se abalanzó sobre la no-luz. Se dirigió hacia Walker y lo envolvió en un abrir y cerrar de ojos. Él vio su cólera, oyó su rabia y sintió su furia. Explotó a través de la nueva piel de sus conocimientos, y le produjo dolor. Walker gritó y se dobló. Su cuerpo se convulsionó, cambiando bajo la cobertura de su ropa. Sintió la distorsión de sus huesos. Cerró los ojos y se puso rígido. La neblina estaba dentro de él, enroscándose, asentándose, consumiéndolo...

Se horrorizó.

Durante toda su vida había luchado para escapar de lo que los druidas habían predeterminado para él, decidido a trazar su propia ruta. Al final había fallado. Por eso fue en busca de la piedra élfica negra y de Paranor, sabiendo que, si los encontraba, tendría que convertirse en el siguiente druida, aceptando su destino, pero prometiéndose que conservaría su personalidad por encima de lo establecido. Ahora, en un instante, mientras era destruido por la furia de lo que se escondía en la neblina, lo poco que le quedaba de sus esperanzas de mantener alguna pequeña dosis de decisión le había sido arrebatado, dejándole a cambio la parte más oscura del alma de Allanon. Era lo más cruel del druida, un compuesto de todas aquellas ocasiones en que había sido obligado por la razón y las circunstancias a hacer lo que aborrecía, de todas aquellas situaciones en que había sido requerido para sacrificar vidas, fe, confianza y esperanzas, y de todos aquellos años que había dedicado a endurecer y templar su espíritu y su corazón, hasta que llegaron a ser tan indestructibles como el metal mejor forjado. Aquello era una exposición de los confines de la vida de Allanon, confines a los que había sido obligado a viajar. Revelaba el peso de la responsabilidad que conllevaba el poder. Delineaba la comprensión que otorgaba la experiencia. Era acerba, áspera y terrible, una acumulación de diez vidas normales, e inundó a Walker como las aguas de un embalse desbordado.

Cayó en la negrura de la espiral del Tío Oscuro, oyéndole gritar, oyendo también las carcajadas del Oráculo Siniestro, imaginadas o reales. Sus pensamientos se dispersaron ante la corrosión de su espíritu, de sus esperanzas, de sus creencias. No había nada que hacer; la fuerza de la magia era demasiado poderosa. Cedió ante ella, ante su enormidad, y creyó que moriría.

Sin embargo, de algún modo, se aferraba a la vida. Mientras comprobaba que su capacidad de resistencia era mayor de lo que creía, descubrió que el torrente de oscuras revelaciones no había logrado destruirlo. No podía pensar, el dolor era demasiado intenso para permitírselo. No intentó ver, perdido en un pozo sin fondo. De nada le serviría escuchar, porque el eco de su grito repercutía a su alrededor. Parecía flotar dentro de sí, esforzándose en respirar, en sobrevivir. Aquella era la prueba que había supuesto, el rito de tránsito de los druidas. Lo vapuleó de acá para allá, inundándolo de dolor, dejándolo roto por dentro. Todo lo abandonó, creencias y convicciones, y cuanto lo había sustentado durante tantos años. ¿Podría sobrevivir a esa pérdida? ¿Qué sería de él, en caso afirmativo?

Nadó a través de olas de angustia, sumido en sí mismo y en la fuerza de la magia

oscura, llevado al extremo de su resistencia, a punto de ahogarse. Sintió que podía perder la vida en cualquier momento, y se dio cuenta de que estaban tomando las medidas de quién era, lo que era y lo que podría ser. Era imposible detenerlo. Ni siquiera estaba seguro de que le importase. Se dejó llevar, impotente.

Impotente.

Incluso para ser de nuevo quien había creído que era. Para cumplir cualquiera de las promesas que se había hecho a sí mismo. Para ejercer algún control sobre su vida. Para determinar si viviría o moriría.

Impotente.

Walker Boh.

Apenas consciente de lo que estaba haciendo, desprovisto de su conciencia racional, impulsado por emociones demasiado primarias para ser identificadas, el Tío Oscuro se liberó de su letargo y se lanzó a través de las olas de dolor, a través de la no-luz y la magia oscura, a través del tiempo y el espacio, como una brillante partícula de ardiente furia.

Dentro sintió que el equilibrio se alteraba, el fiel de la balanza entre la vida y la muerte se inclinaba.

Y cuando por fin rompió la superficie del negro océano que amenazaba con ahogarlo, el único sonido que oyó, como si estallara de sus pulmones, fue un grito interminable.

12

Estaba ya avanzada la mañana cuando los tres supervivientes del grupo caminaban con cautela a través de la maraña del In Ju tras la voluminosa y espinosa figura de *Stresa,* que se adentraba en la penumbra.

Wren respiraba el fétido aire húmedo y escuchaba el silencio.

En la distancia, muy lejos de donde ellos se encontraban, el retumbo del Killeshan era un trasfondo de sonido que se transmitía por la tierra y el cielo, profundo y ominoso. Los temblores sacudían Morrowindl advirtiendo, a quien quisiera escuchar, que se estaba gestando la gran erupción. Pero en la jungla todo estaba tranquilo. Una sábana de humedad cubría el In Ju por completo, empapando los árboles y arbustos, las hierbas y enredaderas, amortiguando el ruido y disimulando el movimiento. La jungla era una cripta de asombroso verdor, de muros que formaban incontables cámaras que se comunicaban, de tortuosos pasadizos que serpeaban formando un laberinto agobiante. Las ramas se entrelazaban por encima de sus cabezas para formar un techo que impedía el paso de la luz y cubría un mosaico de pantanos, arenas movedizas y fango. Zumbaban insectos invisibles y chillaban criaturas en la niebla. Pero nada se movía, nada parecía que tuviera vida.

Ahora se veían hebras del wisteron por todas partes, en enormes redes que envolvían los árboles como tiras de gasa. Seres muertos colgaban de ellas, los restos dejados por el monstruo tras alimentarse; pequeños en su mayoría, puesto que el wisteron llevaba las presas grandes a su guarida, que se encontraba un poco más adelante.

Wren observaba las sombras de alrededor, más inquieta por la falta de movimiento que por el silencio. Caminaba por un lugar muerto, por un lugar donde los seres vivos estaban de más, un infierno colmado de peligros. Aún pensaba que podría captar un destello de color, una ondulación en el agua o un centelleo en las hojas y las hierbas. Pero el In Ju estaba tan inmóvil que parecía sepultado en hielo. Se habían adentrado mucho en el territorio del wisteron, y nadie se aventuraba a acercarse tanto.

Nadie, excepto ellos.

Llevaba las piedras élficas en la mano, fuera de la bolsa de cuero donde las guardaba, listas para ser utilizadas. No se hacía ilusiones acerca de lo que se vería obligada a hacer. No albergaba ninguna falsa esperanza de que pudiera evitar la utilización de las piedras élficas, de que pudiera salvarlos valiéndose sólo de sus habilidades de bohemia. Ya no se planteaba la conveniencia de recurrir a la magia, aunque era consciente de cómo le afectaba su poder. Su posibilidad de elección había quedado atrás. El wisteron era un monstruo que sólo podía ser vencido por las piedras élficas. Utilizaría la magia porque era la única arma eficaz con que contaban para librar la batalla que se avecinaba. Si se permitía dudar sobre este aspecto, si caía presa de la indecisión, todos morirían.

Tragó saliva para aliviar la sequedad de su garganta. Era extraño que la tuviese tan reseca y, sin embargo, tuviese tan húmedo el resto del cuerpo. Hasta las palmas de las manos le sudaban. Estaban muy lejanos los días en que vagaba de un lado para otro con Garth por el Tirfin en lo que ahora le parecía otra vida, libre de preocupaciones y responsabilidades, respondiendo sólo ante sí misma, sólo limitada por las circunstancias.

Se preguntó si volvería a ver las Tierras Occidentales.

Delante, la penumbra formaba bolsas de densa sombra que parecían madrigueras. Jirones de niebla se enroscaban y desenroscaban en los árboles y las enredaderas como si fueran serpientes. Las hebras colgaban de las ramas altas y rellenaban los huecos entre ellas; cintas gruesas y traslúcidas que brillaban por la humedad. *Stresa* aminoró la marcha y

se volvió para mirarla. No habló. No era necesario. Wren era consciente de que Garth y Triss estaban junto a ella, uno a cada lado, en silencio y expectantes. Ordenó a *Stresa* con un gesto que continuara.

De pronto pensó en su abuela, preguntándose qué hubiera sentido si se hubiese encontrado allí, imaginando cómo reaccionaría. Vio su rostro, los ardientes ojos azules contrastando con su casi permanente sonrisa, la sensación de calma que emanaba alejando toda duda y temor. Ellenroh Elessedil, reina de los elfos. Su abuela siempre daba la impresión de que ejercía un gran control sobre las cosas, pero eso no fue suficiente para salvarla. Entonces, ¿en qué podía confiar?, se preguntó con angustia. En la magia, por supuesto, pero la magia era tan fuerte como su portador, no más, y Wren deseó poseer la indómita fuerza de su abuela. Carecía de la autoconfianza de Ellenroh; carecía de su seguridad. Incluso a pesar de su firme e irrevocable decisión de recuperar el báculo Ruhk y la Loden, llevar a los elfos sanos y salvos a las Tierras Occidentales y a cumplir la misión que se le había encomendado, se veía a sí misma como un ser de carne y hueso, no de hierro. Podía fallar, podía morir y el terror estaba latente en tales pensamientos.

Triss chocó con ella por detrás, causándole un sobresalto. Murmuró una apresurada disculpa y retrocedió a su antigua posición. Wren escuchó el pulso de su sangre, un latido en sus oídos y pecho, una medida del breve espacio entre su vida y su muerte.

Había estado siempre tan segura de sí misma...

Algo se escabulló delante de ellos, un destello de oscuro movimiento entre el frondoso verdor. *Stresa* levantó las púas, pero no se detuvo. El bosque comunicaba, a través de un mar de hierbas pantanosas, con un bosquecillo de viejas acacias que se inclinaban unas sobre otras en un suelo erosionado y cenagoso. El grupo siguió al gatoespino a lo largo de una estrecha elevación. El movimiento se repitió, rápido e imprevisto, más de uno a la vez. Wren intentó seguirlo. Alguna especie de insecto, pensó, alargado y estrecho, con muchas patas.

Stresa descubrió una faja de tierra poco más ancha que su cuerpo, y se volvió hacia ellos.

–Pjjjfft. ¿Habéis visto? –dijo con voz áspera. Ellos hicieron un gesto de asentimiento–. ¡Carroñeros! Plañideros, los llaman. ¡Jsssst! Se lo comen todo. ¡Puah...! Viven de las sobras del wisteron. Veréis muchos todavía. No os asustéis.

–¿Cuánto falta? –pregunto en voz baja Wren, inclinándose hacia él.

–Está ahí mismo –respondió el gatoespino, irguiendo la cabeza–. ¿No hueles a muerto?

–¿Qué hay detrás?

–¡Sssssttt! ¿Cómo quieres que lo sepa, Wren de los Elfos? ¡Todavía estoy vivo!

–Echaremos un vistazo –dijo Wren, ignorando su mirada–. Si podemos hablar, hablaremos. De lo contrario, nos retiraremos y decidiremos lo que debemos hacer.

Miró a Garth y luego a Triss para asegurarse de que habían comprendido lo que deseaba. Después se irguió. *Fauno* se aferraba a ella como parte de su cuerpo, y tuvo que dejarlo en el suelo antes de volver a emprender la marcha.

Avanzaron ocultándose entre las hierbas y los árboles caídos. Ahora aparecían plañideros por todas partes, que se dispersaban ante su aproximación. Parecían lepismas[1] gigantescos, rápidos y silenciosos mientras desaparecían penetrando en la tierra y la madera. Wren procuró no prestarles atención, pero era difícil. El agua de la superficie del pantano burbujeaba y salpicaba en torno a ellos; era el primer sonido que les llegaba desde hacía mucho rato. La acción del Killeshan se estaba extendiendo. Salieron de las hierbas y se internaron entre los árboles, quedando envueltos en la penumbra. Volvió la quietud, el

[1] Insectos tisanuros nocturnos, privados de alas. Tienen el cuerpo plateado, fusiforme y blando, y están dotados de piezas bucales masticadoras con las que roen el cuero, el papel, el azúcar y la ropa almidonada. (N. del t.)

aire vacío y muerto. Wren respiraba lenta y profundamente, y su mano estaba crispada sobre las piedras élficas.

Atravesaron el bosquecillo de acacias y empezaron a cruzar una llanura fangosa hacia un grupo de gigantescos abetos, cuyas ramas se entrelazaban entre sí en estrecho abrazo. Colgaban por doquier hilos de telaraña y, cuando se acercaban al lado opuesto del lodazal, Wren vio huesos esparcidos en los inicios de la arboleda. Varios plañideros huyeron a izquierda y derecha, rozando apenas la superficie de los llanos y desapareciendo en la espesura que crecía enfrente. *Stresa* había reducido notablemente el ritmo de la marcha.

Llegaron al final del llano, cruzaron a gatas una abertura entre los árboles, y se quedaron paralizados.

Un poco más allá había un barranco profundo, una isleta de roca dentro del pantano. Los abetos se alzaban de su fondo en un revoltijo de troncos oscuros que parecían agavillados por centenares de telarañas. Seres muertos colgaban de ellos, y el fondo del barranco estaba cubierto de huesos. Los plañideros reptaban sobre todo aquello como una centelleante alfombra en movimiento. La luz era gris y difusa, tamizada por la ceniza en suspensión y la niebla. El olor a muerte lo impregnaba todo. Había quietud en la guarida del wisteron. Exceptuando a los plañideros, nada se movía.

Wren sintió la mano de Garth en el hombro. Lo miró y vio que señalaba algo con la mano.

Gavilán Elessedil colgaba con los brazos y piernas extendidos en una hamaca de telaraña, frente a ellos, con los ojos azules fijos y sin vida, la boca abierta en un grito silencioso. Lo habían destripado, rasgado desde el pecho hasta el estómago. Dentro de la vacía cavidad, sus costillas destellaban tenuemente. Habían extraído todos los fluidos de su cuerpo. Lo que quedaba era poco más que una cáscara, una grotesca y aterradora parodia de hombre.

Wren había visto muchos muertos en su corta vida, pero no estaba preparada para ver aquello. *¡No mires!,* se ordenó a sí misma. *¡No lo recuerdes así!* Pero miró, y mientras miraba supo que nunca podría olvidarlo.

Garth la tocó por segunda vez, señalando al fondo del barranco. Ella dirigió la mirada hacia allí, sin ver nada al principio, pero después descubrió el báculo Ruhk, con la Loden fijada en su extremo, debajo de los restos sin vida del príncipe de los elfos, sobre la alfombra de viejos huesos. Los plañideros se arrastraban sobre él con absoluta indiferencia.

Wren le respondió con un gesto de asentimiento, preguntándose al mismo tiempo cómo conseguirían alcanzar el talismán. Sus ojos se movieron en busca de algo.

¿Dónde estaba el wisteron?

Entonces lo vio en las ramas altas de los árboles de un lado del barranco, suspendido en una de sus propias redes, inmóvil en la niebla. Estaba hecho una bola, con las patas encogidas bajo el cuerpo, y tenía la curiosa apariencia de una nube sucia. Un erizado pelaje lo cubría, armonizándolo con la bruma. Al parecer, dormía.

Wren dominó el acceso de pánico que su descubrimiento le provocó. Miró a sus compañeros, que lo estaban contemplando. De repente, el wisteron se movió, enderezando un cuerpo sorprendentemente delgado, y estiró varias patas. Se produjo un destello de garras y apareció una repulsiva cara de insecto provista de unas extrañas fauces chupadoras. Volvió a encogerse y se quedó quieto.

Las piedras élficas habían empezado a quemar en la mano de la joven bohemia.

Dirigió una última mirada a Gavilán, a continuación hizo una señal a los otros, y todos retrocedieron hasta salir de los árboles. Sin hablar, volvieron sobre sus pasos a través de los llanos hasta las acacias, donde se arrodillaron formando un estrecho círculo.

–¿Cómo podremos recuperar el Báculo? –preguntó Wren en voz baja, mirándolos a

los ojos.

La imagen de Gavilán estaba fija en su mente, y apenas podía pensar en otra cosa.

Uno de nosotros tendrá que bajar al barranco, dijo Garth por señas, levantando las manos.

–Pero el wisteron lo oirá. Los huesos del fondo sonarán como cáscaras de huevo cuando los pise. –Dejó a *Fauno* en el suelo, a su lado. Los oscuros ojos del jacarino se levantaron buscando los de Wren.

–¿No podríamos descolgar a alguien? –preguntó Triss.

–¡Pjjjfftt! No sin producir algún ruido o movimiento delatores –respondió *Stresa–.* El wisteron no está... sssttt... dormido. Sólo lo finge.

–Entonces podemos esperar a que se duerma –dijo Triss–. O a que salga de caza o a revisar sus numerosas redes.

–No sé si tenemos tiempo para eso... –empezó a contestarle Wren.

–¡Jssstt! No tiene ninguna importancia si disponemos de tiempo o no –la interrumpió *Stresa* acaloradamente–. Si sale de caza o a revisar las redes, captará nuestro olor. ¡Sabrá que estamos aquí!

–Calma –dijo Wren.

Observó que la espinosa criatura retrocedía un poco.

–Tiene que haber una manera de poder recuperarlo –dijo en voz baja Triss–. Sólo necesitamos un par de minutos para llegar allí abajo y volver a salir. Quizás una maniobra de distracción funcione.

–Quizá –convino Wren, intentando en vano pensar en alguna.

Fauno cuchicheaba algo a *Stresa.*

–¡Sí, jacarino, el báculo! –replicó el gatoespino en tono irritado–. ¿Qué te creías? ¡Pjfftt! ¡Ahora estate quieto y déjame pensar!

Utiliza las piedras élficas, dijo Garth por medio de gestos, de repente.

–¿Como distracción? –preguntó Wren, respirando profundamente. Habían llegado adonde ella sabía que tenían que llegar–. De acuerdo. Pero no quiero que nos separemos, porque entonces nunca volveríamos a encontrarnos.

Garth hizo un gesto negativo. *No como distracción, sino como arma,* dijo Garth valiéndose de los dedos, haciendo un gesto negativo.

Wren lo miró fijamente.

Mátalo antes de que pueda matarnos. Atácalo por sorpresa.

Triss vio incertidumbre en los ojos de Wren.

–¿Qué está proponiendo Garth? –preguntó.

Un ataque por sorpresa. El gigante bohemio tenía razón, desde luego. No podrían recuperar el báculo Ruhk sin lucha; era ridículo suponer lo contrario. ¿Por qué no sacar ventaja de la rapidez? Golpear al wisteron antes de que él los golpeara. Matarlo o, al menos, incapacitarlo antes de que tuviera oportunidad de herirlos.

Wren dio un profundo suspiro. Podía hacerlo si era necesario, por supuesto. Ya se había preparado para eso. El problema era que no estaba segura de que la magia de las piedras élficas fuera suficientemente poderosa para dominar a un ser tan grande y sanguinario como el wisteron. Y la magia dependía directamente de ella. Si carecía de la fuerza necesaria, si la del wisteron superaba la suya, los condenaría a todos.

Pero por otra parte, ¿qué otra opción tenía? No contaba con nada mejor para recuperar el báculo.

Se agachó distraídamente para acariciar a *Fauno* y no lo encontró.

–¿Fauno?

Apartó los ojos de Garth, todavía absorta en el problema. Los plañideros huyeron cuando ella hizo un movimiento brusco.

El agua se acumulaba en las depresiones dejadas por sus botas.

Por entre los árboles que los resguardaban, más allá de los fangosos llanos, vio al jacarino cuando entraba en el barranco. *¡Fauno!*

Stresa también lo vio. El gatoespino se dio media vuelta, erizando las púas.

–¡Insensato sssttt jacarino! ¡Te oyó, Wren de los Elfos! Preguntó qué querías. No le presté atención... pjfftt... pero...

–¿El báculo? –Wren se levantó, tambaleándose, con los ojos nublados por el horror–. ¿Quieres decir que ha ido a buscar el báculo?

Echó a correr hacia los llanos, procurando no hacer ruido. Había olvidado que *Fauno* podía comunicarse con ellos. Hacía ya mucho tiempo que el jacarino ni siquiera lo intentaba. Su pecho se encogió. Conocía la profunda devoción que la pequeña criatura le profesaba. Haría cualquier cosa por ella.

Y estaba a punto de demostrarlo.

¡Fauno! ¡No!

Su respiración se aceleró. Deseaba gritar, pedirle al jacarino que volviera. Pero no podía hacerlo porque los gritos despertarían al wisteron. Llegó al final de los llanos, haciendo huir a los plañideros en todas direcciones como oscuros destellos contra el cenagal. Oyó que Garth y Triss iban tras ella. Sus respiraciones eran fatigosas. *Stresa* había conseguido adelantarla, demostrando una vez más que era más rápido de lo que se podía esperar de él. Ya estaba internándose entre los árboles. Ella lo siguió, serpenteando apresuradamente. Se le quedó el aire atravesado en la garganta cuando salió a campo abierto.

Fauno estaba a media pendiente del barranco, deslizándose suave y silenciosamente a través de las rocas. Había hebras de telaraña por todas partes, pero las eludía con suma facilidad. Arriba, el wisteron colgaba inmóvil en su red. Los restos de Gavilán colgaban allí también, pero Wren no quiso mirarlos. Concentró su atención en *Fauno,* en el angustioso e inquietante descenso que estaba efectuando el jacarino. Advirtió la presencia de *Stresa* a una docena de pasos, aplastado en el borde de rocas. Garth y Triss se habían unido a ella, situándose uno a cada lado, muy cerca. Triss la agarró con ademán protector, intentando hacerla retroceder. Ella liberó su brazo de un tirón. Levantó la mano que guardaba las piedras élficas.

Fauno llegó al fondo del barranco y empezó a cruzarlo. Ligero como una pluma, el jacarino danzó a través de la alfombra de huesos secos, eligiendo el camino con cuidado, melindroso como un gato. No hacía ningún ruido, y era tan insignificante como los plañideros que se dispersaban a su paso. Arriba, el wisteron continuaba dormitando, ajeno a lo que ocurría bajo sus pies. La niebla cenicienta pasaba entre ellos en gruesas cortinas que ocultaban al jacarino en sus pliegues. *¿Por qué se me ocurriría soltarlo?* La sangre de Wren latía en sus oídos, midiendo el transcurso de los segundos. *Fauno* desapareció entre la bruma. Después volvió a aparecer de nuevo, inclinado sobre el báculo.

Pesa demasiado, pensó Wren, desanimada. *No podrá levantarlo.*

Pero, de algún modo, *Fauno* lo consiguió, apartándolo de la alfombra de huesos humanos, de los palos que en el pasado tuvieron vida. *Fauno* levantó con sus diminutas manos el báculo, que era tres veces más largo que él, e inició el regreso como si caminara por una cuerda floja y lo utilizara para mantener el equilibrio. Wren cayó de rodillas, sin apenas aliento.

Triss le tocó el hombro para llamar su atención y señaló. El wisteron se había movido en su hamaca, estirando las patas. Se estaba despertando. Wren empezó a levantarse, pero Garth se lo impidió. El wisteron volvió a enroscarse, encogiendo las patas. *Fauno* continuó el camino hacia ellos. Su diminuto semblante estaba tenso y su nervudo cuerpo crispado. Al llegar al final del fondo del barranco, se detuvo.

Wren se quedó helada. *¡Fauno no sabía cómo trepar para salir!*

Entonces, de pronto, el Killeshan tosió y vomitó fuego, a kilómetros de distancia, tan lejos que el sonido apenas fue un murmullo en el silencio. Pero la erupción provocó violentas olas en las profundidades de la tierra, ondas que se extendían desde el horno de la montaña como los anillos que se forman en un estanque tras la caída de una piedra. Los temblores llegaron hasta el In Ju y el islote que servía de guarida al wisteron, y pronto empezó una reacción en cadena. Las vibraciones ganaron fuerza, convirtiéndose en calor, y el calor explotó en una fuente de vapor en las llanuras que Wren había dejado atrás.

El wisteron despertó inmediatamente, sus patas se movieron en la telaraña, su cabeza giró sobre el grueso cuello sin huesos, mientras sus negros y brillantes ojos exploraban los alrededores. *Fauno,* a quien cogieron desprevenido los temblores y la explosión, se apresuró a escalar la pendiente del barranco, pero perdió el equilibrio y cayó. Los huesos produjeron un ruido estrepitoso cuando el báculo Ruhk los golpeó. El silbido del wisteron competía con el de los surtidores. Saltó de su red a una velocidad de vértigo, mitad araña, mitad mono, y monstruoso en su conjunto.

Pero Garth fue más rápido. Corrió sobre el filo del barranco con la ligereza de una sombra proyectada por el paso de una nube, bajó por la pendiente rocosa con la agilidad de la luz, sin frenar al final su impulso, aterrizó con un estrépito de huesos rotos, alargó la mano hasta el báculo Ruhk y lo cogió. *Fauno* ya estaba trepando por su ancha espalda en busca de seguridad. Garth se volvió para empezar a subir, y la sombra del wisteron se cerró sobre él cuando el monstruo saltó de su tela para aplastarlo.

Wren se puso de pie, abrió la mano, estiró el brazo, e invocó el poder de las piedras élficas. Acudió tan rápido como el pensamiento, proyectándose al frente en una cegadora cuerda de fuego. Atrapó al wisteron todavía en el aire, golpeándolo como un puño gigantesco, y lo lanzó hacia atrás dando vueltas. Wren sintió que todas sus fuerzas la abandonaban al producirse el impacto. En su urgencia por salvar a Garth, no se había reservado. El júbilo la invadió y desapareció en un instante. Jadeó, conmocionada, empezó a desmayarse, y Triss la cogió por la cintura. *Stresa* les ordenó a gritos que corrieran.

Garth se esforzó en salir del barranco. Su cara estaba ceñuda y surcada de sudor. Llevaba el báculo Ruhk en una mano y a *Fauno* en la otra. El jacarino se abalanzó sobre Wren, temblando. Cruzaron a gatas los árboles, se levantaron y empezaron a correr por los llanos.

Wren miró hacia atrás.

¿Dónde estaba el wisteron?

Apareció un instante después. No llegó a través de los árboles como ella esperaba, sino por encima de ellos. Apartando las ramas de las copas, apareció como una nube grisácea y cayó sobre ellos como una piedra. Triss apartó a Wren de un empujón, evitando que fuese aplastada. *Stresa* se hizo una bola de agujas, pero salió despedido por los aires. El wisteron silbó al recibir en una pata una rociada de púas del gatoespino, y aterrizó encogido. Garth dejó caer el báculo y se volvió para hacerle frente con el espadón desenvainado. Usando ambas manos, el corpulento bohemio dirigió un tajo a la cara del wisteron, pero la bestia lo esquivó. Escupió hacia Garth un chorro de vapor que fulguraba como el fuego.

–¡Veneno! –gritó *Stresa* desde lo que parecía el fondo de un pozo, y Garth cayó de bruces en el barro.

El wisteron embistió inmediatamente después.

Wren se levantó, tambaleándose, con los brazos extendidos. Las piedras élficas refulgieron, y la magia respondió. El fuego estalló en el wisteron cogiéndolo por detrás y derribándolo en medio de una nube de humo y vapor. Profiriendo un grito de triunfo, Wren lo persiguió con la vista empañada por una niebla roja y el poder de la magia inundándola

por completo. Era incapaz de pensar; sólo podía reaccionar. Concentrando la magia en su interior, atacó de nuevo. El fuego golpeó al wisteron una y otra vez, hiriéndolo, quemándolo. El monstruo silbó y chilló, se apartó retorciéndose y luchó para erguirse. De reojo, Wren pudo ver que Garth volvía a ponerse de pie. Con una mano recogió el báculo Ruhk y con la otra el espadón. Estaba cubierto de barro. Wren lo vio, y lo olvidó. La magia era un velo que la envolvía y la enajenaba. La magia era un elixir que la llenaba de admiración, embriaguez y frenesí. Ella era invencible, ¡suprema!

Pero, de repente, sus fuerzas se agotaron una vez más, drenadas en un instante, y el fuego azul murió en su mano. Cerró los dedos en actitud protectora y cayó sobre una rodilla. Garth y Triss llegaron al mismo tiempo para apartarla de allí, llevándola como si fuera una niña, corriendo a través de los llanos. *Fauno* salió no se sabe de dónde para trepar por la pierna de Wren y subir hasta su hombro. *Stresa* seguía advirtiéndoles a gritos de nuevos peligros con palabras ininteligibles que les llegaban de atrás.

El wisteron salió disparado de la neblina, chamuscado y humeando, con el nervudo cuerpo estirado como un lobo dispuesto a atacar. Embistió contra ellos y todos cayeron por el suelo. Wren se tambaleó sobre sus manos y rodillas a la sombra del monstruo, medio aturdida, todavía débil, con barro en los ojos y la boca. Sus protectores luchaban desesperadamente para salvarla. Garth se situó a horcajadas sobre ella, describiendo con el espadón un arco mortal. Volaron pedazos del wisteron. Apareció Triss, asestando furiosas estocadas, y cortó una pata del monstruo desde debajo de éste, con gran crujido de huesos. Gritos y aullidos llenaron la fétida atmósfera.

Pero el wisteron era el demonio más grande y poderoso de todos los que vivían en Morrowindl, de los Espectros nacidos en el tiempo en que los elfos utilizaron la magia, y equivalía a la suma de todos ellos. Golpeó a Triss con la cola y lo lanzó a unos diez metros de distancia como si fuera un fardo. Garth falló en un rápido tajo dirigido a su cabeza, y la bestia rajó su ropa y su carne con una de las negras garras, además de arrebatarle el espadón. Entonces el gigante bohemio desenvainó inmediatamente su espada corta, pero un segundo golpe lo tiró hacia atrás, haciéndolo caer desvalidamente de espaldas sobre Wren. Habrían estado perdidos si *Fauno* no hubiera intervenido. Horrorizado por la situación en que se encontraba Wren, que yacía a merced del wisteron, el jacarino saltó a la cara del monstruo como una chillona bola de piel, arañando y desgarrando con sus diminutas manos. El wisteron, cogido por sorpresa, retrocedió de forma instintiva. Intentó alcanzar al jacarino, deseando aplastar aquella insignificante amenaza, pero *Fauno* era demasiado rápido y ya se había puesto en la espalda del monstruo. El wisteron realizó un esfuerzo para atraparlo y se contorsionó, enfurecido.

¡Levántate!, se dijo Wren, mientras hacía un gran esfuerzo para conseguirlo. Las piedras élficas eran fuego en su crispada mano.

Entonces Garth volvió, maltrecho y ensangrentado, con el espadón destellando. Una fuerte estocada propinada por el gigante bohemio había hecho que el wisteron se tambaleara sobre dos patas, y la segunda casi le seccionó un brazo. La bestia silbó y se retorció, enroscándose. *Fauno* saltó y emprendió una veloz huida. Garth blandió el espadón, barriendo, hendiendo y rasgando el aire con la hoja.

Wren, ya de pie, se tambaleó casi exhausta. El calor de las piedras élficas había pasado de su mano a su pecho, llegando hasta el corazón.

Ante ella yacía el báculo Ruhk, que Garth se había visto obligado a soltar.

De pronto, el wisteron se volvió y lanzó un chorro de veneno líquido sobre el gigante bohemio. Esta vez, Garth no fue tan rápido y el chorro lo golpeó en el pecho, ardiente como el ácido. Cayó al fango en estado de paroxismo, y rodó sobre él en un intento de calmarse.

El wisteron cayó sobre él inmediatamente después. Lo fijó en el suelo con una pata y

empezó a presionar.

Con las piedras élficas en el cuenco de sus manos, Wren invocó el fuego por última vez. Explotó de ella con tal fuerza que la despidió hacia atrás como si hubiera recibido un puñetazo. El wisteron fue alcanzado de lleno y salió despedido, dando vueltas por los aires como una pluma. El fuego lo envolvió, sumiéndolo en un infierno. Wren avanzó, con el calor blanco de la magia reflejado en sus ojos. Todavía el wisteron se esforzaba en liberarse, e intentó alcanzar a la joven bohemia. Entre ellos, Garth se levantó apoyándose en sus manos y rodillas, cubierto de sangre, empuñando el espadón roto. Para Wren la realidad desapareció, y todo quedó reducido a un sueño que sólo ocurría en su mente. Triss era una vaga forma que salía de la niebla con paso vacilante, *Stresa* una voz sin cuerpo, *Fauno* un recuerdo y el mundo una niebla oscilante sin fin. Los oscuros ojos de Garth se levantaron hacia ella desde su cuerpo herido. A los pies de Wren yacían el báculo Ruhk y la Loden, última esperanza del pueblo élfico, su nave protectora, su oportunidad de vida. Apartó de sí todo aquello y se enterró en el poder de las piedras élficas, en la magia de su linaje, dándole forma, dirigiéndola y sabiendo en algún oscuro y reservado lugar de su mente que su propio futuro había quedado reducido a eso.

El wisteron apareció de nuevo ante ella.

¡Socórreme!, gritó sin producir ningún sonido.

Entonces enfocó el fuego contra el lodo sobre el que estaba el wisteron, fundiéndolo, convirtiéndolo en una ciénaga tan líquida e inconsistente como las arenas movedizas. El wisteron avanzó y se hundió hasta las rodillas. El lodo borbotó y salpicó como la lava del Killeshan, succionando al ser que forcejeaba por librarse de él. El wisteron silbaba, escupía y luchaba para liberarse. Pero su peso era considerable y actuaba contra él. Perdió pie. El fuego de las piedras élficas ardía a su alrededor, penetrando más y más en el barro, sumergiéndolo en un pozo sin fondo. El wisteron manoteaba incesantemente mientras se hundía. Gritó, y su grito congeló el aire, sumiéndolo en silencio.

Después de esto, el fango se cerró sobre su cabeza, y la ondeante superficie brilló con los tonos naranjas y amarillos del fuego.

13

Los dedos de Wren se cerraron sobre las piedras élficas como apéndices mecánicos que pertenecieran a otro ser. El fuego flameó como respuesta y después se extinguió. La joven se quedó petrificada un momento, incapaz de encontrar fuerza para moverse, aturdida, flotando a medio paso fuera del presente. La magia salpicaba y silbaba en su interior, emitiendo a lo largo de sus brazos y piernas pequeñas descargas que la hacían jadear y temblar. Su respiración era dificultosa; tenía el pecho oprimido y la garganta seca e irritada.

Ante ella, las llamas que abrasaban la superficie de los borrosos llanos se redujeron a pequeñas lenguas azules y se convirtieron en humo. Garth todavía estaba a gatas, con la cabeza agachada y el pecho contraído. A su alrededor, el In Ju se extendía, cavernoso y quieto.

Fauno apareció de repente, trepó por el brazo de Wren y restregó el hocico contra su hombro y cuello, chillando suavemente. La joven bohemia cerró los ojos contra el cálido pelaje, recordando cómo la pequeña criatura la había salvado, pensando que era un milagro que continuaran con vida.

Por fin, su preocupación por el estado de Garth y la vista de toda aquella sangre la obligaron a moverse, esforzándose en dar un paso tras otro. Se obligó a apartar de sí los últimos restos de excitación dejados por la magia, se sobrepuso a sus deseos de saborear el poder de nuevo, deslizó las piedras élficas en su bolsillo y se arrodilló junto a su amigo. Garth levantó la cabeza para mirarla. Su cara estaba completamente cubierta de barro, pero sus oscuros ojos eran brillantes y traslucían una firme determinación.

–Garth –dijo en voz baja Wren.

En el lado izquierdo tenía una profunda herida que se extendía desde el hombro hasta las costillas en el lado izquierdo, y el pecho chamuscado por el veneno. El barro reseco había contribuido a frenar la hemorragia, pero era necesario limpiar las heridas inmediatamente para evitar la infección.

Wren dejó a *Fauno* en el suelo con cuidado, después rodeó con los brazos a Garth e intentó ayudarle a levantarse. Apenas si podía moverlo.

–Espera –dijo una voz–. Te echaré una mano.

Era Triss, que había surgido de la niebla tropezando, con un aspecto casi tan lamentable como el de Garth. Estaba cubierto de barro y agua cenagosa. El brazo izquierdo le colgaba inerte, y en la mano derecha empuñaba su espadín. Un lado de su cara estaba manchado de sangre.

Pero el capitán de la Guardia Especial parecía ignorar sus lesiones. Colocó el brazo de Garth en torno a sus hombros y levantó al corpulento bohemio con gran esfuerzo. Wren lo sostuvo por el otro costado y volvieron a cruzar los llanos en dirección a las viejas acacias.

–¡Por aquí! ¡Pjjffftt! ¡Aquí dentro! ¡A la sombra! –dijo *Stresa,* con las púas desplegadas en todas direcciones.

Llevaron a Garth a un terreno seco, protegido por una maraña de raíces, y lo tendieron de nuevo. Wren cortó en tiras su túnica. Le quedaba poca agua potable, pero empleó casi toda en lavar las heridas del gigante bohemio. El resto se lo dio a Triss para que se limpiase la cara. Utilizó hilo de coser y una aguja para cerrar la herida, y la vendó con las tiras de tela arrancadas de la última ropa limpia que le quedaba. Garth observaba su labor, silencioso e inmóvil, como si intentara memorizar su rostro. La joven bohemia le habló por señas en dos o tres ocasiones, pero él se limitó a responder con un gesto de

asentimiento. A Wren no le gustó lo que vio.

A continuación se ocupó de Triss. La herida de su rostro era superficial, no más que una abrasión profunda. Pero tenía roto el brazo izquierdo. Wren lo encajó, cortó unas tablillas y las sujetó con el cinturón del soldado. Éste se encogió un par de veces mientras ella trabajaba, pero no se quejó. Le dio las gracias cuando terminó, solemne y turbado. Wren le correspondió esbozando una sonrisa.

Sólo entonces se acordó del báculo Ruhk, que seguía en algún lugar del barrizal. Fue a buscarlo, abandonando la protección de las acacias para cruzar de nuevo los llanos. Los plañideros huían a su paso, despidiendo leves destellos plateados. El aire estaba vacío y sereno, pero el retumbo del Killeshan llegaba amenazador desde detrás del muro de niebla, y la tierra temblaba en correspondencia. Encontró el báculo Ruhk donde había caído, y lo recogió. La Loden centelleaba igual que una constelación de estrellas. Cuánto se había sacrificado en su nombre, pensó, en nombre del pueblo élfico atrapado en su interior. Por su mente cruzó una sombra de arrepentimiento, un súbito impulso de arrojarlo lejos, de enterrarlo en el lodo como al wisteron. Tal vez fuera preferible que los elfos, que tanto daño habían hecho con su magia, que habían creado a los Espectros por ambición, que habían abandonado las Cuatro Tierras a una salvaje devastación de la que eran responsables, desaparecieran de la faz de la Tierra. Pero, ya había tomado una decisión sobre los elfos. Además, sabía que la culpa no era de los elfos de aquella generación y, en cualquier caso, era injusto pedir cuentas de los actos de unos pocos a todo el pueblo. Allanon debía de haber contado con que ella pensaría así. Debía de haber previsto que descubriría la verdad y juzgaría por sí misma la sabiduría de su encargo. *Busca a los elfos y devuélvelos a las Cuatro Tierras.* Muchas veces se había preguntado para qué. Ahora creía que conocía la respuesta. ¿Quién podría enmendar los errores de los elfos mejor que ellos mismos? ¿Quién podría dirigir mejor la lucha contra los Espectros?

Regresó, con el cansancio adueñándose de ella mientras se esfumaban los restos de la euforia de la magia. Se sentía agotada, triste y extrañamente perdida. Pero sabía que no podía doblegarse a esos sentimientos. Había recuperado el báculo Ruhk, tenían que ir a las playas en busca de Tigre Ty y todavía tendrían que enfrentarse a los demonios.

–Jssst. Su estado es muy grave, Wren de los Elfos –dijo *Stresa,* que estaba esperándola en el inicio del pequeño bosque, con un tono especial en su áspera voz, que sonó como un aviso en los oídos de la joven bohemia–. Tu amigo grande. Has de estar preparada para lo que pueda ocurrir. El veneno es una mala cosa. Pjffltt. Tal vez no pueda venir con nosotros.

–Sí podrá –respondió con brusquedad, pasando visiblemente irritada delante del gatoespino.

Con la ayuda de Triss, consiguió que Garth se pusiera de pie, y emprendieron el camino. Había pasado el mediodía, la luz era débil y neblinosa a través de la ceniza en suspensión, y el calor húmedo y sofocante. *Stresa* abría la marcha, esforzándose por el laberinto de la jungla, escogiendo un camino que permitiese a sus seguidores maniobrar con Garth. El In Ju parecía desierto, como si la muerte del wisteron hubiese exterminado a todos los que vivían allí. Pero Wren pensó que el silencio se debía a los temblores de la tierra. Las criaturas de Morrowindl, al sentir que las cosas no iban bien, habían suspendido sus actividades normales, al menos por el momento, y se habían escondido a la espera de ver lo que sucedía.

Observaba el rostro de Garth mientras caminaban, veía la intensidad de sus ojos y la máscara de dolor que tensaba la piel sobre sus huesos. Él no la miraba, sino que fijaba la vista de forma deliberada en el sendero. Se mantenía en pie sólo por la fuerza de su voluntad.

Se iniciaba el crepúsculo cuando salieron del In Ju y pasaron al boscoso montículo

colindante. Encontraron un claro con un manantial, y Wren lavó de nuevo las heridas de su amigo. No tenían nada que comer, habían agotado todas las provisiones que no habían perdido en los distintos contratiempos sufridos en el camino, y no estaban seguros de que las raíces y la fruta de los árboles fuesen comestibles. Tuvieron que conformarse con el agua del manantial. Triss encontró leña suficiente para hacer una hoguera, pero empezó a llover y, en pocos segundos, todo quedó empapado. Se refugiaron bajo las ramas de un koa, muy juntos, cercados por la creciente oscuridad. Poco después, *Stresa* se apartó para hacer guardia, murmurando entre dientes algo parecido a que, en aquellos momentos, él era el único miembro del grupo que estaba capacitado para realizar aquella tarea. Wren no puso objeción; se sentía inclinada a aceptarlo. La luz fue cambiando del plata al gris y del gris al negro. El bosque se había transformado, avivado de repente por el movimiento cuando el hambre obligó a sus criaturas a salir de caza, pero ninguna intentó acercarse a su refugio. La niebla se colaba entre los árboles y las hierbas en perezosas volutas. El agua goteaba lentamente de las hojas, *Fauno* no dejaba de moverse en los brazos de Wren, apretándose contra su hombro.

A medianoche, el Killeshan eruptó. El fuego brotó en un diluvio de chispas y detritus llameantes, junto con cenizas y humo. El ruido que produjo fue aterrador, un trueno que destrozó la tranquilidad de la noche y despertó con un sobresalto a todos los seres vivos que en aquel momento dormían. La explosión inicial pronto se convirtió en una serie de retumbos continuos que hicieron temblar toda la isla. Incluso desde el lugar tan alejado donde ellos se hallaban, podía verse la erupción; un intenso resplandor rojo que contrastaba con la negrura, se elevaba hacia el cielo, y parecía detenerse allí. Al alcance de sus manos, la tierra se agrietó y el vapor salió en surtidores, silbando y quemando. En las sombras del otro lado, las criaturas de la isla corrían enloquecidas sin rumbo, espantadas por la intensidad de los temblores, el ruido y el fulgor. El pequeño grupo se apiñó contra el koa, conteniendo el impulso de imitarlas. Wren sabía que huir en aquella impenetrable oscuridad era peligroso, pero *Stresa,* por si acaso, se apresuró a recordarle que no debían moverse de allí hasta que amaneciera.

Las erupciones continuaron durante toda la noche, una tras otra, en series de toses tronantes y agudas convulsiones que amenazaban con rasgar Morrowindl de un extremo a otro. Ardían fuegos en las laderas del Killeshan mientras la lava empezaba a descender por sus laderas en dirección hacia el mar. Las rocas se desprendían con un estrépito de piedra rota, avalanchas que destrozaban faldas montañosas enteras. Enormes árboles crujían y caían abatidos.

Wren cerró los ojos en un vano intento de dormir.

Al amanecer, *Stresa* se levantó para explorar la ruta que debían seguir, y Triss lo relevó en la guardia. La joven bohemia se quedó sola con Garth, que dormía a intervalos, con la cara bañada en sudor y el cuerpo agitado por convulsiones. Estaba abrasado por la fiebre. Mientras observaba cómo su amigo se removía y se giraba, Wren pensó en todo lo que los dos habían compartido. Se había preocupado por él antes, pero nunca tanto como ahora. En parte, su preocupación estaba agigantada por su sensación de desamparo. Morrowindl seguía siendo un mundo extraño para ella, y sus conocimientos sobre él eran escasos. Le era imposible dejar de pensar que había algo más que ella podía hacer por su amigo, pero no sabía qué. Recordó a Ellenroh, atacada por una fiebre similar a la de Garth, una fiebre desconocida para todos ellos. Había perdido a su abuela y no se resignaba a perder también a su mejor amigo. Se repetía una y otra vez que Garth era fuerte, que poseía una gran resistencia. Conseguiría sobrevivir, como siempre.

La luz estaba aumentando, y ella acababa de cerrar los ojos vencida por la fatiga y la depresión cuando el gigante bohemio la sorprendió tocándole suavemente el brazo. Levantó la cabeza para mirarlo.

Quiero pedirte un favor, le dijo Garth por señas.

–¿Qué? –preguntó Wren, haciendo un gesto de asentimiento y reproduciendo con los dedos sus palabras.

Será difícil para ti, pero es necesario.

Ella intentó leerlo en sus ojos, pero no pudo. Se había apartado y sumido en las sombras.

Quiero que me perdones.

–¿Qué es lo que tengo que perdonarte?

Te he mentido acerca de algo. Lo he hecho repetidamente. Desde que te conozco.

–¿En qué me has mentido? –preguntó la joven, haciendo un gesto negativo, confusa, ansiosa, cansada...

Garth no vaciló.

Acerca de tus padres. Garth no vaciló. *Los conocí. Sabía quiénes eran y de dónde procedían. Lo sabía todo.*

Ella lo miraba fijamente, sin acabar de dar crédito a lo que estaba oyendo.

Escúchame, Wren. Tu madre comprendió el efecto de la profecía de Eowen mejor que la reina. La profecía afirmaba que era preciso sacarte de Morrowindl para evitar tu muerte, pero también que un día regresarías para salvar a los elfos. Tu madre supuso, con acierto, que cualquiera que fuese la salvación que pudieras proporcionar a tu pueblo estaría ligada de algún modo a una confrontación con el mal que algunos de sus miembros habían creado. Yo no sabía eso entonces, aunque sí lo intuía. Sólo sabía que tu madre estaba decidida a que fueses entrenada para enfrentarte a cualquier peligro, enemigo o adversidad que pudiera presentarse. Por eso te confió a mí.

Wren estaba aturdida.

–¿A ti? ¿Directamente a ti?

Garth se movió, impulsándose hasta quedar sentado para dar mayor libertad a sus manos. Se quejó a causa del esfuerzo. Wren vio que la sangre empapaba las vendas.

Llegó con su marido al encuentro de los bohemios, enviada por los jinetes alados. Le habían dicho que éramos el pueblo más fuerte de todos los pueblos libres, que adiestrábamos a nuestros hijos desde el nacimiento para que pudieran sobrevivir, porque la supervivencia era la parte más dura de la vida del bohemio. Siempre hemos sido vagabundos, y como tales estamos obligados a ser más fuertes que ningún otro pueblo. Así que tus padres acudieron a nosotros, a mi familia, una tribu que llevaba varios siglos viviendo en las llanuras cercanas al lago Myriam, y preguntaron si había alguien entre nosotros a quien pudieran confiar la educación de su hija. Deseaban que fuese adiestrada al modo bohemio, que empezara a aprender tan pronto como tuviese edad suficiente para desenvolverse en un mundo donde cada ser y cada cosa era un enemigo potencial. Fui recomendado para que me encargara de tu educación. Hablamos y accedí a ser tu profesor.

Tosió, un profundo y doloroso sonido que brotó de las profundidades de su pecho. Bajó la cabeza un momento mientras carraspeaba para respirar.

–Garth –dijo Wren, alarmada–. Dejemos esto para luego, para cuando hayas descansado.

No, respondió el gigante bohemio haciendo un gesto negativo. *Quiero acabar. Lo he arrastrado demasiado tiempo.*

–Pero apenas puedes respirar, apenas...

Soy más fuerte de lo que crees. Apretó un instante la mano de Wren. *¿Temes que me esté muriendo?*

–Sí –respondió la joven, esforzándose para contener las lágrimas.

¿Y eso te asusta tanto? ¿Después de todo lo que te he enseñado?

–Sí.

Entonces no moriré hasta que estés preparada para afrontarlo, dijo el gigante, pestañeando y dirigiéndole una extraña mirada.

Wren hizo un gesto de asentimiento, sin comprender lo que quería decir, deseando sólo que viviera, costara lo que costase.

Garth respiraba estentóreamente.

Bien. Hablemos de tu madre. Era como te han dicho: fuerte, amable, valerosa... Te adoraba. Pero había decidido regresar con su pueblo. Creo que había tomado esa decisión antes de abandonar Morrowindl. Tu padre estaba de acuerdo. Ignoro el motivo de tal decisión. Sólo sé que tu madre estaba ligada por múltiples lazos a la suya y a su pueblo, y que tu padre estaba muy enamorado de ella. En cualquier caso, se acordó que serías enviada a vivir con los Ohmsford de Valle Umbroso hasta que cumplieras los cinco años, la edad a que se inicia el adiestramiento de los niños bohemios, y que después quedarías bajo custodia. Debíamos decirte que tu madre era bohemia y tu padre un Ohmsford, y además que tus antepasados eran elfos. No tenías que saber nada más.

–¿Por qué, Garth? ¿Por qué tanto secreto? –inquirió Wren, haciendo un gesto de incredulidad.

Porque tu madre comprendía los peligros que entrañaba el tratar de influir en el cumplimiento de una profecía. Podría haberse intentado mantenerte a salvo, y prevenirte para que no fueras a Morrowindl. Pero ¿qué daño podría haber causado por interferir así? Sabía lo suficiente sobre profecías para reconocer la amenaza. Pensaba que era preferible que te hicieras mujer sin conocer la predicción de Eowen, que encontraras por ti misma tu destino, fuera cual fuese. Recibí el encargo de prepararte.

–¿Así que lo sabías todo? ¿Absolutamente todo? ¿Sabías lo de las piedras élficas?

No. Lo de las piedras élficas, no. Como tú, creía que eran unos guijarros pintados. Se me dijo que me asegurara de que conocías su procedencia, de que eran la herencia de tus padres. Debía cuidarme de que no las perdieras. Supongo que tu madre estaba convencida de que, al igual que tu destino, el poder de las piedras élficas se revelaría a su tiempo.

–Pero sabías todo lo demás desde que yo era una niña. Y cuando fui al Cuerno del Infierno, cuando me enviaron en busca de los elfos.

Lo sabía.

–Y no me lo dijiste. –Se advertía un leve indicio de ira en su voz: el primero. El impacto de lo que le estaba contando empezaba a adquirir relevancia–. Ni una palabra, a pesar de mis preguntas.

No podía.

–¿Qué significa eso de que no podías? –Estaba furiosa–. ¿Por qué?

Porque se lo prometí a tu madre. Me hizo jurar que guardaría el secreto. Tú no debías saber nada de tu verdadera ascendencia, nada de los Elessedil, Arborlon y Morrowindl, nada de la profecía. Lo descubrirías por ti misma o no, como el destino decretara. Yo no debía ayudarte en eso. Podía acompañarte cuando llegase el momento, si así lo decidía. Debía protegerte lo mejor que pudiera, pero no podía desvelarte la verdad.

–¿Nunca?

La respiración de Garth resonaba en su pecho, y sus dedos perdían precisión.

Pronuncié un juramento. Juré no decirte nada hasta que la profecía se cumpliera, si es que se cumplía; nada hasta que fueras a Arborlon, hasta que descubrieras la verdad por ti misma, hasta que hubieras hecho lo que tenías que hacer para ayudar a tu pueblo. Eso es lo que prometí.

Ella hundió los talones en la tierra, invadida por la desesperación. *No confíes en nadie,* le había dicho la Víbora. *En nadie.* Entonces creyó que había captado el alcance de aquellas palabras. Creyó que lo comprendía.

Pero esto...

–Oh, Garth –susurró–. ¡Yo confiaba en ti!

Nada perdiste por hacerlo, Wren.

–¿No?

Se miraron en silencio, inmóviles. Todo lo que había sucedido desde que Cogline se presentó ante ella por primera vez, hacía muchas semanas, pareció reunirse y asentarse sobre sus hombros como una pesada carga. Tantas huidas angustiosas, tantas muertes, tantas pérdidas... Sintió todo eso, todo junto en un solo momento, concentrado en aquella verdad terrible e inesperada.

Si lo hubieras sabido antes de venir, tal vez las cosas hubieran sido distintas. Tu madre lo comprendió, y también tu padre. Quizás yo te lo hubiese dicho si hubiera podido, pero mi promesa lo impidió. El enorme cuerpo del gigante se removió, y Wren levantó su anguloso semblante hacia la luz. *Dime, si puedes, que debería haber obrado de otro modo. Dime, Wren, que debería haber roto mi promesa.*

–Deberías haberlo hecho –respondió la muchacha. Su boca era una línea tensa y amarga.

Él le sostuvo su mirada con ojos inexpresivos.

–No –admitió ella después, casi llorando–. No debías. –Miró a otra parte, vacía y desorientada–. Pero eso no sirve de ayuda. Todos me han mentido. Todos. Incluso tú. La Víbora tenía razón, Garth, y eso es lo que me duele. Había demasiadas mentiras, demasiados secretos, y yo no participaba de ninguno de ellos.

Lloró sin ruido con la cabeza baja.

–Alguien debería haber confiado en mí. Mi vida ha sufrido un cambio radical sin que se me haya dado la oportunidad de que pudiera decir algo al respecto. Mira lo que ha pasado.

Una mano grande rozó la suya.

Piensa, Wren. Todas las decisiones las has tomado tú. Nadie las ha tomado por ti; nadie te ha señalado el camino. Si hubieras conocido la verdad desde el principio, si hubieras comprendido las esperanzas puestas en ti, ¿habría sido distinto? ¿Podrías decir que las decisiones eran tuyas en ese caso?

Volvió a mirarlo, dudosa.

¿Habría sido mejor saber que eras la nieta de Ellenroh Elessedil, que las piedras élficas que tú creías guijarros pintados eran auténticas, que se esperaba que un día, cuando te hicieras mujer, viajarías a Morrowindl y, en cumplimiento de una profecía pronunciada antes de tu nacimiento, salvarías a los elfos? ¿Con qué libertad hubieras actuado entonces? ¿Hasta qué punto habrías desarrollado tus facultades? ¿Qué hubieras llegado a ser?

La joven respiró profundamente.

–No lo sé. Pero al menos debería de habérseme dado la oportunidad de descubrirlo.

El amanecer rompía ahora más allá del sudario de la niebla y los árboles, y la luz era más intensa. *Fauno* levantó la cabeza en el regazo de Wren, donde yacía inmóvil. Triss había regresado del límite de la oscuridad y los observaba en silencio. Los sonidos nocturnos habían cesado, y también la frenética agitación. En la lejanía, los ruidos de la erupción del Killeshan continuaban, estables y ominosos. La tierra temblaba débilmente, y el fuego de la lava se elevaba hacia el cielo entre el gris del humo y las cenizas.

Wren, dijo Garth moviendo las manos y agitándose. *Hice lo que se me pidió, lo que prometí. Obré lo mejor que pude. Hubiera preferido no verme obligado a mentirte. Hubiera deseado poder darte la oportunidad que pides.*

–Lo sé –respondió la muchacha, tras mirarlo durante largo rato, haciendo un gesto de asentimiento.

No te enfurezcas contra tus padres, continuó Garth. Su morena cara estaba rígida por la concentración. *Hicieron lo que creían que debían hacer, lo que creían correcto.*

La muchacha, incapaz de hablar, respondió haciendo un gesto de asentimiento.

Debes encontrar la manera de perdonarnos.

–Desearía... desearía no haberte herido tanto –respondió Wren, tragando saliva con dificultad.

Wren, mírame.

Lo hizo, con reluctancia y recelo.

Aún no hemos terminado. Hay algo más.

Ella sintió que se le helaba la boca del estómago, un dolor presentido, pero aún no real. Vio a *Stresa* aparecer por un lado de la arboleda, bamboleándose pesadamente, jadeante y mojado. Aminoró el paso al acercarse a ellos, consciente de que algo estaba ocurriendo, un enfrentamiento quizás, una revelación, en cualquier caso, algo íntimo.

–*Stresa* –lo llamó Wren enseguida, deseando interrumpir la conversación con Garth.

–Podemos irnos ahora mismo –dijo el gatoespino, mirando alternativamente a Wren y a Garth–. De hecho, deberíamos hacerlo. La montaña se está desplomando. No tardará en llegar.

–Debemos apresurarnos –dijo Wren, poniéndose de pie. Cogió el báculo Ruhk y bajó la mirada hacia su amigo herido–. ¿Garth?

Antes debemos hablar a solas.

–¿Por qué? –pregunto Wren con un nudo en la garganta.

Pide a los demás que se adelanten un poco y nos esperen. Diles que enseguida iremos.

–Necesito hablar con Garth un momento –dijo la joven tras un breve instante de vacilación, mirando a Triss y *Stresa–.* Esperadnos más adelante, por favor.

La miraron, y después hicieron un gesto de asentimiento de mala gana, Triss primero, inexpresivo, y *Stresa* con evidente suspicacia.

–Llevaos a *Fauno* –les dijo, recordando que estaba con ella. Bajó al jacarino de su hombro y lo dejó en el suelo. *Stresa* silbó y la pequeña criatura corrió hacia los árboles.

–Llámanos, ruuul-l-l Wren de los Elfos, si nos necesitas –dijo *Stresa,* mirándola con ojos tristes y comprensivos.

Cuando se fueron y el sonido de sus pisadas se alejó, se encaró de nuevo con Garth.

–¿De qué se trata? –le preguntó, cogiendo el báculo Ruhk con las dos manos.

No temas, dijo Garth, indicándole que se acercara. *Siéntate aquí, junto a mí, y escucha un momento sin interrumpirme.*

Ella hizo lo que le pedía, arrodillándose tan cerca que lo rozó con una pierna. Sintió el calor de su fiebre. La niebla y la pálida luz lo sumían en una sombra gris, y el mundo circundante era turbio y bochornoso.

Después dejó el báculo Ruhk en el suelo.

Algo me está sucediendo, dijo Garth, gesticulando con sus grandes manos. *Dentro. El veneno del wisteron, creo. Repta a través de mí como un ser vivo, fuego que abrasa y embota. Siento que actúa por todas partes, transformándome. Es una mala sensación.*

–Lavaré tus heridas de nuevo y volveré a vendarlas.

No, Wren. Lo que me está sucediendo ahora es más profundo. El veneno está invadiendo mi organismo.

–Si estás demasiado débil, te transportaremos –respondió Wren, respirando aceleradamente.

Estaba débil al principio, pero la debilidad no es tan fuerte ahora. Estoy recuperando fuerzas. Pero no son mías.

Ella lo miró sin acabar de comprender lo que quería decirle, pero asustada.

–¿Qué dices? –preguntó Wren, haciendo un gesto de incredulidad.

El gigante bohemio fijó sus oscuros ojos en la joven bohemia con determinación. Su

gesto se había endurecido, y su rostro era un conjunto de ángulos y planos cincelados en piedra.

El wisteron era un Espectro. Como los dráculs. ¿Recuerdas a Eowen?

Wren se estremeció, se echó hacia atrás e intentó levantarse. Él la retuvo en su sitio, paralizándola con la mirada.

Mírame.

Wren lo intentó, pero no pudo. Lo veía y no lo veía, percibía las líneas que lo enmarcaban, pero era incapaz de ver los colores y sombras intermedios, como si el hacerlo pudiera revelarle la verdad que temía.

–¡Suéltame!

Todo se rompió dentro de ella, y empezó a llorar. Lo hizo sin ruido, sólo traicionada por la agitación de sus hombros. Cerró los ojos contra los sentimientos de cólera, el horror del mundo que la rodeaba, el terrible precio que exigía una y otra vez. Vio a Garth incluso así, grabado en su mente, la misteriosa confianza y fortaleza que irradiaba su rostro, la sonrisa que reservaba en exclusiva para ella, la sabiduría, la amistad, el amor.

–No puedo perderte –susurró, sin preocuparse de transmitirlo por señas, y sus palabras se diluyeron en un murmullo–. ¡No puedo!

Las manos la soltaron, y Wren abrió los ojos.

Mírame.

Wren una bocanada de aire y lo miró.

Mírame a los ojos.

Obedeció. Miró en el alma del más antiguo y leal de sus amigos. Un maligno resplandor rojo le correspondió.

Ya comienza, dijo el gigante bohemio.

La muchacha hizo un furioso gesto negativo.

He de impedir que suceda, Wren. Pero yo solo no puedo, te lo aseguro. Tienes que ayudarme.

–No.

Garth deslizó una mano hasta su cinturón y extrajo el cuchillo largo, su afilada cuchilla destellaba en la media luz. Wren se estremeció y se retiró, pero él la sujetó por la cintura y la obligó a coger el arma.

No nos queda tiempo, dijo, moviendo sus dedos con rapidez y seguridad. *Lo que hemos compartido ha sido bueno. No me arrepiento de ello ni por un momento. Me siento orgulloso de ti, Wren. Tú eres mi fuerza, mi sabiduría, mi habilidad, mi experiencia, mi vida, todo cuanto yo soy, lo mejor de mí. Y también tú misma, distinta en todos los sentidos. Eres lo que estabas destinada a ser, una muchacha bohemia convertida en reina de los elfos. No puedo darte nada más. Es hora de decirnos adiós.*

–¡No puedes pedirme eso! –exclamó Wren sin poder respirar. Su visión no estaba clara.

Tengo que pedírtelo. No hay nadie más. Nadie de mi absoluta confianza.

–¡No! –gritó, dejando caer el cuchillo como si le hubiera quemado la piel–. ¡Preferiría estar muerta! –estalló entre sollozos.

Garth alcanzó el puñal y volvió a ponérselo en la mano. Wren se negaba a acceder, haciendo gestos negativos. Él la tocó atrayendo de nuevo su mirada. El gigante bohemio estaba temblando ahora, tal vez de frío, pero quizá de algo más. El resplandor rojo era más notable, más intenso.

Estoy deslizándome, Wren. Me están sacando de mí mismo. Tienes que darte prisa. Hazlo ya. No dejes que me convierta... No pudo terminar, sus grandes y fuertes manos habían empezado a temblar también. *Puedes hacerlo. Hemos practicado bastante. No puedo confiar en mí mismo. Debería...*

Wren tenía los músculos tan crispados que apenas lograba moverse. Miró hacia atrás, pensando en llamar a *Stresa* o a Triss, ansiosa por recurrir a quien fuese. Pero sabía que nadie podía ayudarle. Nadie podía cambiar la situación.

–Debe de existir un antídoto capaz de contrarrestar el veneno –dijo con nerviosismo, volviéndose hacia Garth–. ¡Preguntaré a *Stresa!* ¡Él lo sabrá! ¡Le pediré que vuelva!

Stresa sabe la verdad, dijo Garth, y sus grandes manos la cortaron en seco. *Lo viste en sus ojos. No hay nada que hacer. Nunca lo ha habido. No lo llames. Ayúdame. Coge el puñal y úsalo.*

–¡No!

Tienes que hacerlo.

–¡No!

Una mano se levantó bruscamente como si fuera a golpearla, y ella reaccionó por instinto y atacó con el arma, deteniéndose cuando la punta estaba a escasos centímetros del pecho de Garth. Sus ojos se encontraron. Por un instante, todo desapareció dentro de Wren, excepto el terrible reconocimiento de lo que era necesario. La verdad la anonadaba. Contuvo la respiración.

Deprisa, Wren...

La muchacha no se movió. Garth le cogió la mano y la bajó suavemente hasta que la hoja del puñal descansó sobre su túnica, sobre su pecho.

Hazlo. Ella un gesto negativo con tanta lentitud que apenas fue perceptible.

Wren. Ayúdame.

Ella le miró a los ojos, al rojo resplandor que lo estaba consumiendo, que se elevaba del horror que crecía dentro de él. Se vio de pie a su lado siendo una niña, cuando fue a vivir con los bohemios y apenas le llegaba a las rodillas. Se vio a los diez años, delgada como un látigo, resistente como el cuero, corriendo por el bosque para alcanzarlo. Recordó sus juegos, constantes, interminables, todos dirigidos a su adiestramiento.

Sintió su respiración en la cara. Sintió su proximidad y recordó el bienestar que le había proporcionado cuando era niña.

–Garth –dijo en voz baja con desesperación, y sintió que las grandes manos de su amigo se levantaban para apretar la suya.

Hundió el largo cuchillo hasta la empuñadura.

14

Huyó. Salió corriendo y se internó entre los árboles, obnubilada por la pena, medio cegada por las lágrimas, cogiendo el báculo Ruhk con las dos manos y poniéndolo ante sí como si fuera un escudo. Corrió a través de las sombras y la penumbra del amanecer de la isla, inconsciente del lejano retumbo del Killeshan, de los temblores con que respondía Morrowindl, indiferente a todo lo que no fuera la necesidad de huir del momento y el lugar de la muerte de Garth, aunque era plenamente consciente de que jamás lograría librarse de su recuerdo. Atravesó matorrales y ramas sin prestarles atención, hierbas altas y zarzas, colinas incrustadas de roca eruptiva, zonas cubiertas de madera seca y detritus esparcidos, sin darse cuenta de nada. No era su cuerpo el que huía, era su mente.

¡Garth!

Lo llamaba sin cesar, rastreando los recuerdos que de él tenía como si la consecución de alguno pudiera devolverlo a la vida. Lo vio correr, espectral, fantasmagórico. Retazos del gigante bohemio aparecieron y se esfumaron en el aire, borrosas y lejanas imágenes de tiempos pasados. Se vio a sí misma persiguiéndolo como había hecho tantas veces cuando jugaban a ser rastreador y presa. Se vio en aquel último día en el Tirfing antes de que llegara Cogline y todo cambiara para siempre, rodeando las orillas del lago Myriam en busca de huellas. Lo vio descolgándose de los árboles, enorme, silencioso y rápido. Lo sintió intentando agarrarla, y se sintió escabullándose, sintió su cuchillo largo levantarse y descender. Oyó su propia risa. *Estás muerto, Garth.*

Y ahora lo estaba realmente.

Sin saber cómo (nunca quedó completamente claro) encontró a los otros miembros del grupo, a los pocos que quedaban vivos: Triss, último de los elfos, el último además de ella, *Stresa* y *Fauno.* Irrumpió en medio de ellos, tambaleándose, los apartó de su camino con furia como si fueran obstáculos y continuó adelante. La siguieron, por supuesto, corriendo para alcanzarla, llamándola, preguntándole qué era lo que iba mal, qué sucedía, dónde estaba Garth.

Ella, haciendo un gesto negativo, respondió que se había ido, que no los acompañaría.

Pero no había problemas. Todo estaba bien. Ahora él estaba a salvo.

Sin dejar de correr, oyó que Triss volvía a preguntar: «¿Qué es lo que va mal?». Y *Stresa* replicaba: «Jsssstt, ¿no lo ves?». Palabras, susurros furtivos pasaron entre ellos, pero Wren no captó su significado, ni le preocuparon lo más mínimo. *Fauno* saltó sobre su brazo desde el suelo, agarrándose posesivamente, pero ella se desembarazó del jacarino con un gesto rudo. No podía soportar que la tocasen. Apenas podía resistir estar dentro de su propia piel.

Salió de entre los árboles.

–¡Mi Señora Wren! –oyó que la llamaba Triss.

Entonces empezó a trepar por un tobogán de lava, arañando y excavando la áspera roca, sintiendo que le cortaba las manos y rodillas. La respiración le irritaba la garganta, tosía, ahogada por palabras que no llegaban. El báculo Ruhk cayó de sus manos, y ella lo abandonó. Renegó de todo, de quién y de qué era, asqueada, con el único deseo de huir, de escapar, de correr hasta que no quedara ningún sitio adonde ir.

Cuando exhausta, tendida en el tobogán, sollozando de forma incontrolada, por fin se desplomó, fue Triss quien primero llegó a su lado, quien la acunó como a una niña, quien la tranquilizó con palabras y leves caricias, y le proporcionó parte del alivio que necesitaba. Le ayudó a ponerse de pie, hizo que se volviera y la llevó de regreso al bosque

de abajo. Con el báculo Ruhk en una mano y sujetándola con la otra, la llevó durante toda la mañana igual que un pastor a una oveja descarriada, pidiéndole sólo que pusiera un pie delante del otro y que continuara a su lado. *Stresa* abría la marcha. Su voluminosa figura se convirtió en el punto de referencia de Wren, el objeto en cambio constante hacia el que se movía paso a paso. *Fauno* regresó para intentar una nueva escalada por su pierna y brazo, y esta vez Wren aceptó su compañía, apretando al jacarino contra sí, frotando la nariz contra la calidez y suavidad de la criatura.

Así anduvieron todo el día, compañeros en un viaje que no necesitaba palabras. Las pocas veces que se detuvieron para descansar, Wren aceptó el agua que Triss le dio a beber, la fruta que le puso en la palma de la mano, y no se molestó en preguntar de dónde procedía ni si se podrían tomar sin peligro. La luz disminuyó cuando las nubes se acumularon de horizonte a horizonte y la neblina se espesó debajo. El Killeshan tronó a sus espaldas. Sus erupciones, ahora incontroladas, lanzaban hacia el cielo grandes surtidores de fuego, ceniza y humo. El olor a azufre llenaba el aire, y la isla temblaba y vibraba.

Cuando por fin descendió la oscuridad, la cresta de la montaña estaba ceñida por una corona de color rojo sangre, que aumentaba su brillo con cada nueva erupción y enviaba regueros de fuego por las lejanas laderas hacia el mar. Las piedras rechinaban y crujían cuando la roca fundida las arrancaba y los árboles ardían con aguda y crepitante desesperación. El viento se redujo a la nada, una bruma se asentó sobre todas las cosas, y la isla se convirtió en una prisión cercada por el fuego, cuyos habitantes tropezaban entre sí en asustada y colérica confusión.

Stresa eligió para pasar la noche una hendidura rocosa resguardada por tres lados, en un bosquecillo de delgados tamarindos, fuertes, pero desprovistos de hojas. Se apiñaron en la oscuridad con las espaldas apoyadas en la pared de roca y observaron que el holocausto intensificaba su brillantez. Aún estaban a un día de camino de las playas, un día para un posible encuentro con Tigre Ty, y la destrucción de la isla era inminente. Wren volvió a la realidad lo bastante para percibir el peligro que corrían. Mientras bebía de la taza de agua que Triss le había dado y escuchaba el sonido de su voz que le hablaba serena y tranquilizadoramente, recordó lo que se suponía que debía hacer y que sólo Tigre Ty podía ayudarles.

–Triss –dijo al fin, viéndolo por primera vez, pronunciando su nombre con agradecimiento y haciéndole esbozar una sonrisa de alivio.

Poco después aparecieron los demonios. Espectros de Morrowindl, los primeros que habían conseguido escapar del ardiente flujo del Killeshan, huyendo de las colinas hacia las playas, perdidas y confusas, y dispuestos a matar a quien se interpusiera en su camino. Salieron de la rojiza penumbra, tambaleándose, una andrajosa colección de horrores deformes, y atacaron impulsados por el instinto y su peculiar demencia. *Stresa* los oyó llegar, sus finos oídos recogieron el sonido de su aproximación, y previno a sus compañeros unos segundos antes de que se produjera el ataque. Espada en mano, Triss salió al encuentro de la avalancha, la contuvo y estuvo a punto de desviarla, un digno rival para aquellos seres incluso con un solo brazo útil. Pero los demonios estaban enloquecidos más allá del miedo o la razón, expulsados de su hogar de las tierras altas por algo que no entendían. Aquellos humanos eran una amenaza menor. Se reorganizaron y atacaron de nuevo, decididos a tomarse la revancha con lo que tenían más a mano.

Pero esta vez fue Wren quien se enfrentó a ellos, inmersa en su propia locura, fría y calculadora, y envió la magia de las piedras élficas segando como guadañas. Cuando los Espectros advirtieron el peligro, ya era demasiado tarde. La magia los atrapó, y se desvanecieron entre estallidos de fuego y súbitos alaridos. Unos segundos después, sólo quedaba humo y ceniza.

Otros llegaron durante la noche en pequeños grupos, abalanzándose desde la

oscuridad en frenéticas embestidas que los llevaban a una rápida y certera muerte. Wren los destruía con indiferencia, sin remordimientos, y quemaba el bosque de alrededor hasta que llameaba tanto como las laderas que arrasaban los ríos de lava. Cuando se acercaba la mañana, su refugio quedó, en un radio de cincuenta metros, yermo y humeante, convertido en una sepultura de cadáveres ennegrecidos hasta ser irreconocibles, en un cementerio donde sólo ellos estaban vivos. No pudieron dormir ni descansar, ya que las pausas entre los asaltos fueron pocas y breves. El amanecer los encontró ojerosos y agotados, demacradas y maltrechas figuras en la luz naciente. Triss había recibido media docena de heridas y tenía las ropas rasgadas. Todas sus armas perdidas o rotas, excepto la espada corta. La cara de Wren estaba teñida de gris por la ceniza, y sus manos temblaban por la infusión del poder de las piedras élficas. Las púas de *Stresa* se abrían en abanico, y parecía que nunca se replegarían a su lugar, y *Fauno* estaba enroscado junto a Wren.

Mientras la luz ascendía por el este, plateada por la niebla y el humo, Wren les dijo por fin lo que había ocurrido con Garth. Necesitaba hablar, compartir la carga que llevaba, la amarga verdad de que estaba sola. Les habló con voz serena y suave, en el silencio que siguió al último ataque. Volvió a llorar, pensando en que quizá no pudiera parar nunca. Pero esta vez las lágrimas eran purificadoras, como si se llevaran parte de su dolor. El capitán de la Guardia Especial, el gatoespino y el jacarino la escuchaban desde muy cerca para no perderse detalle, incluido *Fauno,* que, comprendiese o no las palabras de la joven, se apretaba contra su hombro. Las frases fluían de ella sin dificultad, abriendo el dique de su desesperación y su vergüenza, y una especie de paz se instaló en su interior.

–Ruu-l-l-l Wren, hiciste lo que debías –dijo *Stresa* con tono solemne cuando la joven bohemia concluyó su relato.

–Tú lo sabías, ¿verdad? –preguntó Wren.

–Jssstt. Sí. Comprendí los efectos que produciría el veneno. Pero no podía explicártelo, Wren de los Elfos, porque no hubieses querido creerme. Debía decírtelo él.

Sin duda, el gatoespino tenía razón, aunque ya no importaba. Hablaron un poco más mientras la luz se filtraba lentamente en la penumbra, abrillantando el mundo que los rodeaba, un mundo de negra ruina donde el humo aún se elevaba hacia el cielo en finas espirales y la tierra temblaba con la furia del Killeshan.

–Dio su vida por ti, mi Señora Wren –dijo Triss en tono solemne–. Te cubrió con su cuerpo para impedir que el wisteron te atacara, y luchó para salvarte. Ninguno de nosotros lo hubiera hecho de un modo tan eficaz. Lo intentamos, pero sólo Garth tenía la fuerza suficiente. Recuerda eso de él.

Pero ella aún recordaba el esfuerzo que había tenido que realizar para que el cuchillo largo llegara hasta su corazón, sentía sus manos cerradas sobre las de ella, como si la absolviera de responsabilidad. Nunca lo olvidaría, pensó. Siempre vería lo que sus ojos reflejaron.

Volvieron a ponerse en camino poco después, cruzando el carbonizado campo de batalla de la noche anterior hacia el verde paisaje del día que empezaba, hacia la última tierra que los separaba de la playa. Los temblores continuaban bajo sus pies, y los incandescentes ríos de lava se acercaban en su descenso por la montaña. A su alrededor, las criaturas huían en todas direcciones, y ni siquiera los demonios se detenían para atacar. Todos corrían para liberarse del calor asfixiante conducido por la furia del Killeshan hacia las costas de la Linde Azul. Morrowindl se estaba convirtiendo lentamente en una caldera de fuego, consumiéndose a sí misma desde el centro. Por todas partes empezaban a aparecer grietas, enormes hendiduras que se abrían a la oscuridad, que silbaban y escupían vapor y calor. El mundo que había florecido como consecuencia de la utilización de la magia élfica estaba desapareciendo, y en pocos días sólo quedarían las rocas y las cenizas de los muertos. Un mundo nuevo se estaba gestando en torno al pequeño grupo que huía y,

cuando se completara, nada del viejo permanecería sobre él.

Se adentraron en los prados de hierbas altas que limitaban con las últimas extensiones de selva próximas al litoral. Las hierbas habían empezado a curvarse y a morir, ahumadas y sofocadas por el calor y los gases. La maleza se deshacía bajo sus botas, reseca y sin vida. Ardían hogueras en innumerables puntos de su alrededor, y a su derecha, al otro lado de una profunda hondonada, un delgado reguero de fuego rojo se abría paso a través de unas plantas de flores silvestres hacia un bosquecillo de acacias que esperaba con desvalida y petrificada resignación. Nubarrones de hollín descendían del In Ju, donde la jungla ardía lentamente, hacia la orilla del agua. El pantano ya empezaba a hervir. Rocas y cenizas caían de alguna parte exterior a su campo visual, como si fuera granizo de las nubes, lanzadas por las continuas explosiones del volcán. El viento cambió, dificultando aún más la visibilidad. Era mediodía, y el cielo estaba tan desapacible, gris y neblinoso como en un crepúsculo de otoño.

Wren sentía la cabeza ligera e insustancial, como parte del aire que respiraba. Sus huesos estaban desligados dentro de su cuerpo, y el fuego de la magia de las piedras élficas aún brillaba y chispeaba como ascuas que se estuvieran apagando. Observó el terreno circundante, pero no consiguió concentrarse. Todo derivaba igual que las nubes.

–*Stresa,* ¿falta mucho? –preguntó.

–Sí, todavía falta –respondió el gatoespino sin volverse–. Pjjffpt. Sigue andando Wren de los Elfos.

Wren continuó caminando, consciente de que las fuerzas le estaban abandonando y se preguntó si sería por el excesivo uso de la magia o por simple agotamiento. Sintió la proximidad de Triss y un brazo en torno a los hombros.

–Apóyate en mí –le dijo el capitán de la Guardia Especial, sosteniéndola.

Dejaron atrás los prados cuando el Sol se desplazaba hacia el oeste, y llegaron a la selva. Ya ardía por el sur, las ramas más altas llameaban, desprendiendo humo. Aceleraron el paso, tropezando y resbalando sobre el musgo, las hojas y las rocas sueltas. Los árboles estaban silenciosos e inmóviles como las columnas de un salón que tenía por techo las nubes y la bruma. Gruñidos y refunfuños surgían de la niebla, lejanos, pero por todo alrededor.

Prosiguieron el viaje. En una ocasión, algo gigantesco se movió en las sombras, a un lado, y *Stresa* se volvió para mirarlo con las púas erizadas. Pero nada apareció y, unos segundos después, reemprendieron la marcha. Oyeron delante de ellos el ruido del agua al golpear las rocas, las idas y venidas del océano. Wren esbozó una sonrisa y apretó el báculo Ruhk contra su pecho. Todavía tenían una oportunidad, pensó. Todavía tenían esperanzas de salir con vida de aquella aventura.

Por fin, mientras la luz del día se difuminaba a sus espaldas y el crepúsculo se teñía de plata y rojo ante ellos, salieron de entre los árboles y se encontraron en un alto farallón sobre la inmensidad de la Linde Azul. El humo y la ceniza enturbiaban el aire que los rodeaba, pero más allá el horizonte estaba radiante de color. El grupo avanzó con paso inseguro y, después, se detuvo. El farallón descendía en una pronunciada pendiente hasta una costa rocosa. No se veían playas por ninguna parte ni el menor rastro de Tigre Ty.

Wren se apoyó pesadamente en el báculo y levantó sus ojos al cielo, una bóveda enorme y vacía.

–¡Tigre Ty! –exclamó con desesperación.

–Allí abajo –dijo poco después el capitán de la Guardia Especial, que se había apartado de ella para explorar, regresando a su lado y señalando hacia el norte–. Allí está la playa. No sé si podremos llegar a ella.

–¡Sssssstt! Tendremos que ir por los bosques, regresar al humo y a los seres que esconde –respondió *Stresa,* haciendo un gesto negativo–. No es una idea muy brillante

cuando la oscuridad se acerca. ¡Pjffftt!

Wren contempló con impotencia el descenso del Sol hacia el océano donde empezó a desaparecer. En unos minutos las tinieblas se adueñarían de la Tierra. Habían ido demasiado lejos, pensó, y murmuró un «No» que sólo ella pudo oír.

Dejó a un lado el báculo Ruhk y sacó las piedras élficas. Sosteniéndolas delante, proyectó su blanca magia a través del cielo de extremo a extremo, un estallido luminoso contra el tono grisáceo del atardecer. Destelló como el fuego y desapareció. Todos la siguieron con la mirada, observando cómo descendía la oscuridad y el Sol coloreaba el horizonte antes de desaparecer.

Detrás de ellos, sus perseguidores empezaron a reunirse, los demonios llegados de las tierras altas, los negros seres que los seguían o se acercaban atraídos por la magia. Sus siluetas se recortaban en la penumbra, y gruñían y rezongaban mientras se aproximaban. Wren y sus compañeros estaban atrapados en el farallón, acorralados contra el abismo del océano. Wren sintió el temblor de sus huesos, de su respiración, de su desfalleciente fuerza. No era lógico que Tigre Ty estuviese allí después de tanto tiempo. Sin embargo, no quiso renunciar a la única esperanza que les quedaba. Volvería a utilizar la magia si era necesario. Sólo una vez más, como medida de seguridad, porque ni a ella ni a sus compañeros les quedaban fuerzas suficientes para sobrevivir otra noche a los peligros de la isla.

Triss se alejó unos pasos para enfrentarse a las sombras que había entre los árboles, delgado y duro, con el brazo roto colgando inerte y la espada en la mano del otro.

–Quedaos detrás de mí –ordenó.

Los segundos pasaban rápidamente. Los colores del cielo occidental se disolvieron hasta convertirse en un tono gris, y la penumbra se intensificó, convirtiéndose en una pálida pantalla cenicienta.

–¡Allí! –dijo *Stresa.*

Algo enorme se abalanzó sobre ellos desde la oscuridad y cayó sobre Triss, derribándolo. Otra figura se lanzó sobre ellos, y *Stresa* la acribilló con sus púas. Wren levantó las piedras élficas y proyectó su magia al frente, quemando a los seres más cercanos, que retrocedieron profiriendo terribles gritos de dolor. Triss yacía tendido en el suelo, inconsciente.

Wren cayó de rodillas, exhausta.

–¡Sssttt! ¡Levántate! –exclamó *Stresa,* desesperado.

Un nuevo grupo de formas contrahechas se destacó en la oscuridad y empezó a avanzar lentamente.

–¡Levántate!

Entonces un grito rasgó el silencio, como el de un ser humano a quien le arrancan la vida, y una enorme sombra se extendió sobre el farallón. Unas garras rastrillaron los umbrales del bosque y obligaron a los asaltantes a dispersarse en la oscuridad. Wren levantó la mirada, muda de asombro. ¿Había visto...? La sombra se meció, apartándose, y unas alas negras que parecían cuchillos se proyectaron contra el cielo. Se oyó otro grito.

–¡Espíritu! –exclamó Wren al reconocerlo.

El ruc dio otro viraje y se lanzó en picado sobre borde del farallón, donde se posó con un furioso batir de alas. Una pequeña y delgada figura saltó a tierra, vociferando con nerviosismo.

–¡Eh, venid aquí, rápido! ¡El susto no les durará mucho!

¡Tigre Ty!

Y cuando Wren levantó a Triss y avanzó con esfuerzo hacia el hombrecillo, encontró a Tigre Ty tal como lo recordaba de semanas atrás, sonriente, con la bronceada piel llena de arrugas, semejante a un espantapájaros de huesos y cuero, con las callosas manos

dispuestas a actuar y los ojos brillantes y agudos. La miró, miró a sus compañeros y el báculo Ruhk que llevaba, y se echó a reír.

–Wren Elessedil –saludó–. ¡Eres persona de palabra, muchacha! Regresas de la muerte para escupirme a la cara, para probar que podías hacerlo después de todo. ¡Demonios, debes de ser dura como un clavo!

Ella estaba demasiado contenta de verlo para discutir.

Tras decir a *Stresa* que debía esconder las púas, Tigre Ty les apremió para que subieran con la mayor rapidez posible a lomos de *Espíritu.* Hablando entre dientes sobre los peculiares compañeros de viaje que Wren elegía, envolvió al gatoespino en un cobertor de cuero y lo subió. Aunque *Stresa* externamente parecía tranquilo y sumiso, sus ojos revelaban una profunda ansiedad. Wren ató a *Fauno* a su espalda, montó sobre *Espíritu y* levantó al casi inconsciente Triss hasta ponerlo frente a ella para mantenerlo sujeto. Para poder tener libres las manos, introdujo el báculo Ruhk en los arneses, bajo sus piernas. Tigre Ty y ella trabajaban con rapidez, hostigados por los gruñidos y refunfuños que salían de las tinieblas del bosque, acuciados por el miedo a los seres que se ocultaban en él. Dos veces, las negras formas se aventuraron a salir de las sombras dispuestas a atacar, pero en ambas ocasiones el colérico graznido de *Espíritu* les hizo retroceder.

Parecía que nunca iban a acabar de instalarse, pero al fin lo hicieron. Tras hacer una rápida revisión de los correajes, Tigre Ty saltó sobre el ruc.

–¡Arriba ya, viejo pájaro! –gritó con apremio.

Emitiendo un graznido, *Espíritu* desplegó sus grandes alas y se elevó en el aire. Un puñado de demonios salió de su refugio corriendo, en un desesperado esfuerzo para atraparlos. Algunos consiguieron agarrarse a las plumas del ruc, arrastrando hacia el suelo al gigantesco pájaro. Pero *Espíritu* se sacudió, se contorsionó, los arañó ferozmente con sus garras y los atacantes se precipitaron en el abismo. Mientras el ruc volaba sobre la Linde Azul y ganaba altura, Wren miró hacia atrás por última vez. Morrowindl era un horno fulgurando en la oscuridad de la noche entre humo, vapor y ceniza. La boca del Killeshan seguía vomitando chorros de roca fundida, ríos de fuego que fluían hacia el mar.

Cerró los ojos y no volvió a mirar.

Nunca estuvo segura de cuánto tiempo duró el vuelo. Quizá fueron horas, quizá sólo minutos. Se agarraba a Triss y a las correas de sujeción mientras hacía terribles esfuerzos para mantenerse despierta, exhausta hasta la insensibilidad. Los brazos de *Fauno* rodeaban su cuello, cálidos y peludos, y notaba su respiración ansiosa. En algún lugar a sus espaldas, *Stresa* viajaba en silencio. Oyó que Tigre Ty le hablaba en dos o tres ocasiones, pero sus palabras se perdieron en el viento y no se molestó en responder. Ante sus ojos flotaba espectralmente la visión de Morrowindl, terrible y fija; una pesadilla que nunca se limitaría al sueño.

Cuando aterrizaron, fuera cual fuese el tiempo transcurrido, todavía era de noche, pero el cielo estaba despejado y brillante. *Espíritu* se posó sobre un pequeño atolón cubierto de vegetación. El aire estaba impregnado del olor de las flores. Wren aspiró los perfumes con satisfacción mientras se bajaba del ancho lomo del ruc, deslizándose, y se estiraba en tardía reacción para ayudar a Triss y *Stresa.* Imagínate, pensó todavía aturdida, la Luna y las estrellas, una noche bajo su luz, sin bruma, ni niebla, ni fuego.

–Por aquí, muchacha –le dijo Tigre Ty con gentileza, cogiéndola del brazo.

La condujo a un mullido herbazal, donde la joven se tendió, quedándose dormida inmediatamente.

El Sol estaba rojo en el horizonte cuando despertó, una esfera escarlata que emergía de las rojizas aguas del océano hacia un firmamento ennegrecido por una masa de nubes. La tormenta y su fuego parecían circunscritos a una zona determinada de tierra y cielo.

Wren se incorporó sobre un codo y contempló el extraño fenómeno, preguntándose cómo era posible.

–Vuelve a dormirte, Wren –dijo Tigre Ty, que hacía guardia a su lado–. Todavía es de noche. Eso es Morrowindl, envuelto en llamas, ardiendo desde el centro hacia fuera. El Killeshan está acabando con todo, supongo que pronto no quedará nada.

Wren volvió a dormirse, y cuando despertó de nuevo era ya mediodía, el Sol estaba alto en un cielo azul y sin nubes, el aire era cálido y fragante, y el canto de los pájaros un alegre gorjeo entre el rumor del océano sobre las rocas. *Fauno* parloteaba en algún lugar cercano. Se levantó para mirar, y encontró al jacarino sentado en una roca y tirando de una enredadera para poder mordisquear sus hojas. Triss seguía durmiendo, y no se veía a *Stresa* por ningún sitio. *Espíritu* estaba posado en el borde del acantilado, con sus feroces ojos fijos en las desiertas aguas.

Tigre Ty salió de detrás del pájaro y se acercó despacio. Le dio un saquito con pan y frutas, y le indicó con un gesto que se apartara del dormido Triss. La joven lo obedeció, y fueron a sentarse a la sombra de una palmera.

–¿Has descansado? –le preguntó. Wren respondió con un gesto de asentimiento–. Come. Debes de estar hambrienta. Da la impresión de que llevas varios días sin comer.

Comió con fruición. También aceptó la jarra de cerveza que le ofreció y bebió hasta que se sintió a punto de estallar. *Fauno* se volvió para mirarla con ojos brillantes y curiosos.

–Parece que has conseguido nuevos amigos –comentó Tigre Ty cuando Wren hubo terminado–. Conozco los nombres del elfo y el gatoespino, pero ¿cómo se llama ése?

–*Fauno.* Es un jacarino. –Su mirada se encontró con la del pequeño animal–. Gracias por no dejarnos abandonados, Tigre Ty. Contaba contigo.

–¡Bah! –exclamó el jinete alado–. No podía perderme la oportunidad de enterarme de lo que pasaba. Sin embargo, debo admitir que tenía mis dudas, muchacha. Temía que tu insensatez se impusiera a tu coraje. Y parece que casi estuvo a punto de ocurrir.

–Casi –admitió la joven, haciendo un gesto de asentimiento.

–Fui a buscaros todos los días desde que el volcán entró en erupción. Pude ver su explosión a más de treinta kilómetros de distancia. Entonces pensé: «Ella tiene que hacer algo al respecto». Y lo hiciste, ¿verdad? –Esbozó una amplia sonrisa y su cara se arrugó igual que el cuero viejo–. En cualquier caso, *Espíritu* y yo dábamos vueltas una vez al día para intentar localizarte. Anoche estábamos a punto de acabar nuestra ronda cuando vimos tu luz. Si no hubiera sido por ella, nos hubiésemos marchado. ¿Cómo lo produjiste? –Frunció los labios y se encogió de hombros–. No, espera, no me lo digas. Si mis suposiciones no son equivocadas, así es como actúa la magia de los elfos terrestres. Prefiero no saberlo. –Hizo una breve pausa–. Sea como fuere, me alegro mucho de que estés aquí, a salvo.

Wren esbozó una sonrisa confirmando su suposición, y los dos guardaron silencio durante un momento, mirando al suelo. Las aves pescadoras se lanzaban y zambullían en las despejadas aguas del océano como flechas blancas, con las alas echadas hacia atrás y el largo cuello estirado. *Fauno* bajó de la roca para trepar por el brazo de Wren y cobijarse en su hombro.

–Supongo que tu gigantesco amigo no tuvo suerte –dijo Tigre Ty, rompiendo el silencio.

Garth. El dolor provocado por el recuerdo llenó de lágrimas los ojos de la joven bohemia.

–No. No la tuvo –respondió Wren, haciendo un gesto negativo.

–Lo siento. Creo que sentirás su pérdida durante mucho tiempo, ¿verdad? –Sus sagaces ojos se apartaron–. Algunas heridas no se curan fácilmente.

La joven permaneció en silencio. Estaba pensando en su abuela y en Eowen, en el Búho y en Gavilán Elessedil, en Colt y Dal. Todos habían perdido la vida en su intento de escapar de Morrowindl, todos formaban parte del dolor que sentía. Miró a la lejanía a través de las aguas del océano y encontró lo que buscaba: una oscura mancha en el horizonte donde Morrowindl ardía lentamente hasta convertirse en roca y cenizas.

–¿Qué ha sido de los elfos? –preguntó Tigre Ty–. Supongo que los encontraste, puesto que te acompaña uno de ellos.

Volvió a mirarlo sorprendida por la pregunta, olvidando durante un breve instante que Tigre Ty no había compartido su aventura.

–Sí, los encontré.

–¿Y Arborlon?

–Arborlon también, Tigre Ty.

–No te escucharon, ¿verdad? –le preguntó, después de observarla un rato, haciendo un gesto de resignación–. No querían marcharse. –Hizo esta afirmación sin disimular la amargura de su voz–. Ahora están muertos. Todos. ¡Qué insensatos!

Insensatos, sí, pensó la joven, pero no muertos. Aún no. Intentó hablarle a Tigre Ty de la Loden, intentó buscar las palabras adecuadas, pero no las encontró. Era demasiado duro entrar en explicaciones. Aún estaba demasiado cerca la pesadilla que había dejado atrás, todavía forcejeaba con las violentas emociones que le provocaba su más leve recuerdo. Siempre que se despertaban en su mente, se sentía como si le arrancasen la piel del cuerpo a tiras, como si el fuego quemara hasta la médula de sus huesos. Los elfos, víctimas de su equivocada creencia en el poder de la magia... ¿Qué parte de esa creencia había heredado ella? Se estremeció al pensarlo. Había verdades que era necesario sopesar y medir, motivos que analizar y vidas que encauzar. Pero ninguna de esas cosas caían bajo su responsabilidad.

–Tigre Ty –dijo en voz baja–. Los elfos están aquí, conmigo. Yo los transporto... –Dudó, ante su mirada de asombro–. Los llevo en el corazón. –La confusión arrugó la frente del jinete alado. Ella bajó los ojos y contempló sus manos vacías–. El problema está en decidir si deben estar.

–Lo que dices no tiene sentido. Al menos no lo tiene para mí –respondió Tigre Ty, haciendo un gesto de incomprensión y frunciendo el entrecejo.

–Sólo lo tiene para mí –dijo Wren, esbozando una sonrisa–. Sé paciente conmigo por ahora, ¿quieres? No me hagas más preguntas. Pero cuando lleguemos adonde vamos, descubriremos juntos si han servido de algo a los elfos las lecciones de Morrowindl.

Triss despertó entonces, estirándose perezosamente, y se levantaron para atenderlo. Mientras caminaban, los pensamientos de Wren volaron. Como una consumada malabarista, se encontró equilibrando las exigencias del presente con las necesidades del pasado, las vidas de los elfos con los peligros de sus magias, las creencias que había perdido con las verdades que había encontrado. Silenciosa en su deliberación, concentrada por completo, se movía entre sus compañeros como si estuviera allí con ellos, cuando, de hecho, había regresado a Morrowindl, y observaba el horror de su evolución inducida por la magia, descubriendo los oscuros secretos de sus forjadores, ajustando los fragmentos de los frenéticos y angustiosos días de su lucha para cumplir las misiones que le habían encomendado. El tiempo se congeló y, mientras se erguía ante ella como una estatua tallada en una espeluznante y silenciosa introspección, logró despojarse de la última de las andrajosas vestiduras que habían constituido su vida anterior, aquella inocente existencia que precedió a sus encuentros con Cogline y Allanon y al viaje a su pasado, y ponerse por fin el manto de quien, según comprendía ahora, siempre había estado destinada a ser.

Adiós, Wren del pasado.

Fauno se retorció contra su hombro, solicitando su atención, y ella le dedicó la poca

que pudo.

Una hora más tarde, el gatoespino, el jacarino, el capitán de la Guardia Especial, el jinete alado y la muchacha que se había convertido en reina de los elfos volaban en dirección este, hacia las Cuatro Tierras, a lomos de *Espíritu.*

15

El viaje al continente se prolongó durante todo el día. El Sol era una difusa mancha de plata en el horizonte occidental cuando por fin consiguieron divisar la costa, una dentada muralla negra que resaltaba su silueta contra la noche incipiente. Se había extendido la oscuridad, y la Luna y las estrellas aparecieron mientras descendían al farallón que precedía a la abandonada Ala Desplegada. Tenían el cuerpo anquilosado, los ojos pesados y se sentían desfallecer. Los olores veraniegos de las hojas y la tierra llegaban del bosque próximo, y los cinco viajeros se prepararon para dormir.

–¡Pjfffttt! Es posible que llegue a gustarme este país tuyo, Wren de los Elfos –dijo *Stresa* justo antes de que la joven se durmiera.

Reanudaron el vuelo al amanecer, siguiendo la línea de la costa en dirección norte. Tigre Ty iba inclinado contra la brillante cabeza de *Espíritu,* con la vista dirigida hacia delante, sin hablar con nadie. Le había dedicado a Wren una larga y dura mirada cuando ella le dijo adónde quería que la llevara, y desde entonces no había vuelto a mirarla. Se dejaron llevar por las corrientes de aire a través de las montañas Irrybis y las montañas Espolón de Roca para, a continuación, adentrarse en el Sarandanon. La tierra fulguraba a sus pies; bosques verdes, terrenos negros, lagos azules, ríos de plata y campos de flores silvestres de todos los colores. El mundo parecía perfecto; desde aquella altura no podía apreciarse la enfermedad que los Espectros habían propagado. Las horas transcurrían, lentas y perezosas, cargadas con los recuerdos de los jinetes del ruc. En sus corazones había dolor, y un deseo de prolongar aquel maravilloso día, de que nunca acabase, porque sabían que el siguiente podía ser distinto, que en la vida pocas esperanzas se cumplían.

A media mañana aterrizaron en un prado del extremo meridional del Sarandanon y repusieron las fuerzas con el suculento almuerzo que les ofreció Tigre Ty, compuesto de fruta, queso y leche de cabra. Los pájaros revoloteaban entre los árboles, y los animalillos corrían por las ramas y se metían en sus madrigueras. *Fauno* lo observaba todo como si lo viera por primera vez. *Stresa* olfateaba el aire, con su cara de gato arrugada y torcida. Triss había mejorado lo suficiente para sentarse y mantenerse sin ayuda en esa posición, aunque vendado y entablillado todavía y con el rostro lleno de cicatrices y contusiones. Con frecuencia dedicaba una afable sonrisa a Wren, pero sus ojos permanecían tristes y distantes. Tigre Ty continuaba sumido en sus pensamientos. Wren sabía que estaba reflexionando sobre lo que ella se proponía hacer, deseando preguntárselo, pero sin atreverse a hacerlo. Sin duda, el jinete alado era un hombre peculiar.

Prosiguieron el viaje cuando acabaron de comer, bajando por el valle en dirección al arroyo Cantarín. Por la tarde ya seguían el cauce septentrional del río en un lento y uniforme planeo.

Se acercaba el crepúsculo cuando llegaron al Carolan. El muro rocoso se levantaba desde la orilla oriental del río hasta un enorme y desolado risco que sobresalía de una muralla protectora de árboles gigantescos y peñascos aún más altos. En el risco, pedregoso y yermo, sólo crecían matas aisladas de maleza.

Era allí, en la cumbre del Carolan, donde había estado asentada la ciudad de Arborlon, y desde este lugar había sido trasladada a la isla de Morrowindl hacía ya un centenar de años.

Tigre Ty dirigió a *Espíritu* hacia abajo, y el ruc descendió con suavidad hasta posarse en el centro del risco. Los jinetes desmontaron uno tras otro. Wren y Tigre Ty trabajaron juntos y en silencio para desenvolver a *Stresa* y dejarlo en el suelo. Permanecieron agrupados durante un momento, contemplando a través de la meseta vacía la oscuridad del

bosque, al este, y el borde del precipicio, al oeste. El campo que se extendía más allá estaba difuminado por las sombras, y el cielo estaba teñido tenuemente de púrpura y oro.

–¡Sssttt! ¿Qué lugar es éste? –preguntó *Stresa* con desasosiego, mirando a su alrededor.

–Nuestro hogar –respondió Wren, abstraída, perdida en algún lugar profundo de su ser.

–¡Nuestro hogar! ¡Sspppj! –El gatoespino estaba asustado.

–¿Qué vamos a hacer aquí, si no tienes inconveniente en decírmelo? –preguntó Tigre Ty, sin poder contener su curiosidad ni un segundo más.

–Lo que me pidió el espíritu de Allanon –respondió la muchacha.

Rebuscó entre los arneses de *Espíritu* y sacó el báculo Ruhk. El mango de nogal estaba deteriorado y sucio, y su pulida superficie, desgastada y opaca. Engarzada en uno de los extremos, la Loden brillaba con mortecina persistencia a la luz que se desvanecía.

Fijó la contera del báculo en la tierra y lo agarró ante sí con las dos manos. Fijó los ojos en la piedra, y sus pensamientos regresaron a Morrowindl, a los interminables días de niebla y oscuridad, de Espectros demoníacos, de monstruos y trampas, y del horror nacido de la magia élfica. El mundo de la isla salió del recuerdo y la rodeó; un frenético amante maldito, demasiado peligroso para cualquier relación. Los rostros de los muertos desfilaron ante ella: Ellenroh Elessedil, a quien se le había encargado la protección de los elfos, que, a su vez, le transmitió a ella; Eowen, que había visto demasiado de lo que tenía que ser; Aurino Estriado, que había sido su amigo; Gavilán Elessedil, que podría haberlo sido; Colt y Dal, sus protectores; y Garth, que había sido, al final, el compendio de todos. Los saludó en silencio, reverentemente, prometiendo a cada uno que sería recuperada una parte de lo que había entregado, que cumpliría la misión que le había sido encomendada, y que respetaría lo mucho que había costado.

Cerró los ojos y selló el pasado. Después los abrió para observar las caras de los reunidos. Entonces esbozó una sonrisa que, por un instante, fue la de su abuela.

–Triss, *Stresa,* Tigre Ty y tú, pequeño *Fauno,* sois ahora mis mejores amigos, y me gustaría que estuvieseis conmigo todo el tiempo que podáis. No os retendré... ni siquiera a ti, Triss. No quiero presionaros de ningún modo. Os ruego que decidáis con absoluta libertad.

Ninguno de ellos habló. En sus ojos se reflejaba una sombra de duda, cierta confusión. *Fauno* avanzó con cautela hacia ella y tiró de su pierna con ansiedad.

–No, pequeño –dijo Wren, e hizo señas a los otros–. Acompañadme.

Avanzaron todos por el Carolan, arrastrando sus sombras por el polvo: la muchacha, el elfo, el jinete alado, el ruc y las dos criaturas de Morrowindl. El canto de las aves surgía de los árboles y los riscos, mientras la oscuridad caía y las aguas del arroyo Cantarín se agitaban debajo.

Cuando llegaron al borde del promontorio, Wren se volvió y retrocedió varios pasos de manera que los otros quedaran a su espalda. Miró a través de la meseta hacia el bosque y la noche incipiente. Sobre los árboles, las estrellas empezaban a tachonar el cielo, brillantes puntas de alfiler en contraste con la oscuridad que se intensificaba. Sus manos se tensaron en torno al báculo Ruhk. Había imaginado aquel momento durante varios días, y ahora que había llegado no estaba ansiosa ni excitada, sino cansada. Antes se había preguntado si sería capaz de invocar la magia de la Loden cuando llegara el momento, lo que decidiría y sentiría. Se había preocupado sin ningún motivo, pensó. Ahora no albergaba ninguna duda. Quizá nunca las había tenido. O quizá todos los interrogantes se habían resuelto por sí mismos a lo largo del camino. En realidad no le importaba. Se sentía en paz consigo misma. Incluso sabía cómo actuaba la magia, aunque su abuela nunca se lo había explicado. ¿Porque no era necesario? ¿Porque era algo instintivo? No estaba segura.

Le bastaba con saber que podía invocar la magia y que había decidido hacerlo.

Aspiraba el cálido aire como si absorbiese la agonizante luz, y escuchaba los latidos de su corazón.

Entonces apoyó el báculo Ruhk en la tierra, girándolo en sus manos y haciéndolo rechinar contra el suelo. Magia de la tierra, le había dicho Eowen. Toda la magia élfica era magia de la tierra. Su poder extraído de sus elementos. Si de allí provenía, allí había de volver.

Fijó sus ojos en las centellantes facetas de la Loden. El mundo que la rodeaba se quedó inmóvil y sin aliento.

Sus manos se aflojaron sobre el báculo, sus dedos, ligeros y suaves como plumas, acariciaron amorosamente la nudosa y pulimentada madera. Sabía que le bastaba con invocarlos: pensarlo, nada más; desearlo; abrir la mente al hecho de sus existencias, de sus vidas encerradas en los confines de la piedra; sin analizarlo ni ponerlo en duda; invocarlos; hacerlos regresar; preguntar por ellos.

Sí.

Quiero.

La Loden refulgió con fuerza, una fuente de luz blanca en la oscuridad, saltando hacia delante como fuego. Después brilló con cegadora intensidad. Wren sintió el temblor del báculo Ruhk y el calor que empezaba a desprender. Apretó sus manos, entornó los ojos para protegerlos del resplandor y después bajó la mirada hacia las sombras. La luz empezó a expandirse. Había formas y movimientos en su interior y, de repente, viento; un viento de procedencia indeterminada que soplaba a través del risco, recogiendo la luz y llevándola sobre el terreno yermo hasta los árboles y las rocas, y volviendo para extenderla de extremo a extremo. El viento rugía, pero carecía de fuerza e impacto; sólo era sonido y resplandor mientras arrastraba la luz.

Wren intentó mirar hacia atrás para asegurarse de que la magia no había producido ningún daño a sus compañeros, pero no pudo volver la cabeza. Sus manos estaban crispadas alrededor del báculo Ruhk y estaba unida al mismo, atrapada en la actuación de la magia, entregada a ella.

La luz llenó la meseta del risco, basándose en sí misma, levándose hasta que los árboles y las rocas que la limitaban desaparecieron por completo, hasta cubrir los cielos. Entonces todo quedó teñido de plata. Se produjo un crujido, un resquebrajamiento de tierra y roca, y el asentamiento de algo pesado. Con los ojos entrecerrados vio que las formas inmersas en la luz se agrandaban y se definían como edificios y árboles, caminos y senderos, prados y parques. Arborlon estaba regresando a la existencia. La vio materializarse como si mirara a través de una ventana rayada por la lluvia, borrosamente. En su centro, como un resplandeciente arco plata y grana entre la niebla, estaba Ellcrys. Sintió que le empezaban a fallar las fuerzas, que el poder de la magia las consumía, y luchó para mantenerse erguida. La luz blanca giró y se arremolinó igual que las nubes antes de una tormenta, acumulando energía hasta que pareció que todo iba a explotar con un estruendo atronador.

Entonces empezó a debilitarse, reduciéndose poco a poco, filtrándose en la oscuridad como el agua en la arena.

Aquello se estaba acabando, y Wren lo supo. Vio Arborlon sumido en la niebla, e incluso a la gente agrupada en los límites del resplandor que se esforzaba en captar lo que había fuera de él. Había hecho lo que su abuela le había encargado, lo que Allanon le había encomendado; había realizado todo lo que le pidieron otros, pero todavía no había hecho lo que se había pedido a sí misma. Porque nunca se sentiría satisfecha si se limitaba a devolver a los elfos y su ciudad a las Tierras Occidentales. Nunca sería suficiente llevar de regreso a las Cuatro Tierras a un pueblo que abandonaba el exilio que se había

autoimpuesto; no después de Morrowindl; no cuando ella conocía la verdad sobre los Espectros; no mientras viviera con el temor a la posibilidad de que la magia pudiera ser mal empleada una vez más. Las vidas de los elfos se le habían confiado con otras condiciones, que completaría con las propias.

Afianzó sus manos sobre el báculo Ruhk y envió lo que quedaba de su magia hacia la luz, quemando toda la restante sobre la tierra. La extrajo en un último arrebato de furia que lanzó una crepitación de fuego explosivo a través del aire rielante. Fue igual que una sucesión de relámpagos, destello tras destello. Ella continuó, vaciando el báculo y la piedra, consumiendo el poder hasta que, al final, llameó y se extinguió.

La oscuridad regresó. Una neblina invadió durante un momento la atmósfera nocturna, se concentró en motas de polvo y empezó a posarse. La joven siguió su movimiento y vio hierba bajo sus pies, donde antes no la había, captó los perfumes de los árboles y las flores, de brea ardiendo, de alimentos cocinados, de madera y hierro, de vida. Vio tras la oscura línea del báculo Ruhk la ciudad, Arborlon reedificada, edificios iluminados por lámparas, calles y senderos arbolados que se extendían a lo largo y a lo ancho como cintas oscuras.

Y la gente, los elfos, aparecían ante ella a millares, apiñados en los umbrales de la ciudad, mirando con ojos muy abiertos y asombrados. Los soldados de la Guardia Especial estaban al frente, con las armas desenvainadas. Vio que la miraban fijamente, a ella y el báculo que sostenía. Fue consciente de los murmullos incrédulos de Tigre Ty, de la aproximación de Triss, *Stresa* y *Fauno.* Sintió su calor a su espalda, leves roces sobre su piel.

Barsimmon Oridio y Eton Shart se destacaron de la multitud y avanzaron lentamente. Se detuvieron a media docena de pasos, pero ninguno de los dos parecía capaz de hablar.

Wren dejó de apoyarse y se irguió. Levantó la vista hacia la Loden por primera vez. Sus brillantes facetas se habían oscurecido. La magia había vuelto a la tierra. La Loden se había convertido en una piedra común.

Acercó el báculo Ruhk a su cara y vio que estaba deslustrado, quebradizo y muerto. Después lo agarró con las dos manos, lo golpeó contra su rodilla levantada, lo partió en dos y tiró los trozos al suelo.

–Los elfos estamos en casa –dijo a los dos que estaban ante ella con la boca abierta–, y no la abandonaremos jamás.

Triss adelantó a Wren, con el brazo entablillado y vendado, pero con ojos llenos de orgullo y determinación, y caminó hasta situarse donde todos pudieran verlo.

–¡Guardia Especial! –gritó el capitán de la Guardia Especial, colocándose junto al comandante de los ejércitos élficos y el primer ministro.

Inmediatamente aparecieron docenas de sus miembros y formaron ante su capitán. Se produjo un murmullo de expectación en la multitud.

Triss se volvió entonces de cara a Wren, puso una rodilla en tierra y la mano derecha sobre el corazón a modo de saludo. Detrás de él, las lámparas de la ciudad parpadeaban como luciérnagas en la oscuridad.

–¡Wren Elessedil, reina de los elfos! –prosiguió–. ¡La Guardia Especial está dispuesta a servirte!

Sus subordinados siguieron su ejemplo como un solo hombre, arrodillándose y repitiendo sus palabras en confusa precipitación. Algunos de entre la multitud los imitaron, y a éstos los siguieron otros. Eton Shart también se arrodilló, y Barsimmon Oridio lo secundó tras un breve instante de vacilación. Si lo hicieron en reconocimiento de la verdad o sólo influenciados por Triss, ella jamás lo sabría. Permaneció inmóvil mientras recibía el homenaje de toda la nación élfica, el legado de Ellenroh, su pueblo encontrado.

Había lágrimas en los ojos de la joven cuando avanzó para saludarlo.

El Alcázar de los Druidas tembló por última vez como un descomunal gigante de piedra que se estremeciera en sueños, y después se apaciguó.

Cogline esperó, agarrado a la pesada mesa de lectura, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, asegurándose de que su fuerza había regresado. Estaba en la cámara que guardaba la *Historia de los druidas,* había vuelto a sí mismo después de buscar a Walker Boh desde fuera de su cuerpo a la antigua manera druídica. Había logrado encontrarlo y avisarlo, pero había sido incapaz de quedarse con él porque se sentía demasiado débil, demasiado viejo; no era más que un manojo de huesos rígidos y doloridos. Había agotado su vigor al hacer lo que había hecho.

Esperó, pero los temblores no se repitieron.

Entonces, se irguió realizando un gran esfuerzo, se soltó de la mesa, dejó que sus ojos se abrieran y miró a su alrededor. Primero se vio a sí mismo; sus manos y brazos, y luego su cuerpo. Contuvo la respiración, se frotó las manos experimentalmente y se palpó para asegurarse de que lo que estaba viendo era real. Ya no era transparente, sino de carne y hueso otra vez. *Rumor* se apretó contra él, empujando con la enorme cabeza su cuerpo de espantapájaros con tal fuerza que amenazaba con derribarlo. El gran gato del páramo también había vuelto a ser el que era, perdiendo el aspecto incorpóreo y fantasmal.

Y la habitación... sus paredes de piedra eran duras, sólidas, sus colores destacados y sus líneas y superficies definidas por la materia y la luz.

Cogline respiró profunda y lentamente. Walker lo había conseguido. Había devuelto Paranor al mundo de los hombres.

Salió de la pequeña estancia, a través del estudio contiguo, hacia los corredores del Alcázar seguido de *Rumor,* la luz del Sol los llenaba, penetrando por las altas ventanas, y las motas de polvo danzaban en el resplandor. El anciano vislumbró nubes blancas en un cielo azul. La fragancia de los árboles y las hierbas empapaba el aire veraniego.

Otra vez vivo.

Buscó a Walker por las estancias. Sus pisadas arañaban levemente la piedra. Delante oyó el lejano movimiento de algo que se elevaba de las entrañas del castillo, un sonido retumbante, un resoplido igual que... Entonces comprendió. Era el fuego que alimentaba el Alcázar desde el corazón de la tierra, el fuego que había estado muerto durante todo aquel tiempo, vivificado de nuevo con el retorno de Paranor.

Entró en el corredor que conducía al pozo situado bajo el Alcázar.

Algo se movió en las sombras del fondo.

Cogline aminoró el paso y enseguida se detuvo. *Rumor* se agazapó y gruñó. Una figura se materializó en la penumbra, saliendo de un lugar adonde no llegaba la luz del Sol, negra y sin facciones. Se aproximó hacia el anciano, y la luz comenzó a definirla. Era un hombre con la cabeza cubierta con una capucha, alto y delgado, que avanzaba con paso lento pero decidido.

–¿Walker? –preguntó Cogline.

El hombre no respondió. Cuando estuvo a menos de una docena de pasos del anciano se detuvo. El gruñido de *Rumor* se había reducido a una respiración pesada. La mano del hombre se levantó y echó hacia atrás la capucha.

–Dime lo que ves –dijo Walker Boh.

Cogline lo observó. Era Walker y, sin embargo, no lo era. Su aspecto no había cambiado, pero parecía que había crecido y, pese a su blanca piel, parecía tan negro como la ceniza húmeda, tan oscuro que parecía absorber la luz. Su cuerpo, incluso bajo las ropas, daba la impresión de estar acorazado. Le seguía faltando el brazo izquierdo, y en su mano derecha tenía la piedra élfica negra.

–Dímelo –insistió.

Cogline lo miró a los ojos. Estaban inanimados y eran duros e insondables, y el

anciano se sintió como si lo atravesaran.

–Veo a Allanon –respondió el anciano en voz baja.

–Él forma parte de mí ahora, Cogline –respondió Walker Boh, mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo–. Eso fue lo que dejó para guardar la fortaleza cuando la extrajo de las Cuatro Tierras; eso era lo que me esperaba en la niebla. Estaba todo allí, todos los druidas: Galáfilo, Bremen, Allanon... todos. Así se transmitieron sus conocimientos, de uno al siguiente en una especie de conjunción del espíritu con la carne. Bremen los adquirió cuando se convirtió en el último de los druidas. Se los pasó a Allanon, quien, a su vez, me los ha pasado a mí.

Sus ojos brillaban. Había un fuego en ellos que Cogline no consiguió identificar.

–¡A mí! –gritó Walker Boh de repente–. Sus enseñanzas, su saber, su historia, su locura... ¡Todo aquello de lo que he recelado y huido durante tanto tiempo me lo ha transferido a mí!

Estaba temblando, y Cogline se asustó. Aquel que había conocido tan bien, su discípulo, su amigo, era alguien más ahora, un hombre tan diferente del anterior como la noche del día.

La mano de Walker se crispó sobre la piedra élfica negra mientras la levantaba ante sí.

–Ya está hecho, anciano, y no puede deshacerse. Allanon tiene a su druida y su fortaleza de nuevo en el mundo de los hombres. He realizado la misión que me encomendó. ¡Y me ha insuflado su alma! –La mano bajó como si fuera atraída por la tierra–. Piensa perpetuar a los druidas a través de mí. El legado de Brin Ohmsford. Me otorga su poder, su sabiduría, su entendimiento, su historia. Incluso su rostro. Me miras, y lo ves a él.

»Pero yo tengo mi propia fuerza, una fuerza que adquirí sobreviviendo al rito de tránsito que él me impuso, a la horrible visión de lo que significa convertirse en un druida –prosiguió Walker Boh, fijando sus oscuros ojos en la lejanía–. No he sido ocupado por completo.

Clavó sus ojos en los de Cogline, avanzó unos pasos y rodeó con el brazo sus esqueléticos hombros.

–Tú y yo, Cogline –susurró–. El pasado y el futuro; todo lo que queda de los druidas. Será interesante comprobar si podemos cambiar algo.

Hizo que el anciano diera media vuelta lentamente, y juntos empezaron a andar por el corredor. *Rumor* los contempló durante un momento, olfateó el suelo que Walker Boh había pisado como si tratara de identificar su olor, y los siguió con cautela.